

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

Licenciatura en Historia y Sociedad Contemporánea

**El Movimiento Estudiantil de 1968 en México:
interpretaciones historiográficas
1998-2008**

Trabajo recepcional

que para obtener el título de
Licenciada en Historia y Sociedad Contemporánea

Presenta

Ahremi Irene Cerón Soriano

**Director del trabajo recepcional
Mtro. Massimo Modonesi**

México D. F. junio de 2009

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

ÍNDICE

Agradecimientos	3
Introducción	4
Capítulo I	
Denuncia y testimonio: la necesidad de no olvidar	11
I.1 La denuncia	12
I.2 Los testimonios	25
Conclusión	29
Capítulo II	
Las raíces del movimiento: razones externas e internas	31
II.1 Los factores externos	31
II.1.1 Cambios culturales y políticos	32
II.1.2 La guerra fría	35
II.2 Los factores internos	39
II.2.1 La exclusión política	39
II.2.2 La economía	41
II. 2.3 Los Juegos Olímpicos	44
II. 2.4 La sucesión presidencial	47
II. 2.5 La provocación	49
Conclusión	52
Capítulo III	
Actores sociales y políticos y sus aportaciones: la pluralidad en marcha	54
III.1 Actores sociales	56
III.1.1 Los jóvenes	56
III.1.2 Los eventuales participantes	58
III.1.3 Los trabajadores	60
III.1.4 Los campesinos	62
III.2 Las identidades políticas	63
III.2.1 La Izquierda	66
III.2.2 Otros sectores	73
III.2.3 Los infiltrados	75

Conclusión	79
Capítulo IV	
Proyectos del movimiento: cómo lograr un mundo mejor	82
IV.1 El pliego petitorio	83
IV.2 La democracia	90
IV.3 La revolución	96
IV.4 El diálogo público	99
Conclusión	102
Capítulo V	
Las formas de lucha: creatividad y aprendizaje, ensayo y error	105
V.1 El CNH, coordinador de la lucha	106
V.2 La huelga	108
V.3 Las manifestaciones	109
V.4 Las brigadas	118
V.5 El material gráfico como instrumento de lucha	123
V.6 El arte en la lucha	125
Conclusión	127
Capítulo VI	
Impacto del movimiento: continuidad y cambios	129
VI.1 Política y democracia	129
VI.2 La radicalización	142
VI.3 La sociedad	145
Conclusión	151
Conclusiones generales	153
Índice de siglas	161
Bibliografía	163
Hemerografía	166
Fuentes electrónicas	166
Entrevista	166

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo no hubiera sido posible sin el amor y la paciencia de Ricardo Villarreal. Asimismo, la juventud y ánimo de Omar y Denisse fueron constante fuente de inspiración para proseguir con mi tarea.

Además, quiero expresar mi reconocimiento al Mtro. Massimo Modonesi por fortalecer mi conciencia histórica y haber aceptado orientar este trabajo. El tiempo, la dedicación y el compromiso aportados generosamente de su parte son invaluable. Las distancias no impidieron hacerme llegar su apoyo intelectual, que contribuyó a enriquecer este proyecto.

También agradezco a las siguientes personas:

Al Mtro. Manuel Aguilar M., por compartirme parte de su experiencia como delegado ante el CNH durante el movimiento estudiantil de 1968, así como por hacer disponible para mí su acervo bibliográfico. Al Mtro. Ernesto Aréchiga C. por la guía que me otorgó en el seminario de elaboración de tesis y la gentil lectura que hizo de los borradores y del trabajo final. Al Mtro. Ariel Arnal L. por aceptar ser uno de mis lectores y el haberme facilitado la asesoría del Dr. Alberto del Castillo, profesor e investigador del Instituto Mora, quien merece mi agradecimiento por acceder amablemente a escucharme. Del mismo modo, a la Dra. Daniela Marino por las sugerencias que contribuyeron a ir conformando el proyecto inicial. A la Mtra. Esther Vázquez por su colaboración en mi formación, por su entusiasmo y solidaridad; por último, no puedo omitir mencionar al Mtro. Marco Antonio Molina, por las recomendaciones sobre la redacción de este trabajo.

Finalmente, agradezco a mi Casa de Estudios, la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, por brindarme la oportunidad de cumplir una de mis más preciadas metas.

Introducción

La década de los sesentas en el siglo XX fue prolífica en movimientos sociales. Particularmente los movimientos estudiantiles han sido objeto de análisis al haber marcado el término de una etapa en el que el mundo occidental de la posguerra se asumía relativamente estable en lo político, social y económico. No obstante, bajo la apariencia esplendorosa, subyacía una realidad más compleja que incitaba a modificar la estructura de la sociedad. Uno de los movimientos estudiantiles que cuestionó la autoridad y el orden establecido -y que se hizo más notorio por la violencia con que fue reprimido- tuvo lugar en México en 1968.

La bibliografía producida sobre el tema, publicada a lo largo de cuatro décadas, es tan amplia que sería prácticamente imposible abarcarla por completo. Me propongo, por lo tanto, hacer una revisión historiográfica del material que se ha publicado desde 1998 hasta 2008. Si por historiografía se entiende exclusivamente el trabajo de los historiadores que se plasma en un texto que cumpla con requisitos disciplinarios, entonces tendríamos un universo acotado por los trabajos revisados. Entendida así, al hacer la revisión de los textos recurriríamos como criterio de selección a los procedimientos que dan formalidad a un trabajo histórico, con el rigor propio de esta disciplina.

En un sentido más amplio, un balance de la “historiografía” sobre el movimiento estudiantil del 68 puede remitirnos a la tarea de dar cuenta de una historia que ha sido escrita más allá de una formación disciplinaria específica. Este es el caso en este trabajo, pues de los textos revisados, sólo unos cuantos fueron producidos por historiadores. Al analizarlos, es evidente que quienes escriben sobre el tema que me ocupa, historiadores o no, lo hacen desde un contexto cultural determinado, en el que su adscripción social, política o profesional orienta e influye en su producción bibliográfica. De este modo, en algunos casos se observan diferentes enfoques a un mismo asunto. Incluso entre quienes participaron directamente y escribieron o hablaron sobre su experiencia, se dan matices o francas divergencias en la interpretación de los hechos.

La coexistencia de formas de interpretar el pasado me permite reflexionar en el potencial vínculo que hermana a la historia con otras disciplinas. Como lo expresó Braudel: ocurre frecuentemente que, sin proponérselo, las ciencias sociales, en su intento por “captar lo social en su totalidad; se entrometen en el terreno de sus vecinas, en la creencia de permanecer en el propio”.¹ De ahí surge el interés por conocer el resultado de las investigaciones que sobre el 68 mexicano, se han hecho desde diferentes ángulos además del

¹ Fernand Braudel, “La larga duración”, en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1999, p.61.

histórico, pues esta confrontación de las diferentes visiones puede dar sentido al análisis de los acontecimientos.

De este modo, en un doble ejercicio me propongo dar razón de lo que escribieron autores desde diversas perspectivas y formaciones intelectuales respecto al movimiento estudiantil del 68 y al mismo tiempo rescatar los elementos para elaborar una interpretación historiográfica en la que se señalen, entre otros factores, los enfoques, los argumentos, las hipótesis y las interpretaciones propiamente historiográficas halladas en los textos.

Puesto que al incursionar en el pasado se buscan las significaciones para el presente, el objetivo general de esta investigación es determinar si existe un verdadero análisis histórico que permita identificar posibles debates entre los autores al estudiar el tema o, si prevalece más bien la mirada anecdótica del suceso. Además, dado que el énfasis sobre el movimiento del 68 ha sido puesto, por lo general, en los sucesos del 2 de octubre, con este trabajo pretendo señalar los diferentes elementos que permiten dar una mirada al proceso y no al acontecimiento. Para ello, analizaré los rubros que son tratados en los diferentes discursos de los autores respecto a los detonantes del movimiento, así como las acciones subsecuentes. También me propongo observar como se define a los actores involucrados y qué ideologías aportaron a la lucha estudiantil. Asimismo incluiré los proyectos que el movimiento pretendía cumplir, así como el impacto logrado.

No todos los libros consultados tienen la profundidad de análisis que sirva a los propósitos de este trabajo, sin embargo he de mencionarlos en su oportunidad pues fueron publicados dentro del período que me ocupa. He elegido esa temporalidad porque, al mediar entre treinta y cuarenta años desde el movimiento estudiantil, esperaba encontrar una mirada más cercana a la objetividad, en la medida posible, y que no se centrara exclusivamente en el final trágico del movimiento. Es comprensible que en los primeros años, después del 68, la producción bibliográfica sobre el tema se orientara, de forma predominante, hacia la narrativa, la crónica, el testimonio y la denuncia.

Al hacer el análisis, he podido confrontar las diferentes formas de construir la memoria. Aunque no todos los autores han hecho un registro puntual de sus fuentes ni han utilizado aparato crítico, se pudo observar cómo estos han recurrido a instrumentos de investigación como la historia oral, la entrevista, la revisión de archivos tanto oficiales como privados, la consulta de bibliografía, de hemerografía, al análisis de material gráfico, sonoro etc. Con ello, han llegado a conclusiones que en algunos casos difieren entre sí. De este modo se confirma que, en el registro de la historia, lo escrito no es inmutable y que es posible releer con la conciencia de que hacemos observación de observaciones.

Transcurridos treinta años desde el movimiento estudiantil, las autoridades hicieron accesibles los archivos oficiales, al menos en parte, a los investigadores. Éstas, como otras fuentes, están indisolublemente asociadas con el contexto de su producción, en este caso, desde los aparatos de control estatal. Cabría preguntar si existen otras fuentes con las cuáles confrontarlas sin que medie la ineludible subjetividad del investigador. El resultado de las investigaciones que tuvieron como base los archivos oficiales se refleja en algunas de las obras revisadas acercándonos un poco más al conocimiento de lo que entonces ocurrió.

También consideré que la delimitación temporal me permitiría concentrarme en los rasgos del movimiento estudiantil del 68 destacados por los autores como un aporte a la construcción de la memoria histórica del proceso.² Asimismo, estimé que existía la posibilidad de que la producción bibliográfica hecha entre la tercera a cuarta década desde los acontecimientos, permitiría a los autores, desde sus diferentes disciplinas, hacer una reflexión más profunda.

Con este trabajo pretendo hacer una aportación a la reflexión historiográfica que incluya el análisis de los trabajos de quienes sin ser historiadores contribuyen con sus investigaciones al conocimiento histórico de un proceso. Emprendo esta tarea con la consigna de que, sin ser una obra concluyente, sea una contribución útil, una mirada reflexiva y crítica sobre lo que se ha escrito respecto el tema. Espero que el resultado de esta investigación permita al lector tener acceso a una panorámica crítica de los planteamientos que hacen diferentes autores respecto a algunos tópicos característicos del movimiento estudiantil del 68

Interrogar al pasado, en este caso sobre lo sucedido en el movimiento del 68, puede ayudarnos a tender puentes que vinculen a éste con el estado que guardan los asuntos políticos

² Halbwachs considera que “la memoria colectiva no se confunde con la historia y que la expresión «memoria histórica» no es muy afortunada, ya que asocia dos términos que se oponen en más de un aspecto”. La distinción que hace el autor entre ambas es que la memoria colectiva, basada en memorias individuales, “tiene como soporte un grupo limitado en el espacio y en el tiempo”, aquéllos que participaron en una experiencia determinada y pueden, por ende, compartir “una corriente de pensamiento continuo”, que mantiene vivo el recuerdo. Cuando esa memoria social “se apaga o descompone”, entonces la historia, al “fijar por escrito” salva esa memoria colectiva, aunque el autor advierte que al recurrir a la memoria histórica, debe tenerse presente que: “la serie de hechos cuyo recuerdo conserva la historia nacional, no es ella sino sus marcos, lo que representa el aspecto esencial de lo que denominamos la memoria colectiva”. (Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, traducción de Inés Sancho-Arroyo, España, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1ª ed., 2004, pp. 78-81). Teniendo en consideración lo anterior, en el caso del movimiento del 68 existe hasta hoy la memoria colectiva, aunque en la mayoría de la sociedad sea parcial y centrada, por lo general, en los sucesos del 2 de octubre. Ésta no se circunscribe a las generaciones que confluyeron en ese momento. No obstante, se percibe la necesidad de incorporar también aquel proceso a una memoria histórica más amplia, que sea accesible a vastos sectores de la sociedad y no solamente a los que por su bagaje cultural se acercan a los textos producidos hasta hoy. Como apunta Le Goff: “Apoderarse de la memoria y el olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas. [...] Los olvidos, los silencios de la historia son reveladores de estos mecanismos de manipulación”. (Jaques Le Goff, *El orden de la memoria, el tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991, p.134. Consultado en, <http://scribd.com.doc/15109513/Jaques-Le-Goff-El-Orden-de-la-Memoria>, el día 18 de mayo de 2009.

y sociales en la actualidad y también nos permite trazar algunos esbozos sobre qué esperar en el futuro. El movimiento estudiantil del 68 ha sido llamado un parteaguas en la historia mexicana y con frecuencia es el referente obligado para la apertura democrática del último cuarto del siglo XX y otros cambios de tipo cultural y simbólico en la sociedad mexicana.

No obstante, para comprender el citado movimiento es necesario pensarlo como un proceso inserto en otro de mayor dimensión: la ola de movilizaciones que sacudió al mundo en 1968. Hobsbawm caracteriza la etapa que transcurrió entre 1945 a 1990 como una revolución social. Llama la atención que en el 68 los estudiantes integraron la fuerza social que detonó las movilizaciones más importantes. Estas fueron posibles, reflexiona el autor, porque la expectativa de que la educación universitaria era el medio para elevar el nivel socio-económico, aumentó la demanda de aquélla y concentró a multitudes de jóvenes en ciudades universitarias que se transformaban en verdaderas “transnacionales” o “fábricas del saber”, donde las ideas y las experiencias de otros países fluían libre y rápidamente.³ En este contexto, una parte de los estudiantes dio evidencia en los sesentas de su potencial “políticamente radical y explosivo” y al mismo tiempo que expresaron su protesta por el sistema político y social en que vivían, fungieron como los voceros del descontento de otros sectores de la sociedad.⁴

El anhelado “estallido mundial” de los revolucionarios, dice Hobsbawm, ocurrió en 1968, cuando los estudiantes se rebelaron desde Estados Unidos y México en Occidente, hasta Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia en el bloque socialista. En este empeño, el autor identifica el estímulo del mayo francés. La revuelta estudiantil que allí ocurrió fue el detonador de una huelga masiva de trabajadores, que descubrió el “poder de negociación industrial que habían acumulado”, aunque ésta “paralizó la economía del país”, no se convirtió en una revolución, como tampoco ocurrió en otra parte del mundo.⁵

A diferencia del de México, dice Hobsbawm, en otros movimientos hubo pocas bajas, pues las autoridades evitaron la existencia de mártires. En el caso de México, la masacre del 2 de octubre “cambió el curso de la política para siempre”.⁶

Sin embargo, pese a que esta fecha es la más recordada, hubo otras durante el movimiento de 1968 que marcaron hitos. El proceso inicia los días 22 y 23 de julio con una riña sostenida en la Ciudadela entre estudiantes de las vocacionales 2 y 5 del Instituto

³ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1988, p.300.

⁴ *Ibid.*, p.442.

⁵ *Ibid.*, p.301

⁶ *Ibid.*, p.442.

Politécnico Nacional (IPN) y alumnos de la preparatoria Isaac Ochotorena apoyados por porros de las preparatorias 2 y 6 de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Entonces, inexplicablemente, interviene el Cuerpo de Granaderos atacando a los politécnicos y allanando la vocacional 5. El 26 de julio una manifestación de la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET), forzada por los estudiantes a protestar por la represión y otra organizada por la Confederación Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) en conmemoración al ataque al cuartel Moncada, confluyen en un intento por llegar al Zócalo. Los granaderos lo impiden con violencia y agraden indiscriminadamente a otros jóvenes. El 27 de julio, estudiantes de la UNAM, del IPN y de la Normal, acordonan con barricadas las zonas aledañas a las preparatorias 1, 2 y 3 en el centro de la ciudad demandando la libertad de los estudiantes detenidos el día anterior. La primera intervención del ejército se verifica el 30 de julio con la ocupación de las preparatorias 1, 2, 3 y 5 de la UNAM y la vocacional 5 del IPN, así como con el derribo, con un bazucazo, de la histórica puerta de San Ildefonso, sede de la preparatoria 1 y 3. El 1 de agosto el rector Barros Sierra encabeza la manifestación de universitarios y politécnicos en protesta por la violación de la autonomía universitaria y en demanda del desalojo de los planteles intervenidos. El 4 de agosto se da a conocer el pliego petitorio suscrito por estudiantes de la UNAM, del IPN, de la escuela de Chapingo y muchas otras que se habían sumado al movimiento. El 8 de agosto queda formalmente constituido el Consejo Nacional de Huelga (CNH). El 13 del mismo mes, unas 200 mil personas se manifiestan y ocupan el Zócalo por primera vez, sin contar con la autorización del gobierno.

También en agosto, el día 27, unos 400 mil manifestantes participan en una marcha que se adueña nuevamente de aquel espacio. A partir de la madrugada del 28 de agosto, la represión se recrudece incluyendo ataques armados a diferentes edificios escolares. El 13 de septiembre, en respuesta a la violencia estatal, tiene lugar la manifestación de unos 300 mil participantes que marchan en silencio y ordenadamente. Para el 18 de septiembre, el ejército ocupa las instalaciones de Ciudad Universitaria y el 24 del mismo mes, batalla de por medio, hace lo mismo con la vocacional 7 y las escuelas del Casco y de Zacatenco del IPN. El movimiento culmina con la masacre del 2 de octubre en Tlatelolco, aunque fue hasta el 4 de diciembre de 1968 cuando se decidió dar por terminada la lucha y levantar la huelga. La publicación del “Manifiesto a la Nación 2 de Octubre”, da término formalmente al movimiento.

Al margen de algunas cronologías más puntuales que se registran en varios de los textos analizados, esta breve reseña es necesaria para introducir la reflexión historiográfica que es el objetivo de esta investigación. Para elaborar este trabajo he utilizado el acervo

bibliográfico disponible en la Biblioteca Central de la UNAM, la Biblioteca Daniel Cosío Villegas del Colegio de México, la Biblioteca de la UAM Xochimilco, la de la UACM, así como la del Centro Cultural Tlatelolco.

La revisión bibliográfica que me he propuesto, incluye el trabajo de Ramón Ramírez y el que sobre el movimiento del 68 produjo Sergio Zermeño. Aunque ambas obras no se inscriben dentro de los límites temporales que me he propuesto, al ser referencias indispensables para algunos de los autores cuyos textos analizo, no pueden ser omitidas.

En concreto los objetivos de la presente investigación bibliográfica son:

1. Identificar cuáles son los rasgos del movimiento estudiantil a los que se presta mayor atención.
2. Investigar si los autores coinciden en las posibles razones por las cuales surgió la movilización estudiantil.
3. Conocer si hay divergencias en la manera en que los textos estudiados presentan a los participantes en el movimiento, según su extracción socio-política.
4. Definir si los escritores, cuya obra estudio, debaten o no respecto a las metas que tenía el movimiento.
5. Establecer qué escribieron los autores respecto a la manera en que los movilizados se propusieron cumplir sus objetivos.
6. Determinar si hay concordancias entre lo que los autores consideran efectos del movimiento.

Para presentar el resultado de mi investigación, el trabajo estará dividido en los siguientes capítulos:

En el capítulo I presentaré una panorámica de las diferentes obras que hacen de la denuncia y el testimonio la vertiente principal en su discurso. Lo que dicen los autores al respecto es un tema ineludible para el análisis del movimiento, aún cuando parezca que éste se centra sólo en los acontecimientos de Tlatelolco el 2 de octubre. En el capítulo II iniciaré el análisis del movimiento en sí mismo. Aquí mostraré cuáles son las causas que, aducen los autores, detonaron el movimiento estudiantil de 1968. En el capítulo III abordaré el análisis, según lo encontrado en la bibliografía, de las diversas identidades sociales y políticas que estuvieron involucradas en el movimiento. También señalaré lo que aportaron a la ideología del mismo, según los textos revisados. En el capítulo IV analizaré, apoyándome en los trabajos estudiados, cuáles fueron los proyectos a corto y largo plazo que se planteaban los movilizados, lo que se proponían como tareas. En el capítulo V repasaré, con base en las

obras revisadas, cómo se proponían alcanzar sus metas, cuáles fueron los métodos de lucha que los movilizados implementaban según avanzaba el proceso. En el capítulo VI, el último, desarrollaré parte del impacto del movimiento a corto y largo plazo, según lo plantean los autores. La naturaleza del movimiento se hace identificable por sus resultados tanto mediatos, desde la represión trágica del 2 de octubre, hasta los procesos políticos y sociales que se aceleraron desde entonces.

CAPÍTULO I

DENUNCIA Y TESTIMONIO: LA NECESIDAD DE NO OLVIDAR

La bibliografía que se ha producido sobre el movimiento estudiantil, entre 1998 y 2008, da cuenta de diferentes perspectivas de análisis. La riqueza cultural y social, así como la complejidad del movimiento, han permitido a cada escritor desplegar su exposición según sus propios intereses. Académicos, escritores, investigadores, periodistas, politólogos y sociólogos han hecho sus aportaciones al estudio del movimiento del 68. Sin embargo, es notable la escasez de historiadores que se ocupen del tema. Algunos de los trabajos revisados contrastan por la magnitud y rigor de la investigación con otros géneros literarios presentes como el testimonio y el ensayo. También es evidente que muchas de las obras analizadas hacen de la masacre del 2 de octubre y de los asuntos jurídicos y legales derivados de la violencia desplegada durante la movilización, el punto de partida para su análisis. Esto es comprensible, si consideramos que ese es el ángulo que decidieron tomar los autores que quisieron impedir que la memoria colectiva se diluyera dejando a la impunidad campeando como ha sucedido hasta ahora.

No puede negarse que es imposible pensar el 68 sin aludir a la tragedia del 2 de octubre, en Tlatelolco. Por lo general, la memoria colectiva se centra en ese acontecimiento, el martirio es recordado, como la parte medular del proceso. La mayoría de los medios de comunicación difundieron las versiones oficiales durante el movimiento y después del dos de octubre. Con éstas tendieron un velo que pretendía diluir tanto la protesta como la posterior conciencia histórica sobre el memorable proceso social, cultural y político que se vivió en 1968. El control gubernamental sobre cualquier intento de participación política estaba presente en toda la sociedad. Los medios impresos tenían sobre sí una condicionante a su supuesta labor informativa: la empresa que se encargaba de suministrar el papel a todos ellos era la Productora e Importadora de Papel, S.A. (PIPSA). Ésta era propiedad del gobierno, había sido fundada por Lázaro Cárdenas. En lo particular, los periodistas recibían premios o castigos según se sometieran o no a los lineamientos oficiales.⁷

A partir de entonces, la persistente impunidad de los responsables de la violencia represora en el movimiento del 68 orienta la ruta de análisis que sobre este tema hacen diferentes autores. Cabe mencionar que el movimiento estudiantil y la represión que lo

⁷ Gilberto Guevara Niebla, *1968 Largo camino a la democracia*. México, Cal y Arena, 2008, p. 81. Guevara fue representante de la Facultad de Ciencias de la UNAM ante el Consejo Nacional de Huelga (CNH).

derrotó no mereció la atención de los gobiernos priístas que siguieron al de Díaz Ordaz. Fue hasta 1998, cuando el Legislativo trató de investigar la represión estudiantil y se formó la Comisión Especial del 68.⁸ Cuando el Partido Revolucionario Institucional (PRI) perdió su hegemonía en el poder a partir de la elección de un presidente del Partido Acción Nacional (PAN), Vicente Fox, se pudo conformar en 2001,⁹ una nueva instancia: La Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado, (FEMOSPP).¹⁰

I. 1 La denuncia

Ahora bien, no es tarea fácil clasificar las obras revisadas bajo una sola etiqueta, pues a veces en un mismo libro confluyen diferentes enfoques. Sin embargo, podemos identificar los libros que tienen como eje predominante la denuncia y el testimonio por ser estos parte fundamental de una memoria histórica que no termina de consolidarse. En ese tenor, en el que predomina la denuncia, encontramos obras como:

Aguayo, Sergio, (1998) *1968 Los archivos de la violencia*.

Rodríguez Munguía, Jacinto, (2008) *1968 Todos los culpables*.

Scherer García, Julio y Carlos Monsiváis, (2004) *Los patriotas: de Tlatelolco a la guerra sucia*.

Scherer García Julio, Carlos Monsiváis, (1999) *Parte de Guerra Tlatelolco 1968. Documentos del General Marcelino García Barragán. Los hechos y la historia*.

Jardón Raúl, (2003) *El espionaje contra el movimiento estudiantil Los documentos de la Dirección Federal de Seguridad y las agencias de inteligencia estadounidenses en 1968*.

⁸ La comisión estuvo integrada por: “Pablo Gómez, el diputado Miguel Ángel Garza (Partido Verde), Salvador Rizo y Oscar Aguilar (PRI), y Américo Ramírez y Gustavo Espinoza Plata (PAN).

Durante un año la comisión enfrentó diversos problemas para la investigación. Tuvo acceso a 600 expedientes en 128 cajas, así como a 850 fotografías del Archivo General de la Nación. Pero nada de lo que realmente importaba: las órdenes de Díaz Ordaz y la actuación del Ejército”. José Gil Olmos, “Servidumbre”, en Revista *Proceso*, Año 31, Edición Especial 23, octubre de 2008, pp. 34-39.

⁹ La FEMOSPP fue creada “el 27 de noviembre de 2001 por el presidente Fox en respuesta a la recomendación 26/2001 de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) sobre desapariciones forzadas y violaciones de derechos humanos durante la guerra sucia, la Femospp retomó la denuncia por genocidio contra Luis Echeverría Álvarez, promovida por el Comité del 68 en el 30 aniversario de la matanza”. Gloria Leticia Díaz, “Ejército intoxicado”, en Revista *Proceso*, Año 31, Edición Especial 23, octubre de 2008, pp. 50-53.

¹⁰ La Fiscalía Especial fue “instalada durante los primeros años del gobierno de Vicente Fox, cuyo titular sería el doctor Ignacio Carrillo Prieto. El mejor momento de la Fiscalía Especial se presentó en julio de 2004, con la consignación de Luis Echeverría, en relación con el jueves de Corpus; más tarde esa imagen de seriedad y congruencia se fue diluyendo gracias—entre otras razones— a la conducta del señor Carrillo Prieto, que pocos vacilarían en calificar de frívola.” El 22 de julio de 2004 esta Fiscalía consignó a 12 personajes, entre ellos a Luis Echeverría, quien “a finales de mayo de 2007 resentía los efectos de un auto de formal prisión, resuelto en su contra por su presunta responsabilidad en los hechos ocurridos durante el desarrollo del movimiento estudiantil de 1968, acusado por la FEMOSPP, del delito de genocidio” (Eduardo Valle, *El año de la rebelión por la democracia*, México, Océano, 2008, pp. 11, 15).

He elegido privilegiar el análisis de los textos de Aguayo, Rodríguez y de la sección que escribe Scherer en *Parte de Guerra*. Se trata de obras publicadas en los años límites o cercanos a ellos del recorte temporal de esta revisión bibliográfica: 1998 y 2008. Por razones de espacio, en su oportunidad, aludiré a otras obras en nota a pie de página. En esta misma área incluiré también algunas citas de libros y revistas, como el número especial de *Proceso* publicado en 2008 y la revista *Historia Mexicana*, por considerar relevante y pertinente su información respecto al tema que me ocupa.

En primer lugar, y comparándolo con el libro de Scherer y Monsiváis, haré un análisis de la denuncia y testimonio que presenta Aguayo en su libro publicado en 1998: *1968 Los archivos de la violencia*.

Aguayo fue invitado en 1993 a formar parte de una “Comisión de la Verdad” independiente, que pretendía averiguar lo que sucedió el 2 de octubre. Sin los recursos ni la autoridad para llegar al fondo de la investigación, tomó conciencia de la falta de “una buena explicación histórica” que mantenía abiertas “heridas políticas y síquicas”.¹¹

Puesto que al indagar en el pasado se buscan las significaciones para el presente, el interés de Aguayo al analizar la violencia gubernamental desplegada durante el movimiento estudiantil, fue más que entender un hecho histórico:

[...] explicándolo esperaba contribuir a evitar un acontecimiento similar. La investigación se orientó desde un primer momento a los aspectos que habían sido menos estudiados: la lógica de la violencia y la importancia del factor externo. Después de todo si se quiere erradicar la violencia política, hay que conocer su anatomía y sistema nervioso.¹²

Las investigaciones de Aguayo giran en torno a los acontecimientos del 2 de octubre. El autor se propone descubrir la procedencia de los helicópteros, las bengalas y de los cuerpos militares y policíacos allí presentes. Al averiguarlo, se podría identificar plenamente a los responsables de los sucesos en Tlatelolco. También quedaría claro si la Central Intelligence Agency, (CIA), Cuba o la URSS tuvieron alguna intervención en el desenlace del movimiento. Además, se interesó por conocer el peso que tuvo la proximidad de los juegos olímpicos en la “resolución” que dio el gobierno al “problema estudiantil”.

Aguayo afirma que entre los militares de alto rango no había la certeza de que los francotiradores en Tlatelolco, hubieran sido los estudiantes. Los generales García Barragán y

¹¹ Sergio Aguayo. *1968 Los archivos de la violencia*, México, Grijalbo, 1998, p. 13. El autor es Doctor en Relaciones Internacionales por la Universidad Johns Hopkins. Actualmente es profesor e investigador del Colegio de México.

¹² *Ibid.*, p.14

Antonio Riviello, así como otros militares presentes en Tlatelolco el 2 de octubre, hablan de “tiradores emboscados”, “individuos o personas civiles”, pero no culpan a los estudiantes de haber iniciado el ataque. La investigación de Aguayo está sustentada en testimonios y documentos. También utilizó la entrevista como herramienta para conocer las versiones de funcionarios, diplomáticos, militares y elementos de protección. La mayoría de ellos eligió el anonimato.¹³

Las fuentes que utilizó el autor fueron: el Archivo General de la Nación, el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el Archivo Diplomático, el del Departamento del Distrito Federal. Aguayo no tuvo acceso a los archivos de la Dirección Federal de Seguridad,¹⁴ a los de la Secretaría de la Defensa Nacional ni a los de la Presidencia de la República.

El autor cita el apotegma de Weber: “El Estado es una asociación que reclama para sí el monopolio legítimo de la violencia”. Entonces, explica que “el propósito del libro es describir el estilo mexicano de usar la violencia entre 1958 y 1970”.¹⁵ En su libro analiza los métodos de las protestas sociales y el papel de las comunidades internacionales.

Entre los aparatos más importantes con que contaba el Estado para controlar cualquier disidencia estaban: la Dirección Federal de Seguridad (DFS), creada en 1947, y la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (IPS). Ninguna de las dos tenía servicios de inteligencia, es decir, los informes pasaban sin ningún proceso o filtro para que, con base en ello, quien gobernara tomara decisiones al respecto.¹⁶

Otras de las instancias de seguridad que dependían del Ejecutivo Federal eran: la Policía Judicial Federal, el Servicio Secreto, el Cuerpo de Granaderos, la Policía Judicial y la Policía Preventiva del Departamento del Distrito Federal. Desde el gobierno de Manuel Ávila Camacho, el Ejecutivo también contaba con una estructura militar paralela y complementaria: el Estado Mayor Presidencial. Durante el movimiento del 68, la Fuerza Aérea prestó labores de apoyo al gobierno. Si se hacía necesario, la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, la

¹³ *Íbid.* p.15.

¹⁴ *Íbid.* pp.16-17. Los archivos de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) fueron abiertos en 2002. Cabe aclarar que “la Secretaría de Gobernación sólo entregó al Archivo General de la Nación los informes que hicieron los agentes de la DFS sobre el movimiento estudiantil [...], los reportes que con base en ellos elaboraban sus jefes para entregarlos a los altos funcionarios del gobierno o cuando menos al secretario de Gobernación y el presidente de la República”. La versión oficial fue que también los archivos de la Secretaría de la Defensa Nacional, que tratan sobre el movimiento estudiantil del 68, fueron presentados “por el gobierno federal como un gran paso adelante en la transparencia y en la lucha contra la impunidad”. (Raúl Jardón. *El espionaje contra el movimiento estudiantil. Los documentos de la Dirección Federal de Seguridad y las agencias de inteligencia estadounidenses en 1968*, México, Itaca, 2003, p.11).

¹⁵ Aguayo, *Op. Cit.*, p.29.

¹⁶ *Íbid.* pp. 31-32.

Policía Federal de Caminos y las organizaciones obreras y campesinas podían ser utilizadas en apoyo al presidente y al régimen.¹⁷

Aguayo continúa su exposición describiendo los cargos y el desempeño de algunas personas que hacían funcionar la maquinaria de la coerción durante la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz. Los principales eran: Luis Echeverría Álvarez, como secretario de Gobernación y Fernando Gutiérrez Barrios, como director de la Dirección Federal de Seguridad.

Uno de los factores que señala el autor como detonante de la violencia en contra del movimiento del 68 era el enorme poder, sin contrapesos, personificado en el Ejecutivo. Aguayo explica que la personalidad paranoica de Díaz Ordaz atribuyó más fuerza al enemigo de la que realmente tenía y con ello justificó el uso de la violencia en contra de los “enemigos de la nación”.¹⁸ El nacionalismo era invocado con frecuencia por Díaz Ordaz para “llamar a la unidad” en contra de supuestas amenazas extranjeras que contaban con la complicidad de “malos mexicanos, apátridas”. En esta dinámica, en la que la estabilidad del régimen se consideraba incuestionable, el oponerse a ella equivalía a traicionar a la patria. Por consiguiente, desde la óptica gubernamental, se justificaba la represión.¹⁹

Monsiváis, periodista y escritor que vivió de cerca el proceso aquí estudiado, concuerda con Aguayo en la apreciación de la actitud paranoica Gustavo Díaz Ordaz:

Desde el principio de su sexenio, sabe que hay un complot en su contra (así debe ser), en el que, lo sepan o no, participan como delincuentes los involucrados. Unos intrigan, y otros—por maldad congénita—aceptan la maniobra. Alguien acecha en la oscuridad (Ergo, yo soy la luz), y alguien quiere desestabilizar (Ergo, yo soy la patria). Recién él toma el mando, en 1965, la policía allana locales del Partido Comunista, la Central Campesina Independiente y el Frente Electoral del Pueblo. Hay cateos y detención de militantes, y se decomisan archivos. El boletín oficial del 13 de abril es sincero: [...] con el deseo de evitar futuros desórdenes que como única consecuencia traen consigo la alteración del orden y la paz pública, [...].²⁰

¹⁷ *Ibid.* pp.32-33.

¹⁸ *Ibid.* p.39.

¹⁹ *Ibid.* p.91.

²⁰ Julio Scherer García, y Carlos Monsiváis, *Los patriotas: de Tlatelolco a la guerra sucia*, México, Aguilar, 2004, pp.170-171. En agosto, el presidente dijo, luego de enterarse de los insultos proferidos en su contra en la manifestación del 27 en el zócalo: “«A Díaz Ordaz pueden atacarle lo que quieran», comentó el presidente a un amigo, «mentarle la madre o matarlo», pero que no sienta yo que tocan a México, porque la respuesta no tendrá límite ni fin”. En septiembre “el presidente organiza dos reuniones sucesivas; una con los representantes de los partidos y otra con los directores de los periódicos. [...] En ambas se escuchan frases admonitorias: «no me detendré ante nada», «la patria está en peligro», «hay que salvar a México». Algunos testigos recuerdan que el presidente estaba fuera de sí. Se descomponía al hablar”. (Enrique Krauze, *La presidencia Imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano, (1940-1996)* México, Tusquets, 1997, pp. 369-377).

La denuncia de Aguayo sobre la forma en que operó el régimen díazordacista inicia con un análisis acerca de la capacidad gubernamental de controlar la información. Esto incluía el espionaje, la vigilancia de personas sospechosas para la seguridad del Estado, la infiltración de los movimientos sociales y la cooptación de la mayoría de los medios de comunicación. Con estos medios era posible desprestigiar a los opositores del régimen y desinformar a la opinión pública.²¹

La fuerza física, dice el autor, era aplicada a discreción y no siempre era el primer recurso del gobierno. Los despidos laborales podían ser el primer paso. Así ocurrió, por ejemplo, durante el movimiento ferrocarrilero en 1958-59 y el movimiento médico en 1965.²² Otro recurso era la aplicación de las leyes como los artículos 145 y 145 bis del *Código Penal*: la *Ley de la Disolución Social*, creada en 1941.²³ Estos, sin ser hechos *ex-profeso*, resultaban idóneos para que el régimen se librara de “enemigos”. Recordamos que la derogación de estos artículos formó parte de los 6 puntos del pliego petitorio formulado por el CNH en agosto de 1968.

Aguayo no se limita a denunciar la violencia estatal pues enuncia su hipótesis de “las dos violencias”, donde registra la de los movilizados. No obstante, reconoce que aquéllas no guardaban proporción entre sí, pues mientras los “estudiantes rompen cristales, los granaderos cabezas”.²⁴ La violencia se exacerbó cuando el gobierno pretendió terminar con el conflicto enviando a los militares en la madrugada del 30 de julio de 1968. Estos intervinieron en el movimiento por primera vez en el asalto a la preparatoria número uno. Su presencia, lejos de disuadir, acrecentó la resistencia y la violencia.²⁵

A partir de entonces, la violencia en el lenguaje de los movilizados rebasó “el tono sensato de sus exigencias”.²⁶ El autor continúa: “Después de la marcha del 27 de agosto y la batalla del 28, la reacción inmediata del gobierno fue de rabia”.²⁷ Ni siquiera la “medura y la

²¹ Aguayo, *Op. Cit.*, pp. 51-57.

²² *Ibid.* pp. 59-60.

²³ *Ibid.* p. 69.

²⁴ *Ibid.* pp.124-125.

²⁵ *Ibid.* pp.126-127. Al respecto, la afirmación de Aguayo coincide con la de Monsiváis. Éste explica cómo el gobierno obtuvo el resultado opuesto al que pretendía: “En gran medida, el coraje de manifestantes y brigadistas del 68 se va nutriendo de la cadena de hechos represivos: detenciones arbitrarias, asesinato de brigadistas que hacen pintas, asalto sangriento al Casco de Santo Tomás, la invasión militar de Ciudad Universitaria, despliegue bélico en la ciudad entera. Todo esto irrita y conmueve, y el proceso de radicalización prosigue hasta desembocar en la matanza de la Plaza de las Tres Culturas”. (Scherer y Monsiváis, *Op. Cit.*, *Los Patriotas...*p.171).

²⁶ Aguayo, *Op. Cit.*, p. 141.

²⁷ *Ibid.* p. 162.

moderación” de la manifestación del 13 de septiembre cambiaría la impresión que el gobierno ya se había hecho sobre el movimiento.²⁸

Las batallas de los jóvenes contra los granaderos por los recintos escolares del IPN, en Tlatelolco y en el Casco, entre el 21 y el 24 de septiembre, hicieron “intolerable la situación” para el gobierno. “Lo más probable es que el 24 o 25 de septiembre, el presidente y su equipo decidieran lanzarse a una solución definitiva”.²⁹ Además de ver amenazado su monopolio de la violencia, el Estado mexicano tenía un gran compromiso frente a la comunidad internacional: la celebración de los Juegos Olímpicos. Había que exterminar el movimiento estudiantil antes de la inauguración de los juegos, el 12 de octubre.³⁰ Por consiguiente, se aprestó a hacerlo.

La masacre del 2 de octubre quedó filmada en unos 120 mil pies de película, unas 20 horas. El encargado de coordinar la filmación desde diferentes ángulos fue Servando González.³¹ Él mismo afirma haber entregado en la madrugada del 3 de octubre todo el material a un Coronel de la Dirección Federal de Seguridad, de apellido Castillo.³² Aguayo menciona la importancia estratégica que tuvieron los francotiradores en Tlatelolco, personas que no fueron identificadas.³³

El autor también anotó que algunos de los estudiantes usaron armas de fuego.³⁴ Por supuesto, claro está, ni en lo cualitativo ni en lo cuantitativo, éstas se asemejaron al arsenal de las Fuerzas Armadas y cuerpos policíacos. Las diferentes fuentes oficiales que hicieron el balance final del número de detenidos, heridos y muertos en Tlatelolco no coinciden entre sí. Para Aguayo, saber la cantidad exacta es importante para poner punto final a los hechos de

²⁸ *Íbid.* p. 167.

²⁹ *Íbid.* p. 183.

³⁰ *Íbid.* pp. 205-219. Para el 2 de octubre en Tlatelolco se desplegaron las siguientes fuerzas: El primer Batallón de Infantería de las Guardias Presidenciales, un Batallón de fusileros paracaidistas, varios batallones de infantería, el Batallón Olimpia, unidades de apoyo y equipo blindado: 3000 efectivos. Los helicópteros, dice el autor, muy probablemente pertenecían uno a la Fuerza Aérea y otro a la Procuraduría. Además había personal de la Dirección Federal de Seguridad, de Investigaciones Políticas y Sociales, granaderos, policías, agentes del Servicio Secreto, un grupo de paramilitares: “Equipo Zorro”. En total, entre 5 y 10 mil militares, policías y paramilitares.

³¹ *Íbid.* p. 224.

³² *Íbid.* p. 242.

³³ *Íbid.* p. 246-247. Respecto a la importancia que Aguayo asigna a los francotiradores en Tlatelolco y su dudosa procedencia, Raúl Jardón discrepa: “[...] en el caso de los muertos reconocidos oficialmente es irrelevante si hubo francotiradores del Estado Mayor o no, o cuál era realmente su misión, pues los asesinos estaban en la plancha de la Plaza de las Tres Culturas”. (Jardón, *Op. Cit., El espionaje...*, p.52). Por otra parte, Rodríguez Munguía dice que hay diferentes versiones acerca de la identidad de los francotiradores: elementos del batallón Olimpia, integrantes del Estado Mayor Presidencial, o estudiantes o población civil de Tlatelolco. (Jacinto Rodríguez Munguía. 1968: *Todos los culpables*, México, Random House Mondadori, 2008, p. 131).

³⁴ Aguayo, *Op. Cit.*, p. 226.

Tlatelolco.³⁵ Él también escribió sobre la actitud de los soldados uniformados en el momento del ataque. Algunos, aprovechando el caos, se dedicaron al pillaje, otros se mostraron crueles, los hubo desconcertados mientras que unos pocos fueron protectores, en la medida posible, con los muchachos y algunos reporteros presentes. En el caso de la policía y los militares vestidos de civil no hubo, de parte de ellos, muestras significativas de conmiseración.³⁶

Aguayo termina su denuncia mencionando a algunos de los más cercanos colaboradores de Díaz Ordaz, entre otros: Echeverría, Carrillo Flores, Corona del Rosal y Gutiérrez Barrios.³⁷ La absoluta subordinación de Corona del Rosal, entonces Jefe del Departamento del Distrito Federal, al presidente de la República era evidente. El periodista Julio Scherer señaló:

Corona del Rosal se solazaba con los méritos de Díaz Ordaz [...] Dijo de Díaz Ordaz: En el gobierno no hubo línea dura, pero sí firmeza ante la dureza de la agresión y el terrorismo. El señor Presidente vio los acontecimientos con pena, pero con serenidad y firmeza, pensando permanentemente en los intereses y el futuro del país.³⁸

De este modo, el libro de Sergio Aguayo nos permite conocer parte del interior de la “maquinaria que tenía el gobierno federal en los años sesentas para aplastar opositores”.³⁹ Debe tomarse en cuenta que para el año de publicación del texto, 1998, muchos de los archivos aún no estaban disponibles. Aun así, considero que es una obra de referencia obligada para entender la dinámica de la violencia desplegada. También se percibe en esta obra, una intención de despojar a los estudiantes de su papel de víctimas absolutas. Con ello, observo que el autor busca sustraer al movimiento estudiantil del halo mítico que los presenta como sujetos pacíficos, inermes e inocentes. Por supuesto, en ningún momento el discurso del autor justifica la violencia del gobierno, pero sí aporta datos para conocer la circunstancia que hizo posible la respuesta represiva por parte del estado. Aguayo afirma que la violencia física y verbal fue creciendo pues era la expresión que en ese momento daba salida a: “los torrentes de energía social que se habían venido acumulando”.⁴⁰ Asimismo, señala que el prejuicio de los estudiantes respecto al Estado, al que los movilizados consideraban monolítico e intransigente, intensificó la violencia verbal en contra del gobierno y cerró las posibles vías

³⁵ *Ibid.* p. 250.

³⁶ *Ibid.* pp. 299-300.

³⁷ Aguayo, *Op. Cit.*, p. 304.

³⁸ Julio Scherer García y Carlos Monsiváis, *Parte de Guerra. Tlatelolco 1968. Documentos del General Marcelino García Barragán. Los hechos y la historia.* México, Aguilar, 1999, p. 25.

³⁹ Aguayo, *Op. Cit.*, p. 30.

⁴⁰ Aguayo, *Op. Cit.*, p.124.

de comunicación, si acaso había alguna. Esta circunstancia intensificó la disposición de los gobernantes para usar la fuerza física.

Cabe aclarar que la violencia verbal y física por parte de los jóvenes fue la reacción natural a las acciones en su contra ordenadas por los funcionarios públicos. Esto ocurrió principalmente, entre la base más joven del movimiento. Hasta cierto grado, y sin exculpar al Ejecutivo Federal, el autor atribuye a las presiones dentro del país y fuera de éste la magnitud de la represión, que ya tenía antecedentes desde finales de los cincuentas, cuando Díaz Ordaz era Secretario de Gobernación. Las presiones desde el exterior que el gobierno percibía, tenían que ver con la inminente celebración de los Juegos Olímpicos en México, la supuesta amenaza comunista sobre el régimen mexicano, la tendencia de los jóvenes a emular sucesos como el de mayo en París, etc. En la formulación de estas ideas, el clima de la guerra fría marcó su impronta. Las presiones internas se relacionaban con la estructura misma del régimen: autoritario y paternalista; que no permitiría la expresión de inconformidades por otras vías que no fueran las institucionales.

No obstante, Guevara Niebla objeta la manera en que Aguayo presenta el desarrollo del conflicto estudiantil:

Aguayo [...] disfraza la mentira con un aparente rigor académico: [...]. Es una obra engañosa y deshonesta pues concede veracidad a la documentación policíaca y apoyada en esa bazofia se dedica a distorsionar el 68, a presentarlo no como lo que significa—un episodio democrático—sino como una expresión violenta y subversiva. Busca revelar la responsabilidad del gobierno y del ejército, pero nada añade a lo que todos conocemos.⁴¹

Teniendo en cuenta que las fuentes que usa el investigador son producidas desde un contexto determinado, y que es casi imposible ser objetivo en la investigación histórica, podríamos preguntar a qué otros documentos o fuentes absolutamente fehacientes puede remitirse quien pretendiera adentrarse en una investigación de esta naturaleza.⁴² Por tratarse

⁴¹ Guevara, *Op. Cit., 1968 Largo camino* ...p. 45. Respecto al trabajo de Aguayo, nótese el punto de vista del Doctor en Historia Ariel Rodríguez Kuri: “[...], quizá sólo los estudios de Sergio Aguayo pueden ser enmarcados dentro de un campo analítico que considere seriamente la posibilidad de una historia de la represión política en México. En sendos estudios, Aguayo no sólo proporciona información altamente relevante para una historia de ese sentido, sino que hace una primera identificación de los agentes, patrones y técnicas de control, supervisión, intervención y represión de los disidentes políticos, sobre todo después de la segunda guerra mundial”. (Ariel Rodríguez Kuri. “Los primeros días Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968”, en *Historia Mexicana*, Colegio de México, Vol. LIII, núm. 1,1 de julio-septiembre 2003, pp. 179-228).

⁴² Si los archivos consultados por Aguayo son deleznable desde el punto de vista de Guevara, un matiz distinto tendría la obra del activista político y escritor, Raúl Jardón: *El espionaje contra el movimiento estudiantil. Los*

de un tema contemporáneo, ha sido posible para algunos autores, dirigir la investigación hacia el testimonio oral de los que participaron. Esa es la fuente que se construyeron los autores de los textos que se comentan en la última parte de este capítulo dedicada a la bibliografía testimonial. Sin embargo, hasta donde he podido constatar, el resultado de esta opción, no ha añadido información relevante al análisis.⁴³ Es digno de mención que tanto Aguayo como Jardón, Scherer y Rodríguez Munguía tienen que recurrir a los diferentes archivos de las instituciones que estuvieron entonces involucradas para confirmar o confrontar la reconstrucción e interpretación que hacen ellos sobre los sucesos del 68.⁴⁴

En segundo lugar, analizaré brevemente, un libro del periodista e investigador Jacinto Rodríguez Munguía. Se trata del publicado en octubre de 2008: *1968 Todos los culpables*.⁴⁵ Esta obra también se inscribe, de forma predominante, dentro de la vertiente de la denuncia y el testimonio. El autor inicia su análisis en los sucesos del dos de octubre en Tlatelolco.

Respecto a los elementos que hicieron posible la masacre de ese día, el autor señala tres factores: el miedo de Gustavo Díaz Ordaz ante un movimiento que escapaba de su control, la manipulación que hacía Luis Echeverría de la información que transmitía al Presidente de la República para exacerbar esos miedos y el quiebre del mito de lealtad y disciplina del ejército. El primer punto señalado, el miedo presidencial, coincide con la hipótesis de Aguayo, que éste llama “carácter neurótico” del presidente.

Lo novedoso en el planteamiento de Rodríguez Munguía, es la tesis de que la cúpula de las Fuerzas Armadas tenían graves conflictos entre sí y que los sucesos de Tlatelolco confirman la ruptura de la disciplina militar.⁴⁶

Como se destaca en el título de su libro, el autor señala a los culpables implicados en la represión del movimiento del 68. En un tono incisivo empieza por culpar a los estudiantes

documentos de la Dirección Federal de Seguridad y las agencias de inteligencia estadounidenses en 1968. Jardón, como participante directo en el movimiento, va contrastando lo que encontró en los archivos, con su experiencia personal. Él hace una analogía: el espionaje de la DFS era como una red, insuficiente y con huecos por donde escapaba la información. Apoyarse exclusivamente en tales informes daba una idea burda del desarrollo del movimiento. (Raúl Jardón, *1968 El fuego de la esperanza*, México, Siglo XXI, 1998, p. 198. p. 11).

⁴³ Duby explica las limitaciones con que se encuentra la investigación histórica: “[...] todas las fuentes son representativas, y todas corren igualmente un velo sobre la realidad objetiva. [...] es decir, para juzgar la representatividad de un texto, hay que confrontarlo con otros”. (Georges Duby, Ladreau Guy, *Diálogo sobre Historia*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 60-61).

⁴⁴ Burke escribió sobre el “problema de las fuentes”, para el historiador es menester: “ buscar nuevos tipos de fuentes que complementaran las fuentes oficiales. Algunos se volvieron hacia la historia oral, [...]; otros hacia las estadísticas. [...]. También se ha demostrado posible releer ciertos tipos de documentos oficiales de una manera nueva. [...] Es por tanto, necesario leer los documentos entre líneas”. (Peter Burke, *et.al.*, *Formas de Hacer Historia*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 26,27).

⁴⁵ Jacinto Rodríguez Munguía, *1968: Todos los culpables*, México, Random House Mondadori, 2008.

⁴⁶ *Ibid.* pp. 12-13.

movilizados: aquéllos que se atrevieron a desafiar a un régimen autoritario y paternalista encargado de preservar el orden. Los culpa por protestar y por tomar las calles y espacios reservados sólo para los gobernantes.⁴⁷

La denuncia incluye a Raúl Mendiola Cerecero, jefe de la Policía Preventiva del Distrito Federal, y a Luis Cueto Ramírez, jefe del Cuerpo de Granaderos. Rodríguez Munguía hace una crónica desde las primeras escaramuzas entre los estudiantes el 22 de julio y la manera en que estos fueron reprimidos por los granaderos. El jefe de la policía, secundado por el Procurador de la República, Julio Sánchez, explicó entonces que los disturbios se debían a una “conjura internacional”, para desestabilizar al país en vísperas de celebrar los Juegos Olímpicos. Esta explicación cuadraba con la influencia de la Escuela de las Américas. El gobierno percibía al movimiento como el resultado de una conjura comunista que justificadamente debía erradicarse. El enemigo estaba ya configurado: “el diablo aliado con los comunistas”.⁴⁸

Otro culpable, dice Rodríguez Munguía, fue Alfonso Corona del Rosal, jefe del Departamento del Distrito Federal. Ante la incapacidad de los granaderos y policías para contener el conflicto en las calles, el regente, de acuerdo con el secretario de Gobernación y los procuradores, decidieron la intervención del ejército.⁴⁹ Para el 30 de julio el ejército con sus tanquetas, jeeps con bazukas y cañones, estaban en las calles del primer cuadro de la ciudad de México.⁵⁰

Para sustentar su trabajo, Rodríguez Munguía pudo acceder al expediente de la Sección II de la Secretaría de la Defensa Nacional y al de la Dirección Federal de Seguridad. Estos archivos no estaban disponibles cuando Aguayo hizo su investigación. En ellos, Rodríguez Munguía encontró, entre otras informaciones, delaciones anónimas en contra de presuntos comunistas que estaban en contacto con la Habana y con Moscú. También halló informes sobre los intelectuales, escritores y académicos que apoyaban al movimiento estudiantil.⁵¹ Los detalles de la toma de Ciudad Universitaria por el ejército aparecen en los

⁴⁷ *Íbid.* pp. 17-19.

⁴⁸ Rodríguez, *Op. Cit.*, pp. 28-32. La *School of the Americas* (SOA) era un centro dependiente del ejército estadounidense. Fue creada en 1946 en la zona del Canal de Panamá. Desde entonces ha entrenado a unos 60 mil soldados y oficiales latinoamericanos en las destrezas relacionadas con el combate antirrevolucionario. A partir de 2001, el Departamento de Defensa de Estados Unidos cambió el nombre de la escuela: *Instituto de Seguridad y Cooperación del Hemisferio Occidental*. (Lesley Gill, *Escuela de las Américas Entrenamiento Militar, violencia política e impunidad en las Américas*, consultado en: <http://books.google.com.mx>, el día 21 de abril de 2009).

⁴⁹ *Íbid.* pp. 33-34.

⁵⁰ *Íbid.* p. 35.

⁵¹ *Íbid.* pp. 52-57.

reportes militares dirigidos al Secretario de la Defensa Nacional con los nombres de las unidades militares y de los capitanes a cargo.⁵²

El autor hace una reseña de las diferentes manifestaciones que se desarrollaron desde el 30 de julio, así como de las batallas por el control de los espacios escolares situados tanto en el primer cuadro de la ciudad, como en la Ciudadela, el Casco y la Plaza de las Tres Culturas. El énfasis que el periodista coloca en los sucesos del 2 de octubre se justifica dada la magnitud de la represión. Rodríguez Munguía nos informa los nombres de los principales personajes que, en la mañana del 2 de octubre, dieron los últimos detalles al plan para la operación militar en Tlatelolco: el General de División Marcelino García Barragán, el Capitán Gutiérrez Barrios, el General Luis Gutiérrez Oropeza, jefe del Estado Mayor Presidencial, y Mario Ballesteros Prieto, jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional. Ernesto Gutiérrez Tagle, encargado del Batallón Olimpia estuvo presente en aquella reunión en la que se dio forma a la “Operación Galeana” que reunió entre 5 a 10 mil soldados en Tlatelolco.⁵³

En la misma mañana que se preparaba el ataque, en casa del rector Barros tenía lugar un encuentro entre Alfonso Caso y Jorge de la Vega como representantes del gobierno, con los representantes de los movilizadros: Gilberto Guevara Niebla, Luis González de Alba y Anselmo Muñoz.⁵⁴ Supuestamente, el gobierno trataba de resolver el conflicto por la vía pacífica.

Mientras tanto se iba montando el escenario para acabar de una vez por todas con el movimiento. Hasta el detalle de la filmación, que ya había mencionado Aguayo en su libro, estaba previsto: seis equipos de cine instalados en el piso 19 del edificio de Relaciones Exteriores, situado a un costado de la Plaza de las Tres Culturas.⁵⁵ Respecto a los conflictos entre la cúpula militar, el autor explica el quiebre de la lealtad de las fuerzas armadas. Rodríguez dice que los francotiradores que dispararon en contra de manifestantes y militares en Tlatelolco eran militares. El periodista añade a esto la tesis de Scherer: García Barragán se enteró de que los francotiradores eran elementos del Estado Mayor Presidencial hasta las 19:45 del 2 de octubre.⁵⁶ Así, el autor deja en el aire la duda: “¿fueron los militares quienes hicieron su propia guerra en Tlatelolco o formaron parte de un entramado más amplio?”.⁵⁷ Por su parte, el titular de la Secretaría de la Defensa, García Barragán escribió en 1976, que confiaba en que el juicio de la Historia corroborara el suyo: los responsables de los sucesos

⁵² *Ibid.* pp. 196-197.

⁵³ *Ibid.* pp. 114-122.

⁵⁴ *Ibid.* p. 113.

⁵⁵ *Ibid.* p. 120.

⁵⁶ *Ibid.* pp. 194-196.

⁵⁷ *Ibid.* p. 214.

en Tlatelolco, sirvieron “con lealtad y desinterés” al entonces Presidente y a las instituciones.⁵⁸

En relación con los multicitados francotiradores, escribió García Barragán:

Como consecuencia de esta animadversión hacia el ejército, la tarde del 2 de octubre, al presentarse el ejército a darle apoyo a la Policía Preventiva, surgieron francotiradores de la población civil que acibillaron al ejército y a los manifestantes. A estos se sumaron oficiales del Estado Mayor Presidencial, que una semana antes, como lo constatamos después, habían alquilado departamentos de los edificios que circundan a la Plaza de las Tres Culturas y que, de igual manera, dispararon al ejército que a la población en general.⁵⁹

Para 1978, en una carta personal, García Barragán, ya no habla de civiles armados sino que confirma que el General Luis Gutiérrez Oropeza había apostado en diferentes edificios, “diez oficiales armados con metralletas, con órdenes de disparar sobre la multitud ahí reunida”.⁶⁰ Asimismo, Rodríguez Munguía, como lo hace Aguayo, reconoce la existencia de personas armadas entre los movilizados. Entre los “ingenuos estudiantes armados” estaba Jorge Poo, estudiante de la ESIME, Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica del IPN, quien junto con un grupo de amigos, decidieron armarse para responder a la agresión. Todos ellos formaron una especie de cuerpo de guardaespaldas para el CNH a petición de Álvarez Garín.⁶¹ Cabe aclarar que el arma que portaba Poo era de calibre 22.

El autor del libro consigna en éste, el testimonio que rindió Poo en 1998 ante la comisión de la Cámara de Diputados que investigaba los sucesos del 68. El diputado Pablo Gómez interrogó a Poo si creía que grupos de resistencia, como el del interrogado, habían dado dirección al movimiento. La respuesta fue negativa, añadiendo que siempre fue el CNH el encargado de hacerlo. Sin embargo, Poo invitó a la reflexión al agregar que el movimiento no fue sólo el CNH, sino la gente que como él, estuvo dispuesta a enfrentar a los granaderos.⁶²

En un anexo, Rodríguez Munguía enlista los nombres de los culpables para que no sean olvidados: los del Poder Civil, los del espionaje, los del Batallón Olimpia, los de la

⁵⁸ Julio Scherer García y Carlos Monsiváis, *Op. Cit. Parte de Guerra...*p. 26.

⁵⁹ *Ibid.* p. 42.

⁶⁰ *Ibid.* p. 43.

⁶¹ Rodríguez Munguía, *Op. Cit.*, p. 144.

⁶² *Ibid.* p. 145.

policía y los granaderos. Finalmente el autor registra los nombres de los caídos durante el movimiento y en la represión del 2 de octubre, entre los que incluye estudiantes y soldados.⁶³

Esta obra es, principalmente, una denuncia y testimonio con nombres y apellidos. Sin embargo, encuentro que la riqueza de la información que presenta el autor pierde algo de su mérito al no fundamentar sus afirmaciones con notas a pie de página. El libro también carece de un índice de los archivos consultados por lo que estos tienen que rastrearse en el texto cuando son citados sin mayor precisión. Se percibe en el tono del discurso de Rodríguez Munguía la necesidad de generar una memoria histórica que tenga bien identificados a los diferentes actores del movimiento estudiantil del 68.

Del breve análisis que se ha hecho de los libros de Aguayo, Scherer-Monsiváis y Rodríguez Munguía, se desprende que la denuncia que se ha hecho de los responsables de la represión violenta se refuerza a medida que son abiertos los archivos de las diferentes instancias involucradas. La aportación que ellos hacen a la memoria del movimiento estudiantil del 68 es un testimonio de cómo el ejercicio del poder del Estado en ese momento arrolló al Estado de Derecho que fundamenta su legitimidad.

Con el transcurso del tiempo, los nombres de los responsables denunciados van difuminándose de la memoria histórica, quedando así sus acciones en la impunidad. En otros países latinoamericanos, como Argentina o Chile, algunos de los culpables de la violencia política han sido enjuiciados por sus actos.⁶⁴ En México, pareciera que se espera el tiempo suficiente para que los delitos prescriban o los inculpados mueran o sean demasiados viejos para responder por sus acciones e ir a prisión. Así ocurrió, cuando el 12 de julio de 2007, el magistrado federal Guadalupe Altamirano otorgó el amparo a Luis Echeverría. El funcionario justificó su resolución diciendo que aquellos personajes clave que pudieron haber dado su testimonio a la FEMOSPP, habían desaparecido o estaban muertos. Éste era el caso del general García Barragán, Luis Gutiérrez Oropeza, Enrique González Gómez Tagle, José

⁶³ *Ibid.* pp. 247-255. Hasta donde conozco, la única voz que apoya las acciones de Gustavo Díaz Ordaz es la de Lucina Moreno al escribir que el presidente “evitó un colapso nacional [...] social político y económico” y, que los sucesos del 2 de octubre fueron el resultado de la “violencia generalizada, agresión verbal y física y la presencia de armas entre algunos estudiantes que no deseaban la solución del conflicto”. La presencia del ejército, dice la autora, era para garantizar la “seguridad en los mítines y marchas y evitar el vandalismo”. (Lucina Moreno Valle. *La otra cara del 68*. México 1998, p.50-51).

⁶⁴ Tal es el caso de el ex dictador argentino Videla quien de 1976 a 1983 fue responsable junto con sus subordinados de la desaparición de unas 30 000 personas. Luego de ser juzgado, del arresto domiciliario pasó a la prisión, donde se le ha negado la posibilidad de retornar al arresto domiciliario. Stella Calloni, “Permanecerá en prisión el exdictador Videla, ratifica tribunal en Argentina” en, *La Jornada*, Sección Mundo, 23 de diciembre de 2008, p.27.

Hernández Toledo, Alfonso Corona del Rosal y Fernando Gutiérrez Barrios. Como ellos no testificaron, dijo el magistrado, no procedía el auto de formal prisión contra Echeverría.⁶⁵

Aún queda mucho por hacer en la investigación de lo sucedido en el 68. Aquel movimiento no puede reducirse a un caso delictivo donde se buscan culpables y se aplica la sanción correspondiente. La complejidad del problema suscitado aguarda el trabajo multidisciplinario entre sociólogos, politólogos, historiadores, filósofos, etc. Por el momento, Tlatelolco-2 de octubre e impunidad se relacionan casi automáticamente y es ésta, entre otras, la razón de ser de libros que denuncian y testifican como los que se han citado líneas arriba.

I.2 Los testimonios

Otras de las obras vinculadas a las que hacen de la denuncia su eje temático son los trabajos en los que predomina la recopilación de testimonios de los participantes en el movimiento. Los libros que se inscriben en esta vertiente son:

Esteban Ascencio. (1998), *1968 Más allá del mito*.

Mario Ortega Olivares. (1998), *Octubre dos: Historia del movimiento estudiantil*.

Renward García Medrano. (1998), *El 2 de octubre en sus propias palabras*.

Raúl Jardón. (1998), *1968 El fuego de la esperanza*.

Los tres primeros libros se caracterizan por recurrir al testimonio de los que estuvieron involucrados en el movimiento del 68. En este trabajo, Ascencio se propone matizar el aspecto mítico que ha rodeado al movimiento: “[...] una especie de sentido común acerca de lo acontecido: los estudiantes fueron meras víctimas, políticamente inexpertos e inocentes, democráticos por vocación innata, casi puros, el gobierno nunca quiso dialogar, etc.”⁶⁶

El autor pretende, a 30 años de distancia, acercarse al 68 “con nuevas interrogantes y problemáticas”. Por ello decidió entrevistar a “más de veinte de los protagonistas del movimiento” con el fin de “hacer una modesta aportación a la construcción de la “historia seria, extensa y profunda de los hechos”.⁶⁷

⁶⁵ Carlos Monsiváis, “El 68, las funciones institucionales de la memoria”, en Álvaro Vázquez Mantecón, (comp), *Memorial del 68*, Centro Cultural Universitario Tlatelolco, UNAM, Turner, 2007, p.270. Álvaro Vázquez es Maestro en Historia por la Universidad Iberoamericana. Profesor en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y profesor-investigador en la UAM. Confirmando la sostenida impunidad de los responsables, recientemente el Quinto Tribunal Colegiado de la Procuraduría General de la República exoneró a Luis Echeverría Álvarez de su responsabilidad por el delito de genocidio. Así quedó libre de la prisión domiciliaria. (Gustavo Castillo, “Inocente del delito de genocidio por la matanza del 2 de octubre. Exculpa Tribunal a Luis Echeverría en, *La Jornada*, Sección Política, 27 de marzo de 2009, p.17).

⁶⁶ Esteban Ascencio. *Más allá del mito*. México, Milenio, 1998, p. 10.

⁶⁷ *Ídem*.

Ascencio entrevista a participantes como: Raúl Álvarez Garín, Roberta Avendaño, Sócrates Campos Lemus, Luis Tomás Cabeza de Vaca, Roberto Escudero, Gilberto Guevara Niebla, etc. Ellos aportan sus vivencias relacionadas con la movilización y plantean algunas interpretaciones al proceso en el que participaron. Por sus respuestas, se puede inferir que, básicamente, todos ellos responden a las preguntas: ¿Qué significó para ti el movimiento del 68?, ¿Cuál era la naturaleza de éste?, ¿Cuáles fueron los errores de los movilizadores?, ¿Qué tienes que decir sobre el 2 de octubre?, ¿Cuál fue el impacto del movimiento tanto a nivel personal como político y social?, ¿Qué se puede decir, en tanto mito, del movimiento estudiantil? Las respuestas son registradas en pequeños apartados encabezados con el nombre del entrevistado en turno, sin ninguna introducción ni conclusión por el autor del libro.

En el mismo orden de ideas, Mario Ortega narra cómo durante una reunión con miembros de los comités de lucha del Politécnico, el 1 de mayo de 1997, surgió el propósito de completar la información en el registro de las experiencias del movimiento. Se trataba de profundizar el conocimiento sobre los sucesos relacionados con la represión en la Vocacional 7 y la defensa de las escuelas del Casco de Santo Tomás, aunque, dice el autor, sin perder de vista que la UNAM y el IPN, estuvieron unidos en la lucha. Sin aclarar cómo hizo la convocatoria a brigadistas y delegados a escribir sobre el tema, él afirma que la respuesta fue escasa. Entonces él recurrió a “la metodología de las historias de vida” para llenar los vacíos en la reconstrucción de los hechos del 68. Primero, inició su labor limitándose a su propia red social. Los primeros en responder fueron algunos miembros “de los cuadros medios y de la base estudiantil, poco a poco se integraron testimonios de los representantes ante el Consejo Nacional de Huelga”.⁶⁸

Ortega declaró que “estas historias quieren ser memorias críticas que rompan el silencio del poder y cierren el paso a la impunidad”.⁶⁹ Con las historias de vida no pretende: “ofrecer un seguimiento sincrónico de aquellos acontecimientos; sino vibrantes relatos donde el tiempo es manejado con plasticidad por el narrador [...]”.⁷⁰ El testimonio de los entrevistados gira en torno a su experiencia personal. Se incluye el alegato de defensa de Raúl Álvarez Garín, quien decidió “asumir toda la responsabilidad legal del movimiento” cuando estuvo preso.⁷¹ El autor encontró que los participantes “con un alto grado de madurez asumen su parte de responsabilidad en el alcance y limitaciones de lo ocurrido”. El guión de la

⁶⁸ Mario Ortega Olivares. *Octubre dos: Historia del movimiento estudiantil*. México, UAM Xochimilco. División Ciencias Sociales y Humanidades, 1998, p.15. El autor es Doctor en Antropología Social por la ENAH. Profesor-investigador de la UAM.

⁶⁹ *Ídem*.

⁷⁰ *Ibid.* pp. 17-18.

⁷¹ *Ibid.* p. 18.

entrevista, que se deduce por las respuestas, tiene que ver con qué participación en la lucha tuvieron los interrogados, por qué decidieron colaborar, cómo los marcó el dos de octubre y su opinión sobre el impacto del movimiento a 30 años de distancia. Observo que el esquema del cuestionario sirvió para marcar la dirección en las respuestas, pero también parece ser una limitante a la hora de adentrarse en un análisis más profundo. Más allá de lo descriptivo de los testimonios, se dejan sin abordar diferentes tópicos relacionados con el movimiento estudiantil.⁷²

A continuación, en el mismo corte testimonial, Renward García presenta su obra como “una recopilación de testimonios públicos”, que hacen evidentes “las diferencias abismales” entre lo que dijeron algunos políticos en activo en 1998 y lo que habían dicho en 1968, es decir, pone el énfasis en las trayectorias de los personajes involucrados en el movimiento. Las fuentes hemerográficas con que se sustenta el trabajo del autor, son los diarios *Reforma*, *Excélsior*, *El Heraldo*, *Revista Nexos*, *El Día*, *La Jornada*, *El Universal*, *Uno más uno* etc., así como las revistas *Nexos* y *Proceso*.⁷³ El autor hace breves reseñas de las vidas de algunos participantes en el movimiento. Encontramos referencias a Sócrates Campos Lemus, Marcelino Perelló, Roberto Escudero, Eduardo Valle, etc. y algunos otros no tan conocidos.⁷⁴

García incluye algunas opiniones de los referidos acerca del movimiento, aunque se percibe que el énfasis del autor está puesto en las funciones que desempeñaron más tarde. Así, él señala la inclusión de algunos en el sector educativo (Marcelino Perelló, Salvador Martínez Della Rocca, etc.), en otras instituciones estatales (Eduardo Valle), en los partidos políticos (Heberto Castillo, Enrique González Pedrero, Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, etc.), en el medio de las comunicaciones (Jardón), en el sindicalismo (Jardón) y hasta en las guerrillas (Carlos Martín del Campo).⁷⁵ La intención del autor fue: “mostrar a algunos de los protagonistas de entonces y de hoy, tal como son, “en sus propias palabras”⁷⁶, deja a la revisión de la biografía de los participantes del movimiento, más que al discurso de los mismos, inferir lo ocurrido.

En el mismo tenor testimonial, el libro de Raúl Jardón dedica un amplio espacio a las declaraciones de algunos participantes en el movimiento, tanto de personajes sobresalientes como otros que no lo fueron. Al principio del libro, el autor manifiesta su intención de ser

⁷² Es evidente que más que historias de vida, son entrevistas dirigidas, acotadas por un cuestionario, conforme a un propósito.

⁷³ Renward García Medrano. *El 2 de octubre en sus propias palabras*. México, Rayuela 1998, pp. 10-11. El autor es profesor normalista y Licenciado en Economía.

⁷⁴ *Ibid.* p.6.

⁷⁵ *Ibid.* pp. 161-181.

⁷⁶ *Ibid.* p. 10.

objetivo: “[...] es decir, de narrar los hechos y de reflejar las opiniones tal como ocurrieron y se plantearon, sin dejar que la parcialidad conscientemente asumida se traduzca en tergiversaciones, al menos deliberadas, de la realidad”.⁷⁷ Con ello, Jardón pretende “rebasar los límites de una cronología y de conseguir una crónica más viva recurriendo a la mezcla y la comparación de diversas fuentes, a los recuerdos personales del autor y a los que compartieron con él un buen número de compañeros del CNH y participantes del movimiento”.⁷⁸

Jardón se ocupó de establecer el contexto en el que se dio la movilización en el 68 y ofrece una narración de este movimiento. Su propósito fue hacer más concreta la historia del 68, “más de carne y hueso”, para que los jóvenes de ese momento, 1998, se sintieran identificados con ella.⁷⁹ Jardón dedicó aproximadamente el primer tercio del libro al análisis del movimiento, el resto de su obra refiere a “testimonios y reflexiones de participantes y testigos”, y a “opiniones y recuerdos de los protagonistas”. En la estructura de las intervenciones de los entrevistados se percibe una mayor libertad para tocar diferentes temas, contrario a los tres libros citados anteriormente. La profundidad de análisis en los testimonios presentados, también es mayor.

Ahora bien, ya he comentado la dificultad que implica encasillar de modo rígido las obras producidas en relación con el movimiento estudiantil. En este caso se encuentra *Memorial del 68*, en el que intervienen con su testimonio unos 57 participantes de aquella lucha. No obstante, la obra no se circunscribe a la esfera testimonial y añade las interpretaciones de otros autores.⁸⁰ En este libro, los testimonios están organizados en diferentes rubros. Entre otros: los antecedentes biográficos de los participantes, el contexto nacional e internacional, los inicios del movimiento, las manifestaciones más relevantes, la actividad de las brigadas, el material gráfico, la ocupación militar de la UNAM y del IPN, así como los sucesos del 2 de octubre y algunas de las secuelas de la lucha a corto y a largo plazo. Los ensayos que se intercalan nos ofrecen una forma de representación de los acontecimientos del pasado que propicia la reflexión sobre el presente así como la

⁷⁷ Jardón, *El fuego...*, p.13.

⁷⁸ *Ibid.* p. 13.

⁷⁹ *Ibid.* p. 11.

⁸⁰ Álvaro Vázquez, *Op. Cit.* Entre los que aportan sus testimonios con someras interpretaciones del movimiento estudiantil, están Gilberto Guevara, Raúl Álvarez, Gerardo Estrada, Roberto Escudero, Pablo Gómez, Daniel Cazés, Ifigenia Martínez, Oscar Menéndez, Luis González de Alba, David Huerta, Rolando Cordera, Jesús Martín del Campo, Luis Tomás Cabeza de Vaca, Martha Lamas, Sócrates Campos, etc. Respecto a los ensayos interpretativos en el libro encontramos, entre otras, las voces de Sergio Raúl Arroyo, Roger Bartra, Alberto del Castillo, Álvaro Vázquez, Georges Roque, Carlos Monsiváis, etc.

construcción y reconstrucción de la memoria histórica.⁸¹ Dada la importancia de los aportes del *Memorial*, referiré a algunos de ellos en los capítulos siguientes.

Conclusión

Finalmente, después de analizar las obras citadas, es evidente que los sucesos del 2 de octubre en Tlatelolco persisten, después de décadas, como el punto de fuga para las investigaciones de algunos autores. La búsqueda de responsables y de las causas de la tragedia vivida en Tlatelolco, sigue orientando el esfuerzo de quienes con el testimonio y la denuncia evitan relegar el acontecimiento que marcó una ruptura en el tejido social. Ésta no ha sido reparada, como lo demuestra la omisión de su registro en la historia oficial y la sostenida impunidad de los responsables. Este enfoque de los autores rescata algunos elementos que son indispensables para la construcción de la identidad social, que no puede partir de la omisión oficial y de la mentira institucionalizada. Tales obras enfatizan la necesidad de no olvidar lo que no debe repetirse. Si bien los libros analizados cumplen con la función de preservar esa memoria histórica al particularizar las experiencias vividas en 1968, se puede observar que el nivel de análisis sobre el movimiento no es siempre suficiente para comprender este proceso.

En los tres primeros libros enfocados al testimonio, la dispersión con la que los entrevistados enuncian sus respuestas, hace difícil localizar una línea argumentativa. Sin embargo, cabe señalar que en los relatos existen, en distintos niveles, algunas interpretaciones interesantes a las que referiré en los capítulos siguientes. Aún así, en las obras citadas, no se han sobrepasado los límites del análisis del movimiento a los que han arribado otros autores.

No entraré en mayores detalles respecto al contenido de los últimos trabajos estudiados porque no es el objeto de esta investigación embarcarme en toda la constelación de respuestas que dieron los entrevistados. Hacerlo me desviaría del propósito de dar al lector una vista panorámica de la índole de estas obras que cumplen con la importante tarea de registrar, en diferentes proporciones, quiénes eran los participantes en el movimiento, porqué se adhirieron a éste y cuáles son sus impresiones al respecto, en el momento de ser entrevistados treinta, o en el caso del *Memorial*, cuarenta años después.

⁸¹ Se trata de un material que refleja un arduo trabajo que se plasmó no solamente en el texto sino en una exposición permanente que utiliza numerosos recursos de la tecnología. Ésta se presenta en el Centro Cultural Tlatelolco, dependiente de la UNAM, en un espacio con una fuerte carga simbólica. El recinto, contiguo a la Plaza de las Tres Culturas, cobija la pluralidad de perspectivas que, sobre el movimiento del 68 han aportado los entrevistados.

Cuando resulte oportuno, en los capítulos subsiguientes referiré a algunas de las obras estudiadas hasta aquí. Para los fines de este trabajo, es en el siguiente capítulo donde pretendo iniciar el análisis del movimiento en sí mismo, desde el enfoque de los autores cuya obra he analizado.

CAPÍTULO II

LAS RAÍCES DEL MOVIMIENTO: CAUSAS EXTERNAS E INTERNAS

Han transcurrido 40 años desde el estallido del movimiento estudiantil mexicano de 1968. Las causas del que ha sido llamado uno de los más importantes acontecimientos sociales, políticos y culturales de la segunda mitad del siglo XX en México, parecen difuminarse en la vasta producción de libros, revistas, expresiones plásticas, literarias etc. Cada autor, en su papel de protagonista, participante o investigador del asunto, ha dado su propia interpretación respecto a las causas del movimiento. Existen, por supuesto, coincidencias, aunque hay algunos puntos de discordancia. Los autores aquí analizados han señalado de entre las principales causas externas, las siguientes:

- La influencia de los cambios culturales que tenían lugar en el mundo occidental en esos años.
- La influencia del mayo francés y de procesos revolucionarios, en particular la Revolución Cubana
- La intervención de organismos extranjeros como la Central Intelligence Agency (CIA) y el Federal Bureau of Investigation (FBI), en el contexto de la Guerra Fría.

Entre las causas de índole interna se mencionan:

- El carácter autoritario del régimen mexicano.
- La demanda por parte de los sectores en ascenso de mayor participación política en una verdadera democracia
- Los problemas económicos que enfrentaba la población a partir de la desigualdad social y económica.
- La pugna entre los funcionarios priístas que se preparaban para la pre-candidatura a la sucesión presidencial.
- La provocación intencional por parte del gobierno.

II.1 Los factores externos

De manera simultánea, en 1968 coinciden en el mundo condiciones que propiciaron la movilización de numerosos sectores juveniles. El clima opresivo de la guerra fría, el triunfo de la revolución cubana, la discriminación racial, la sociedad conservadora, la desigualdad social, el poder político autoritario, la brecha generacional y el cambio de valores sociales,

son algunas de las circunstancias señaladas por los autores como posibles detonadores de las movilizaciones.⁸²

II. 1.1 Cambios culturales y políticos en occidente

Guevara cita a Immanuel Wallerstein, quien interpreta las revueltas estudiantiles que se suscitaron en diferentes partes del mundo en los años sesentas como una crítica al capitalismo y a la hegemonía estadounidense, una rebelión que abrió “nuevos cauces a la evolución humana”.⁸³ Los vientos de rebeldía juvenil que recorrían el mundo en estos años, son mencionados por diferentes autores, entre ellos Gerardo Estrada. Respecto a las movilizaciones, él afirma: “Sus motivaciones las encontramos en los cambios culturales del momento, y en sus convicciones universitarias”.⁸⁴ Aunque Estrada reconoce la particularidad de cada movimiento estudiantil, percibe también que todos estos compartían el rechazo a las formas autoritarias de ejercer el poder y la búsqueda de espacios de libertad.⁸⁵

Respecto a estos cambios culturales, el historiador Enrique Condés escribe acerca del contexto mundial en los años sesentas:

Existían con toda su fuerza, los paradigmas filosóficos y las grandes ideologías. Se creía en las grandes transformaciones, en el papel del individuo en la historia y en las ideas; fuerzas que, al hacerlas suyas las masas, eran capaces de mover montañas. Los estudiantes, los más lúcidos e inquietos, abrazaban la causa socialista, “la de los pueblos frente al imperialismo, de los oprimidos frente a los explotadores, de los esclavos y los desheredados por su liberación y la justicia”.⁸⁶

Esta percepción condicionó que en muchos lugares del mundo los jóvenes de los sesentas, particularmente los estudiantes, protagonizaran una ola de protestas:

La protesta juvenil fue un fenómeno internacional que alcanzó a muchos países. Herbert Marcuse, filósofo norteamericano considerado como ideólogo de la nueva izquierda, explicaba a finales de 1968: “Todos sentimos, sufrimos, llevamos hasta la médula de los huesos, que esta sociedad se está volviendo

⁸² Gilda Waldman, “Los movimientos estudiantiles de 1968 y 1999: CONTEXTOS HISTÓRICOS Y REFLEXIONES CRÍTICAS”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Universidad Nacional Autónoma de México, núm. 277-282, 2000. Consultada en: <http://redalyc.uaemex.mx>, el 21 de abril de 2009.

⁸³ Guevara, *Op. Cit.*, 1968 *Largo camino...* p.136.

⁸⁴ Gerardo Estrada, *1968 Estado y Universidad orígenes de la transición política*, México, Plaza y Janés, 2004, p. 177. El autor representó a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales ante el CNH.

⁸⁵ Gerardo Estrada, “Introducción” en, Vázquez, *Op. Cit.*

⁸⁶ Enrique Condés Lara, “Años de rebelión y de esperanzas”, en Rubén Aréchiga Robles(comp.), *Asalto al cielo, lo que no se ha dicho del 68*, México, Océano, Tiempo de México, 1998, p.26.

cada vez más represiva, destructiva de las capacidades naturales y humanas de ser libres, de determinar la vida de cada uno de nosotros sin explotar a los demás”.⁸⁷

En las movilizaciones estudiantiles, se manifestaba una revolución cultural. Así ocurrió, entre otras, en la experiencia alemana, el mayo francés, las protestas en las universidades de Estados Unidos, como las de Berkeley y Columbia, en los movimientos antirracistas del Black Power y las Panteras Negras.⁸⁸

Aunque México gozaba en los sesentas de un prestigio de estabilidad política y social, existían antecedentes de movilizaciones estudiantiles que habían sido reprimidas. El movimiento estudiantil del 68 recuperó la conciencia histórica de esas luchas pasadas, incluidas las de otros sectores como los médicos y los ferrocarrileros. Así, el movimiento estudiantil mexicano no puede explicarse sin recurrir al influjo del ambiente nacional e internacional.⁸⁹

Varios autores mencionan los acontecimientos que cimbraron al sistema. García Cantú comenta el que se desarrolló en Francia: la movilización que logró crear redes de solidaridad entre estudiantes y obreros. Desde la perspectiva de Gastón García, ese acontecimiento inspiró a los mexicanos:

Indudablemente que el *Mayo de París* influyó en México, porque el país no escapa a influencias universales. Esta idea absolutamente obvia en un mundo comunicado, fue la teoría que surgió, sobre todo en el Departamento del Distrito Federal: que el movimiento estudiantil en México era el resultado de una conspiración internacional surgida en París. Fue la misma teoría de 1810: los agentes franceses estaban agitando en la Nueva España para la Independencia.⁹⁰

Raúl Moreno también reflexiona sobre la influencia externa que recibió movimiento estudiantil mexicano. Citando la etapa que transcurrió desde principios de los sesentas hasta avanzados los setentas, apuntó:

⁸⁷ *Ibid*, p.28.

⁸⁸ Cuauhtémoc Domínguez Nava, *1968 La escuela y los estudiantes*, México, 2003, p.146.

⁸⁹ En distintos niveles, Gerardo Estrada, y Francisco Pérez Arce, ambos participantes en el movimiento, atribuyen también al mayo francés, la inspiración de una ideología tendiente a romper con las costumbres y aceptación del autoritarismo. (Francisco Pérez Arce. *El principio 1968-1988: años de rebeldía*, México, Itaca 2007, p.53.)

⁹⁰ Gastón García Cantú, en Silvia González Marín (coord), *Diálogos sobre el 68*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Dirección de Asuntos del Personal Académico, México, 2003, p.20. García Cantú fue periodista e historiador. Durante el Movimiento Estudiantil de 1968 estuvo a cargo de la Oficina de Información de la UNAM.

Fue una década larga, para decirlo en palabras de Hobsbawm, en la que los estudiantes ocuparon el centro de la escena mundial para cuestionar un orden político, cultural, moral, económico, social en suma, que ponía al mundo al borde de la guerra y el exterminio, y tenía en la represión su más socorrido recurso.

La explosiva mezcla de radicalismo, imaginación, irresponsabilidad, desinterés, generosidad, imprudencia, idealismo y desmesura con que los estudiantes se lanzaron al asalto al cielo resultó incomprensible e inasible para un establecimiento atrapado entre las rígidas coordenadas de la guerra fría y que no tuvo sino respuestas erráticas. En Francia, los anatemas del Partido Comunista le hicieron coro a las condenas del *gaullismo*. En México, las denuncias de Lombardo Toledano se sumaron a las duras amenazas, luego cumplidas de Gustavo Díaz Ordaz.⁹¹

Dentro de esta etapa, otro de los acontecimientos más relevantes de la segunda mitad del siglo XX fue el triunfo de la Revolución Cubana. Particularmente para Latinoamérica y para México, ésta transformó el imaginario de quienes pensaban que era posible un mundo mejor. Javier Mendoza Rojas, escribe que además de las corrientes de las contraculturas en proceso en México, la citada revolución inspiró también al movimiento, pues entre otros factores: “se difunde el pensamiento marxista en la Universidad y tras el triunfo de la revolución cubana, se ve posible el tránsito hacia el socialismo”.⁹²

El profundo impacto de aquella revolución en los jóvenes progresistas y nacionalistas de los sesentas, también es señalado por Sergio Aguayo. En este acontecimiento se percibía la viabilidad de un proyecto: “que se había enfrentado con éxito a los Estados Unidos y resolvía satisfactoriamente las desigualdades sociales. [...] De esas experiencias se extraían recetas para el cambio. La revolución fue como un cuento de hadas, pero revolucionario”.⁹³

Cabe aclarar que en los sesentas, no solamente en el mundo capitalista surgieron movimientos contestatarios, la insubordinación alcanzó también al sistema socialista. Así, cuando se intentó modificar al monolítico socialismo en Checoslovaquia, los tanques del Estado soviético sofocaron con violencia la protesta de la Primavera de Praga.⁹⁴

⁹¹ Raúl Moreno Wonchee, en González Marín, *Op. Cit.*, pp.72-73. Moreno fue un representante de la Facultad de Medicina de la UNAM ante el CNH,

⁹² Javier Mendoza Rojas *Los conflictos de la UNAM en el siglo XX*, México, CESU- UNAM, Plaza y Valdés, 2001, p.122. El autor es Maestro en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM e Investigador del Centro de Estudios sobre la Universidad de la UNAM.

⁹³ Aguayo. *Op. Cit.*, p.86.

⁹⁴ Fernando Solana, Comesaña Mariángeles, (comps.), *Evocación del 68*, México, Siglo XXI, 2008, p. 18. El autor fue secretario general de la UNAM de 1966-1970.

De este modo, en diversas partes del mundo, principalmente entre los sectores politizados, estudiantes de educación superior y clases medias informadas, se generó una conciencia crítica que se transformó en una actitud contestataria.⁹⁵

II.1.2 La guerra fría

La revolución se consideró entonces como un camino viable para la transformación del sistema. Esta posibilidad estaba vinculada estrechamente a otro de los factores externos que influía en la política de los países alineados con alguno de los bloques en pugna: el contexto de la guerra fría. Para los países incluidos en el bloque capitalista, el comunismo era una amenaza constante.

Las “incursiones de la guerra fría”, según los informes oficiales, se dejaban sentir en los enfrentamientos entre estudiantes y cuerpos policíacos. El origen de los desórdenes, en la opinión de las autoridades gubernamentales, era una “conjura internacional”, ideada por los comunistas. A los jóvenes estudiantes se les consideraba marionetas de quienes intentaban desestabilizar al país. Por eso, desde la perspectiva de los gobernantes, había que atacar rápidamente la raíz del problema. Una de las medidas gubernamentales fue encarcelar a los comunistas que “fomentaban” el desorden:

Mientras tienen lugar los enfrentamientos violentos en el Zócalo, se detiene del 26 al 29 de julio a militantes del Partido Comunista y la policía ocupa sus oficinas. Se les arresta en el local del periódico *La Voz de México*, en algunos restaurantes que frecuentan, en la oficina del abogado Juan Manuel Gómez Gutiérrez, en sus casas o departamentos. No hay acusaciones específicas.⁹⁶

El temor gubernamental de que la movilización se extendiera a otras zonas de la República, se refleja en la difusión de un mensaje del Secretario de Gobernación, Luis Echeverría Álvarez a los gobernadores de los estados. Se enviaron, el 8 de agosto de 1968, telegramas en los que se leía:

Jóvenes estudiantes o falsos estudiantes han sido comisionados por agitadores del Partido Comunista y su expresión juvenil llamada Central Nacional Estudiantes Democráticos (CNED), para promover agitación con pretextos diversos, pero netamente subversiva en ambientes juveniles. Han salido

⁹⁵ Dentro de esta misma línea Volpi, hace referencia a la influencia cubana revolucionaria que encontraba terreno propicio en las condiciones de: “[...] explotación, desigualdad, ausencia de democracia, represión política. De pronto la revolución volvió a ser contemplada con la misma inquietud mística de los treinta”. (Jorge Volpi. *La imaginación y el Poder Una historia Intelectual de 1968*, México, Era, 1998, p. 83) Volpi es Doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca.

⁹⁶ Carlos Monsiváis, *El 68 La tradición de la resistencia. México*, Era, 2008, p.19.

comisiones a todas las entidades federativas. Permítome sugerirle particular búsqueda de esas comisiones a fin de expulsarlas de esa entidad y poner especial atención a cualquier síntoma o inquietud a fin de contrarrestarlo. Atentamente. Secretario de Gobernación. Licenciado Luis Echeverría.⁹⁷

El gobierno, en un ejercicio de propaganda y guerra psicológica difundió a gran escala la información de que sobre el país se cernía una amenaza externa. La mayoría de los medios de comunicación estaban cooptados por el Estado y pronto comenzaron a “usar el lenguaje como arma”: los términos estudiantes y conflicto estudiantil, se trocaron en: “conjurados”, “terroristas”, “guerrilleros”, “agitadores”, “anarquistas”, “apátridas”, “mercenarios”, “traidores”, “extranjeros”, etc.⁹⁸

La paranoia del Ejecutivo Federal ante la posibilidad de perder el control sobre una sociedad “disciplinada”, que no debería discrepar de las decisiones gubernamentales ni tener espíritu crítico, es descrita acertadamente por Volpi:

Cuando las movilizaciones estudiantiles comenzaron a recorrer las calles de la Ciudad de México, Díaz Ordaz estaba seguro de que los disturbios eran obra de un grupo de *conspiradores* de las *fuerzas oscuras* a las que siempre había temido[...] Estaba convencido de que había un complot internacional e internamente apoyado por los grupos de extrema izquierda para cambiar toda la sociedad mexicana bajo el impulso de las doctrinas marxistas, y él tenía horror a que eso sucediera en el país”. [...] A partir del 22 de julio, en Palacio Nacional comenzó a gobernar el miedo. El miedo de Díaz Ordaz hacia el desorden, hacia la intranquilidad, hacia los comunistas, hacia los jóvenes, hacia los intelectuales ...⁹⁹

Vinculada al telón de fondo que era la guerra fría, se planteaba la hipótesis de que organismos como la CIA y el FBI intervenían, creando los disturbios para fortalecer a la derecha. Así se evitaba que México, país alineado al bloque capitalista, pudiera desplazarse a la esfera de influencia comunista.

En este punto René Rivas Ontiveros cita un desplegado suscrito por un grupo de profesores, intelectuales y artistas:

Una explicación más que formó parte de la gran cantidad de rumores fue aquella que aseguraba que el único responsable de la provocación era el imperialismo norteamericano a través de sus principales

⁹⁷ Rodríguez Munguía, *Op. Cit.*, p.171.

⁹⁸ *Ídem.*

⁹⁹ Volpi. *Op. Cit.*, pp. 36-37. Gerardo Estrada añade que esta percepción de peligro se profundizaba con la influencia de una serie de artículos publicados desde abril de 1968 en la revista *U. S. News and World Report*, en la que se hablaba de otros movimientos estudiantiles en el mundo infiltrados por el comunismo, entre ellos el de México”. Esta afirmación conocida seguramente por los gobernantes y la inminencia de los Juegos Olímpicos, crearon una atmósfera de amenaza para el gobierno. (Estrada, *Op.Cit., Estado y Universidad...*, pp.178-179).

agentes de espionaje, la CIA y el FBI, los que al parecer habían contado con la colaboración de dos o tres generales que desde la jefatura de policía y la Secretaría de la Defensa Nacional, se confabularon para extender la confusión y el desorden a espaldas de sus jefes, y con ello buscar fortalecer aún más a la derecha dentro del gobierno mexicano.¹⁰⁰

Por otra parte, Álvarez Garín señala la hipótesis de que la CIA estuviera operando en México causando problemas al gobierno de este país. La probable razón de esta intromisión pudo ser la política de éste hacia el régimen socialista de Cuba. Ésta no era del agrado de Estados Unidos.¹⁰¹

Heberto Castillo, miembro de la Coalición de Maestros Pro-Libertades Democráticas de Enseñanza Media y Superior, fue más allá de la sospecha y confirmó la intervención de instancias extranjeras como la CIA y el FBI, en la lucha estudiantil:

Yo sí creo que en el movimiento del 68 metieron la mano agencias extranjeras como la CIA, el FBI, es más, no lo creo, lo comprobé cuando estaba en el hospital de la Ciudad Universitaria, después de la agresión que sufrí. Entonces me tocó ver que los muchachos detenían a agentes de la Secretaría de Gobernación y de la Procuraduría de la República, y estos agentes, además de las de sus dependencias, traían credenciales de la CIA, o del FBI, o de la embajada americana.¹⁰²

La relación de cooperación entre el gobierno de México y las agencias norteamericanas había iniciado años atrás. Aguayo explica que el entendimiento de México con los Estados Unidos databa de 1927, cuando Dwight Morrow llegó a un acuerdo con Calles sobre la aplicación de las leyes petroleras.¹⁰³

Aun con sus correspondientes altibajos, esa relación se mantuvo estable y bajo el gobierno de Díaz Ordaz, la amistad de éste con Lyndon B. Johnson hacía más fáciles los acuerdos. Ello explica que en América Latina, “la estación de la CIA en México fuera la más grande”. En ésta, unas 50 personas laboraban en estrecha colaboración con el gobierno mexicano.¹⁰⁴

¹⁰⁰ “Los estudiantes defienden los derechos de todo el pueblo”, en *El Día*, 11 de agosto de 1968, *apud*. José René Rivas Ontiveros, *La izquierda estudiantil en la UNAM, Organizaciones, movilizaciones y liderazgos [1958-1972]*, UNAM, Facultad de Estudios Superiores Aragón, Miguel Ángel Porrúa, 2007, p.509. Rivas es Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM.

¹⁰¹ Raúl Álvarez Garín. *La estela de Tlatelolco Una reconstrucción histórica del movimiento estudiantil del 68*.(3ª ed.) México, Itaca,1998, p. 38. Álvarez fue representante de la Escuela Superior de Física y Matemáticas del IPN ante el CNH.

¹⁰² Jardón, *Op. Ct., 1968 El fuego...*, p. 198.

¹⁰³ Aguayo, *Op. Ct.*, p. 93

¹⁰⁴ *Ídem*.

Tal colaboración incluyó a LITEMPO 14, nombre clave asignado por la CIA para Echeverría y a LITEMPO 8, para el Presidente de la República.¹⁰⁵ La convergencia de intereses entre el Estado mexicano y la CIA, detener el avance de los comunistas, hizo posible que la información fluyera libremente entre ambas y hacia la embajada norteamericana.¹⁰⁶

Dentro de los discursos y posicionamientos que sobre el movimiento se iban dando, la izquierda anquilosada, en voz de Vicente Lombardo Toledano, publicó un desplegado el 5 de agosto de 1968. En él, hacía responsables de los disturbios a fuerzas reaccionarias internas y externas, a la CIA y a los grupos de extrema derecha. La incongruencia de Lombardo era llevada al límite cuando desde el Partido Popular Socialista (PPS), denunciaba la campaña anticomunista mientras defendía al mismo tiempo al que había sido su candidato en 1964: Gustavo Díaz Ordaz.¹⁰⁷

Así que, como puede observarse, las causas externas a las que se atribuyeron los detonantes del movimiento estudiantil en México fueron diversas: los cambios culturales que tenían lugar en el mundo en esos años, la influencia del mayo francés y de procesos como la revolución cubana, “la conjura comunista” y la intervención de organismos extranjeros como la CIA y el FBI en el contexto del conflicto entre los bloques capitalista y socialista.

¹⁰⁵ *Íbid.*, pp. 93-94 Cuando se nombró la Comisión Especial del 68, integrada por diputados mexicanos de la LVII Legislatura, el gobierno de Estados Unidos desclasificó 32 documentos de su política exterior; entre ellos se localizó un memorándum dirigido por Walt Rostow a la Casa Blanca. En el documento Rostow apunta que la capacidad de investigación de la CIA y del FBI, no era la misma: mientras la primera afirmaba que no había en el movimiento influencia cubana o soviética, el FBI aseguraba que los francotiradores en Tlatelolco fueron trotskistas que formaron la Brigada Olimpia y que con armas cubanas y guatemaltecas querían sabotear los Juegos Olímpicos. (Carlos Montemayor, *Rehacer la historia: análisis de los nuevos documentos del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco*, México, Planeta, 2000, pp.76-78).

¹⁰⁶ La incidencia de los citados organismos en el movimiento estudiantil es analizada por Jardón quien habla de un espionaje estadounidense y de los informes que estos rendían a la embajada de EUA, señalando como cómplices del movimiento estudiantil a la embajada soviética. A este respecto, resulta ilustrativo un telegrama enviado el 30 de julio de 1968 al departamento de Estado por la Embajada de los Estados Unidos: “el gobierno mexicano tiene sólida evidencia [...] de que el Partido Comunista organizó la gresca del 26 de julio. La evidencia del gobierno incluye indicaciones de complicidad de la embajada soviética”. El texto continúa diciendo que los mexicanos suelen culpar de los conflictos sociales a los extranjeros, pero en seguida dicen que lo más probable es que Moscú le hubiera ordenado al PCM radicalizar sus acciones ese 26 de julio de 1968. (Jardón, *Op. Ct., El espionaje contra...* pp. 28,38).

¹⁰⁷ Pablo Gómez. *1968: la historia también está hecha de derrotas*. México, Miguel Ángel Porrúa, 2008. p.106. Actualmente senador, Gómez fue representante ante el CNH por la Facultad de Economía de la UNAM. La reacción del Estado ante la “amenaza roja” es descrita por Eduardo Valle: “Un plan de agitación y subversión de inspiración internacional [...] Y su respuesta fue inmediata: establecer un estado de excepción de facto, con el uso de las fuerzas armadas, la policía política y la uniformada”. (Eduardo Valle, *El año de la rebelión por la democracia*, México, Océano, 2008, p.69). Valle fue representante por la Facultad de Economía de la UNAM ante el Consejo Nacional de Huelga. Fue cofundador del PMT, PMS y PRD.

Casi en todas estas causas, se advierte como telón de fondo el conflicto de la guerra fría. Es interesante notar que para los gobernantes no había razón para que algún sector de la población protestara, que el movimiento estudiantil no respondía a una causa legítima y propia sino a la tendencia a ser copia y calca de lo que sucedía en otros países, por ejemplo, Francia. El gobierno mexicano tampoco reconocía la originalidad de las demandas de los movilizados pues se les consideraba objetos de la manipulación de agentes extranjeros. Cabe mencionar que, en México, como en otros países en 1968, la protesta y los cambios culturales que seguirían, vinieron, casi en su totalidad desde los jóvenes estudiantes y las clases medias ilustradas.

II. 2 Los factores internos

Sin olvidar la impronta del factor externo, el clima social y político al interior de México era también favorable para la movilización. Se conjugaron entonces diferentes circunstancias: la exclusión política de sectores sociales emergentes, el autoritarismo estatal que había dado muestras de su carácter represor de la disidencia, el incipiente agotamiento de un modelo económico, la proximidad de la celebración de los juegos olímpicos, así como la designación de los candidatos presidenciales. Estas son algunas de las causas internas señaladas por los autores aquí analizados.

II. 2.1 La exclusión política

Varios autores señalan que en México había suficientes elementos para encender una movilización como la que se dio en 1968: el sistema político mexicano se sustentaba en el poder de un solo partido, el PRI. Un solo individuo personificaba ese poder: el presidente. De facto, los partidos existentes no cumplían su función de canalizar las demandas e inconformidades. El gobierno mexicano en 1968 se enorgullecía de ser, paradójicamente, revolucionario e institucional. Éste, como “heredero legítimo” de la Revolución Mexicana, había sido lo suficientemente hábil para consolidarse como un régimen corporativista y clientelista. Por lo tanto, cualquier intento de movilización independiente era rápidamente detenido por el gobierno. Para ello se utilizaban básicamente dos estrategias: la cooptación o la eliminación por el uso de la fuerza. Gilberto Guevara Niebla, habla acertadamente al respecto:

[...] el eje de nuestra reflexión sobre el 68 es el tema de la libertad, centro de esa querrela, de ese debate, de ese conflicto. El sistema político, que venía de una Revolución, había evolucionado hacia

formas muy autoritarias e inflexibles y había venido cerrando los espacios de libertad en los sindicatos, en la vida política y en los medios de comunicación. 1968 fue el punto álgido de este proceso de restricciones a la libertad.¹⁰⁸

Rivas Ontiveros explica que la búsqueda de la libertad por parte de los movilizados provocó la salida del movimiento de los ámbitos escolares para adueñarse de las calles y otros espacios públicos. Citando a Zermeño, el autor refiere que las causas iniciales del movimiento eran:

[...] la protesta de sectores medios en ascenso, una protesta en contra de la extralimitación con que la clase dirigente aprovecha el margen que le ofrecía la estabilidad del orden y en contra de la rigidez correlativa de un sistema institucional o político que veía llegar a su fin el acuerdo transitorio producido de un marco de relaciones sociales ya rebasadas.¹⁰⁹

La demanda de un sector de la población para conseguir mayor participación política quedó expuesta en el *Manifiesto 2 de octubre*, documento en el que el movimiento se explica a sí mismo:

[...] el origen del movimiento radicaba en las profundas desigualdades económicas y políticas de la sociedad mexicana, en el anhelo de un sector de ésta de tener una mayor participación en las decisiones que le concernían y en el rechazo de una política autoritaria que sólo beneficiaba a unos pocos. Se reivindicaba para el movimiento el haber puesto en evidencia, con sus demandas, las principales contradicciones de un sistema que se pretendía democrático y que ocultaba bajo la máscara de la manipulación y la represión una faz autoritaria [...]¹¹⁰

La participación política lleva implícita el ejercicio de la democracia, sin embargo para el gobierno mexicano en 1968 era inadmisibles abrir vías que permitieran la expresión de grupos independientes. A este respecto, Rivas Ontiveros cita de nueva cuenta a Zermeño en la caracterización que hace éste del “adversario central del movimiento”:

El carácter antidemocrático de las estructuras políticas del país; su incapacidad para resolver auténticas demandas populares; las prácticas políticas obsoletas, la política al margen de las mayorías populares, de sus aspiraciones, intereses y exigencias; la represión a todo intento de organización política independiente; el encarcelamiento o asesinato de los líderes más honestos; la construcción de marcos

¹⁰⁸ Gilberto Guevara Niebla, en González Marín, *Op. Cit.*, p. 21.

¹⁰⁹ Rivas, *Op. Cit.*, p. 502

¹¹⁰ Estrada, *Op. Cit.*, p. 208.

jurídicos que impiden por decreto toda participación organizada; la falta de información nacional veraz.¹¹¹

En ese momento, la característica excluyente por parte del sistema político mexicano obedecía en buena parte a lo que observó Zermeño cuando escribió a diez años de distancia del movimiento del 68: el Estado gobernaba en beneficio, principalmente, de una clase social:

[...], yendo más allá de lo priorístico es posible tender líneas más allá de la coyuntura, en el antes y el hoy Entre las causas aducidas: inadecuación del sistema político para incorporar y representar las exigencias de los nuevos sectores sociales., deterioro de la relación universidad- Estado, debilitamiento de la ideología dominante con el nacionalismo como centro, desplazamiento del estado a una función favorecedora de la clase alta.¹¹²

Se observa que el autoritarismo impedía que grupos independientes incidieran en la toma de decisiones de las instituciones. Puesto que no se permitía que hubiera vías de expresión para el descontento, la movilización social era la ruta alternativa para encauzar las energías políticas.

II. 2.2 La economía

Los mecanismos de exclusión incluían tanto lo político como lo económico, la desigual distribución de la riqueza entre los distintos sectores de la sociedad era un factor de inconformidad para los que menos recibían. En este punto, existen divergencias entre los diferentes autores cuya obra se ha estudiado:

En los sesentas, “el milagro mexicano” tocaba a su fin, no obstante, aún no era tan evidente que la situación económica se iba desplazando de tal modo que la movilidad social

¹¹¹ Rivas, *Op. Cit.* pp. 594-596. El anterior diagnóstico es confirmado por Javier Mendoza Rojas: “Mucho se ha escrito sobre el 68. Si bien existen distintas interpretaciones del movimiento estudiantil- sacadas a la luz en muy distintos eventos académicos, particularmente los realizados en 1998, 30 años después de los acontecimientos-, hay coincidencia entre los analistas de que el movimiento de los estudiantes fue un movimiento antiautoritario ante la represión gubernamental desatada y la cerrazón del sistema político mexicano.” (Mendoza Rojas *Op. Cit.* p. 139). La estructura autoritaria que hasta entonces había sido aceptada sin crítica, fue enfrentada por el movimiento que echó abajo la reputación de un gobierno estable, pues: “Con Díaz Ordaz el régimen había llegado a su punto más alto de autoritarismo” (Pérez Arce, *Op. Cit.*,p.27).

¹¹² Sergio Zermeño, *México: una democracia utópica, el movimiento estudiantil del 68*, (2ª ed.) México Siglo XXI, 1978,p 55. Zermeño fue participante en el movimiento. Es Doctor en Sociología por la Escuela Práctica de Altos Estudios en Ciencias Sociales, Universidad de la Sorbona, París.

ya no sería posible usando mecanismos, como el de la educación superior, que hasta entonces habían resultado útiles. Álvarez Garín explica la manera sutil en que la situación económica iba cambiando sin que pueda asegurarse que las causas del movimiento estudiantil hayan sido las dificultades en aquel terreno:

[...] a mediados de los años sesentas ya se percibía una serie de indicios de que las cosas no funcionaban del todo bien en el terreno económico, en general existía una muy débil percepción acerca de los problemas que se estaban gestando en el tránsito a una futura sociedad predominantemente urbana de sectores medios muy numerosos, ya masificados. [...] comenzaban a cerrarse las vías de movilidad social [...], pero este fenómeno no se registraba de manera consciente y generalizada, ni siquiera por quienes sufrían el desempleo, y por eso no puede decirse que las causas económicas, y en especial la disminución de perspectivas de trabajo para los profesionistas jóvenes recién egresados de las universidades fueran una causa determinante, eficiente, de las movilizaciones estudiantiles del 68.¹¹³

De acuerdo con esta interpretación, Ordorika aporta algunos datos duros que hacen evidente cómo el “milagro mexicano” enmascaraba una realidad distinta. Desde la perspectiva gubernamental, se proyectaba una imagen internacional de estabilidad social y crecimiento económico. Así se ocultaba la persistente desigualdad social y el malestar que imperaba en amplios sectores de la sociedad que vivían en situación de pobreza extrema. Esto ocurría aun cuando la tasa de crecimiento promedio anual del PIB era, entre 1960 y 1968, de 6.8% y la tasa de crecimiento per cápita, entre 1963 y 1971 alcanzaba el 3.6%.¹¹⁴ Leopoldo Solís hace un análisis minucioso de la situación económica que prevalecía en los sesentas. Entonces llega a la conclusión de que el sistema económico mexicano era “incongruente consigo mismo” al propiciar un crecimiento acelerado que no podía sostenerse. Solís añade que el descontento social no se hizo esperar:

Si a todo esto agregamos las implicaciones sociales del desarrollo estabilizador, como fueron el empeoramiento en la distribución del ingreso, una creciente incapacidad del sistema para satisfacer las

¹¹³ Álvarez, *Op. Cit* p. 144. En concordancia con esta interpretación, otro de los participantes en el movimiento expresa que el elemento económico no fue determinante como causa del movimiento: “En la década de los sesenta, se alcanzó un crecimiento económico de los más altos de los últimos cincuenta años, el ocho por ciento de crecimiento anual, es decir la perspectiva económica era excelente en ese momento”. (Enrique Díaz Michel en, González Marín, *Op. Cit* p. 109) González Marín se refiere también al otro rostro del milagro mexicano: “En efecto la rebelión de los estudiantes mexicanos formó parte de la gran ola de agitación juvenil de tintes revolucionarios que entonces abarcaba al mundo entero, pero fue sobre todo reflejo de la inconformidad popular ante el autoritarismo, la injusticia y la desigualdad que estaba en la otra cara, en el lado oscuro del “milagro mexicano”. (González Marín, *Op. Cit.*, p 9).

¹¹⁴ Imanol Ordorika. *La disputa por el campus. Poder, política y autonomía en la UNAM*. México, Plaza y Valdés, 2006, pp. 156-157. Ordorika es Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Stanford.

demandas de la clase media urbana—fenómeno que me parece plasmado en el movimiento estudiantil del 68—[...]”¹¹⁵

En este contexto, si antes del 68 se consideraba que la educación universitaria era la llave para el ascenso social, el panorama empezaba a cambiar. Mendoza Rojas vincula el factor económico al aumento demográfico con la creciente demanda de ingreso al sector educativo. Esta situación se agravaba ante el inicio del agotamiento del desarrollo estabilizador. Particularmente la expansión de la matrícula universitaria no llevaba consigo la expansión de empleos de ese nivel: “La dinámica normativa de la Universidad no responde a las demandas objetivas de la economía, en situación de estancamiento. Se forman más profesionales de los que pueden incorporarse al mercado de trabajo”.¹¹⁶ El descontento con las perspectivas laborales o con las condiciones de trabajo tenía antecedentes, por ejemplo, en los movimientos del magisterio y ferrocarrilero. También en los medios universitarios el malestar social se iba fortaleciendo.¹¹⁷

Este malestar social relacionado a la economía, se vincula con la simbiosis entre empresa y estado, de la que no escapa el régimen mexicano. Éste, dice Zermeño, “garantiza, como todo Estado en el capitalismo, la propiedad de los medios de producción en las manos de una clase”. Respecto a las demás “formas societales”, continúa el autor, “no ha sido capaz, sin embargo, de incorporarlas de una manera más integral- social cultural y políticamente- a su lógica más estricta”.¹¹⁸ Esto ha dado como resultado “una sociedad profundamente heterogénea y desarticulada por ese proceso de tránsito en donde a pesar de las profundas desigualdades sociales y del importante desarrollo industrial moderno, no se ha podido dar paso hacia una acción propiamente de clase (con organizaciones autónomas y que definan un adversario en una clase antagónica)”.¹¹⁹ Sin embargo, al autor le llama la atención la “velocidad con que se cristalizan sus componentes esenciales”, en una “alianza interior” que se empieza a consolidar entre el 26 y el 31 de julio.¹²⁰ Con este contexto, dice el autor, estudiar el desarrollo del movimiento se vuelve más complejo ante “la dificultad para recurrir a marcos de referencia preestablecidos”.¹²¹

¹¹⁵ Leopoldo Solís, “Condiciones económicas del país en los años sesentas” en, Fernando Solana, (comp.), *Evocación del 68*, México, Siglo XXI, 2008, p. 50.

¹¹⁶ Mendoza Rojas *Op. Cit.* pp. 122-123.

¹¹⁷ *Íbid*, p.123.

¹¹⁸ Zermeño, *Op. Cit. México: una democracia...*pp. 36-37.

¹¹⁹ *Íbid*, pp.36-37.

¹²⁰ *Íbid*, p.36.

¹²¹ *Íbid*, p.37.

En los sesentas, en México, la efectividad del “desarrollo estabilizador”, que desde los cincuentas había utilizado, entre otros, como mecanismos de control, el autoritarismo y la represión de los movimientos sociales, tocaba a su fin, profundizando y haciendo evidente la escisión entre la realidad social y el discurso oficial sobre la economía. Los informes sobre el PIB no podían enmascarar la creciente desigualdad en la distribución de la riqueza. Así, aunque las causas del movimiento no fueron peticiones de orden económico, el orden socio-económico existente tenía consigo suficientes motivos para que se despertaran deseos de transformar la situación imperante.

II. 2.3 Los Juegos Olímpicos

El malestar social entre la población más informada, probablemente, se relacionaba también con la contradicción que existía entre la capacidad económica estatal para organizar los Juegos y la realidad que vivían las mayorías, Gerardo Estrada escribió al respecto:

La realización, por primera vez, de las Olimpiadas en un país del llamado Tercer Mundo significaba no sólo un enorme esfuerzo económico, sino también someter a prueba su estabilidad política, ya que en 1958 había manifestado sus primeros síntomas de crisis, en medio de la política del desarrollo estabilizador. [...] en la vida cotidiana se tenía la impresión de que se atravesaba por una de las etapas más prósperas de la historia de México, la realidad era más compleja; detrás de la clase media ascendente se ocultaba un mundo de disparidades profundas, en el que el 60% de la población ganaba menos del salario mínimo y en donde el endeudamiento creciente de la economía amenazaba el futuro del país.¹²²

Y el endeudamiento se acrecentó, pues para cumplir con el compromiso: “el gobierno mexicano contrató deuda externa—tres mil millones de dólares—para sufragar los gastos de la Olimpiada a celebrarse en octubre de aquel año de 1968”.¹²³

El gobierno consideraba una prioridad nacional la celebración de los Juegos Olímpicos y esta era una circunstancia que no debe ser ignorada a la hora de señalar las posibles causas del movimiento. Puesto que, para el gobierno, era un gran honor el que México fuese la sede de los Juegos Olímpicos por haber logrado la requerida estabilidad política y económica para ello, ninguna disidencia debería empañar tal reputación. Para algunos de los gobernantes, había una relación entre la realización de los Juegos y el inicio del movimiento, por la

¹²² Estrada, *Op. Cit.*, p. 178.

¹²³ Solana, *Op. Cit.*, p. 24.

potencial propaganda que significaría. La percepción gubernamental era que los movilizados “violaron la ley y subvirtieron el orden social para sabotear las Olimpiadas”.¹²⁴

También Aguayo alude al momento clave que fue el preámbulo de los Juegos Olímpicos, sin embargo en esta apreciación, el vínculo entre Juegos y movimiento sería más bien circunstancial: México se mostraba como un país modelo de “desarrollo con justicia social”, “ejemplo para América Latina”.¹²⁵ El temor del gobierno era que el movimiento aprovechara el espectáculo para darse publicidad. Aguayo escribió al respecto:

Algunos de ellos habían planeado utilizar los Juegos Olímpicos para difundir sus críticas, es cierto, pero ninguno esperaba la magnitud que tenía el movimiento y nadie-persona o grupo-tenía la capacidad para controlarlo. No querían boicotear abiertamente la Olimpiada, pero mantenían la esperanza de que el magno acontecimiento deportivo presionara al gobierno para que este se sintiera obligado a aceptar el pliego petitorio.¹²⁶

El Presidente de la República esgrimió el argumento de que los movilizados pretendían impedir la realización de los Juegos Olímpicos. La “prioridad” del Estado era cumplir con el compromiso contraído al costo que fuese necesario. El informe presidencial del 1 de septiembre de 1968, nos permite conocer la relevancia que se le asignó:

Tenemos confianza en que no se logrará impedir la realización de los eventos deportivos en puerta. No sólo se funda en la decisión de hacer uso de todos los medios legales a nuestro alcance para mantener el orden y la tranquilidad internos, sino en que habrá una repulsa tan generalizada, tan llena de indignación por parte de millones de mexicanos, que hará que recapaciten quienes lo hubieran pensado y nos parece difícil que un reducido grupo pueda alcanzar sus propósitos.¹²⁷

Volpi hace un análisis de estas palabras, enfatizando la “inversión” que hace Díaz Ordaz de los hechos: protestar por el peligro en que se hallaba la celebración de los juegos era “encomiable”, digno de “auténticos mexicanos”; hacerlo por la violación que el gobierno había hecho de las libertades, era reprochable.¹²⁸

Desde la perspectiva de Álvarez Garín, sabotear los Juegos Olímpicos en ciernes no era el objetivo del movimiento sino, por el contrario, fue la circunstancia que aprovechó el

¹²⁴ Guevara, *Op. Cit.*, 1968, *Largo camino...* pp. 92-93.

¹²⁵ Aguayo, *Op. Cit.*, p. 195.

¹²⁶ *Ibid.*, p.195.

¹²⁷ Volpi, *Op. Cit.*, p. 272.

¹²⁸ *Ídem.*

gobierno para efectuar la represión preventiva en contra de los que consideraba sus adversarios, práctica común cuando se aproximaba algún suceso importante.¹²⁹

De este modo, los gobernantes aprovecharían la proximidad del evento deportivo para causar un desorden por el cual justificar la detención de los elementos indeseables para el gobierno. Álvarez plantea la siguiente hipótesis: “[...] el gobierno provoca una agitación artificial [...] agitación que será aprovechada para encarcelar preventivamente a varios miembros del Partido Comunista Mexicano”.¹³⁰ Guevara coincide con lo anterior al decir que:

Agentes encubiertos de la policía actuarían dentro de las organizaciones estudiantiles par desencadenar un proceso de violencia que justificara la acción represiva de la policía y que permitiera perseguir, encarcelar, intimidar o - ¿por qué no?- eliminar físicamente a las fuerzas de oposición de izquierda que, de otra manera, constituirían una amenaza *incontrolable* durante los Juegos Olímpicos o, por lo menos tratarían de utilizarlos como foro de propaganda.¹³¹

Por consiguiente, no puede dejarse de lado la circunstancia que se vivía entonces: la celebración de los Juegos Olímpicos en México era una prueba para el Estado en tanto garante del orden social necesario para efectuarlos. Para el presidente, el movimiento tenía la consigna de impedir los Juegos, para la mayoría de los autores señalados era más bien el momento que aprovecharía el Estado para administrar su represión preventiva. La atención que la comunidad internacional prestaba al país sede, le daba a los movilizados cierta oportunidad de publicidad, pero también los dejaba en una situación vulnerable, pues el gobierno, tenía que dar prueba de la eficacia de su control sobre la sociedad.

Señalar que la inminente celebración de los Juegos Olímpicos fuera el detonador del movimiento estudiantil, sería olvidar los complejos procesos sociales y políticos que convergieron en los sucesos de fines de julio, cuando inició el movimiento. No se puede descartar la posibilidad de que alguien haya pensado utilizar la publicidad de los juegos en beneficio de alguna causa contestataria, incluso antes de iniciarse la movilización estudiantil. Sin embargo, lo más probable es que la proximidad temporal entre el movimiento estudiantil y el evento internacional haya sido circunstancial.

¹²⁹ Álvarez, *Op. Cit* p. 16.

¹³⁰ *Ídem.* Álvarez.

¹³¹ Gilberto Guevara Niebla. *La libertad nunca se olvida Memoria del 68*, México, Cal y Arena, 2004, p.29

II. 2.4 La sucesión presidencial

Por otra parte, en 1968 se vivía una etapa importante en lo político, pues se aproximaba la elección de los que serían los precandidatos a la lucha por la sucesión presidencial. Esto generaba tensiones en las que era factible que cada posible candidato restara méritos políticos a los competidores propiciando situaciones comprometedoras. Esa fue otra de las hipótesis que los autores refieren como una de las posibles causas internas para el movimiento estudiantil.

Como es sabido, en el sistema unipartidista el PRI-gobierno mantenía la hegemonía en el ejercicio del poder renovando al Ejecutivo Federal en cada sexenio. En 1968, de cara a las elecciones de 1970, en el PRI se preparaban para la contienda: Luis Echeverría Álvarez, Secretario de Gobernación, Alfonso Corona del Rosal, Regente del Distrito Federal, y Emilio Martínez Manatou, Secretario de la Presidencia.

Según Guevara Niebla “el menos capaz para aspirar a la presidencia de la República en 1970, el secretario de Gobernación, Luis Echeverría” podría beneficiarse de “enfrentar un conflicto” de corte comunista, como se calificó al movimiento, para colocarse en “una posición ventajosa frente a sus adversarios”.¹³²

Echeverría y Corona del Rosal, dice Rivas Ontiveros, eran susceptibles al ataque por estar relacionado Echeverría con la seguridad y la estabilidad política y Corona del Rosal con la situación política de la capital y el manejo de la fuerza pública.¹³³

Rivas Ontiveros analiza la hipótesis de que el movimiento había sido provocado por “alguno de los integrantes del gabinete presidencial de Díaz Ordaz, interesado en sucederlo durante el sexenio de 1970-1976, [...]” Rivas explica el escenario en el que la pugna entre presidenciables pudo haber servido a los intereses personales de estos:

Desde la óptica de los autores de esta hipótesis cualquiera de estos tres precandidatos pudo coadyuvar a provocar el conflicto. Así Echeverría quería golpear a Corona del Rosal una vez que el viernes 26 de julio autorizó dos manifestaciones a la misma hora, no obstante la posibilidad real de que ambas pudieran unificarse, como de hecho sucedió, con los resultados que ya son de sobra conocidos [...]. El conflicto – según este mismo tipo de concepciones- pudo haber sido producido por el citado regente capitalino cuando premeditada y excesivamente utilizó la fuerza pública para arremeter en contra de

¹³² *Ibid.*, p. 30. Pérez Arce también llama la atención a la versión que se manejó durante el movimiento: “la confabulación entre políticos en la lucha por la candidatura presidencial”. En su caso, Pérez Arce incluye la intervención de Carlos Madrazo que intentaba fundar un partido: Patria Nueva. Esto como el resultado de su fracaso en el intento de democratizar al PRI, partido al que pertenecía originalmente. (Pérez Arce, *Op. Cit.* pp. 42-43.)

¹³³ Rivas, *Op. Cit.* p. 507

estudiantes politécnicos y universitarios los días 23 y 26 de julio, lo que sin duda traería como consecuencia una inminente radicalización de los sectores estudiantiles agredidos.¹³⁴

Otro de los posibles presidenciables fue Martínez Manatou, quien ha sido señalado también como un probable promotor de las primeras protestas. A este respecto, dice Rivas, que, a diferencia de Echeverría y Corona del Rosal cuyas acciones “político-administrativas” tuvieron consecuencias directas en el movimiento, Martínez Manatou estaba alejado de “la problemática sociopolítica de la ciudad y del país” y era menos viable su intervención en los incidentes que originaron la movilización.¹³⁵

No obstante, Rivas, luego de considerar las cinco hipótesis planteadas como posibles causas del movimiento -los precandidatos presidenciales, el gobierno contra los comunistas, preparación de la paz olímpica, de la CIA y del FBI y del comunismo internacional- llega a una conclusión similar a la de Guevara:

[...] resultan evidentemente infundadas e insostenibles y, por eso mismo, no es válido pensar que éste sea consecuencia de una provocación artificial perfectamente diseñada por alguna o varias mentalidades conspirativas que actuaban al margen y por encima de las masas que habrían devenido en simples marionetas de los poderosos.¹³⁶

Rivas añade a la afirmación de Guevara que “las luchas sociales no se inventan”, que fueron “las condiciones objetivas y subjetivas de las masas” las que estaban “maduras”, para estallar con cualquier “pretexto”.¹³⁷

Álvarez Garín, alude a las mismas causas hipotéticas del movimiento que señala Rivas Ontiveros. Sin embargo, él señala que la hipótesis de la represión preventiva de los adversarios del Estado es “altamente probable”. Aún así, dicho autor advierte que las hipótesis deben ser tenidas en cuenta, pero sólo pueden aceptarse en tanto sean sustentadas por evidencias.¹³⁸

Moreno Wonchee no considera algunas de las ideas anteriores como hipótesis, sino como hechos. Él dice que al autoritarismo y represión ya presentes, “se sumaron la

¹³⁴ *Ídem.*

¹³⁵ *Ídem.*

¹³⁶ *Ibid.*, p.510.

¹³⁷ *Ídem*

¹³⁸ Álvarez, *Op. Cit.* pp. 38-39.

inminencia de los Juegos Olímpicos, la pugna por la sucesión presidencial, y con demasiada frecuencia olvidada, (sic) de las agencias de espionaje y provocación del gobierno gringo”.¹³⁹

La reflexión que hace Fernando Solana, quien fuese el Secretario General de la UNAM de 1966 a 1970, es que, en los sucesos del 68, incidieron principalmente tres coordenadas: el contexto de la guerra fría, “los prolégomenos de la sucesión presidencial” y la inminente celebración de los Juegos Olímpicos.¹⁴⁰

Al respecto, Jorge de la Vega Domínguez, quien fungiera como representante del gobierno en las conversaciones sostenidas con los representantes estudiantiles la mañana del 2 de octubre del 68, dejó entrever, 30 años después, una relación entre los intereses de los presidenciables, Echeverría, Corona del Rosal y Martínez Manatú, y el desenlace del movimiento. De la Vega tomó en cuenta el “clientelismo que nutría aquella correlación de fuerzas políticas, dijo que sería bueno saber el reparto de visitantes que recibían aquellos tres candidatos, para poder responder algunas interrogantes del trágico desenlace del movimiento estudiantil”.¹⁴¹

Se observa que aunque la lucha por la sucesión presidencial no haya sido un factor clave, determinante en el movimiento, tampoco puede descartarse en el análisis de las causas.

II.2.5 La provocación

La hipótesis de la provocación es no sólo posible sino considerada como un hecho para algunos estudiosos del tema.¹⁴² Tal es la perspectiva de Marcelino Perelló, (quien además piensa que todos comparten su opinión):

El movimiento surgió [...] a raíz de la provocación que ejerció la policía, seguramente algún sector del Gobierno, para generar un movimiento que sirviera a sus intereses; eso parece indiscutible y en eso todas las versiones coinciden. Es una vieja práctica el que distintos sectores políticos utilicen los movimientos sociales en su favor, a veces con el conocimiento de los dirigentes de esos movimientos, a veces sin su conocimiento. Entonces dos años antes de las elecciones de 1970 algún sector del Gobierno decidió prender una chispa sobre la leña, [...] y provocaron el mayor movimiento social de nuestro país

¹³⁹ Marín, *Op. Cit.* p.73

¹⁴⁰ Solana, *Op. Cit.* p.140.

¹⁴¹ Mariángeles Comesaña, “Un diálogo suspendido en el silencio de treinta años” en, Solana, *Op. Cit.* p. 121.

¹⁴² Utilizo aquí el concepto “provocación” en el sentido que lo usan la mayoría de los autores consultados en este trabajo: Se trata de una acción deliberada del gobierno con la cual *provoca* una situación que pueda capitalizarse políticamente en su beneficio.

desde la Revolución Mexicana. La represión y la provocación estuvieron ahí todo el tiempo a lo largo de los cuatro meses que duró el movimiento, ahí estuvo la provocación.¹⁴³

Zermeño ya había dado un matiz a la hipótesis de la provocación. Él lo hace aludiendo particularmente a los sucesos del 24 de julio, cuando estudiantes de las vocacionales 2 y 5 del IPN atacaron a los alumnos de la preparatoria Isaac Ochotorena, sin recibir respuesta. Entonces, al retornar a sus escuelas los granaderos los “provocaron”, tendiéndoles emboscadas en repetidas ocasiones a los muchachos para golpearlos y huir. Con este modo de actuar, dice Zermeño, se fortalece la hipótesis de la provocación:

Tenemos así una primera explicación del origen del conflicto: todo aparece como si las fuerzas del orden hubieran aprovechado las rencillas existentes entre dos escuelas para implementar un enfrentamiento. La hipótesis de una provocación en el origen del conflicto se fortalece al examinar lo acontecido entre el 22 y el 30 de julio, [...].¹⁴⁴

La posibilidad de una provocación gubernamental se ve reforzada por el hecho de que los funcionarios gubernamentales hayan autorizado para un mismo día, y en itinerarios muy próximo una de la otra, dos manifestaciones. Las marchas de la FNET (Federación Nacional de Estudiantes Técnicos) y de la CNED (Confederación Nacional de Estudiantes Democráticos) coinciden el 26 de julio. La primera había sido programada por la Federación, impelida por los estudiantes politécnicos y no por iniciativa de ésta, como respuesta a la indignación estudiantil por la represión de que fueran objeto. La segunda era en conmemoración de un aniversario más de la revolución cubana. “Ambas manifestaciones se llevan a cabo con el permiso del Departamento del Distrito Federal”.¹⁴⁵

Guevara Niebla también alude al riesgo implícito en la autorización de las dos “manifestaciones simultáneas”, en las que seguramente habría críticas al gobierno:

[...]; la presencia de estudiantes en las calles no podía tampoco dejar de evocar las revueltas estudiantiles que estaban ocurriendo en otras partes del mundo. En 1968 las comunicaciones ya habían convertido al mundo en una aldea (McLuhan *dixit*) y las noticias de las revueltas estudiantiles de Estados Unidos, Francia, Uruguay, etc., circulaban en las aulas, sobre todo en las escuelas de

¹⁴³ González Marín, *Op. Cit.* p.49.

¹⁴⁴ Zermeño, *Op. Cit.*, *México: una democracia...* p.12.

¹⁴⁵ *Ídem.* También para Rodríguez Kuri son “poco claras las razones” para autorizar dos marchas simultáneas: “Se ha especulado que esa doble autorización estaría relacionada con una maquinación gubernamental para crear algún pequeño disturbio, y aprovechar la coyuntura para encarcelar a los disidentes más incómodos del gobierno. (Rodríguez Kuri, *Op. Cit.*, pp. 179-228).

humanidades y ciencias sociales, [...] La autorización entonces implicaba un riesgo político muy serio.¹⁴⁶

A este respecto, Guevara Niebla señala los sucesos del 23 de julio en la Ciudadela: aunque no hay evidencias suficientes para confirmar la provocación, ésta no puede descartarse como hipótesis de trabajo: “[...] las fuerzas del orden estaban tratando, no de resolver el conflicto y apaciguar a los alumnos, sino de *encenderlos y agravar la situación*. No hay duda de que la policía actuó extrañamente”.¹⁴⁷

Álvarez Garín, por su parte, no descarta totalmente la teoría de la provocación, pero reconoce que el desarrollo del movimiento tuvo su propia dinámica, ajena, casi siempre a lo que se hubiera planeado:

De cualquier manera que se haya iniciado el problema, con provocación o sin ella, lo cierto es que el movimiento del 68 muy pronto adquirió rasgos propios tan singulares e importantes que la hipótesis de la provocación se ha reducido, en todo caso, a uno de los componentes, posiblemente importante pero no esencial, del conflicto.¹⁴⁸

En el mismo orden de ideas, Salvador Villegas concuerda con Arturo Martínez Nateras y “muchos amigos más” respecto a la hipótesis de la provocación:

[...] desde el 23 de julio hasta el 2 de octubre, inclusive, hubo una planeada y maquiavélica provocación sistemática que no está suficientemente estudiada ni investigada. Para ese entonces es evidente que en ese ambiente preolímpico y de presucesión presidencial en México, de guerra fría y protestas en ciudades importantes a nivel mundial, todo lo que se moviera, y no precisamente al ritmo que marcara el sistema político, era un enemigo de éste y como tal había que tratarlo.¹⁴⁹

Con provocación gubernamental o no, es evidente que el movimiento alcanzó proporciones sin precedentes. La vastedad de la alianza al interior de éste, rebasó cualquier perspectiva al pasar, de lo estudiantil a lo popular, cuestión que trataré en el siguiente capítulo.

¹⁴⁶ Guevara, *Op. Cit. La libertad...*p.23.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p.28.

¹⁴⁸ Álvarez, *Op. Cit.* p.39.

¹⁴⁹ Salvador Ruiz Villegas, “Grupos y facciones estudiantiles en la UNAM y el IPN” en, Solana, *Op. Cit.* p.54. El autor fue participante en el movimiento, representando a la Facultad de Ingeniería de la UNAM ante el CNH.

Conclusión

Recapitulando, puede observarse que entre las causas externas del movimiento estudiantil del 68 a las que refieren los autores cuya obra se ha revisado, pueden citarse los cambios culturales que tenían lugar en el mundo en esos años. Las movilizaciones estudiantiles se dieron casi de forma simultánea en distintos países. Aunque cada caso era particular, mantenían entre sí un denominador común: la inconformidad con el orden prevaleciente y el deseo de transformarlo en un mundo mejor.

La influencia del mayo francés y de procesos como la revolución cubana es enunciada por los autores como un ascendiente en el movimiento estudiantil mexicano de 1968. Para otros autores, la intervención de organismos extranjeros como la CIA y el FBI en los asuntos del Estado mexicano fueron evidentes durante el proceso. En estas circunstancias se tendía como telón de fondo ineludible el contexto de la Guerra Fría.

Entre los factores al interior del país, que mencionan algunos autores como causas del movimiento estaban las características del régimen mexicano cuyo presidencialismo autoritario trataba como hijos y no como ciudadanos a la sociedad. Así, el Estado se enorgullecía del control que ejercía sobre los gobernados pues, al ser un Estado antidemocrático, cerraba las vías a la expresión de disidentes fuera de los canales institucionales.

Vinculado a lo anterior, los autores comentan, como otra causa del movimiento, la demanda por parte de los sectores en ascenso de mayor participación política en una verdadera democracia. Esta petición no era atendida, lo que causaba un malestar social proclive a la movilización.

Los problemas económicos que enfrentaba la población con su concomitante desigualdad social y económica, eran, según algunos de los que escribieron al respecto, causa para la movilización aunque otros de ellos no consideran que haya sido así.

La lucha entre los funcionarios que se preparaban para competir para la sucesión presidencial fue otra hipótesis causal que los autores presentan con diferentes grados de posibilidad de que fuese así.

Otra de las posibles causas que plantean los autores fue la provocación preparada por parte del gobierno para generar un problema en el que los disidentes pudieran ser reprimidos antes de la realización de los Juegos Olímpicos.

En este capítulo se observa que hay pocos puntos en los que disientan los que trataron el tema. En conclusión, coincido con ellos en la percepción de que los incidentes violentos en los que intervinieron la policía y los granaderos en la Ciudadela el 22 de julio y en el

centro de la Ciudad los días subsiguientes no fueron la causa, sino el detonador de la movilización estudiantil. La generación de los sesentas, particularmente la de la clase media ilustrada, había crecido en un entorno en el que los valores tradicionales se empezaron a cuestionar por los resultados que se observaban en los ámbitos social y político: exclusión política y social, injusticia, reparto desigual de la riqueza, autoritarismo que ahogaba la libre expresión, etc.

La influencia de otras movilizaciones en el mundo, tenía que ocurrir cuando en esencia todos luchaban por conseguir cambios en el *status quo*. La hipótesis de un movimiento fabricado por una parte de los funcionarios del gobierno mexicano queda descartada cuando se observan los móviles a los que se desplazaron los estudiantes: de protesta por la represión se pasó a una serie de demandas antiautoritarias y democratizadoras que incluían a otros sectores de la sociedad.

Finalmente, el entramado del contexto en que nació la movilización hace más compleja la identificación de las causas del movimiento. Circunstancias externas e internas contribuyeron a hacer del movimiento del 68 el suceso más importante de la segunda mitad del siglo XX en México, por las repercusiones que tuvo en la vida social, política y cultural.

CAPÍTULO III

ACTORES SOCIALES Y POLÍTICOS, SUS APORTACIONES: LA PLURALIDAD EN MARCHA

El movimiento estudiantil del 68 tuvo características que lo distinguieron de los que le antecedieron. Uno de los elementos distintivos, no fue sólo la magnitud de la represión que lo aniquiló el 2 de octubre, sino la naturaleza de la identidad colectiva que aglutinaba, con las dificultades inherentes, a una abigarrada pluralidad de identidades.¹⁵⁰ Todas ellas, en diferentes niveles, aportaron a la lucha ideologías y estrategias conforme avanzaba la movilización: el ensayo de tácticas con los aciertos y errores que son más evidentes a 40 años de distancia.

Hasta hoy, ha quedado el adjetivo “estudiantil” para el movimiento, porque fueron ellos los primeros en organizarse para responder a la represión del gobierno y demandar el cumplimiento de las garantías constitucionales. Casi inmediatamente fueron sumándose a la lucha otros sectores, principalmente de la clase media ilustrada, padres de familia y algunos sectores de los trabajadores. Uno de los factores principales que dio la cohesión necesaria, como lo dijo Zermeño, fue la identificación de un enemigo común: el PRI, el gobierno y el presidente.¹⁵¹ Sin embargo, la pluralidad de quienes conformaban el movimiento dio pie a diferencias ideológicas que causaban desacuerdos entre los dirigentes de la lucha.

Para algunos autores, cuya obra he estudiado, la izquierda tuvo un papel relevante dentro del movimiento, mientras que para otros no fue así. En los textos consultados se hallan denominaciones tales como: “radicales” o “demócratas”, “revolucionarios” o “reformistas”, “tibios” o “duros”, etc., aludiendo a las tendencias entre los movilizados. Tanto la variada procedencia como la inclinación ideológica de estos, conformaron una entidad compleja, muy diferente a lo que podría ser un movimiento obrero o campesino, que no tendría el factor de la heterogeneidad.

¹⁵⁰ Hasta donde me he percatado, la noción de identidad no es tratada ampliamente en los textos analizados, salvo, en cierta medida, en el trabajo de Zermeño, en donde se refleja la influencia de Touraine. El concepto “identidad”, individual o colectiva es de difícil definición y está sometida aún a debate. Sin embargo, dado que los autores, cuya obra analicé, dan cuenta de una acción colectiva, con actores de la misma índole, he recurrido a la explicación que al respecto propone Melucci: Los actores colectivos “producen acción colectiva porque son capaces de definirse a sí mismos y al campo de acción, [...]” Construyen así un “nosotros”, que guiará su acción bajo tres coordenadas: los fines, los medios y el ambiente en los que tal acción tendrá lugar. El autor anota que a este proceso de “construcción de un sistema de acción” es a lo que él denomina “identidad colectiva”. Tal proceso no es lineal, pues implica “interacción y negociaciones” entre “la pluralidad de orientaciones que la caracteriza”. Con esto, el autor se contrapone a la concepción de identidad colectiva como “un dato” o “una especie de esencia del movimiento”, como lo presenta Touraine. (Alberto Melucci, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 2002, pp. 43,66).

¹⁵¹ Sergio Zermeño, *Op. Cit., México: una democracia...apud*, Rivas, *Op. Cit.*, p. 535.

Tratar de definir las diferentes identidades colectivas que intervinieron en la lucha del 68 es una tarea difícil que merece el tratamiento de estudios de mayor aliento.¹⁵² Sin embargo, para los propósitos de esta investigación, trataré de rastrear lo que, sobre el tema, han dicho varios autores.

Una manera de establecer las diferentes identidades es observando los objetivos que se plantearon distintos sectores del movimiento. Nos encontramos aquí con la dificultad que implica definir las diferentes proyecciones que transversalmente afectaron a un mismo grupo.

En el movimiento del 68 se combinaron diferentes identidades con distintas formas de inscripción al mismo. Del estudio de las obras analizadas se desprende que es difícil establecer una diferencia entre las identidades políticas y sociales, aunque, por supuesto, existió un entrecruzamiento entre ambas. Así, encontramos entre las identidades las que se marcan por un criterio social: “clase media”, “joven”, “estudiante”, “académico”, “padre”, “campesino” etc.

Por otra parte, cuando se trata de identidades políticas, en el movimiento del 68, no puede aplicarse como conceptos unívocos: “demócrata” o “izquierda”, pues aún dentro de estas definiciones hay una constelación de matices. De este modo, al escribir sobre demócratas participando en el movimiento, tenemos que añadir el calificativo que nos indican sus objetivos: de “izquierda”, “liberal”, “progresista” “revolucionario”, etc.

Pertenecer a una identidad social no significaba, por supuesto, estar adscrito a una corriente ideológica determinada. Los académicos y otros profesionistas no necesariamente militaban dentro de la democracia reformista (como dice Zermeño), tampoco ser joven era equivalente a ser de izquierda.¹⁵³

Las identidades sociales que se muestran en la bibliografía revisada, integraron a la inmensa mayoría de los movilizados. Para muchos de ellos, el sustento teórico no fue el primer incentivo para la lucha. Dentro de este sector encontramos a los jóvenes estudiantes, a los vecinos de las escuelas que eventualmente participaron en el movimiento, a la masa trabajadora y a los campesinos.

¹⁵² Para un análisis de los actores en el movimiento, véase el cuadro que presenta Sergio Zermeño, *Op. Cit.*, *México: una democracia...*, pp. 234-235.

¹⁵³ Al respecto, véase el trabajo de María Elena Torres Bustillos, “Propuesta para un nuevo mapa histórico de la generación sesentera”, en Pérez Islas, José Antonio y Maritza Urteaga Castro-Pozo, *Historia de los jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX*, México, Instituto Mexicano de la Juventud, Archivo General de la Nación, Centro de Investigación y Estudios sobre la Juventud, 2004, pp.349-359.

III. 1 Actores sociales

Entre las identidades sociales que integraron la parte más numerosa de los movilizados, estuvieron los jóvenes, particularmente los estudiantes.¹⁵⁴ Zermeño los llamó: la base estudiantil más joven.¹⁵⁵ Estudiantes entre 13 y 18 años, preparatorianos y alumnos de vocacional o prevocacional no tenían necesariamente una formación politizada, son ellos, sin embargo los que enfrentan en la calle y en las escuelas el ataque de los represores. El caso de los padres de familia afectados por la represión o muerte violenta de sus hijos, fue similar en el sentido de no conocer suficientemente teoría política, pero sí reconocer la injusticia y el abuso del poder por parte del gobierno.

Dentro de los actores sociales tenemos también a los sectores populares, como los vecinos que habitaban o trabajaban alrededor de las zonas escolares. En la dinámica vecinal, algunos de los “pandilleros” y los “vagos” optaron por hacer causa común con los estudiantes. Se les encuentra al lado de éstos resistiendo la agresión de granaderos y policías o luchando en contra de la toma de las escuelas por el ejército. También algunos de los vecinos de clase media, como los habitantes de Tlatelolco, aportaron su ayuda a los movilizados en los enfrentamientos.

Otro elemento social que intervino en la movilización estudiantil, aunque no fuese en la medida deseada por los estudiantes, fueron los trabajadores. La recepción que hubo entre ellos al llamado estudiantil para la lucha fue diversa. Algunos burócratas, otros trabajadores del Estado o de la empresa privada, comerciantes, vendedores ambulantes, etc., mostraron su apoyo en contra de los represores en algún momento.

III.1.1 Los jóvenes

Como parte integrante de los actores sociales, la mayoría los estudiantes más jóvenes que participaron en el movimiento, carecían de un proyecto ideológico bien definido. No se esperaba que todos ellos conociesen de teoría política, la politización se daba más bien en el nivel de educación superior. Sin embargo aquel sector fue el más combativo cuando se trató de enfrentar a las fuerzas represoras en acción.¹⁵⁶

¹⁵⁴ Por actor social me refiero a aquellos grupos que no tenían definición política antes del movimiento estudiantil.

¹⁵⁵ Zermeño, *Op. Cit. México: una democracia...* p. 139.

¹⁵⁶ Zermeño explica que este sector, integrado por “preparatorianos, alumnos de vocacionales y estudiantes que, incluso cursando ya su carrera, [...]” no tienen “la comprensión global del sistema social que los rodea, ni una concepción crítica de éste, que son factores que explican su primer impulso hacia la acción directa”. Provocados por la acción autoritaria del gobierno, salen de su amodorramiento político para dar salida a imaginativas defensas que “sorprenden y rebasan al sector politizado de la izquierda estudiantil y al propio gobierno” (Zermeño, *Op.Cit., México:una democracia...* p. 38).

Las condiciones que propiciaron dicha reacción no se dieron enteramente en el momento en que inició la represión en los últimos días de julio del 68. Para ese tiempo existía, *per se*, un ambiente propicio a la explosión social entre los jóvenes. En general la juventud era considerada una etapa que estaba plagada de actitudes proclives al desorden. Guevara Niebla, escribe que el autoritarismo del régimen consideraba a los jóvenes, por el hecho de serlo, como delincuentes en potencia:

La situación de la juventud en 1968 era deplorable. Había un alto grado de represión y limitaciones en la vida social. Ser joven en los años sesenta era casi un delito. So pretexto del pandillerismo, se lanzaban persecuciones y redadas contra los jóvenes en los barrios populares como reportan algunas notas periodísticas de la época: La policía inicio una extensa campaña contra el pandillerismo y la delincuencia juvenil. El personal que participará en esta guerra a las muchachas de mallas negras y a los barbudos tienen instrucciones de proceder con energía; pero al mismo tiempo con criterio. (*Novedades*, 11-08-1963).¹⁵⁷

Guevara añadió que la persecución de las autoridades abarcaba no sólo a los pandilleros sino también a los que acostumbraban reunirse en “café existencialistas”. La descalificación del gobierno a los jóvenes se marcaba con el uso de la violencia verbal, los muchachos eran “vagos”, “melenudos” y “rebeldes sin causa”.¹⁵⁸

Durante la movilización del 68 era frecuente la detención indiscriminada de jóvenes por parte de las autoridades. Los jóvenes arrestados debían demostrar que tenían un medio honesto de vida para poder ser liberados, pues además existía el prejuicio gubernamental de que los que tenían el privilegio de ser educandos, eran unos vagos desocupados.

Es interesante notar cómo la reacción violenta de los estudiantes más jóvenes se dio, generalmente, en entornos y con razones específicas. Casi siempre se suscitó defendiendo recintos escolares ubicados en barrios o muy próximos a ellos.

En los libros que he revisado, salvo el de Scherer/Monsiváis y el de Zermeño, se llama la atención a los hechos en el sur de la ciudad, dejando casi sin tratar lo ocurrido en el norte. Es allí donde ocurren los enfrentamientos que nos permiten ver la combatividad de los jóvenes, particularmente los politécnicos, auxiliados por la gente del barrio. Monsiváis explica:

¹⁵⁷ Guevara, *Op. Cit.*, *Largo camino...* pp. 56-57.

¹⁵⁸ *Íbid.*, p.58.

Sin la descripción puntual de los hechos en las zonas politécnicas, la historia del 68, resulta inacabada, porque allí la resistencia es efectivamente popular (se involucran vecinos, comerciantes, transeúntes), y diferente en algunos puntos a la de los universitarios.[...] En el Casco de Santo Tomás, en Zacatenco, en las vocacionales 5 y 7, se toma nota puntual de los asaltos de los paramilitares y policías a escuelas, vocacionales y prevocacionales. [...] la necesidad de no dejarse y la ira acumulada y colectivizada, asumen entre los politécnicos dimensiones antes no registradas entre los estudiantes de la ciudad de México. La desesperación heroica es el factor inesperado.¹⁵⁹

Para ilustrar lo anterior, Monsiváis cita la toma del Casco de Santo Tomás, el 23 de septiembre, en la que “cerca de mil quinientos estudiantes en la escuela Wilfrido Massieu, doscientos más en Ciencias Biológicas y trescientos en Medicina”, se enfrentan a “unos dos mil granaderos”. Puesto que la precedente toma de Ciudad Universitaria, el 18 de septiembre, puso en guardia a los politécnicos, estos se prepararon con barricadas hechas con autobuses quemados, postes derribados y zanjas. Así, equipados con piedras, bombas molotov, envases de refrescos y algunas armas se dispusieron a defender sus escuelas. La refriega duró hasta el amanecer, cuando los granaderos ocuparon las escuelas del Casco apoyados por el ejército. Los 350 detenidos, algunos muertos y unos 50 heridos entre los estudiantes, dan cuenta del “coraje súbito y miedo suicida” de los jóvenes.¹⁶⁰

III.1.2 Los eventuales participantes

Esta circunstancia de enfrentamiento, daba la oportunidad de participar a los sectores populares: la gente del vecindario entre los que se incluía a jóvenes no estudiantes, tanto porros como los pandilleros de la zona. Efectivamente, a menudo los estudiantes fueron auxiliados por otros muchachos que no eran parte de la comunidad escolar. Rodríguez Kuri llama la atención a las complejas relaciones sociales que se daba en las inmediaciones de las escuelas en “combate”: los porros y las pandillas de barrio, dice él, que “gravitaban en los

¹⁵⁹ Scherer y Monsiváis, *Op.Cit., Parte de Guerra...*,p. 233. Respecto a la actitud valerosa de los estudiantes del IPN, Zermeño cita a Jean Meyer quien dista de conceder a este sector la caracterización de “estudiantil-juvenil-culturalista, e interpreta la acción de los “los politécnicos”, como un fenómeno que expresa directamente su pertenencia a una clase social definida: el proletariado”. Aunque Meyer deplora la actitud política de los politécnicos, admite “su admirable valentía”. Zermeño discrepa con Meyer sobre la caracterización, un tanto simplista que éste hace del profesorado y alumnado del IPN, por dejar fuera la posibilidad de los politécnicos de organizarse “en torno a una acción de clase y madurar una conciencia proletaria”. (Zermeño, *Op.Cit., México: una democracia...*, pp. 183-185).

¹⁶⁰ Scherer y Monsiváis, *Op.Cit., Parte de Guerra...*,pp. 234-236. Zermeño llama también la atención al hecho de que los enfrentamientos violentos iniciaron entre el 26 al 30 de julio en las preparatorias de la UNAM ubicadas en el centro de la capital y que en la segunda mitad de septiembre, la preparatoria 8 de Mixcoac, la 7 de la Viga y la 9 de Insurgentes Norte “fueron escenario, dentro de su aislamiento, de enfrentamientos y actos de violencia significativos (quema de camiones pedreas con granaderos, secuestro de pipas de gasolina, etc.) (Zermeño, *Op.Cit., México: una democracia...*, p185).

espacios escolares” se portaron como estudiantes a la hora de repeler los ataques de los policías y granaderos.¹⁶¹

Respecto a los porros, Rodríguez Kuri toma el testimonio de Álvarez Garín: se trataba de una “forma de control y corrupción gubernamental”, sin embargo, aclara Rodríguez, esta acepción debe matizarse porque la realidad es más compleja.¹⁶² Se ejemplifica esto con el testimonio de Eduardo Valle que se asume, en un momento dado, como porro y comenta que, por lo general, los porros respetaban a los militantes de izquierda.¹⁶³

Rivas Ontiveros también da cuenta de la ayuda que los grupos porriles de la Preparatoria 3 dieron al estudiantado el 26 de julio, cuando construyeron las barricadas en la zona aledaña a las preparatorias del centro de la ciudad.¹⁶⁴

Las pandillas tuvieron también una intervención importante a la hora del enfrentamiento con las “fuerzas del orden”. Estrada escribió que mientras que la toma de Ciudad Universitaria por parte del ejército se hizo sin resistencia, la ocupación de las instalaciones de los diversas escuelas del IPN se dio con una batalla de por medio, en la que participaron del lado de los estudiantes, los pandilleros de la zona, resultando uno o dos muertos.¹⁶⁵ Rodríguez Kuri nos explica que el mayor despliegue de violencia se dio en espacios circundados por barrios habitacionales: Vocacionales 2 y 5 en la Ciudadela, Vocacional 7 en Tlatelolco, Preparatorias 1, 2 y 3 en el centro de la Ciudad, la Preparatoria 5 en Coapa y la 7 en la Viga.¹⁶⁶

También Monsiváis refiere a un documento sobre las acciones que tuvieron lugar en la zona de la Merced el 28 de agosto: “20:50. Los estudiantes que se encuentran por la Merced, apoyados por los vagos de la misma, lanzaron proyectiles a la policía haciéndose que se replegara hasta Corregidora y Roldán”.¹⁶⁷

En esos enfrentamientos también se inmiscuyeron los vecinos. Dice el informe:

¹⁶¹ Rodríguez Kuri, *Op. Cit.*, pp. 179-228.

¹⁶² *Ídem.*

¹⁶³ *Ídem.*

¹⁶⁴ Rivas, *Op. Cit.*, p. 515.

¹⁶⁵ Estrada, *Op. Cit.*, p. 202.

¹⁶⁶ Rodríguez Kuri, *Op.Cit.*, pp. 179-228. Zermeño también alude al apoyo que los pandilleros de Tepito dieron a los estudiantes en la zona de Tlatelolco en los días de mayor violencia. Dice Zermeño que, vivir en la vecindad, ser amigos en el barrio y tener como oponente natural al policía y al granadero, daban la oportunidad de pasar del pandillerismo a la acción política. (Zermeño, *Op.Cit., México: una democracia*, p.189).

¹⁶⁷ El informe está tomado de reportes de ese día de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (IPS) en, Aguayo, *Op.Cit., apud. Scherer y Monsiváis, Op. Cit., Parte de Guerra...*p.199.

18:30. [...] gente del pueblo está atacando a los soldados con piedras, botellas, jitomates y cualquier cosa que encuentran a su mano y a la vez gritan: “Muera el ejército”, “¡muera el mal gobierno!”, “¡no te escondas perro rabioso!”

20:50. Al pasar la policía frente al edificio que está junto al centro nocturno “Clave Azul”, de las azoteas le lanzaron piedras, tabiques, cascos de refresco y botellas con ácido, por lo que la policía tuvo que correr en distintas direcciones, [...].¹⁶⁸

Este apoyo popular que tuvieron los estudiantes se observó también entre los vecinos de las zonas escolares. Monsiváis nos informa que el 29 de agosto en la Unidad Nonoalco Tlatelolco, los estudiantes se aprestaban a celebrar un mitin cuando jefes militares llegaron ordenando la disolución del mismo: por toda respuesta, recibieron desde los edificios, una andanada de insultos, piedras y botellas vacías.¹⁶⁹

Es comprensible la actitud solidaria de los vecinos cuando se considera que muchos de los estudiantes en pie de lucha, tenían su domicilio en las cercanías de las escuelas, con todo lo que ello significa en el entramado social que propicia lazos de solidaridad. El abuso del poder gubernamental en contra de los muchachos, hace entendible que se generasen simpatías y apoyo entre la población que vivía en las zonas aledañas a los planteles. No ocurría así en Ciudad Universitaria, que años atrás, en aras de la modernidad, había sido construida en una zona alejada, en ese entonces, del sector habitacional. Al mudarse allí las facultades de la UNAM, se hizo poco probable el apoyo vecinal a los universitarios.

III.1.3 Los trabajadores

Dentro de los actores sociales, una parte de los trabajadores se solidarizó con la lucha. Desde que ésta inició se vio la necesidad de fortalecerla atrayendo el apoyo de otros sectores de la sociedad. La masa trabajadora, respondió al llamado de forma desigual. La generalidad de la clase obrera mantuvo su pasividad. Los obreros no respondieron, “el movimiento quedó atrapado en un círculo vicioso: la pequeña burguesía”.¹⁷⁰

El 13 de agosto en la primera manifestación estudiantil al Zócalo, informa Álvarez, “participaron los primeros contingentes solidarios de trabajadores. Los más destacados desde el primer momento fueron los petroleros, tanto los del Instituto Mexicano del Petróleo, como los trabajadores de la Refinería 18 de Marzo, que desfilaron con sus estandartes sindicales”.¹⁷¹

¹⁶⁸ *Ídem.*

¹⁶⁹ *Íbid.*, p. 235.

¹⁷⁰ Zermeño, *Op. Cit.*, México: una democracia...p.170, 201.

¹⁷¹ Álvarez, *Op. Cit.*p.50

Los médicos internos del Hospital General también respondieron al llamado de solidaridad de los estudiantes y se declararon en huelga el 27 de agosto. “La sección 37 del Sindicato de Trabajadores Petroleros de México inició un paro en apoyo a los estudiantes.[...]”.¹⁷²

En la marcha del 27 de agosto participó un grupo de electricistas de la Compañía de Luz con una manta en la que exigían democracia y libertad. Junto a ellos desfilaron unos 200 ferrocarrileros.¹⁷³ Asimismo, en el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), el movimiento “conquistó una cantidad significativa de simpatías”. No obstante la presencia del “líder charro” Luis Aguilar Palomino significó un obstáculo insalvable para los estudiantes que propugnaban por su remoción. Tal situación provocó serias desavenencias entre los trabajadores y los estudiantes que impidieron la concreción del apoyo a la lucha.¹⁷⁴

La participación de los trabajadores administrativos de la UNAM, se hizo patente durante la manifestación del Rector, cuando el líder de la Asociación de Trabajadores Administrativos de la UNAM (ATAUNAM) encabezó un contingente de esta organización. Más tarde se integrarían a la Coalición de Maestros y la firma del Comité Ejecutivo de estos trabajadores aparecería en los desplegados de adhesión al movimiento.¹⁷⁵

Pese al apoyo de estos sectores de trabajadores, es evidente que la respuesta fue muy limitada. La comunicación de los estudiantes con este sector no logró establecer un vínculo duradero. Uno de los actores que casi de forma espontánea expresó su inclinación a favor del estudiantado fue la burocracia. Una parte de ésta concurrió al Zócalo al día siguiente de la manifestación multitudinaria del 27 de agosto, como respuesta a la convocatoria del gobierno federal a sus trabajadores para efectuar una ceremonia de desagravio a la Bandera Nacional. El día anterior, había sido izada una bandera roja y negra en el asta bandera. Entonces ocurrió lo inusitado: “Llegan por un costado del Zócalo grupos incitados por la espontaneidad del acarreo. Son burócratas de la Secretaría de Hacienda y de la SEP, y hacen uso de sus facultades corales: “¡Somos borregos! ¡Nos llevan! ¡Bee-bee! ¡Somos borregos!”.¹⁷⁶

Los estudiantes infiltrados entre las filas de burócratas toman las riendas del mitin y agrupados en seis o siete puntos de la Plaza “atraen a la gente para sus alegatos”. Monsiváis llama a lo que ocurre entonces “ballet de represión y toreros raudos”, “la feria que termina al

¹⁷² Rodríguez Munguía, *Op. Cit.* p.69.

¹⁷³ Gómez, *Op. Cit.* p.166.

¹⁷⁴ Guevara, *Op. Cit., La libertad..* p. 248.

¹⁷⁵ Alberto Pulido Aranda, *A 40 años de 1968, la crónica de un año maravilloso*, México, STUNAM, 2008, pp.71-72. Pulido fue participante en el movimiento. Actualmente es secretario de Prensa y Propaganda del STUNAM.

¹⁷⁶ Scherer y Monsiváis, *Op. Cit., Parte de Guerra...* p.198

abrirse la puerta de Palacio y aparecer columnas de soldados a bayoneta calada”.¹⁷⁷ No obstante, la burocracia en general no expresaba abiertamente su favor al movimiento en otros espacios en que no le cobijara, hasta cierto punto, el anonimato de la multitud.¹⁷⁸

Desde el 14 de agosto empezó el “desfile de quejosos, trabajadores campesinos y empleados, ante el CNH”, buscando ayuda para sus problemas. Sin embargo, no era éste un aporte para el movimiento, pues se trataba de gente desesperada sin ninguna formación política ni conciencia de clase previa a algún movimiento revolucionario.¹⁷⁹

III.1.4 Los campesinos

Por otra parte, el apoyo que pudo haber recibido el movimiento estudiantil procedente del sector campesino, quedó en el camino, sin que llegara a definirse. El caso de Topilejo nos permite ilustrar esta afirmación. A raíz de la volcadura de un camión en esa población, el tres de septiembre, murieron siete personas y veintitrés resultaron heridas. Las brigadas estudiantiles salieron del Distrito Federal para apoyar a los habitantes de Topilejo en su tragedia. Una semana después, los habitantes del lugar mantenían secuestrados treinta y dos unidades de transporte público en demanda de indemnizaciones y mejoramiento del servicio. Las brigadas marxistas empezaron su labor de adoctrinamiento entre los campesinos del lugar: el “sueño maoísta” en acción, se exaltaba al campesinado como aquéllos que harían la revolución. Sin embargo, el *Libro Rojo* de Mao Tsé-Tung, no logró modificar la mentalidad campesina. Se trató, dice Guevara, “de un ejercicio de autoconsumo: de valor ético y poco significado político”.¹⁸⁰

En general, no podía esperarse la solidaridad de los campesinos con la lucha estudiantil. Como sucedía con muchos de los movimientos revolucionarios en Latinoamérica, frecuentemente los campesinos, con su actitud se declaraban de facto a la derecha, a la sombra

¹⁷⁷ *Ídem.*

¹⁷⁸ Zermeño escribió al respecto: [...], aunque estas expresiones de política independiente pueden ser consideradas como el inicio de una tendencia, lo cierto es que los sectores burocráticos se encuentran bajo el control de organizaciones sindicales perfectamente supeditadas al partido único y, a través de él, al Ejecutivo”. (Zermeño, *Op.Cit., México: una democracia...* p.199).

¹⁷⁹ Guevara, *Op. Cit., La libertad...*, pp. 171-172.

¹⁸⁰ *Íbid.*, pp. 248-249. Zermeño nos informa que fue una comisión del pueblo de Topilejo la que se presentó a una asamblea de la Escuela Nacional de Economía de la UNAM para solicitar ayuda ante la negativa de la línea camionera a cubrir el total de las indemnizaciones. Zermeño también, cita de un informe del Comité de Lucha en el lugar para ponernos al tanto de las condiciones previas al accidente en Topilejo: había en el pueblo una cierta influencia del PAN, se pensaba que si se cambiaba del PRI al otro partido, las condiciones de vida, que eran muy precarias, mejorarían. “Los campesinos acudieron a los estudiantes porque veían en ellos a una fuerza que les podía ayudar a resolver su problema, pero sobre todo fincaban su seguridad en que ellos pensaban que el movimiento pretendía derrocar al partido en el poder” De este modo; Topilejo es señalado como un incidente y no como la evidencia de apoyo campesino al movimiento. (Zermeño, *Op.Cit., México: una democracia...*,pp. 227-228).

del Estado que domesticaba a este sector con reformas agrarias y otros beneficios sociales focalizados. En el caso de México, hecha la salvedad de que el movimiento estudiantil no era una insurrección armada, el campesinado no sentía como suya la lucha de los que podría considerar personas desocupadas que empleaban su tiempo en alborotos inútiles. A esto se añade el que en su mayoría, el campesinado había sido cooptado por el Estado desde la década de los treinta con la creación de la Confederación Nacional Campesina (CNC).¹⁸¹ El líder de esta organización en 1968, Augusto Gómez Villanueva, se apresuró por su parte a confirmar su lealtad a Gustavo Díaz Ordaz y su participación corporativa a la manifestación del desagravio del 28 de agosto.¹⁸²

Como puede observarse, las diferentes identidades sociales aportaron la mayor parte de los contingentes en las manifestaciones y marchas. También fueron ellos quienes respondieron a la represión en las calles y en las escuelas. Pese a que se dio la politización a medida que avanzaba el movimiento, la mayoría de ellos respondía a la inmediatez de la circunstancia, demostrando así sus límites políticos. En esta respuesta desigual se observa cómo para la mayoría de los participantes hasta ese momento la política se consideraba un atributo de un grupo ajeno a ellos. No obstante, para muchos la movilización fue la respuesta a una situación de injusticia que generó actitudes intrépidas. En general, en el movimiento del 68 se dio un entrecruzamiento de identidades sociales y políticas. Así, la juventud, particularmente la ilustrada, tenía más clara su orientación ideológica, en su mayoría a la izquierda. Por su parte, los intelectuales, los académicos, los escritores, etc., respondían a diversos grados de politización en diferentes vertientes. Respecto a los trabajadores, la concienciación política fue limitada a ciertos sectores, algo que no ocurrió con los campesinos.

III.2 Las identidades políticas

No es posible señalar a un actor social sin pensar en su variable política. Académicos, burócratas y otros sectores que apoyaron al movimiento tenían diferentes posturas políticas. A este respecto, Zermeño, en el prólogo que hace al trabajo de Rivas Ontiveros, hace una primera diferenciación de los actores políticos, acorde a la concepción de democracia que cada grupo tenía.

¹⁸¹ Lázaro Cárdenas, con su política de masas, instituyó la CNC y la CTM “con cuño reformista”. Con ello logró el control sobre los sectores campesino y de los trabajadores, había “movilizado” para “desmovilizar”. (Arnaldo Córdova, *La formación del poder político en México*, México, Era, 1972, p.54).

¹⁸² Gómez, *Op.Cit.*, p.174.

En el grupo demócrata reformista inscribe a los que favorecían el diálogo y el consenso; en esta tendencia encuadra a la Coalición de Maestros y a los intelectuales y artistas. En la democracia libertaria incluye a los jóvenes que conquistaron la calle y otros espacios antes vedados a la expresión independiente. Por último, en la vertiente revolucionaria, circunscribe a la mayoría de los miembros del CNH de tendencia a la izquierda, que a su vez se dividían en un “ala dura” y una “negociadora”.¹⁸³ Dentro de este grupo se percibían dos tendencias: los que favorecían limitarse a la satisfacción del pliego, mientras que otros buscaban la alianza con los trabajadores.¹⁸⁴

Esta pluralidad de orientaciones fue palpable, por ejemplo, en el apoyo al movimiento estudiantil por parte de la Asamblea de Intelectuales y Artistas se formalizó el mismo 15 de agosto en el auditorio Justo Sierra de la UNAM. De esta manera: “Escritores y artistas se proclamaron a favor de la autonomía universitaria y en contra de la represión, y en apoyo a las demandas estudiantiles nombraron un representante permanente ante el CNH: [...]”.¹⁸⁵

Entre los escritores que se unieron a los movilizados, estaba José Revueltas. De él, no puede decirse que apostara solamente a la satisfacción del pliego y al cumplimiento de la constitución. Aunque su demanda era hacia conseguir la democratización, ésta debía hacerse, según Revueltas, por la vía de la autogestión. Él definió la lucha como “una nueva revolución”, con un “carácter impugnador y crítico de la autoridad”¹⁸⁶. Su compromiso ético de “viejo disidente” le permitió ver las implicaciones políticas de un movimiento que “reivindicaba su autonomía ante el gobierno y su derecho de hacer política cuestionando la estructura antidemocrática del sistema”.¹⁸⁷ No obstante, dice Álvarez, Revueltas se desenvolvía más en el campo “teórico- filosófico de la capacidad crítica de las personas y de las organizaciones para comprender la realidad y transformarla”.¹⁸⁸ Durante el proceso del movimiento, no había tiempo para atender esas cuestiones.

Los intelectuales tuvieron la oportunidad, en una sola ocasión, de exponer ante un público muy amplio, el significado de la lucha estudiantil. El 21 de agosto fue televisada una mesa redonda con la presencia de Iñigo Laviada, Ifigenia Martínez, Heberto Castillo, Víctor

¹⁸³ Rivas, *Op. Cit.*, pp. 14-15.

¹⁸⁴ *Ídem.* p. 535.

¹⁸⁵ Guevara, *Op. Cit., La libertad...*, p. 177. Pablo Gómez proporciona una lista de los que integraron la Asamblea de Intelectuales y Artistas en apoyo al pliego petitorio estudiantil. Ésta fue publicada en la mañana del 15 de agosto en el periódico *El Día*. Se menciona a: Juan Rulfo, Juan Bañuelos, José Revueltas, Vicente Leñero, Jaime Leñero, Jaime Sabines, Fernando del Paso, Carlos Monsiváis, Alejandra Moreno Toscano, Enrique González Rojo, Alejandro Miguel, Enrique Florescano y Federico Campbell. (Gómez, *Op. Cit.* p.128)

¹⁸⁶ Andrea Revueltas y Cheron Philippe (comps.), *José Revueltas y el 68*. UNAM, Era, 1998, p.15

¹⁸⁷ *Íbid.* pp. 10-11,16

¹⁸⁸ Álvarez, *Op. Cit.*, p. 152.

Flores Olea y Francisco López Cámara. Todos ellos se mostraron de acuerdo en la afirmación de que el movimiento estudiantil no era “inspirado por delincuentes juveniles” ni tampoco el resultado de una “conspiración”. Parte del desplegado publicado por los intelectuales decía:

[...] Con nuestra enérgica protesta esperamos que las autoridades restauren el orden de leyes constitucionales y no de reglamentos secundarios; castiguen a todos los culpables de agredir estudiantes y ciudadanos; hagan a un lado su amor propio y el mal interpretado principio de autoridad devenido en principio de arbitrariedad, y que se restauren el derecho y la vigencia cabal e irrestricta de la Constitución, ya que no ha sido abolida por el pueblo ni suspendida por ninguna medida de emergencia o estado de sitio.¹⁸⁹

Aunque algunos miembros de la mesa eran de la izquierda, notamos que, por lo menos en el discurso, se pronunciaron a favor de la reforma, una que considerara como marco legal a la Constitución. Tampoco se esperaba que en ese momento, ante todos los espectadores, se reconocieran afanes revolucionarios en la lucha.

En la mayoría de los textos analizados, existen referencias a las diferentes posturas políticas de los movilizadros: “revolucionarios”, “reformistas”, “demócratas”, “de izquierda”, etc. Zermeño define las identidades involucradas en tres grandes grupos:

El sector profesionista, la base radical joven y el sector más politizado de izquierda. En el primer grupo Zermeño ubica básicamente tres posturas ideológicas:

La primera era el ala derecha que se orientaba hacia la democratización dentro del sistema, en esta tendencia sitúa a González Casanova y a Flores Olea. La segunda correspondía al centro, que se caracterizaba por su tendencia a la democratización con un rechazo al sistema político entonces vigente. Zermeño ejemplifica esta orientación en la posición del rector Barros Sierra, de gran parte de la Coalición, del profesorado, etc. La tercera se expresaba en el ala izquierda que buscaba constituirse en un polo organizado de oposición democrático, aquí inscribe Zermeño al ala blanda del CNH, al Partido Comunista Mexicano (PCM) y a Heberto Castillo.¹⁹⁰

El grupo que Zermeño llama gran base estudiantil joven está subdividida en los estudiantes de clase alta o media tanto de la UNAM, como del IPN, principalmente los de nivel medio superior. A ellos los ubica en el grado de oposición demócrata-libertaria. La

¹⁸⁹ Entre los firmantes del nuevo desplegado del 21 de agosto, figuraban: “Ángel Bassols, Emanuel Carballo, Edmundo Flores, Parménides García Saldaña, Eduardo Matos, Carlos Monsiváis y Héctor Valdés”. Volpi, *Op. Cit.*, p. 441. Los desplegados que se publicaban servían también a la Secretaría de Gobernación para tomar nota de los firmantes y vigilarlos de cerca o despedirlos de sus empleos en instituciones oficiales como la SEP, el IMSS, NAFINSA y de la SEDENA. Rodríguez Munguía, *Op. Cit.*, pp. 58-62.

¹⁹⁰ Zermeño, *Op. Cit.*, *México: una democracia...*, pp. 234-235.

versión estudiantil de la Ciudadela, Tlatelolco y Centro de la Ciudad los categoriza como una oposición radical-anarquizante. A los estudiantes del Casco de Santo Tomás, los engloba en una oposición radical-revolucionaria.¹⁹¹

Por último, Zermeño se ocupa del sector politizado de izquierda, que incluía al ala dura del CNH, la Liga Comunista Espartaco, escindidos de la Juventud Comunista (JC), trotskistas, etc. Dentro de este grupo, subdivide la versión antiburocrática, con su oposición revolucionaria de base y la versión bolchevista con su búsqueda de un partido del proletariado, es decir oposición revolucionaria de vanguardia.¹⁹²

Aunque esta manera de organizar las diferentes identidades nos ayuda a entender la dinámica en el movimiento, en esta categorización encontramos una dificultad inherente: los protagonistas de éste son tratados indistintamente desde criterios sociales y políticos y, al hacerlo así, parecería que toda la pluralidad de identidades no está atravesada por una serie de tendencias ideológicas a veces contradictorias. Pese a que muchos de los movilizados eran de izquierda, la derecha también tenía representantes: priístas, panistas, cristianos y católicos.¹⁹³ Dentro de los grupos con tendencia priísta existentes en la UNAM se inscribían, entre otros: Antonio Caso, Camilo Cienfuegos, Cívico Cultural, Partido Estudiantil Progresista y el Partido Revolucionario Universitario. Mientras tanto, el grupo José Carlos Mariátegui representaba la corriente marxista-reformista. Los que se interesaban por la línea marxista-maoísta eran: el Movimiento de Izquierda Revolucionaria Estudiantil y la Alianza de Izquierda Radical de Economía.¹⁹⁴ El mérito del movimiento fue “aglutinar la mayor parte de todas las tendencias: incluso priístas, incluso derechas, incluso porros”.¹⁹⁵ No obstante, buena parte de los autores colocan el énfasis en la identidad relacionada con la izquierda, éste será el tópico que trataré.

III.2.1 La izquierda

Los autores consultados hacen una diferenciación entre la izquierda formal, el Partido Comunista Mexicano (PCM) y la izquierda revolucionaria que tenía sus bases entre un sector de los estudiantes y algunos académicos.¹⁹⁶

¹⁹¹ *Ídem.*

¹⁹² *Ídem.*

¹⁹³ Álvarez, *Op. Cit.*, p. 168.

¹⁹⁴ Salvador Ruiz Villegas, “Grupos y facciones estudiantiles en la UNAM y el IPN” en, Solana, *Op. Cit.*, p. 58.

¹⁹⁵ *Íbid.* p. 57.

¹⁹⁶ Es ilustrativo a este respecto un documento reproducido en Ramón Ramírez, *El movimiento estudiantil de México, julio-diciembre 1968*, que es citado por Sergio Zermeño. Allí encontramos la voz de los disidentes de los jóvenes comunistas: “Ahí comprendimos muchos la necesidad de imprimir, desde esos momentos, a nuestra actividad política gran independencia con respecto a las direcciones del PCM y la JCM. Entendimos que ante

Para los años sesentas, la izquierda tradicional mexicana estaba representada, principalmente, por su expresión “comunista y lombardista”. Se caracterizaba por ser “reformista y burocrática, ya que buscaba “la revolución por etapas” con una estrategia de “alianzas con los sectores progresistas de la burguesía nacionalista”. Desde los años treinta, se habían dado escisiones que marcaron el surgimiento del trotskismo y en el final de los cincuentas con el surgimiento de la corriente espartaquista.¹⁹⁷ El movimiento del 68 vendría a reconfigurar la izquierda tradicional con una expresión más vigorosa en la izquierda revolucionaria.

Encontramos entre las corrientes que se inscribían dentro de la izquierda revolucionaria: el marxismo-leninismo, el trotskismo, el maoísmo, los espartaquistas, los guevaristas y los movimientos de liberación nacional. El grado de politización entre el estudiantado era desigual. Había escuelas donde la formación marxista predominaba en el discurso y las proyecciones de los jóvenes y académicos. Otros miembros de las clases ilustradas también favorecían el pensamiento de izquierda. Cabe aclarar que la izquierda tradicional mexicana, que en los sesentas esperaba su registro oficial como partido, no tenía la combatividad ni la fuerza suficiente, por sí sola, para generar y sostener una movilización como la que se dio en el 68.

El PCM trató, al principio del movimiento, de deslindarse respecto a éste. Su perspectiva de ser reconocido como partido, no contemplaba forjar alianzas con los estudiantes movilizados. Guevara Niebla afirma que en 1968: “los comunistas mexicanos, tanto la JC como el PCM constituían una prole pacífica y de conductas predecibles (eran un grupo pequeño y dócil ante el gobierno)”.¹⁹⁸ Sin embargo, para julio de ese mismo año, ya se percibía una “radicalización entre los líderes comunistas juveniles”, que quizá obedecía, entre otros factores, a la represión hecha seis meses antes por el ejército a la Marcha Estudiantil por la Ruta de la Libertad.¹⁹⁹ La ruptura de una parte de la Juventud Comunista (JC) con su organismo de origen, tendría secuelas en el funcionamiento del CNH.

Respecto a esta divergencia al interior de la JC, Zermeño señala que había por lo menos dos tendencias: una se plegaba al comité central de su partido, mientras que otros miembros se iban desplazando a la postura más radical. Las percepciones en ambos extremos

quienes teníamos que responder de nuestras actitudes era ante la base estudiantil, que depositaba una gran confianza en nosotros y que ahí, en el seno de las asambleas estudiantiles, era donde teníamos que rendir cuenta de nuestros actos”. Añade Zermeño que “este documento ilustra bien la influencia menor que las posiciones del PC tuvieron en los órganos de dirección estudiantiles y en el plano mismo de la acción”. (Zermeño, *Op. Cit.*, *México: una democracia...* p.35).

¹⁹⁷ Massimo Modonesi, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, México, UCM, 2003, pp. 26-27.

¹⁹⁸ Guevara, *Op. Cit.*, *La libertad...*, p. 25.

¹⁹⁹ *Ídem.*

respecto a la democracia eran antagónicas: mientras que los alineados al partido apostaban al diálogo público que demandaba el CNH y a una mayor apertura democrática por parte del Estado, los otros buscaban una democracia nueva, después de derribar al Estado burgués a través de la alianza de los estudiantes, los obreros y los amplios sectores desposeídos.²⁰⁰

Yoldi habló sobre la incidencia del PC en la dirección del CNH. En efecto, corrobora la escisión entre algunos miembros de la JC y la dirección del partido:

[...] había representación de todas las tendencias; en el Consejo Nacional de Huelga había muchos compañeros que eran de la Juventud Comunista de México, pero yo me atrevería a decir —y quizá haya alguno de esos compañeros en el público— que muchos de ellos tuvieron problemas muy serios con el Partido Comunista. Creo que éste nunca tuvo el control del movimiento y ni siquiera el de su gente, de los miembros de la Juventud que participaban en el movimiento. Había divergencias muy serias; hasta donde yo logré saber hubo una separación total.²⁰¹

Ahora bien, el PC y la JC no eran los únicos grupos de izquierda presentes en el movimiento estudiantil. Guevara Niebla hace una distinción respecto a la procedencia de la militancia estudiantil universitaria en la izquierda:

[...] escuelas de izquierda: era el caso de Ciencias, Economía, Ciencias Políticas, Derecho y Filosofía y Letras, [...], o bien por militantes de organizaciones de izquierda como el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), la Juventud Comunista de México (JCM), el Partido Popular Socialista (PPS). [...]. En Ciencias y Filosofía donde se vivía un ambiente político formalmente democrático y el extremismo era la excepción. [...] Los grupos o grupúsculos de izquierda marxista “revolucionaria” se ubicaban a la izquierda del Partido Comunista y su número se había multiplicado en pocos años en las escuelas del ala de humanidades. [...] maoístas, trotskistas, cheguevaristas o espartaquistas, utilizaban un discurso marxista sofisticado y agresivo, ocupaban buena parte de sus energías en atacar al Partido Comunista Mexicano acusándolo de reformista, [...].²⁰²

Al respecto, Rivas Ontiveros alude al bloque universitario conformado por “las escuelas del ala sociohumanística”: Ciencias Políticas, Filosofía y Letras, Música, y otras

²⁰⁰ Zermeño, *Op. Cit.*, *México: una democracia...* pp. 106-107.

²⁰¹ González Marín, *Op. Cit.* p. 90.

²⁰² Guevara, *Op. Cit.*, *La libertad...*, p. 96. En concordancia con esta pluralidad de identidades en el movimiento, Francisco Pérez Arce dice que había: “estudiantes y maestros de diferentes afiliaciones: leninistas, maoístas, trotskistas, guevaristas. Había también los que no eran marxistas, pero sí de izquierda, democráticos (o como se prefería decir: progresistas), vinculados a organizaciones cristianas o al no tan lejano Movimiento de Liberación Nacional, y desde luego simpatizantes de la Revolución Cubana”. (Pérez Arce, *Op. Cit.*, p. 44.) Por su parte, la izquierda oficial, en voz de Vicente Lombardo Toledano, se deslindó de cualquier posible nexo cuando dijo respecto al movimiento: “Lo ocurrido no tiene nada que ver con una lucha ideológica. No se dirimen cuestiones filosóficas o políticas”. (Scherer y Monsiváis, *Op. Cit.*, *Parte de Guerra...* p. 218).

escuelas de la UNAM. En este grupo se incluyeron diferentes grupos estudiantiles de izquierda tales como:

- a) El Movimiento de Izquierda Revolucionaria Estudiantil. Reivindicaba la línea ideológica de la Liga Comunista Espartaco [...].
- b) La Alianza Revolucionaria Espartaco. [...].
- c) La Liga Obrera Marxista de tendencia trotskista. [...].
- d) El Partido Obrero Revolucionario-trotskista.
- e) El grupo Juan F. Noyola.²⁰³

En este mismo orden de ideas, Rivas Ontiveros, alude a las corrientes presentes en el sujeto estudiantil de procedencia politécnica. Éstas se encontraban principalmente en las escuelas del Casco y de Zacatenco: las corrientes estudiantiles democráticas que habían luchado en contra de la Federación Nacional de Estudiantes Politécnicos (FNET), instrumento del gobierno, como a otros sectores de orientación de izquierda tales como: activistas de la Juventud Comunista, la Confederación Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) y otros grupos provenientes de la “nueva izquierda”, entre otros: el Movimiento Marxista-Leninista de México y la Liga Comunista Espartaco.²⁰⁴

Álvarez Garín, representante al CNH por la Escuela Superior de Físico-Matemáticas del IPN, explica que al principio el movimiento surgió espontáneamente, no obstante, el reto era “transformar aquella reacción en una acción de masas políticamente organizada”.²⁰⁵ Él no admite que la dirección haya tenido “definiciones y teorías previamente aceptadas”, pero sí reconoce el predominio de la izquierda en el CNH:

Es cierto que la mayoría de los dirigentes con más influencia del CNH éramos de izquierda, pero como en todos los organismos de dirección de masas, también había cristianos e incluso algunos priístas decentes, y no era posible suponer que todos compartiríamos los mismos juicios políticos respecto a todos los temas relevantes de la política de la época.²⁰⁶

²⁰³ Rivas, *Op. Cit.* p.613. Véase también el cuadro sobre los grupos y facciones estudiantiles en la UNAM que aparece en, Salvador Ruiz Villegas, “Grupos y facciones estudiantiles en la UNAM y el IPN, en Solana, *Op. Cit.* pp.57-58.

²⁰⁴ Rivas, *Op. Cit.*, p. 609. Este autor reconoce el papel relevante del “núcleo politécnico” en la conformación del CNH al haber sido los primeros en cohesionarse en torno al Comité Coordinador de Huelga del IPN. (*Íbid.*, p.608).

²⁰⁵ Álvarez, *Op. Cit.*, p. 167.

²⁰⁶ *Íbid.*, pp. 167-168. En este punto concuerda Monsiváis cuando afirma que “la experiencia organizacional de la izquierda les permite apoderarse de numerosos comités de huelga” y que “Al constituirse el Consejo Nacional de Huelga, les toca naturalmente la dirección”. (Scherer y Monsiváis, *Op. Cit.*, *Parte de Guerra...*,pp.160-161). Rivas también reconoce el predominio de la izquierda en la dirección del movimiento, admite que, aunque en la

Rivas Ontiveros coincide con Álvarez Garín respecto a la orientación hacia la izquierda del CNH:

El CNH que dirigió la protesta juvenil más importante y trascendental del siglo XX en México, no obstante lo efímero de su existencia y de la gran cantidad de corrientes político-ideológicas que confluían en su seno, hasta estos momentos ha sido uno de los órganos de dirección política de la izquierda más ambiciosos, democráticos y cohesionados que han existido en la historia de los movimientos sociales nacionales [...].²⁰⁷

En contraposición a esta apreciación, Gerardo Estrada afirma que la izquierda no era mayoritaria en la dirección del movimiento:

[...] la mayor parte de quienes constituían el CNH no pertenecían a ninguna de las corrientes identificadas con la izquierda. Había representantes de todas las organizaciones políticas que actuaban en la vida universitaria, desde la derecha democristiana hasta militantes de los sectores juveniles del PRI [...].²⁰⁸

Para Estrada, el movimiento tenía tal amplitud de “miras” que es difícil encuadrarlo en alguna corriente particular: “[...] estas características lo proyectaron como un movimiento con amplias miras que lo hacen inmune a encasillamientos estigmatizantes y monopolios partidistas”.²⁰⁹

Por su parte la percepción que Guevara Niebla tenía al momento de sumarse las últimas escuelas a la huelga, el 12 de agosto, era que ningún sector predominaba en la dirigencia del movimiento: “el CNH era un organismo estrictamente estudiantil y ajeno a cualquier fuerza política de izquierda o de derecha”²¹⁰ También, en este discurso, puede darse la lectura de una estrategia para captar el mayor apoyo posible.

A lo largo del proceso del movimiento estudiantil, y, haciendo referencia a la disposición o no de llegar a la solución pacífica del movimiento, se hablaba básicamente de

UNAM y en el IPN había numerosos grupos de izquierda, ninguno tenía la fuerza para dirigir, por sí solo, al movimiento. (Rivas, *Op. Cit.*, p. 601, 613.)

²⁰⁷ Rivas, *Op. Cit.*, p.601.

²⁰⁸ Estrada, *Op. Cit.* p.186. La Doctora en Historia, Lucina Moreno Valle asegura que la inspiración del movimiento tenía un nexo con el comunismo. La autora utiliza como único argumento la mención de algunas personas en la dedicatoria del libro de Jardón: *El fuego de la esperanza*. Entre los nombrados por Jardón están: Heberto Castillo, los participantes, en general, en el movimiento del 68, el EZLN, algunos guerrilleros como Lucio Cabañas, los soviéticos Genry Pillia y la maestra Ninel, a quienes llama comunistas e internacionalistas. (Moreno, *Op. Cit.*, p. 24).

²⁰⁹ Gerardo Estrada, “introducción” en, Vázquez, *Op. Cit.*

²¹⁰ Guevara, *Op. Cit.*, *La libertad...*, p. 162.

por lo menos dos corrientes al interior del mismo: tibios y duros. Álvarez dice: “la idea maniquea del gobierno de que la dirección del movimiento estaba dividida entre “duros” y “tibios” es falsa e incorrecta, pero sí es cierto que no había unanimidad en el interior del Consejo”.²¹¹ Existe también la versión de que las denominaciones “duros” y “tibios” para los estudiantes, no provino del gobierno:

En ese momento se hablaba entre los estudiantes de los <tibios> y los <duros>, para referirse a quienes tenían posiciones más o menos inflexibles respecto al diálogo con el Estado para encontrar respuestas al pliego petitorio. En círculos gubernamentales se comenzaba a hablar de palomas y halcones, al igual que en Estados Unidos en relación con la guerra de Vietnam.²¹²

Las tendencias en el funcionamiento del CNH se expresaban principalmente en “dos concepciones divergentes”. La primera, que era “reformista”, se centraba en presionar al Estado para que cumpliera con las demandas del pliego petitorio. La segunda, con un enfoque revolucionario, veía el movimiento como la punta de lanza para levantar la “insurgencia obrera”, como ocurrió en Francia.²¹³

Esta divergencia, dice Guevara, empezó cuando el CNH iniciaba sus actividades en los primeros días de agosto. Al llegar los ultraizquierdistas del ala de Humanidades de la UNAM al CNH mostraron su desacuerdo con el pliego petitorio al que llamaron “producto de una política reformista”. Su criterio era que “el movimiento debería aspirar a promover la revolución socialista”. En esta ideología se inscribían, por ejemplo, el delegado de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas, Romeo González Medrano quien sorprendió al CNH haciendo un llamado a la violencia para hacer estallar la revolución social. En el mismo tenor se declaraba la Liga Comunista Espartaco. Otros delegados que compartían posturas similares a las de Romeo, dice Guevara, eran: “Jorge Mestas (Filosofía y Letras), Manuel Aguilar Mora (Ciencias Políticas), Roberto Escudero (Filosofía y Letras), Oscar Levín (Escuela Nacional de

²¹¹ *Ídem.*

²¹² Estrada, *Op. Cit.* p. 196. Cabe aclarar que, según Aguayo, el señalamiento de una línea “dura” y otra “blanda”, se hace dentro del propio CNH después del 22 de agosto, cuando el secretario de Gobernación hizo el llamado a los estudiantes y profesores “a fin de resolver el conflicto”. La disyuntiva entre responder o no a Gobernación, se relacionaba con el riesgo de institucionalizar el conflicto y, excluir otras posibles alianzas con algunos sectores de la sociedad. Si no se respondía, como recomendaban los “duros”, se caía en el riesgo de la “extralegalidad e incongruencia” del movimiento. (Aguayo, *Op.Cit.*, p.122).

²¹³ Guevara, *1968 Largo camino...*, p.53. Mientras tanto, para Zermeño no es recomendable la mirada reduccionista de plantear el problema sólo en términos de “reforma o revolución” (Zermeño, *Op.Cit.*, *México: una democracia...*, p. 140)

Economía), Carlos Jiménez (Escuela Nacional de Economía), Víctor García Mota (Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales) y otros más”.²¹⁴

Como puede observarse no existe consenso entre los autores, cuya obra consideré, en relación al peso que la izquierda tuvo en el movimiento.²¹⁵ No obstante, sí se dibujan las controversias que suscitaron las diferentes corrientes políticas al interior del CNH. Así, las repercusiones en el derrotero del CNH se hicieron evidentes, por ejemplo, cuando optaron por no responder al llamado al diálogo, hecho desde Gobernación el 22 de agosto, .

Por lo general, hay acuerdo entre los autores, respecto a la disensión entre el PCM, izquierda domesticada, y algunos de los militantes de la Juventud Comunista que debían su lealtad más al movimiento que al partido. Cabe aclarar, que la dinámica del movimiento estudiantil cambió según la etapa que se vivía y que para después del 2 de octubre el PC pudo tener mayor injerencia en la dirección del agonizante CNH.²¹⁶

El PC era única organización que contaba con los cuadros para retomar la dirección del movimiento una vez que los líderes fueron apresados, muertos o se hallaban fugitivos. Sin embargo, aclara Rivas Ontiveros, “en esta nueva fase ya fue un CNH prácticamente desmovilizado, sin iniciativas para reactivar al movimiento y con un permanente acoso gubernamental”.²¹⁷

Se observa en los planteamientos de los autores, que la mayoría reconoce la impronta de la izquierda revolucionaria en el movimiento. Aunque se denomina de diferente modo a las corrientes ideológicas presentes en el CNH y entre el resto de los movilizados, en realidad subsisten, básicamente dos posturas dentro de la izquierda involucrada en el movimiento: la que planteaba demandas dentro del marco constitucional, es decir una izquierda liberal moderada y otra de corte más radical que aspiraba a transformar la estructura del sistema. De estos proyectos se tratará más puntualmente en el capítulo IV.

²¹⁴ Guevara, *Op. Cit., La libertad...*, pp. 135-138.

²¹⁵ Domínguez Nava escribió sobre el desacuerdo entre Pablo Gómez y Enrique Semo durante un coloquio celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras en 1998. Mientras que Gómez aseguró que el PCM era la identidad que educaba políticamente a los jóvenes en los sesentas, Semo respondió que el “PCM era una gotita dentro del amplio y complejo mundo que intervino durante el 68. El PCM no tenía un número importante de afiliados para haber logrado lo que dijo Gómez”. Rodríguez también llama la atención al hecho de que incluso líderes del CNH, como Garín, Perelló, Valle, etc., que venían de las filas del PC, reconocieron que la ideología del partido no predominó en las decisiones del CNH. (Domínguez Nava, *Op. Cit.*, pp. 148-149).

²¹⁶ Rivas, *Op. Cit.*, p. 621.

²¹⁷ *Ídem.*

III. 2.2 Otros sectores

Al universo de concepciones ideológicas dentro del movimiento se sumó el apoyo de quienes sin ser de izquierda, se unieron a la protesta del rector Barros Sierra en contra de la violación a la autonomía universitaria. Es probable que si ésta no hubiese ocurrido, muchos de aquéllos hubiesen callado o apoyado al régimen. Cuando el rector izó la bandera a media asta y condenó públicamente la represión, se convirtió en un aliado estratégico para el movimiento pues con esta acción atrajo la solidaridad de académicos y otros sectores de la clase media. Guevara Niebla escribió al respecto:

El presidente, sin embargo, no esperaba una reacción política de un hombre de sistema como Javier Barros Sierra. [...], la intervención del rector abriría una puerta por donde se incorporarían a la protesta contra el gobierno grupos liberales democráticos, lo cual desde luego, contribuiría a romper el aislamiento político de la izquierda.²¹⁸

En consecuencia, el 3 de agosto en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Politécnico, profesores de la UNAM y del IPN convinieron en formar la Coalición de Profesores de Enseñanza Media y Superior pro Libertades Democráticas.²¹⁹ El apoyo del rector Barros Sierra al movimiento estudiantil, favoreció la conformación de ésta. Álvarez Garín confirma la importancia de este grupo:

La Coalición de Maestros jugó un papel de primera importancia como aval político del Movimiento, pues el pueblo y los padres de familia valoraban altamente las opiniones favorables de los maestros respecto a las decisiones de los jóvenes. Pero no sólo eso, los profesores de la Coalición solicitaron encabezar las manifestaciones para brindar con su prestigio y su autoridad una protección simbólica a los jóvenes que se arriesgaban a desafiar al gobierno.²²⁰

Este apoyo de los maestros a la causa estudiantil inició a los pocos días de haberse constituido el CNH.²²¹ Poco después de la exitosa manifestación del 13 de agosto, numerosos “profesores e investigadores de diferentes instituciones educativas de la capital del país” hicieron público su apoyo al movimiento. En la UNAM, tanto el Consejo Universitario como

²¹⁸ Guevara, *Op. Cit., La libertad...*, p. 71. Esta circunstancia, favorable para la izquierda, es explicada por Zermeño: dado que la implantación del PC en la clase obrera era débil, la coyuntura del movimiento estudiantil le permitió al PC encontrar mejor acomodo en el ámbito de las “universidades y centros de educación media y superior”, entre los “sectores medios realmente integrados a la sociedad urbana moderna” (Zermeño, *Op.Cit., México: una democracia...*p. 141).

²¹⁹Guevara, *Op. Cit., La libertad...*, p. 154.

²²⁰ Álvarez, *Op. Cit.*, p. 50.

²²¹ Zermeño, *Op.Cit., México: una democracia...*, p.19.

la Asamblea de Intelectuales y Artistas hicieron suyas las demandas estudiantiles. El 15 de agosto, en una reunión extraordinaria el Consejo Universitario resolvió aprobar los siguientes puntos, registrados en una *Declaración Pública*:

1. El respeto irrestricto a la autonomía universitaria, que se proclama y garantiza por el orden legal de la República.
2. La no intervención del ejército y de otras fuerzas del orden público para la resolución de problemas que son de la exclusiva competencia de la Universidad.
3. La reparación de los daños materiales sufridos en los planteles universitarios que fueron ocupados por las fuerzas públicas.²²²

Rivas Ontiveros añade que con la única excepción del punto que pedía la destitución de Cueto, Mendiola y Frías, el Consejo Universitario se adhirió al pliego petitorio.²²³ Este documento nos permite confirmar hacia dónde se orientaba el interés participativo de los académicos y estudiantes firmantes de la *Declaración*: era una demanda de cumplimiento a lo que estipula la Constitución en materia de Derecho, no se ponía en tela de juicio el estatuto jurídico del Estado, sino que se le exigía el cumplimiento de los preceptos constitucionales.²²⁴

La evaluación de algunos de los movilizados sobre la actitud de la Coalición de Maestros es desigual: Mientras que para Daniel Cazés se trataba de un organismo heterogéneo y “tibio”, que siguió trabajando para la Universidad en tanto los estudiantes estaban en huelga, para Manuel Pembert, la Coalición demostró su compromiso con el movimiento, principalmente al encabezar las marchas del 13 y 27 de agosto.²²⁵

La pluralidad de ideologías que reunió el movimiento estudiantil operaba una contradicción a su interior: “[...] esta retórica planteada en términos liberal-democráticos, constitucionalistas y en busca de un diálogo, [...] pareció también generar un distanciamiento de la más grande masa estudiantil más joven y, por supuesto, de los grupos más radicales”.²²⁶ La cohesión que se logró entre los más diversos actores sociales parecía sólida al principio del proceso, paulatinamente se veía que el gran universo de identidades reunidas tenía en sí la debilidad de esa pluralidad ideológica: se logró “la alianza de sectores heterogéneos más a la

²²² Rivas, *Op. Cit.*, pp. 539-540.

²²³ *Ibid.*, p.540

²²⁴ Es interesante la observación que hace Zermeño respecto a la capacidad de las clases medias para optar por proyectos de izquierda o derecha, en defensa de sus propios intereses: “se colocan a la izquierda frente a las dictaduras que les cierran el paso a su expresión y a su participación, y a la derecha ante la crisis del orden o el equilibrio catastrófico”. (Zermeño, *Op.Cit.*, *México: una democracia...*p. 189).

²²⁵ Vázquez, *Op. Cit.*, pp.81-82.

²²⁶ Zermeño, *Op.Cit.*, *México: una democracia...*p. 33.

presencia de un adversario común que a un proyecto de sociedad. Esto lo hace más político que parecido a otros movimientos estudiantiles de países más avanzados”.²²⁷

Por supuesto, también entre los intelectuales y artistas había pluralidad en la orientación política. Los de izquierda fueron los más atacados desde el gobierno. Con la declaración de Sócrates Campos Lemus el 6 de octubre, los intelectuales aparecieron como los autores de la “subversión”. Campos Lemus señaló a Elena Garro, como corresponsable junto con Carlos Madrazo de haber instigado en contra del gobierno. Ella por su parte hizo extensiva la responsabilidad culpando a unos 500 intelectuales que incluían a “todos los intelectuales de izquierda activos en el país”. Se les acusaba de haber utilizado la “ingenuidad de los estudiantes” para llevar a cabo sus intereses oscuros, su conjura. Volpi añade:

A partir de ese momento, ser intelectual se volvió sinónimo de ser conspirador. El presidente sabía que los buenos mexicanos no eran estos “hombres de letras” que se quemaban las pestañas leyendo literatura sediciosa, sino los “jóvenes limpios” que se aprestaban a participar en las Olimpiadas. Treinta y cinco años antes, Hitler se había dado cuenta de lo mismo.²²⁸

El apoyo de los académicos, intelectuales, escritores y artistas fue fundamental pues impidió que el movimiento fuese considerado una simple algarada. Cabe mencionar que entre los delegados al CNH se incluía a quienes contaban con poca experiencia política militante así como a simpatizantes del PRI que era en ese momento el partido en el poder y parte del adversario de los movilizados. Rivas Ontiveros explica que no había objeción para representar a sus escuelas, dado que habían sido electos democráticamente en sus respectivas asambleas y se ceñían a los acuerdos de las mismas.²²⁹

III. 2.3 Los infiltrados

He optado por incluir entre los actores políticos a los infiltrados pese a la dificultad que representa catalogarlos así. Ajenos a los ideales de la lucha, sirvieron como espías para Gobernación y para la Dirección de Seguridad. Es discutible que los infiltrados hayan tenido un criterio político amplio o restringido que les proporcionara referentes teóricos para conducirse. Sin embargo, la lealtad a quienes, desde el sistema político vigente los hayan contratado, orientaba una clase de conducta que atrajo necesariamente secuelas socio políticas para los movilizados, por ejemplo, cuando se hacían llamadas a la violencia como el principal

²²⁷ *Íbid.* p. 41

²²⁸ Volpi, *Op. Cit.* pp. 352-353.

²²⁹ Rivas, *Op. Cit.* pp. 611-612.

medio de lucha. Ello proporcionó a los gobernantes la justificación para su actividad represora. De allí la importancia de incluir a los infiltrados dentro de la esfera política, pues su actividad respaldó al sistema autoritario al atraer sobre los movilizados una reputación de irracionales, violentos e intransigentes.

Tratar de identificar a los espías plenamente es transitar por un terreno resbaladizo porque las emociones implicadas en la reacción de los movilizados ante los actos represivos, podía incitar conductas radicales que se confundirían con provocaciones premeditadas. De todos modos, a lo largo del movimiento, aún después del 2 de octubre, hubo quienes actuando de buena o mala fe contribuyeron a que el movimiento desembocara en un callejón sin salida en donde se paralizaron las actitudes contestatarias, al menos de la forma que se dieron en el 68. Para algunos de los autores, el trabajo de estos provocadores, infiltrados por el gobierno, contribuyó a la radicalización del movimiento y su trágico final.

Los infiltrados como estrategia gubernamental no eran novedad para el 68. Muestra de ello fue la presencia constante de pseudo-estudiantes, los porros que, auspiciados por las mismas autoridades actuaban al interior de los recintos escolares como factor disuasorio de auténtica organización estudiantil.²³⁰ Lo mismo ocurría en los ámbitos laborales en donde siempre había personas al servicio de los líderes charros, que informaban a sus superiores y hacían fracasar cualquier conato de disidencia. De este modo la infiltración había demostrado por años su efectividad como táctica política soterrada. Al respecto Guevara Niebla escribió refiriéndose a la tesis que Víctor Serge plantea en *Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión*:

[...] la seguridad política del Estado tiende a destruir los movimientos sociales cuando estos despliegan su mayor actividad, con el fin de no desgastarse en empresas menores. [...] dejar que los movimientos se desarrollen para luego liquidarlos echando mano de un recurso: infiltrar agentes que siembren la desconfianza entre los grupos.²³¹

Guevara cita un informe hecho por el entonces embajador de Estados Unidos en México, y enviado por él al secretario de Estado norteamericano Dean Rusk. En el escrito se dice que el gobierno mexicano había dejado actuar a los estudiantes para dar una apariencia

²³⁰ Respecto a los porros, Zermeño los definió como “grupos de choque a sueldo que actúan dentro de la Universidad y las preparatorias”. Él explica que originalmente “se trataba de grupos de animación en los partidos de fútbol americano; posteriormente comenzaron a ser utilizados por intereses externos a la Universidad y, en ocasiones por las propias autoridades universitarias [...] con fines de provocación y de represión de las actividades estudiantiles (sobre todo de la izquierda y progresistas[...])” (Zermeño, *Op. Cit., México: una democracia...*, p.27, nota.

²³¹ Guevara, *Op. Cit., La libertad...*, p.227.

de tolerancia y apertura política. Sin embargo, escribió el embajador, el tiempo que transcurriera daría oportunidad a que los “estudiantes y pseudoestudiantes” cometieran “excesos cada vez mayores para que ellos mismos se fueran forjando una imagen de intransigencia creciente, y se aislaran de la sociedad”.²³²

Esta afirmación coincide con lo que escribió Aguayo sobre los infiltrados. Él afirmó que una investigación inconclusa demuestra que por medio del regente “se manejaban varias fuerzas clandestinas empleadas para infiltrar el movimiento, provocar a sus miembros a que tomaran posiciones ultrarradicales y golpear estudiantes”.²³³

Entre los sujetos que utilizaban “lenguaje extremista” y se mostraban proclives a la violencia se hallaba Sócrates Campos Lemus.²³⁴

Encontramos en este enfoque por lo menos dos elementos que sí se presentaron en el seno del movimiento: los agentes infiltrados y las actitudes de radicalización. Existen diferentes incidentes que dan cuenta de ello, aunque no debe descartarse, en este caso, la posibilidad de un despliegue fanfarrón irreflexivo: El 30 de agosto, cuando el CNH se hallaba en plena asamblea, Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, delegado por la escuela de Chapingo ante el CNH, en su calidad de presidente de la plenaria, sorprendió a los allí reunidos cuando dio la espalda a la asamblea y dejando ver una pistola que llevaba a la cintura, exclamó:

“¡No se asusten, compañeros! Hablé con mi mamá en los Mochis y me dijo—“Hijito, si van a pelear en serio, ¡peleen! No se anden con mariconerías”. Y me mandó dos pistolas y cinco rifles y me dijo “Ahí te mando eso para que se defiendan”.²³⁵ Guevara comenta que los presentes reaccionaron divertidos, pero que desde entonces Áyax Segura, con una tendencia violenta similar, se volvió compañía inseparable de Cervantes.

También Álvarez Garín informa de las actitudes provocadoras de Áyax, cuando éste propuso cambiar el carácter democrático del CNH por una organización de tipo militar, con la disciplina consecuente y los comandos necesarios.²³⁶ Por su parte, Sócrates Campos y José Nazar gustaban también de exhibir sus armas en las reuniones del CNH. En la sesión que tuvo lugar en la noche del 1 de octubre, Sócrates, apoyado por Nazar y Sóstenes Torrecillas, afirmó

²³² *Ídem*. En una vertiente similar, en un artículo de la revista *La cultura en México*, Pablo González Casanova había afirmado en agosto de 1968, que en la estrategia contrarrevolucionaria, los “agentes provocadores” eran imprescindibles para radicalizar cualquier movimiento social con el fin de debilitarlo desde dentro. Esto incluía la infiltración, particularmente en los sectores de inspiración troskistas o maoístas. (*apud*. Volpi, *Op. Cit.* pp. 242-243)

²³³ Braun, 1998, p.26, *apud*, Aguayo, *Op. Cit.* p. 144.

²³⁴ Guevara, *Op. Cit.*, *Largo camino*.... p.123.

²³⁵ Guevara, *Op. Cit.*, *La libertad*... , p.236

²³⁶ Álvarez, *Op. Cit.*, p. 111.

“que ya tenía dispuestas y organizadas columnas de jóvenes armados que estarían presentes en los subsiguientes actos de masas, con el objeto específico de proteger a los líderes”.²³⁷

El mismo Guevara Niebla, en una entrevista hecha en 1998, asegura que tanto Sócrates Campos como Sóstenes Tordesillas (sic) eran militantes del PRI al interior del CNH actuando como agentes provocadores.²³⁸

En cambio, Álvarez Garín se declara imposibilitado para afirmar si Sócrates y Áyax, después de ser detenidos el 2 de octubre, actuaron por cobardía o por aleccionamiento previo. Aún así, Álvarez reconoce que ambos colaboraron con la policía, hablaban de las “columnas de seguridad”, identificaban a sus compañeros celda por celda y señalaban a los “patrocinadores” del movimiento estudiantil entre “políticos resentidos”, como Carlos Madrazo, Ernesto Uruchurtu, Humberto Romero y otros”.²³⁹

En apariencia, también inculpa a Sócrates el hallazgo hecho en 1998 por la directora del AGN, Patricia Galeana. Ella entregó “un documento que detalla la agenda que el 2 de octubre del 68 iba a tratar el secretario de Gobernación, Luis Echeverría con el presidente Díaz Ordaz. El cuarto punto refiere una cantidad de dinero, \$19 000.00 con el nombre de Sócrates.”²⁴⁰

Volpi recoge las palabras de defensa que de sí mismo hace Sócrates: “Yo ¿Yago? Yo ¿Judas? Yo ¿de la CIA? Yo ¿agente del gobierno? Yo ¿delator? Yo ¿traidor?”. En seguida dice que él fue un “chivo expiatorio” que “tuvo que cantar”, presionado por la tortura.²⁴¹

La infiltración al interior del movimiento, fue confirmada también desde la parte oponente. La voz de uno de los que formaron parte del aparato gubernamental en el 68 se dejó escuchar cuando la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP) develó información, aunque sea parcialmente, sobre los sucesos del 68. En ese tiempo el abogado Salvador del Toro Rosales fue “uno de los ministerios públicos favoritos de la Procuraduría General de la República (PGR) para perseguir los delitos políticos”, él declaró:

[...] la Dirección Federal de Seguridad infiltró agentes dentro del CNH para “reventar” al movimiento.

[...] Desde su fundación el Consejo Nacional de Huelga estuvo vigilado por agentes infiltrados de la

²³⁷ Guevara, *Op. Cit., La libertad...*, p.303.

²³⁸ Ascencio, *Op. Cit.*, p. 82. En el mismo libro Joel Ortega identifica a Sócrates como un provocador.(p.118).

²³⁹ Álvarez, *Op. Cit.*, pp. 110-113. Jaime García Reyes, entonces dirigente de la Vocacional 7 y estudiante se la Escuela Superior de Economía, asegura que Sócrates Campos trabajaba, durante el movimiento, para la Dirección Federal de Seguridad.

²⁴⁰ Renward García, *Op. Cit.* p. 159. Cuando Sócrates fue interrogado al respecto respondió que se trataba de una “total mentira”(Sócrates Campos Lemus. *68 Tiempo de hablar*. México, Aljibe & Sansores 1998, p. 259.

²⁴¹ Volpi, *Op. Cit.* p. 345.

policía política de Gobernación. [...]. La Secretaría de Gobernación tuvo bajo su mando al Poder Judicial, a la Procuraduría General de la República, a todas las policías y al ejército. Durante el mitin del día 27, agrega: los agentes de la DFS infiltrados en el movimiento se apoderaron del micrófono, [...] incitaron al pueblo a la rebelión, insultaron al presidente de la República llamándole “chango” y le exigieron diálogo público ...que debería realizarse en ese lugar.²⁴²

Otra vez quien correspondió a esta descripción fue Sócrates Campos Lemus.²⁴³ Acerca de él, Guevara escribió: “El CNH había sido rebasado por la acción provocadora de este individuo. Con esta intervención el movimiento estudiantil lanzaba un desafío que le acarrearía consecuencias funestas”.²⁴⁴

Otro incidente ocurrido el 23 de septiembre del 68 corrobora la participación de agentes provocadores dentro del movimiento. En plena batalla entre estudiantes y el ejército en el Casco de Santo Tomás, la policía detuvo una combi que salía del campus:

Al abrir la puerta lateral del vehículo, los policías encontraron al teniente Francisco Rodríguez Villarreal—del primer batallón de infantería de los guardias presidenciales—con una metralleta, un rifle de alto poder y una pistola calibre .45. Es lógico deducir que el teniente Rodríguez Villarreal abasteció con armas a los provocadores (y junto con ellos también a extremistas ingenuos) cuya labor consistía en promover la agitación, aislar y desprestigiar al movimiento. [...] El incidente nunca fue explicado y el militar nunca fue procesado: por el contrario, recuperó su libertad de inmediato.²⁴⁵

Ésta y otras acciones turbias que ocurrieron a lo largo del movimiento confirman, según los autores, la presencia de infiltrados que no solamente desprestigiaron al movimiento sino que fueron un factor de radicalización que justificaba, desde el punto de vista gubernamental, la represión definitiva.

Conclusión

En el análisis que he hecho de los libros consultados, se hacen evidentes los límites en estos cuando se dan lecturas sobre los componentes sociales y políticos presentes en los actores movilizados. En algunos casos, los autores privilegian los aspectos sociales cuando hablan, por ejemplo, de las actitudes solidarias con el movimiento de vecinos y jóvenes no estudiantes, sin ahondar en los posibles antecedentes o repercusiones políticas en estos

²⁴² Guevara, *Op. Cit.*, 1968 *Largo camino...*, pp. 88-89.

²⁴³ Álvarez, *Op. Cit.* p.61.

²⁴⁴ Guevara, *Op. Cit.*, *La libertad...*, p.224.

²⁴⁵ Guevara, *Op. Cit.*, 1968 *Largo camino...*, p.122.

sectores. Encontré en la bibliografía de la mayoría de los participantes directos en el movimiento, un señalamiento puntual de los grupos de trabajadores que se adhirieron a las marchas y manifestaciones, sin embargo, no se profundiza en la ideología de este actor ni en las razones por las que este apoyo no se hizo extensivo entre los trabajadores. Respecto al actor social casi ausente en el movimiento, el campesino, todos los autores coinciden en que no aportó apoyo a los movilizados, sino que buscó éste para sí, como sucedió en Topilejo.

En otros casos, los autores se ocupan más de los elementos políticos presentes entre los actores, logrando diferentes niveles de análisis. Así, algunos de los que escriben, simplifican las características políticas de los participantes analizados. Tal es el caso de un autor que registra que la demanda de democracia de los movilizados, entendida como la aplicación efectiva de los preceptos constitucionales, era exigencia de un sector en particular y que esta primera intención degeneró en otras perspectivas con la llegada de los “ultraizquierdistas”.

De las orientaciones políticas, la izquierda es la corriente más atendida. Es digno de mención el análisis de Rivas que nos conduce por las corrientes derivadas de la izquierda presentes en el movimiento. Él opta por hacer una caracterización de los actores en la lucha similar a la que había hecho Zermeño: a) el sector más politizado de la izquierda estudiantil, b) la base radical joven y c) el sector profesionista.

Aunque Zermeño advertía al lector en su trabajo el riesgo de pormenorizar a las identidades involucradas en el movimiento, encuentro que hacer el registro sobre estas tres concepciones, logra una articulación voluntariosa de los elementos políticos y sociales. Con esto, percibo una confusión entre ambos factores que, naturalmente se entrecruzan, pero que no pueden asumirse como equivalentes. Ese es el caso del encasillamiento del que llama sector profesionista al clasificarlo con demandas demócratas, acordes a la Constitución. Al mismo tiempo coloca a “algún contingente minoritario de profesores”, dentro de otro sector: el politizado de izquierda. Con este enfoque, contradice su propia aseveración de que había entre los movilizados de izquierda, otros conceptos de cómo lograr la democracia.

Entre los textos consultados, salvo dos excepciones, los autores concuerdan en el peso que tuvo la izquierda en la dirigencia de la lucha estudiantil, reconociendo así la importancia de este actor político en la movilización. También, señalan los autores la diferencia entre la izquierda tradicional, representada por el PCM, y la que ya venía escindiéndose de ésta para entonces. Son más los que escribieron desestimando el papel que desempeñó el PCM dentro del movimiento estudiantil.

En algunos textos se señala la procedencia de las militancias de izquierda tanto en las escuelas del IPN como en la UNAM. Sin embargo, las identidades colectivas presentes en el movimiento vinculadas a la derecha no son tratadas tan puntualmente. Es el caso también de sectores relacionados a la masonería o a la religión, que son mencionados tangencialmente. En este rubro se dedica, generalmente, más atención a las corrientes de izquierda universitarias que a las politécnicas.

Otros de los participantes que incluí entre los actores políticos, los infiltrados, recibieron la atención en casi la totalidad de la bibliografía estudiada. Algunos señalan por nombre a los acusados como espías o provocadores, mientras que otros escriben que no cuentan con el sustento necesario para identificarlos. No obstante, sí hay acuerdo en el efecto adverso que estos personajes causaron en la trayectoria del movimiento.

Finalmente, como puede observarse, en general, las identidades socio-políticas en el movimiento dan pie a múltiples enfoques. La pluralidad de actores que marcharon juntos durante el movimiento hace difícil encuadrar a éste en un solo marco de referencia. Tal diversidad y entrecruzamiento de identidades sociales y políticas se reflejaron también en los proyectos del movimiento.

CAPÍTULO IV

PROYECTOS DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL: CÓMO LOGRAR UN MUNDO MEJOR

El movimiento estudiantil del 68 tuvo la virtud de lograr la adhesión de personas de diferente ideología. Según Zermeño, para que un movimiento social popular se sostenga es necesario que se mantenga el siguiente ciclo:

1] *Enfrentamiento*, que puede ser represión relativa o provocación; 2] *Fortalecimiento* de la organización y de la protesta (ampliación de la base activa y mayor apoyo de la opinión pública); 3] *Exigencia* de solución a las demandas; 4] *Manifestación de fuerza*, en todas sus formas, y 5] *Enfrentamiento* [...] Cuando falla uno de estos elementos o su duración va más allá de los límites de la coyuntura que le da nacimiento, un movimiento de este tipo corre el riesgo de entrar en crisis.²⁴⁶

En la lucha estudiantil del 68 se puede advertir que de cierta forma se cumplen los puntos enunciados: a la provocación que significó la violación de la autonomía universitaria y la represión violenta, siguió la llamada a todos los sectores que pudieran sumarse a la protesta. Me detendré en el punto 3, la exigencia de solución a las demandas, porque considero que aquí entra la consideración del documento que sirvió como bandera ideológica que incluía a un amplio espectro de la sociedad: el pliego petitorio.

La respuesta de los estudiantes a la represión gubernamental dio paso rápidamente de la indignación a la organización para resistir el abuso de autoridad que significaba la violencia perpetrada en contra de ellos. A unos cuantos días de los ataques de granaderos y policías en la Ciudadela, el movimiento estudiantil ya había delineado cuáles eran sus principales proyectos. Todos ellos guardaban una interrelación que fue captada en un primer momento en el pliego petitorio dado a conocer el 4 de agosto de 1968. La esencia de las demandas plasmadas en este documento, son reconocidas por algunos autores, como signadas por la izquierda mientras que para otros carece de esta influencia.

Esta pluralidad de identidades sociales y políticas participando en el movimiento dieron diferentes vertientes a lo que cada sector esperaba del mismo. Para algunos se trataba de una lucha por la democracia en la que se demandaba del Estado el cumplimiento de los preceptos de la Constitución. Para otros la lucha tenía tintes revolucionarios y había que conseguir involucrar al pueblo, particularmente a las clases trabajadoras para, finalmente,

²⁴⁶ Zermeño, *Op. Cit.*, *México: una democracia...*, p.112.

derribar al régimen existente y establecer otra forma de democracia. La perspectiva de las mayorías que estaban en las bases del movimiento era variada y difusa: como se trataba de masas generalmente despolitizadas, desconocían la teoría política y estaban más interesados en responder a la circunstancia del momento: defenderse y resistir la represión en una lucha desigual.

Una vez que el CNH se constituyó como el interlocutor entre los estudiantes y el gobierno, las contradicciones a su interior, respecto a las proyecciones del movimiento, estuvieron presentes a lo largo de todo el conflicto. El funcionamiento mismo del CNH ha sido visto por algunos como la democracia en acción, mientras que otros piensan que no hubo tal sino que las asambleas multitudinarias fueron un factor debilitante para el movimiento porque implicaba demasiado tiempo y energías. No obstante, casi al inicio del mismo, fue posible concretar en un documento las demandas que hicieron viable transformar las reivindicaciones de un sector, el estudiantil, en una lucha que rebasó este límite para hacerse popular.

IV.1 El pliego petitorio

Como punto de partida al análisis de los proyectos del movimiento en sus primeros momentos tenemos los seis puntos del pliego petitorio:

1. Libertad a los presos políticos
2. Destitución de los jefes de la policía, Generales Luis Cueto Ramírez y Rafael Mendiola, y del teniente coronel Armando Frías, jefe del cuerpo de granaderos
3. Extinción del cuerpo de granaderos, instrumento directo de la represión, y no creación de cuerpos semejantes.
4. Derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal Federal (delito de disolución social), instrumentos jurídicos de la agresión.
5. Indemnización a las familias de los muertos y a los heridos que fueron víctimas de la agresión desde el 26 de julio en adelante.
6. Deslindamiento de responsabilidades de los actos de represión y vandalismo por parte de las autoridades a través de la policía, los granaderos y el ejército.²⁴⁷

²⁴⁷ Guevara, *Op. Cit. La Libertad...*, p. 110.

Es interesante observar las apreciaciones que sobre este documento tenían algunos de los que fueron líderes del movimiento. Para Guevara Niebla era difícil definir al destinatario de estas demandas.

[...] (la libertad de los presos políticos podía ser resuelta por el Poder Ejecutivo o el Judicial; la derogación del 145 era incumbencia del Legislativo; el nombramiento y la destitución de los jefes policíacos estaba a cargo del ejecutivo, pero el regente podía atender las demás demandas). Sin embargo, todos en el CNH sabían que en México había una autoridad unificada, hegemónica, a la cual se subordinaban los demás funcionarios: el Presidente de la República. [...] se acordó en consecuencia, exigir al <gobierno>- así, en abstracto-la solución al pliego de demandas.²⁴⁸

La naturaleza de las demandas en el pliego, reconoce Guevara, podrían considerarse excesivas: se trataba de cambios en el Código Penal y de entrometerse en las decisiones del sistema judicial al exigir la libertad de los presos políticos. A Guevara este planteamiento le pareció una audacia, pero asegura que “Sócrates, Hernández Zárate, Toto y Nazar, líderes de comprobadas inclinaciones oficialistas (todos eran además, curiosamente, masones) intervinieron con decisión para que se aprobaran las medidas más radicales”.²⁴⁹ Sin embargo, Guevara admite que con la formulación del pliego los estudiantes se desplazaron a una posición en el campo político. Los seis puntos, dice el autor:

[...] bien o mal resumían los anhelos democráticos de la sociedad frente a un Estado que durante casi todo el siglo XX utilizó innumerables recursos para silenciarla. Con la violación de la autonomía y la intervención militar, el conflicto dejó de ser un asunto local, de policía, para convertirse en un conflicto que implicaba al gobierno federal y a la nación en su conjunto.²⁵⁰

La elección de las demandas del pliego provocó un debate al interior del CNH. Guevara escribió que respecto al primer punto, la libertad a los presos políticos, se discutió si se pediría sólo la de los detenidos el 26 y el 29 de julio de 1968 o se incluirían a todos estos prescindiendo del tiempo en que hayan sido encarcelados. Se eligió la segunda opción y se incluyó a todos los presos políticos. En esta instancia, se observa ya la impronta de la izquierda, puesto que la demanda de libertad se hizo desde este sector para beneficiar a unas 80 personas encarceladas por motivos políticos. Demetrio Vallejo y Valentín Campa, líderes del movimiento ferrocarrilero se hallaban en tal situación desde 1959. También Víctor Rico

²⁴⁸ *Ídem.*

²⁴⁹ *Íbid.*, p.110-111.

²⁵⁰ *Íbid.*, p.111

Galán purgaba su condena acusado de organizar una guerrilla. Otras personas que intervinieron en el movimiento médico en 1965, se encontraban también en prisión.²⁵¹

Zermeño puntualiza esta influencia cuando dice que un año antes del movimiento, cuando se había celebrado el XV Congreso del Partido Comunista Mexicano, entre las demandas estaba la libertad a todos los presos políticos, la derogación del artículo 145 del Código Penal y la exigencia, de parte de las fuerzas democráticas, de hacer una defensa de la Constitución. En este discurso se identifican algunos de los elementos presentes en el que adoptaron los estudiantes en 1968.²⁵²

Volpi reconoce la característica unificadora del pliego, aunque en contraposición a lo que afirma Zermeño, dice que la formulación del mismo y su efecto acaso fue obra de la casualidad. La mirada de Volpi sobre el pliego petitorio parece ignorar los antecedentes que ha citado Zermeño, pues dice:

Desde que apareció, llamó poderosamente la atención su carácter no ideológico, su condición de alianza y el sentido práctico de sus metas. En efecto, en los seis puntos enarbolados por los estudiantes poco podía advertirse de la pretendida “resurrección de las ideologías” o de la furia revolucionaria de los jóvenes. Ningún término explícitamente marxista aparecía en su redacción, como si hubiese querido evitar que se pensase que el movimiento era una conjura comunista. [...] Como ha contado Guevara Niebla, [...], los principales puntos del pliego venían del ambiente politécnico. Existían en los manifiestos anteriores signados por esa institución.²⁵³

Efectivamente, cuando Volpi se ocupa de los puntos que trataban sobre la libertad de los presos políticos y la derogación del artículo que concernía al delito de disolución social, atribuye la idea de incluirlos en el pliego a un estudiante de la Escuela Superior de Economía del IPN.²⁵⁴ Volpi no menciona los antecedentes que ambas demandas tenían en el PCM.

Rivas, en desacuerdo con esta percepción, afirma que en el pliego se concretaron:

[...] las demandas que tradicionalmente había venido enarbolando la izquierda: desde el viejo PCM hasta la gran cantidad de vertientes que confluían en la “nueva izquierda”. [...], si bien ninguna

²⁵¹ *Íbid.* p. 108

²⁵² Zermeño, *Op. Cit., México: una democracia...* p. 31. Rodríguez Munguía también se refiere al pliego como la bandera del movimiento, él añade que las demandas pondrían en situación difícil al poder pues los seis puntos destrozaban la lógica de obedecer. Con ello, dice Rodríguez, se daba una ruptura generacional. (Rodríguez Munguía, *Op. Cit.*, pp. 47-48).

²⁵³ Volpi, *Op. Cit.*, p. 235.

²⁵⁴ *Íbid.* p.236

tendencia tuvo la dirección única del movimiento, el pliego petitorio quedó inscrito dentro de las aspiraciones de esa corriente.²⁵⁵

En el caso de Pérez Arce, él sí reconoce que la libertad a los presos políticos era una demanda “tradicional de la izquierda”.²⁵⁶

Respecto al contenido del pliego, se observa un nexo entre el primer y el cuarto punto del pliego petitorio: la mayoría de los presos políticos estaban acusados de haber transgredido el artículo 145 del Código Penal y eran considerados culpables de “disolución social”. Cabe aclarar cuándo se puso en vigor y en que consistía el citado precepto legal:

Esta ley había sido aprobada por el Congreso en los años de la Segunda Guerra Mundial para prevenir un eventual sabotaje de las potencias nazi-fascistas, y más tarde sería usada para encarcelar a los disidentes del régimen. El texto literal del artículo rezaba:

Se aplicará prisión de dos a doce años y multa de diez a diez mil pesos, al extranjero o nacional mexicano que, en forma hablada o escrita, o por cualquier otro medio, realice propaganda política entre extranjeros o entre nacionales mexicanos, *difundiendo ideas, programas o normas de acción de cualquier gobierno extranjero que perturben el orden público o afecten la soberanía del Estado mexicano...* Se perturba el orden público cuando los actos determinados en el párrafo anterior, tienden a producir *rebelión, sedición, asonada o motín*.²⁵⁷

La derogación de tal artículo era muy importante dentro de los proyectos del movimiento dado que éste era anunciado por el gobierno como una amenaza, resultado de una conjura extranjera. El Estado, trascendiendo la intención original de protección en un entorno de guerra, había utilizado el citado artículo legal para deshacerse de cualquier disidencia.

La mirada de otro de los líderes del movimiento, Álvarez Garín, sobre el significado de las demandas en el pliego, se aproxima a la interpretación que da Guevara aunque se observan diferentes matices:

Álvarez explica que en el 68 se prestó especial atención a la precisión y síntesis de las demandas en el pliego para evitar que ocurriera lo sucedido en 1956, cuando el IPN presentó un documento con 112 demandas.²⁵⁸ La satisfacción de casi todas, menos “las cuatro o cinco más importantes” dio pie a difundir la idea de que aquel movimiento no se daba por satisfecho con los puntos conseguidos y deseaba continuar el conflicto. Esta percepción general justificó,

²⁵⁵ Rivas, *Op. Cit.*, p. 528.

²⁵⁶ Pérez Arce, *Op., Cit.* p. 39.

²⁵⁷ Guevara, *Op. Cit. La Libertad...* pp. 108-109.

²⁵⁸ Álvarez, *Op. Cit.*, p. 52.

para los gobernantes en ese momento, la represión. Por ello, dice Álvarez, se optó por enunciar sólo seis demandas:

Es fácil advertir que en el pliego petitorio en su forma se presentaba como seis puntos en apariencia independientes, pero es evidente que en la argumentación y en el fondo se trataba de una sola demanda política: el cese de la represión y el desmantelamiento completo del aparato con que se ejercía. De esa manera repetíamos la experiencia de otros momentos de lucha centrando las demandas en un solo punto que no dejara lugar a dudas respecto a los resultados del Movimiento.²⁵⁹

Álvarez señala que no se incluyó el asunto de la autonomía porque ya era una “cuestión ganada” y en todo caso se trataba de hacerla respetar y no de conquistarla. Tampoco se trató el tema propuesto por el gobierno de otorgar el voto a los jóvenes a los 18 años de edad, pues, dice el autor, era un planteamiento irrelevante en el clima de unipartidismo que se vivía entonces.²⁶⁰

Por su parte, Gerardo Estrada asume la hipótesis de que “los estudiantes representaban distintos sectores de las clases medias de la Ciudad de México”. Por lo tanto, dice él, los puntos enunciados en el pliego eran la expresión de la inconformidad de estos sectores con el autoritarismo e intolerancia del régimen de Díaz Ordaz. De este modo, ponían en tela de juicio al “sistema político en su conjunto”.²⁶¹ Observo que esta concepción, excluye a la gran masa popular que sirvió como el sustrato social del movimiento. Estos también tenía motivos de descontento para con el Estado. Sin embargo, es posible que el autor se refiera solamente al primer momento en la movilización. En el pliego, las causas de queja en contra del gobierno, dice Estrada, no se volcaron en demandas que cuestionaran “el orden constitucional del país”:

Las seis se encuentran perfectamente encuadradas en la Constitución de 1917. Cada una de ellas corresponde a un derecho otorgado por la misma. De allí que fueran asumidas por un número muy amplio de gente, con independencia de su filiación política o ideológica. Frente a quienes acusaban a los estudiantes de subvertir el orden de la nación se puede afirmar que, en realidad, lo que demandaban era que se pusiera en vigor el Estado de derecho en el que se suponía que vivíamos.²⁶²

²⁵⁹ *Ibid.*, p.53.

²⁶⁰ *Ídem.*

²⁶¹ Estrada, *Op. Cit.* p. 18. También hay quien percibe en el pliego petitorio la expresión de los « Edipos » que se convirtieron en « parricidas » al pronunciarse en contra del padre represor. (Héctor Anaya, *Los parricidas del 68: la protesta juvenil*, México, Plaza y Valdés, 1998, p.21).

²⁶² Álvarez, *Op. Cit.*, p.191.

No obstante, dice Pérez Arce, aunque ninguna de las demandas constituía una amenaza para el sistema, “las formas” en que se plantearon eran francamente “subversivas”²⁶³

A 30 años de distancia del movimiento, Marcelino Perelló consideró que el pliego era una metáfora, un formalismo para expresar otras demandas:

[...] el movimiento en su carácter libertario, pedir la libertad de los presos políticos, de hecho equivalía a decir: “¡No a las cárceles!”; pedir la derogación del artículo 145 era una metáfora para: “¡No a las leyes!”, y la desaparición del Cuerpo de Granaderos significaba: “¡No a la policía!”. Eso era lo que subyacía, lo que el pliego petitorio representaba más allá del texto; eso era el contexto, el subtexto.²⁶⁴

No puede dejar de observarse la contradicción en la que incurre Perelló cuando dijo que el movimiento del 68 no tuvo nada que ver con la política, porque no se propuso participar en el poder ni influir en el derrotero del gobierno. Contrario a esta idea, Monsiváis asegura que el movimiento sí pretendía el poder en el sentido de “demoler las fortalezas ideológicas y culturales del régimen”: “En el CNH no hay una verdadera ansiedad guerrillera, sino—en acatamiento a la sensación prevaleciente—la creencia en el Movimiento como el instrumento de toma pacífica y consecuente del poder [...]”²⁶⁵ De modo similar, Zermeño, cuando escribe respecto al diálogo público, considera la correlación de fuerzas existente e incluye entre los objetivos del movimiento “apropiarse de los mecanismos que orientan, social, política y culturalmente a la sociedad, es decir la búsqueda del poder”.²⁶⁶

El argumento que ofrece Perelló para desmentir el carácter político del movimiento es un tanto endeble: “Por eso mismo, hablamos siempre de diálogo, pero nunca de negociación; y si no se negocia no se hace política, la política es el arte de la *tranza* o de la negociación. [...] Entonces, el 68 no era un movimiento político, era un movimiento social, por eso era innegociable”.²⁶⁷ En otra entrevista hecha a Perelló en el mismo año de 1998, él reitera que el del 68 había sido “un movimiento social y no político”, por lo que sus proyectos no se insertaban en el marco que imponía el sistema dominante:

[...], entendiendo por político aquel que se inscribe dentro de la esfera de las reglas del juego que el poder marca.[...], el 68 no fue un movimiento que luchara por la democracia, entendiendo por

²⁶³ Pérez Arce, *Op. Cit.*p. 40. Una perspectiva desmesurada respecto a las proyecciones del movimiento, es la de Lucina Moreno: “El para qué del movimiento no fue claro: para un grupo impedir las Olimpiadas, para otros instituir un gobierno como el de cubano, otros el modelo chino, otros socialismo cristiano, [...]. Las autoridades dijeron que era una conjura, y no estaban lejos de la realidad”. (Moreno, *Op. Cit.*, pp. 20-21).

²⁶⁴ González Marín, *Op. Cit.*p. 64.

²⁶⁵ Scherer y Monsiváis, *Op. Cit.,Parte de Guerra...*,p. 190.

²⁶⁶ Zermeño, *Op. Cit., México:una democracia...*, p. 120

²⁶⁷ González Marín, *Op. Cit.*p. 65.

democracia el establecimiento de reglas de juego en el ejercicio de ese poder; el 68 era un movimiento subversivo, era un movimiento revolucionario, contrario al poder.²⁶⁸

Este no es el enfoque de Monsiváis al respecto, para él, aunque los “grupos más cohesionados” dentro del movimiento, proceden de la izquierda, su lucha se ampara dentro de la Constitución; se trata de “disputarle a Díaz Ordaz la supremacía de la ley”. Monsiváis refuerza su razonamiento con una interrogación: “¿Cómo es posible que los “agitadores” crean en la protección concedida por la Carta Magna de la República?”²⁶⁹

El aspecto político del movimiento es citado por Andrea Revueltas. Ella escribió sobre la apreciación que tenía José Revueltas, militante en el movimiento del 68:

Revueltas también veía las implicaciones políticas del movimiento [...] Revueltas observaba que a partir del momento en que el movimiento reivindicaba su autonomía frente al gobierno—su derecho de hacer política y participar en la política de manera independiente—, estaba ya trascendiendo y cuestionando la existencia misma de la estructura antidemocrática y viciada que sustentaba al sistema.²⁷⁰

También Guevara Niebla reconoce la naturaleza política del movimiento cuando habla del CNH no como “un membrete corporativo sino una *figura política: los estudiantes se pensaban a sí mismos como representantes de la sociedad civil entera*”.²⁷¹

Cuando Miguel Yoldi toma la palabra, cita alguna entrevista hecha a Perelló en 1968 en donde éste aseveraba, en una afirmación en la que se contradice a sí mismo tres décadas después: “el movimiento y el Consejo no tenían un propósito ideológico, pero que lo importante era justamente el amor por la lucha democrática y por la libertad”.²⁷²

La consideración de Yoldi respecto a que no había un propósito ideológico en el movimiento, disiente de la tesis de Zermeño, él llama al pliego petitorio la “bandera de lucha” de los movilizadores. Éste añade:

[...], el pliego petitorio se encontraba despojado, por una parte, de cualquier planteamiento utopista respecto a cambio social que pudiera dar al adversario elementos para justificar pasadas o futuras acciones represivas, y afinaba y depuraba, por otra parte, tanto el contenido de sus demandas (la imagen clara de lo que quería), como la ubicación precisa de su adversario al apartar de sus peticiones a todos

²⁶⁸ Jardón, *Op. Cit.*, *El espionaje contra...* p. 213.

²⁶⁹ Scherer y Monsiváis, *Op. Cit. Parte de Guerra...* p. 190.

²⁷⁰ Revueltas y Cheron (comps.), *Op.Cit.*, p.16.

²⁷¹ Guevara, *Op.Cit.*, *La libertad...*, p. 125.

²⁷² González Marín, *Op. Ci.*, p. 86.

aquellos puntos que tendían a dispersar su acción por corresponder a problemas propios de la organización universitaria o educativa.²⁷³

El pliego petitorio es también un referente para dibujar otra de los proyectos del movimiento, que es un punto de debate entre los autores cuya obra analicé: la democracia.²⁷⁴

IV. 2 La democracia

Monsiváis establece un nexo entre las demandas del pliego y el ejercicio de la democracia. Luego de reconocer la influencia de la izquierda en las demandas de libertad a los presos políticos y la eliminación del artículo 145, el autor afirma que en los puntos del pliego está presente “la defensa de los derechos humanos y civiles, punto de partida de los derechos democráticos”.²⁷⁵ Zermeño, en el prólogo que hace al libro de Rivas, alude a la conformación y la influencia de los grupos de izquierda de la UNAM en el movimiento estudiantil. Él también asocia al movimiento y sus demandas con el anhelo de democratización.²⁷⁶

A este respecto, Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca asegura, coincidiendo con Yoldi, que la democracia no era un punto central para el movimiento:

[...] formalmente el movimiento no tenía mucho que ver con la democracia; ustedes pueden ver el pliego petitorio y la democracia no asoma para nada, pero en el movimiento sí se ejercía una democracia real y era manejada por las asambleas masivas de las escuelas, y el Consejo Nacional de Huelga tomaba sus determinaciones por votación después de largas discusiones.²⁷⁷

En la misma línea se expresó Perelló al definir lo que no fue el 68: “[...], el movimiento estudiantil de 1968 no tiene nada que ver con la democracia, ni con los llamados logros democráticos de años después”.²⁷⁸

²⁷³ Zermeño, *Op. Cit.*, *México: una democracia...*, p. 29.

²⁷⁴ *Vid. Sub. voce.* “Democracia”, en *Diccionario de Política*, Norbert. Bobbio, *et.al.*, (comps), Tomo I, México, Siglo XXI, 2005, p.446 : “En esta concepción, que se puede llamar liberal, de la d., la participación en el poder político, que siempre ha sido considerada el elemento caracterizante del régimen democrático, también es resuelta en una de las libertades individuales que el ciudadano ha reivindicado y conquistado frente al estado absoluto, y redefinida como la manifestación de aquella particular libertad que, yendo más allá del derecho de expresar su propia opinión, de reunirse o de asociarse para influir sobre la política del país, comprende también el derecho de elegir representantes en el parlamento y de ser elegidos”.

²⁷⁵ Monsiváis, *Op. Cit.*, p. 162.

²⁷⁶ Rivas, *Op. Cit.*p.19.

²⁷⁷ González Marín, *Op. Cit* p. 94.

²⁷⁸ *Íbid.*, p. 49. Eduardo Valle por su parte, inscribe al movimiento estudiantil mexicano del 68 en la corriente mundial de rebelión de masas a favor de la democracia y las libertades. (Valle, *Op. Cit.*p.62).

Moreno Wonchee retoma el concepto “democracia” y habla de la complejidad que representa definirla:

Prácticamente todos los movimientos populares de este siglo se han amparado en la aspiración democrática. En el caso que discutimos, el movimiento se definió a sí mismo como un movimiento por las libertades democráticas. Pero el término *democracia* no tiene una connotación unívoca sino que es un término que ha sido objeto de las más diversas interpretaciones que hoy mismo forman parte de un gran debate ideológico.²⁷⁹

Acerca de lo que se entiende por democracia, Moreno añade:

Hoy mismo en nuestro país, estamos asistiendo a una devaluación de la democracia al imponerse la tendencia por considerarla solamente como un conjunto de procedimientos electorales, olvidando no tanto sus adjetivos como sus objetivos, planteados en el Artículo 3º de la Constitución que define a la democracia no sólo como una estructura jurídica y un régimen político, sino como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo.²⁸⁰

Joel Ortega coincide con otros participantes en el movimiento como Perelló, Yoldi, y Cabeza de Vaca al referirse a la inexistencia de la demanda de democracia por parte del movimiento, en tanto proceso electoral. “Es decir, no era ni en México, ni en Francia ni en Estados Unidos, un movimiento que planteara la lucha por establecer un sistema electoral democrático”.²⁸¹ Gómez concuerda con lo anterior al escribir que el movimiento del 68 no tenía como demanda “el respeto al voto porque la política electoral era rechazada por los estudiantes”.²⁸²

Cabe recordar que la “democracia”, tuvo para los involucrados diferentes acepciones. En el caso de Ramón Ramírez, quien escribió su obra apenas acaecidos los sucesos, se refiere a la democracia presente en el pliego como “la defensa de las libertades democráticas establecidas en la Constitución, [...]”.²⁸³ Ramírez alude al documento último que emitió el movimiento: “Manifiesto a la Nación 2 de octubre”:

[...] la democracia en México es un mero concepto, una forma más, pues la política se hace al margen de las mayorías populares, de sus aspiraciones, intereses y exigencias, las determinaciones son tomadas

²⁷⁹ González Marín, *Op. Cit* p. 52.

²⁸⁰ *Ídem.*

²⁸¹ *Íbid.*, *Op. Cit* p. 53.

²⁸² Gómez, *Op. Cit* p. 14.

²⁸³ Ramón Ramírez, *El movimiento estudiantil de México. Julio/diciembre de 1968*, México, Era, 1969, p. 40.

por un restringido núcleo de personas que obstaculizando la participación política del pueblo, lo niegan como instancia última de decisión.²⁸⁴

Ramírez reconoce “la justeza del párrafo” citado, aunque objeta que sí había “corrientes favorables al desarrollo del proceso democrático”. Entonces el autor caracterizó lo que se espera de un régimen democrático:

- que la libre expresión del pensamiento, individual y colectivamente, no sea coartada;
- que la libertad de prensa sea efectivamente una realidad;
- que las garantías individuales no sean restringidas y puedan libremente manifestarse;
- que el derecho de organización y de huelga de los trabajadores sea respetado;
- que los partidos políticos y las organizaciones sindicales gocen de las libertades que la Constitución les garantiza;
- que sobre los sindicatos no se ejerzan presiones y que el respeto a las decisiones de sus agremiados sean las normas que presidan el conjunto de sus actividades.²⁸⁵

Encontramos una relación con estos puntos cuando Guevara Niebla escribe sobre el golpe que representó para el régimen “despótico y antidemocrático”, la manifestación del 5 de agosto, hecha sin la autorización gubernamental. Él alude a las “libertades políticas fundamentales (la libertad de asociación, la libertad de expresión, la libertad de manifestarse públicamente)” que empezaron a recuperarse, aunque sea en un grado mínimo, con la marcha.²⁸⁶

El análisis que hace Zermeño respecto a cómo percibían la democracia los implicados en el movimiento, nos muestra cómo, para los sectores más integrados al desarrollo, significaba algo más allá de “solicitar la apertura de los canales institucionales ya establecidos; justamente la participación se plantea desde la crítica y el rechazo a las formas de participación y expresión ya existentes [...]”.²⁸⁷ Es en este espacio donde convergen los intereses de la masa despolitizada y la clase más informada: ambos coinciden en el rechazo al “Estado fuerte y autoritario”, los une la “crítica inmediata”.²⁸⁸ El Estado no había respetado

²⁸⁴ *Ibid.*, p.42.

²⁸⁵ *Ídem.* Estas acepciones sobre la democracia, están vinculadas con las “libertades fundamentales asociadas con un gobierno democrático liberal: en primer lugar la libertad de pensamiento, sentimiento, discusión y publicación, [...]; en segundo lugar, la libertad de gustos y ocupaciones, [...]; y en tercer lugar, la libertad de asociación o combinación, suponiendo, por supuesto, que no cause perjuicio a otros”.(David Held, *Modelos de Democracia*, Madrid, Alianza, 2002, p. 124).

²⁸⁶ Guevara, *Op. Cit.*, *La libertad...* p. 124.

²⁸⁷ Zermeño, *Op. Cit.*, *México: una democracia...*, p. 51.

²⁸⁸ *Ídem.*

los principios liberales y “democráticamente burgueses: la libertad de expresión, de asociación y de acción independiente desde abajo”.²⁸⁹

Ahondando más en la complejidad de lo que significó la democracia como una de los proyectos del movimiento estudiantil, Zermeño escribió:

Buscábamos una sociedad más democrática, es cierto, y buscábamos al mismo tiempo ser reconocidos y apoyados en nuestros buenos deseos: buscábamos pues, poder. En unos casos poder político, mayor participación en los aparatos de decisión, esto es obvio; en otros casos el desafío democrático era concebido como ejercicio de nuestras libertades sin la injerencia de aquellos aparatos. [...] La democracia, punto de unión universal entre quienes animamos ese movimiento, se vuelve un espejismo cuando nos acercamos tratando de precisar su contenido. Pero la fuerza unificadora que la democracia brinda a un movimiento no se aniquila por el solo hecho de que puedan acomodarse bajo esta bandera concepciones totalmente distintas de organización política y social.²⁹⁰

Zermeño explica que en aquella concepción sobre la democracia, de todos modos cohesionaba “enormes divergencias” que finalmente buscaban “una sociedad en la que los beneficios del desarrollo se encuentren mejor distribuidos”. Independientemente de que al hablar de democracia se tratase de un “Estado fuerte racionalizador” o de la “concepción democrático-burguesa de fuerzas sociales limitando la razón del Estado”, el afán democratizador del movimiento era uno:

Así, el movimiento estudiantil-popular de 1968 buscaba una sociedad más justa, y éste es un hecho que está por encima de todo, aunque a lo largo de nuestro análisis se trate de indagar hasta dónde las concepciones o corrientes particulares no fueron capaces de mantenerse bajo esa cobertura global de justicia democrática: se destruyó entonces lo que aquí llamaremos la alianza interior de los movilizados.²⁹¹

Dentro de la búsqueda de una sociedad mejor, se incluía el que los preceptos constitucionales fuesen cumplidos. Ramírez consideró que el Partido Comunista Mexicano tuvo un papel preponderante en la lucha por el respeto a los derechos establecidos en la Constitución, que él considera como afán democratizador.²⁹² Esta percepción difiere de la de

²⁸⁹ *Ídem.*

²⁹⁰ *Íbid.*, p.1.

²⁹¹ *Ídem.*

²⁹² Ramírez *Op. Cit.* p.42. Zermeño aclara que la crítica al sistema político no implicaba un rechazo al “documento avanzado en el plano de la democracia: la Constitución, sino hacia el que se erigía “por encima del resto de las fuerzas sociales y las ordena desde lo alto: el Estado” Éste, nominalmente encargado de hacer cumplir la Constitución, era el primero en no regirse por ella. (Zermeño, *Op. Cit.*, *México: una democracia...*, p. 52).

Estrada, quien considera que la influencia de la izquierda no era definitiva en los proyectos del movimiento. El autor habla del momento en el que el Consejo Universitario reivindicó como suyas las demandas del movimiento estudiantil:

Al reivindicar las libertades democráticas para el país y legitimar el papel de los universitarios como agentes del cambio social, con la convicción de que el conocimiento científico y la cultura están en las bases de la transformación [...]. Ahí se confirma que no era la posición individual del rector ni los intereses políticos de algunas organizaciones de izquierda lo que se hallaba en el fondo de la ideología de la generación del 68, sino la arraigada creencia de que a partir de los privilegios del saber se podía crear una sociedad más justa y democrata.²⁹³

Respecto a la democracia presente en el funcionamiento del CNH, también existen desacuerdos entre los diferentes autores. Cuando Rivas Ontiveros se refiere a “los órganos de dirección y de participación política en 1968”, señala particularmente al asambleísmo:

A partir de esto, las bases estudiantiles encontraron en el asambleísmo una forma de participación democrática y canalización de su problemática al sentirse parte orgánica de la misma y no una pieza amorfa. Este asambleísmo significaba un claro intento de afirmación de la democracia dentro del movimiento estudiantil, que era justamente lo que se le cuestionaba al sistema político mexicano en donde ésta se encontraba ausente.²⁹⁴

La manera en que se organizó la dirigencia del movimiento, nos permite observar un ejercicio democrático. Rivas Ontiveros describió así “la estructura organizativa del movimiento estudiantil”:

[...] por medio de dos instancias básicas: a) la asamblea plenaria; y b) el Consejo Nacional de Huelga que se integró inicialmente con tres representantes por cada escuela en huelga, al grado que llegó a haber hasta 210 delegados de 70 planteles. [...] los representantes al CNH eran electos o revocados por la asamblea general o en el seno de los comités de lucha de cada escuela, [...] En cuanto a las decisiones en el CNH, éstas eran tomadas por mayoría simple y las acataban todos los delegados. En la asamblea plenaria de este órgano los representantes proponían los acuerdos a que se había llegado en sus respectivas escuelas y luego se sometían a consideración de los asistentes. El delegado regresaba a

²⁹³ Estrada, *Op. Cit.* pp. 192-193.

²⁹⁴ Hilda Ana María Aburto Muñoz. *Ideología del movimiento estudiantil mexicano de 1968*, Tesis (licenciatura en Ciencia Política y Administración Pública), México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1969, p.38, *apud.* Rivas, *Op. Cit.* p. 598.

su plantel e informaba de las decisiones del Consejo y cada asamblea ratificaba o rectificaba lo acordado en el CNH.²⁹⁵

No obstante, reconoce Rivas, este mecanismo tenía sus inconvenientes, pues para llegar a tomar algunas resoluciones se invertía mucho tiempo:

En términos políticos, el CNH era el órgano ejecutivo del movimiento estudiantil. Sin embargo, un cuerpo colegiado de tal magnitud no podía llegar a decisiones con facilidad. Por estas razones y en aras de la representatividad y la democracia, el CNH sacrificó la rapidez.(sic) pero este cambio cualitativo significaría muchos trastornos, especialmente durante el mes de septiembre cuando se intensificó la represión.²⁹⁶

El ejercicio de esta democracia es calificado como simplista por Estrada y como un factor en contra del funcionamiento del movimiento:

[...] la dimensión que tomaba el movimiento estudiantil, que comenzaba a vincularse con otros sectores sociales, y por otra, la imposibilidad del gobierno de entenderse con una representación que, por miedo a la corrupción y por una concepción simplista de la democracia, cambiaba constantemente y carecía de capacidad de decisión en la medida en que debía consultar a sus bases en cada momento.²⁹⁷

Joel Ortega por su parte, consideró que el movimiento no era democrático en sí mismo, sino que su naturaleza era “autogestiva” porque no respondía siempre a las directrices que marcaba el CNH. Él ejemplifica este asunto con la acción de las brigadas: a veces, ni siquiera el texto de los volantes correspondía a lo que se debatía en el Consejo. Para Ortega, el que el movimiento contara con una “estructura jerarquizada”, no lo hacía democrático y, más bien, lo cataloga como autogestionario.²⁹⁸

El dilema acerca de la naturaleza de la proyección democrática o no del movimiento, se hace más complejo cuando Álvarez Garín se pregunta si la lucha estudiantil fue reivindicativa o si fue política y democrática. Él no llega a ninguna conclusión al respecto y escribe: “Discutir el carácter del movimiento y el problema de si fue político y democrático o sólo reivindicativo, es en realidad una cuestión de los niveles de conciencia prevalecientes en un determinado momento y en un determinado sector de la sociedad”.²⁹⁹

²⁹⁵ Rivas, *Op. Cit.* p. 607.

²⁹⁶ *Ibid*, p.620.

²⁹⁷ Estrada, *Op. Cit.* p. 197.

²⁹⁸ González Marín *Op. Cit.* p. 69.

²⁹⁹ Álvarez, *Op. Cit.*, p. 193.

Por consiguiente, se observa que existe una discusión respecto a si la democracia fue un objetivo central dentro de las demandas del movimiento. Sin embargo la presencia de este proyecto está atestiguado desde la creación de su lema: “Libertades Democráticas”. Más tarde, éste fue integrado al nombre de la Coalición de Profesores de Enseñanza Media y Superior Pro Libertades Democráticas.³⁰⁰ No obstante, para algunos de los líderes del proceso, la democratización debería seguir derroteros más radicales.

IV. 3 La revolución

Para muchos de los participantes en el conflicto, la revolución era una perspectiva viable y la violencia era un instrumento que debería utilizarse en la consecución de esta meta. Encontramos esta expectativa en las palabras de Romeo González, líder de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas de la UNAM: él invitó a los concurrentes a la manifestación del 13 de agosto a enfrentarse físicamente con la policía como lo habían hecho sus camaradas en el mayo francés. González pedía que todos llevaran piedras y botellas para “improvisar bombas molotov”. Añadió: “El objetivo a alcanzar no es ninguna reforma, es la revolución socialista”.³⁰¹

En concordancia con esta apreciación, 30 años después del 68, Marcelino Perelló no duda de la característica revolucionaria del movimiento:

Yo insisto, el movimiento del 68 fue un movimiento revolucionario; los gritos en la manifestación eran “Ho, Ho, Ho Chi Minh” y “Che, Che, Che Guevara” de manera insistente, como tambores amazónicos, y el Che Guevara era un guerrillero—a diferencia de otros—que sí mataba; no buscaba la paz sino la guerra, y murió en esa guerra. Ahí se inscribía el movimiento del 68.³⁰²

En contraparte, la violencia como instrumento de lucha es cuestionada por Guevara Niebla quien, escribiendo también treinta años después del suceso que nos ocupa, asegura que el objetivo de la movilización no era la revolución:

La violencia no era un medio de lucha legítimo, [...] La batalla era política. [...]. Lo que estaba en juego no era la revolución sino una verdadera *apertura del país a la democracia*, una renovación del espacio político nacional, una nueva relación entre el Estado y la sociedad. Esta fue la división que surgió en el seno del Consejo y que tendría graves consecuencias en el futuro.³⁰³

³⁰⁰ Zermeño, *Op. Cit.*, *México: una democracia...*, p32.

³⁰¹ Guevara, *Op. Cit La libertad...*, p. 136.

³⁰² González Marín, *Op. Cit* p. 66.

³⁰³ Guevara, *Op. Ci., La libertad...*, p. 137.

Diez años después de expresar esto, Guevara confirma su desacuerdo con Perelló respecto a la caracterización revolucionaria del movimiento. Dice Guevara: “Una revolución aspira a la conquista del poder por la vía armada y eso, por supuesto, no ocurrió en México durante 1968”.³⁰⁴

Este rechazo a la violencia revolucionaria fue expresada explícitamente por otro de los miembros del CNH cuando, en 1968, participó en una conferencia de prensa que organizó Luis Suárez, jefe de redacción de la revista *Siempre!*: “Nosotros no nos hemos propuesto derribar al gobierno. Queremos que se cumpla la Constitución; el respeto a la Constitución hay que exigírselo al gobierno”.³⁰⁵

Respecto a una revolución de índole cultural, Guevara tampoco acepta que esta haya sido una proyección del movimiento.³⁰⁶ Sobre este último punto abundaré más en el capítulo VI dedicado al impacto que la lucha estudiantil tuvo en México.

La división en el seno del Consejo a la que se refiere Guevara, nos remite a los antagónicos proyectos del movimiento que se generaron al interior del CNH. En un primer acercamiento son evidentes en las palabras de Perelló y de Guevara los proyectos en cuestión: la revolución o la reforma.

Rivas Ontiveros reflexiona sobre la apariencia del CNH como “un órgano monolítico y sólidamente unificado en torno a un objetivo común y contra un poderoso adversario, lo es también que era natural y previsible que desde sus inicios comenzaran a desarrollarse distintas tendencias políticas [...]”.³⁰⁷ De este modo pueden identificarse, dice Rivas, dos bloques en el CNH:

El primero es el realista o democrático, que incluía a la mayoría de los planteles en huelga. Para este sector, la lucha debería limitar su “acción a la defensa de los preceptos constitucionales y a las demandas establecidas en el pliego petitorio de los seis puntos”³⁰⁸ Para este grupo, aun la satisfacción parcial de los puntos del pliego sería conquistar un espacio democrático. Al someter su lucha a los “parámetros establecidos por la Constitución General de la República”, no iba por la crisis revolucionaria, se trataba de “una corriente con

³⁰⁴ Guevara, *Op. Ci., 1968, Largo camino...*, p.62.

³⁰⁵ Volpi, *Op. Cit.*, p. 260.

³⁰⁶ Guevara, *Op. Cit., 1968 Largo camino...*, p.62.

³⁰⁷ Rivas, *Op. Ci.*, p. 608.

³⁰⁸ *Íbid.*, p. 615.

un discurso “pragmático, inmediatista y reformista”³⁰⁹ Álvarez Garín y Guevara Niebla, al decir de Rivas, se incluían en esta corriente.³¹⁰

El segundo grupo dentro del CNH es identificado como el bloque doctrinario o socialista. Éste no buscaba solamente la satisfacción de las demandas del pliego petitorio, más bien, “caracterizaba a la revuelta como un movimiento socialista, al tiempo que consideraba que la explosión estudiantil había creado una situación prerrevolucionaria en el país”.³¹¹ Esta facción era minoritaria dentro del CNH, sin embargo era “más agresiva y radical que la primera”. Su objetivo era “crear condiciones para hacer estallar la situación revolucionaria que sobrevendría con el levantamiento del proletariado”.³¹²

Dentro de esta tendencia, dice Rivas, no hubo una conducción sólida ni una ideología unificada. Mientras una parte de ellos abogaba por el “enfrentamiento directo con las fuerzas represivas” para “acelerar la descomposición del régimen”, otros pretendían dirigir su acción proselitista hacia los obreros y campesinos.³¹³ Entre los que pertenecían a este sector estaban Cervantes Cabeza de Vaca y José Tayde Aburto a favor de la violencia. Mientras tanto el Comité de Lucha de la Facultad de Filosofía y Letras se manifestaba en pro de buscar apoyo campesino y obrero.³¹⁴

Rivas enfatiza la proyección que tenía este último grupo, doctrinario o socialista, dando a conocer un programa formulado por ellos que no llegó a discutirse en la plenaria del CNH por la ocupación militar de Ciudad Universitaria el 18 de septiembre. En el documento titulado: *Por la alianza-obrero-campesino-estudiantil*, aparecen “once rubros”, todos referentes a demandas obreras y campesinas, ninguno relacionado con el sector estudiantil.³¹⁵ Citando a Zermeño, se comprueba “un evidente desprecio por el “aquí”, el “ahora” y el “nosotros”: los estudiantes”.³¹⁶

³⁰⁹ *Íbid.*, p. 616

³¹⁰ *Ídem.* Álvarez Garín escribió al respecto: “El Movimiento del 68 desafiaba y combatía las formas despóticas de control y de gobierno del régimen priísta. Pero no se planteó nunca combatir la existencia de ese gobierno”. (Álvarez, *Op. Cit.*, p. 164).

³¹¹ Rivas, *Op. Ci.*, p. 617. En 1989, Manuel Aguilar Mora, quien fue representante de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales ante el CNH, escribió sobre la anhelada revolución socialista: “El afán democratizador del 68 era revolucionario, y la oposición sangrienta que enfrentó de parte del PRI-gobierno no era un simple “exceso de un presidente esquizofrénicamente violento, sino la única respuesta del poder ante un impulso masivo arrollador que amenazaba con desbordarlo. Procesos como el del 68, continuados, profundizados y extendidos al nivel nacional, son los que pondrán las condiciones que harán posibles una revolución socialista”.(Manuel Aguilar Mora, *Huellas del Porvenir, 1968-1988*, México, Juan Pablos, 1989, p.37).

³¹² Rivas, *Op. Ci.*, p. 617.

³¹³ *Íbid.*, p. 618.

³¹⁴ *Ídem.*

³¹⁵ *Íbid.*, p. 619.

³¹⁶ *Ídem.*

Puede observarse que la composición ideológica plural dentro del CNH daba lugar a diversos proyectos. Entre otras, mientras algunos se decantaban a favor de hacer cumplir los preceptos constitucionales, otros veían en el movimiento el detonador de la revolución socialista.

IV. 4 El diálogo público

Uno de los proyectos a corto plazo del movimiento, era conseguir un diálogo público con los representantes del régimen. Esta demanda, surgió a raíz del desconocimiento por parte del Comité de Huelga del IPN, de la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET) como la representante de los estudiantes movilizados.³¹⁷ La demanda por el diálogo público es considerada desde diferentes perspectivas por los que escriben al respecto. La mayoría de ellos considera que se trataba de una medida positiva para el movimiento. Con este planteamiento, dice Rivas, se generaba una “crítica a las bases que sustentan el sistema político y social”³¹⁸ Una de las ventajas que ofrecería el diálogo público, era generar un compromiso por parte del Estado para cumplir lo que se acordara:

La solución del conflicto a través de un *dialogo público* entre la dirección política del movimiento con su adversario gubernamental era la garantía para las masas estudiantiles, en lo particular, y la opinión pública en general, de que durante las negociaciones se respetarían los acuerdos tomados por las mayorías.³¹⁹

El que se demandara diálogo público era un reto al sistema entonces vigente. Con ello se cuestionaba “al régimen de control corporativo”:

[...] para el gobierno, aceptarlo era equivalente a reconocer la existencia de otro poder, de un actor social independiente y no controlado que le exigía transformaciones y esto estaba negado aún como mera posibilidad. [...], en las condiciones del 68 no había otra forma de posible de negociación excepto el diálogo público.³²⁰

Por su parte, Guevara Niebla aunque reconoce que la demanda del diálogo público fue un intento por evitar la corrupción y el soborno, agrega que esta medida significó un tropiezo

³¹⁷ *Ibid.*, p.532.

³¹⁸ *Ibid.*, p. 595.

³¹⁹ *Ibid.* p.532.

³²⁰ Álvarez, *Op. Cit* p.183.

para “alcanzar la solución negociada”.³²¹ Para Guevara, la exigencia del diálogo público fue un obstáculo para el movimiento, refiriéndose a *Los días y los años*, dice:

Tiene razón González de Alba al afirmar que el “diálogo público” fue un candado que el CNH creó y a la postre dificultó una eventual negociación. Ni duda cabe. Pero el “diálogo público” fue un acuerdo impulsado no por todos los delegados, sino por los grupos radicales y los provocadores dentro del CNH.³²²

Para confirmar su teoría, Guevara nos deja ver la circunstancia en la que el CNH rehusó corresponder al llamado desde Gobernación el 22 de agosto: en un comunicado de prensa, el titular de la Secretaría de Gobernación mostró la disposición del gobierno para dialogar con los representantes de los estudiantes y maestros de la UNAM.³²³ Aunque en el CNH no hubo objeción por parte de los “moderados” y “democráticos” para responder al llamado, dice Guevara, pronto otros delegados se opusieron. A los más jóvenes, dice él, les asustó la posibilidad de debatir con algún funcionario, a los radicales no les agradó la idea de negociar tan pronto porque ello significaba no concretar “la lucha de clases” y a los “provocadores infiltrados en el CNH” les pareció que no debía responderse la invitación.³²⁴ Entre los que así opinaban estaba la Liga Comunista Espartaco, para quien sentarse a negociar era muestra de aceptación de la legalidad de un sistema con el que debía romperse.³²⁵

A la llamada desde Gobernación siguieron el 23 de agosto dos telefonemas de la misma procedencia en los que se reiteraba la invitación al diálogo. Parecía, escribe Guevara, que el triunfo estaba cerca, sin embargo la votación cambió el rumbo:

El giro más notable y sorprendente fue el que dieron Campos Lemus, Hernández Zárte, Torrecillas, Nazar, Alanís y Segura Garrido, que votaron, junto a la extrema izquierda (Cabeza de Vaca, los dos Aguilar Mora, Sevilla, Escudero, Jiménez, García Mota, Mestas y demás) en contra del acuerdo de responder a los telefonemas de Gobernación y contactar a los funcionarios de esa Secretaría, [...].³²⁶

A este respecto, Manuel Aguilar Mora confirmó que efectivamente él se opuso a responder al llamado de Gobernación pues se trataba de una estrategia gubernamental que en

³²¹ Guevara, *Op. Cit.*, 1968, *Largo camino...*, p.83.

³²² *Íbid.* p.60.

³²³ Guevara, *Op. Cit.*, *La libertad...*, pp.206-207.

³²⁴ *Íbid.*, p. 207

³²⁵ *Íbid.*, p. 208.

³²⁶ *Íbid.*, p. 211. Es debatible que la convocatoria gubernamental al diálogo haya sido anuncio del inminente triunfo estudiantil. Hasta donde se conoce, no hay indicios de que el gobierno haya contemplado satisfacer los puntos del pliego.

realidad no buscaba la solución del conflicto. Prueba de ello, dice Aguilar, es el diálogo sostenido por la mañana del 2 de octubre entre los funcionarios del gobierno y la comisión estudiantil en casa del rector Barros Sierra. Mientras se negociaba por la mañana, se preparaba el golpe final en Tlatelolco para esa misma tarde.³²⁷

Desde la perspectiva de Zermeño, responder a la llamada desde Gobernación para concretar el diálogo público implicaba, complejos procesos relacionados con la correlación de fuerzas. La satisfacción del primer punto a tratar, la libertad de *todos* los presos políticos, significaba la aceptación tácita, por parte del gobierno, del movimiento como portavoz de las clases populares. Acceder a ello, teniendo en cuenta “la naturaleza cerrada y autoritaria del Estado mexicano”, hubiera sido una demostración de fragilidad del Estado, que así abandonaba las vías institucionales para tratar con los gobernados: representaba una “debilidad política al aceptar de facto el paso del sistema político hacia un juego efectivo de la oposición”.³²⁸ Por otra parte, el movimiento no había logrado aún consolidarse con el suficiente apoyo para transformarse en uno de carácter popular. El diálogo público, propuesto al inicio del proceso como estrategia para impedir la cooptación de los líderes, planteaba serias dificultades. Para algunos el diálogo era la única salida, aunque tuviesen que replantearse las demandas. Para otros, había que sostener las demandas tal como se formularon para provocar una “crisis del orden” y “capitalizar las reacciones de los sectores populares”.³²⁹ De este modo, si se respondía, se corría el riesgo de paralizar la expansión del movimiento, si no se hacía, se ponía en peligro “la alianza interna” y el movimiento caería en una “extralegalidad arriesgada”.³³⁰ En este proyecto se advierte la dificultad que significó llevar a la práctica la intención de dialogar públicamente.

El mismo autor aventura, veinte años más tarde, otra perspectiva concerniente al diálogo público: al ir cobrando fuerza la amplitud de la alianza contra el autoritarismo del régimen, el movimiento se iba cerrando a esta salida.

[...], mi impresión es que ya casi no escuchamos, si es que lo hubo, ningún llamado a la negociación. Aunque gran parte del discurso se basaba en esta consigna: “diálogo público”, en realidad fuera del ala profesionalista el movimiento a lo que aspiraba era a que se generara una acumulación de fuerzas de

³²⁷ Aguilar, *Op. Cit.*, pp. 38-39. El Mtro. Manuel Aguilar Mora reiteró esta convicción durante una conversación sostenida con quien escribe estas líneas. El diálogo tuvo lugar en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, el 4 de noviembre de 2008.

³²⁸ Zermeño, *Op. Cit.*, *México: una democracia...*, pp. 118-122.

³²⁹ *Ibid.*, p. 120.

³³⁰ *Ibid.*, p. 122.

dimensión nacional: “campesinos vengan”, “Pantaco y obreros vengan”, “clases mexicanas vengan”, “vámonos para adelante con el movimiento, porque es la única solución de cambiar al país”.³³¹

No obstante, para Guevara, la posibilidad de responder a Gobernación y reconsiderar las demandas en el diálogo, era admisible para lograr negociar aunque fuera parte de las demandas: “habría constituido un triunfo político resonante, por la forma misma en que se estaba obteniendo y por el precedente democrático que se asentaba”.³³²

Hasta donde me he percatado, no queda bastante claro cómo se esperaba concretar el diálogo público. Zermeño escribió que uno de los términos exigidos para su realización, era la transmisión de éste por “el [sic]radio la prensa y la televisión”.³³³ En la manifestación del 27 de agosto se hizo la propuesta de dialogar públicamente en el Zócalo el 1 de septiembre. Como se verá en el capítulo V, esto se decidió en una circunstancia que algunos califican de provocación, por ende se levantaron numerosas voces en contra de ello. Una fue la del PCM, quien en un comunicado el 8 de septiembre atribuye a provocadores de pseudo-izquierda la idea de citar al presidente el día y la hora del informe presidencial en aquella plaza: “Para que un diálogo sea público, no se requiere la presencia de toda la masa estudiantil y popular, ni que se transmita por radio y televisión”.³³⁴ Los miembros de la Coalición de Profesores siempre se mostraron de acuerdo con que el CNH llevara la dirección del movimiento y dejaron a ellos la decisión de responder la llamada de Gobernación hecha el 22 de agosto. Cuando ocurrió el incidente el 27 del mismo mes en el Zócalo, tanto la Coalición como el CNH, mostraron su desacuerdo con la idea de citar al presidente en el Zócalo.³³⁵

Conclusión

En conclusión, en este capítulo se ha repasado brevemente, cómo perciben los autores los proyectos que se plantearon en el movimiento estudiantil. En primera instancia, el pliego

³³¹ Sergio Zermeño, “El 68: ¿En dónde estamos cuarenta años después?” en, Solana, *Op. Cit.*, pp. 106-107. Esta reflexión coincide tangencialmente con la perspectiva de Perelló expresada en 1998, durante un seminario en el que coincidió con los comisionados gubernamentales Jorge de la Vega Domínguez y Andrés Caso Lombardo. Perelló los llamó “los más entrañables adversarios de su vida”. Luego se refirió a las conversaciones sostenidas con aquéllos en 1968: “Yo creo que Caso y de la Vega –afirmó– saben mejor que nadie en esta sala, mejor que nosotros mismos, que no había negociación posible”. Perelló añade que esta posición no era exclusiva del gobierno, pues la misma dinámica del movimiento lo condenaba. (Mariángeles Comesaña, “Un diálogo suspendido en el silencio de 30 años” en, Solana, *Op. Cit.*, p. 122).

³³² Guevara, *Op. Cit. La libertad...*, p. 208. Contra las “soluciones parciales de Guevara”, está la percepción de Aguilar Mora, para quien no es posible la democratización auténtica dentro de la estructura capitalista. (Aguilar Mora, *Op. Cit.*, pp. 37-44).

³³³ Zermeño, *Op. Cit., México: una democracia...*, p.119.

³³⁴ “¿El gobierno se ha levantado en armas contra el pueblo?”, en *La Voz del Pueblo*, 8 de septiembre de 1968, *apud*, Zermeño, *Op. Cit., México: una democracia...*, p. 126.

³³⁵ *Ibid.* p. 125-127.

petitorio, formulado a los pocos días de iniciada la movilización, es considerado por una parte de los que escriben al respecto, como un documento que expresaba aspiraciones democráticas inscritas dentro del marco constitucional. Para un autor solamente, no es así pues él afirma que ese documento era una negación a las leyes vigentes. Siguiendo con las características del pliego petitorio, varios de los que escriben sobre el tema, reconocen la influencia de la izquierda en sus demandas, mientras que uno sólo dice que la inspiración de aquéllas provino de un estudiante politécnico. El pliego como un documento con demandas políticas, es aceptado por la mayoría de los que hablan en los textos, con la excepción de uno, quien no sustenta suficientemente su negación.

Cuando se trata de discutir sobre el proyecto del movimiento de hacer efectiva la democracia, encontramos perspectivas divididas desde la definición misma del concepto. Para algunos autores la demanda de democracia era parte central en el movimiento, no tanto en el aspecto electoral sino en el libre ejercicio de las libertades democráticas. Otras voces, generalmente entre algunos de los que fueron parte del CNH, niegan las aspiraciones de democracia en el movimiento. También hay disensos respecto a la democracia ejercida en el funcionamiento del CNH: para algunos el asambleísmo era ejercicio de democracia pura, para otros, era un mecanismo que ralentizaba la toma de decisiones y una expresión simplista de la democracia. La estructura del CNH es considerada por algunos autores como la reproducción del sistema jerarquizado y autoritario, el estatal, contra el cual se combatía.

Al hacer el planteamiento de una posible revolución como objetivo de los movilizados, se observa que al inicio del movimiento sí hubo quienes esperaron ese resultado. Entre los que tratan el tema, uno sólo habla de revolución como meta absoluta, mientras que otros autores reconocen que en el movimiento y en la dirigencia del mismo, existían las dos tendencias: revolución y reforma.

En algunos de los trabajos se enfatiza el llamado que se hizo a los trabajadores como el medio de conseguir alianzas que fortalecieran al movimiento estudiantil. Aunque la mayoría de aquéllos señala el apoyo que dieron algunos sectores de sindicatos importantes, ellos observan que más allá de esos apoyos localizados, en general, la invitación estudiantil, quedó sin respuesta. Con esto, destaca un autor, no pudo consolidarse un frente poderoso en oposición al régimen.

La pertinencia del diálogo público como uno de los proyectos a corto plazo también es cuestionado por algunos autores. La mayoría de ellos reconocen que se trataba de una medida necesaria en vista del riesgo de corrupción para los dirigentes de los movimientos sociales. No obstante, algunos otros mencionan la ambivalente función de un diálogo de esta

naturaleza: se prevenía la cooptación de los líderes pero, simultáneamente, se conducía al movimiento a un callejón sin salida, al pretender presionar a un régimen cuyo carácter autoritario no admitía presiones ni salidas al margen de los canales institucionales. Otro más de los autores, cree ver en la demanda del diálogo público, una propuesta radical que los provocadores implementaron para hacer naufragar al movimiento.

Hasta aquí, he señalado brevemente, cómo los autores tratan algunos de los proyectos del movimiento estudiantil del 68. En general, se observa que quienes escriben atribuyen a la clase media ilustrada el haber enunciado el malestar social que venía generándose y que ya se había expresado en movimientos como el ferrocarrilero, el magisterial, el de los médicos, etc.

La mayoría de los autores reconoce que la movilización estudiantil logró involucrar a otros sectores en sus proyectos, aunque no en la medida deseada. Una constante en los textos estudiados es la relevancia que se da a las demandas de justicia, de democratización, de los cambios que se hacían necesarios ante la imposición de las pautas de un régimen autoritario.

La necesidad de conseguir estas metas, impulsó a los movilizados a emprender diversas formas de lucha.

CAPÍTULO V

LAS FORMAS DE LUCHA: CREATIVIDAD Y APRENDIZAJE, ENSAYO Y ERROR

En julio de 1968, el uso de la violencia gubernamental para reprimir a un grupo de estudiantes detonó una respuesta intuitiva de resistencia y lucha que fue tomando diferentes vertientes. La indignación estudiantil, expresada violentamente en el primer momento, fue seguida por la convocatoria para declarar la huelga en los diferentes campus y escuelas de educación media superior.

La organización del movimiento tomó forma rápidamente: la integración en los primeros días de agosto del Consejo Nacional de Huelga (CNH) y del pliego petitorio cambiaron la posible perspectiva de una revuelta sin dirección a una movilización con razones y con objetivos definidos. La protesta estudiantil y las demandas de justicia salieron de los recintos escolares para adueñarse de las calles, las plazas y otros espacios públicos en manifestaciones y marchas multitudinarias ajenas a las acostumbradas en apoyo a los regímenes priístas.

La reacción en contra del autoritarismo y la represión gubernamentales logró que en poco tiempo se diera un interés por los asuntos políticos en sectores que habían sido indiferentes a ello. El lapso en que se desarrolló el movimiento estudiantil, julio-octubre de 1968, fue una escuela intensiva donde se ensayaron distintas formas de lucha. Algunas serían espontáneas, producto de la emoción, tales como las construcciones de barricadas en las bocacalles o la quema de autobuses. Otras estrategias con mayor planeación eran las marchas, el volanteo, los desplegados, las brigadas, etc.

De manera cíclica, a medida que los jóvenes iban adecuando sus formas de lucha a las circunstancias, el régimen iba endureciendo su represión. Al principio, policías y granaderos, utilizaron pocas veces sus armas de fuego, aunque cabe recordar que desde el inicio del movimiento hubo bajas entre los estudiantes, como fue el 28 de julio, con el reporte de cinco fallecimientos.³³⁶ Cuando se hizo evidente la ineficiencia técnica de los cuerpos de seguridad, el Estado, una de cuyas razones teóricas de ser es la protección de los ciudadanos, utilizó al ejército como fuerza represora en contra de los movilizados, la mayoría de ellos, inerme.

Los formas de lucha utilizadas por el movimiento cumplían básicamente dos funciones: la defensiva, al resistir y repeler la represión, y la constructiva, al tratar de informar a la sociedad para crear una red de solidaridad, incluso económica. Con ello se pretendía ir

³³⁶ Gómez, *Op. Cit.*, p.57

más allá de los compañeros estudiantes y los sectores ilustrados. Estas acciones atraían sobre los movilizados una violencia mayor pues el autoritarismo del régimen no cedería a presiones. El Estado tenía diferentes formas de tratar con los opositores (cooptación, amenazas, desempleo, cárcel o muerte): “En el despotismo en el poder no cabe tomar resoluciones bajo presión popular y mucho menos cuando esta proviene de actitudes de rebeldía, a menos que la concesión sea el precio de la sobrevivencia del poder mismo”.³³⁷

No todas las formas de lucha del movimiento fueron creadas en ese lapso, había experiencias previas de movilización en las que se habían ensayado algunas de éstas. El matiz en 1968, entre otras cosas, lo dio la capacidad de convocatoria de los movilizados quienes lograron reunir a decenas de miles en marchas y mítines. El que las demandas presentadas no hayan sido exclusivamente relacionadas con los intereses estudiantiles atrajo la atención de otros sectores de la población. Aunque el escenario principal de las movilizaciones fue la ciudad de México, otras escuelas de los estados de la República apoyaron con huelgas y con marchas al movimiento.³³⁸

V.1 El CNH, coordinador de la lucha

En primer lugar, para conseguir llevar a cabo acciones coordinadas de lucha en contra de la represión gubernamental era necesario contar con un organismo que reuniese a las diferentes escuelas agraviadas y se conformase como un interlocutor con el cual establecer una comunicación entre los movilizados y el gobierno. Esto se logró dentro de los primeros días de los disturbios con la creación del Consejo Nacional de Huelga (CNH). La tradicional rivalidad entre politécnicos y universitarios quedó relegada cuando ambos grupos fueron agredidos por “las fuerzas del orden” y vieron la necesidad de presentar un frente común al adversario gubernamental. Gilberto Guevara escribe cómo ocurrió el “nacimiento” del CNH:

La idea de formar un organismo estudiantil con capacidad para aglutinar a todas las fuerzas estudiantiles en un solo movimiento de protesta contra la represión había surgido desde la noche misma del 26 de julio. El sábado 27 los estudiantes del IPN crearon un Comité Coordinador del IPN (CC del IPN) y el lunes 29 por la noche se realizó una primera reunión entre estudiantes politécnicos y universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras.³³⁹

³³⁷ *Íbid.*, p. 15

³³⁸ Aguayo, *Op. Cit.*, p. 114.

³³⁹ Guevara, *Op. Cit.*, *La libertad...*, p. 99.

Al principio, la alianza se hizo entre los estudiantes de las dos más importantes instituciones del país, pero a medida que se iban logrando alianzas más amplias, el universo ideológico fue expandiéndose. Ese fue uno de los méritos del CNH: coordinar a las diferentes ideologías en un proyecto común. Sus convocatorias a las manifestaciones tuvieron respuestas inéditas en las manifestaciones que reunieron a diferentes sectores de la sociedad en un número impresionante.

La formación del CNH encontró obstáculos importantes. Guevara describe las dificultades que enfrentó el proyecto: hubo discusiones sobre las características del organismo. Para unos, sólo los estudiantes revolucionarios deberían formar parte de éste, mientras que otros abogaban por la creación de una organización más amplia y democrática.³⁴⁰ “El principio organizativo” que imperó provino del IPN quienes tenían una “larga experiencia corporativa de sindicalismo estudiantil” cuyo trabajo más reciente había sido “la huelga de solidaridad con la Escuela Hermanos Escobar de Ciudad Juárez Chihuahua.

341

La incipiente “organización de la protesta se había iniciado *antes* de que el ejército invadiera los recintos universitarios”.³⁴² Ésta tenía como propósito protestar por la represión policiaca y demandar la libertad de los arrestados en los disturbios.³⁴³ El dos de agosto, en un recinto de la Escuela Superior de Físico-Matemáticas (ESFM) del IPN inició la gestación del CNH. Allí se reunieron unos 50 representantes de diferentes escuelas del IPN, de la Nacional de Maestros, de la Facultad de Ciencias de la UNAM, de la de Medicina y de alguna preparatoria.³⁴⁴

En la creación del CNH los politécnicos aportaron, dice Guevara, “tres reglas sencillas y eficaces”:

- a) En la dirección unificada participarían sólo representantes electos en asambleas por las escuelas que estuvieran en huelga.
- b) Habría tres delegados por escuela (luego se redujeron a dos)
- c) En el seno del nuevo organismo de dirección, las decisiones se tomarían por mayoría simple de votos y cada representante de escuela tendría un voto.³⁴⁵

Con estas acciones se iba perfilando la creación de una forma organizativa desde la cual se coordinarían la mayoría de las formas de lucha que se desarrollaron durante el

³⁴⁰ *Ídem.*

³⁴¹ *Íbid.*, p.100.

³⁴² *Íbid.*, p.101.

³⁴³ *Ídem.*

³⁴⁴ *Íbid.*, pp. 101-104.

³⁴⁵ *Íbid.*, p.101.

movimiento estudiantil. Finalmente, en la noche del 8 de agosto, con la representación inicial de 59 escuelas en huelga, quedó formalmente conformado el que llama Rivas Ontiveros, “uno de los más grandes símbolos del 1968 mexicano”: el CNH.³⁴⁶ Un acercamiento a la conformación de este organismo es tratado en el capítulo IV de este trabajo.

V.2 La huelga

Aún antes de formalizarse la existencia del CNH, una de las primeras acciones, emprendidas en respuesta a la represión gubernamental fue la decisión de los estudiantes de declararse en huelga:

Como respuesta a la represión policiaca del viernes en la tarde, pocas horas después, la Escuela Superior de Economía del IPN declaró la huelga, al día siguiente lo hicieron otras escuelas del IPN y la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo; al tiempo que estudiantes de la UNAM, la Normal y del mismo politécnico, desde la mañana se posesionaron de una zona adyacente [...] En cada bocacalle tendieron una cuerda y dejaron guardias de estudiantes. El objetivo de esta medida era demandar la inmediata liberación de los estudiantes detenidos durante la tarde y noche del día anterior.³⁴⁷

A esta medida pronto se adhirieron otras escuelas. Para los días viernes 9 de agosto y lunes 12 de agosto el CNH se fortaleció con la suma de más escuelas a su organización:

[...]la mayoría de las escuelas de la UNAM se lanzaron a la huelga adhiriéndose al CNH. En la semana siguiente, nuevos centros de estudio hicieron lo mismo: la Escuela Nacional de Maestros, la Normal Superior, La Universidad Iberoamericana, la Escuela Nacional de Antropología, las escuelas de Bellas Artes, etc. Para entonces el número de huelguistas debe haber sido cercano a los 150 mil, pues las instituciones que participaban en el CNH eran cerca de 70.³⁴⁸

El 8 de agosto otras universidades del interior de la República se habían sumado a la huelga: las de Sinaloa, Baja California y Tabasco. “También se unieron al movimiento, el Tecnológico de Veracruz, y la Federación de Estudiantes Socialistas de México que

³⁴⁶ Rivas, *Op. Cit.*, p. 606.

³⁴⁷ *Ibid.*, p.515. En México, las movilizaciones estudiantiles tenían abundantes precedentes. Aguayo cita de un informe de la embajada estadounidense en México al Departamento de Estado, que: “Entre noviembre de 1963 y junio de 1968 hubo por lo menos 53 revueltas estudiantiles. Clasificando a 41 por sus objetivos, 23 estaban motivadas por problemas de la propia escuela, ocho incorporaban asuntos de la localidad, seis se inspiraban en asuntos internacionales (apoyo a Cuba y protestas por las políticas estadounidenses en Vietnam y otros países) y cuatro tenían demandas que tocaban directamente el sistema autoritario de control político”. Añade Aguayo que: “Atravesando todas las categorías estaba la inconformidad por la brutalidad policiaca”.(Aguayo, *Op. Cit.*, p. 84).

³⁴⁸ Guevara, *Op. Cit.*, *La libertad...*pp.139-140.

agrupaban a las 29 normales rurales del país”.³⁴⁹ Algunos estudiantes de Torreón, Durango y Uruapan se unieron a la protesta de los estudiantes capitalinos.³⁵⁰

La huelga no era novedosa como una forma de lucha usada por los estudiantes en el 68. Sin embargo los alcances de ésta superaban a las precedentes tanto en el número de los movilizados como en la universalidad de sus demandas. Otras huelgas habían tenido como objetivo la satisfacción de ciertas demandas muy particulares de ciertos sectores de la sociedad: mejores condiciones de trabajo, alza de salarios, beneficios escolares, etc. La estudiantil del 68 buscaba reivindicaciones de carácter universal que afectaban a un abanico más amplio de la sociedad. La huelga, como método de lucha contribuía a construir en el imaginario de los involucrados, la idea de pertenencia a una identidad colectiva construida a partir de la suma de individuos comprometidos con el movimiento. Ésta daba a los movilizados el sentido de unidad en torno a una lucha que los agrupaba por intereses comunes.

V.3 Las manifestaciones

La propaganda para los movilizados era imprescindible. Como explica Aguayo, las movilizaciones, en general, buscan hacerse notar. Con ello, dice él, reafirman su identidad y moral y buscan la simpatía de la población.³⁵¹ No puede dejarse de lado el aspecto emocional que involucra ser partícipe de una manifestación multitudinaria:

Los grandes actos de masas suscitan en el individuo estados emotivos peculiares: el ego es ahogado por las vivencias de la multitud que no son traducibles en palabras. Las voces de contingentes distintos se alternan y se funden en el aire produciendo una onda sonora que sube y baja como cuando se viaja en un tren. [...] Es difícil en esas condiciones sustraerse a la emoción colectiva. Manifestar es una fiesta, una ruptura momentánea con la vida cotidiana.³⁵²

De ahí la importancia de las manifestaciones como una forma de lucha que reafirma la identidad colectiva y permite la expresión del apoyo popular a la causa estudiantil. Entre las más significativas, se pueden mencionar las manifestaciones del 1 de agosto, las del 13 y 27 del mismo mes y la del silencio el 13 de septiembre.

En la primera de ellas, el 1 de agosto, participaron estudiantes politécnicos y universitarios. Ésta fue encabezada por el rector de la UNAM, Barros Sierra y la mayoría de

³⁴⁹ Gómez, *Op. Cit.*, p. 109.

³⁵⁰ *Ibid.*, p. 110.

³⁵¹ Aguayo, *Op. Cit.*, p. 82.

³⁵² Guevara, *Op. Cit.*, *La libertad...* pp. 121-122.

las autoridades y profesores de la UNAM. El rector había expresado el día 31 de julio su apoyo a la movilización diciendo ante 20 mil personas:

Defenderé la autonomía universitaria hasta lo último. Me he consagrado exclusivamente al servicio de nuestra casa de estudios. Permanezco al lado de los universitarios en su protesta contra los ataques a nuestra autonomía y en sus manifestaciones pacíficas tendientes a la reivindicación de su personalidad estudiantil ante el pueblo de México".³⁵³

Aunque la marcha se proponía llegar al Zócalo desde la Universidad, el despliegue amenazante de fuerzas policíacas y militares en el trayecto tentativo, hizo que esta manifestación llegara solamente a Félix Cuevas y regresara a Ciudad Universitaria. El buen resultado político de esta acción es señalado por Álvarez Garín:

Después de casi 10 días de incertidumbre y violencia, de noticias de enfrentamientos, barricadas, detenciones, heridos y muertos, después de haber sido arrastrada la ciudad entera a una vorágine de caos, la primera voz de enérgica protesta, de dignidad y de posibilidad de desarrollar una confrontación política civilizada la dio el rector Barros Sierra y los universitarios en pleno. Por eso la gente salía emocionada en los balcones, aceras y ventanas de los edificios a saludar la marcha.³⁵⁴

La presencia del rector y otras autoridades en la marcha dio legitimidad a las demandas estudiantiles que no podrían ser ya calificadas como provenientes de rebeldías injustificadas.

Entre el 7 y el 8 de agosto, otras manifestaciones tuvieron lugar fuera de la Ciudad de México: en Puebla, Juchitán, Querétaro, Durango y Tabasco.³⁵⁵ La solidaridad de otras universidades en el resto de la República se hizo evidente durante el transcurso del movimiento: el 27 de septiembre fueron disueltas manifestaciones de apoyo a los movilizados capitalinos en Veracruz y Mérida. Ese mismo día, en República Dominicana, Panamá y Finlandia hubo manifestaciones de protesta en contra de la represión gubernamental mexicana.³⁵⁶

En la capital, otra de las manifestaciones más relevantes por el orden observado y por haber sido la primera en llegar al Zócalo fue la del 13 de agosto.³⁵⁷ A ella asistieron alrededor

³⁵³ Ramírez, *Op. Cit.*, p. 172.

³⁵⁴ Álvarez, *Op. Cit.*, p. 43.

³⁵⁵ Gómez, *Op. Cit.*, p. 121-122.

³⁵⁶ Solana, *Op. Cit.*, p. 194.

³⁵⁷ Estrada, *Op. Cit.*, p. 192. Anteriormente, el 8 de diciembre de 1964 y el 26 de mayo de 1965, los médicos intentaron llegar al Zócalo. (Aguayo, *Op. Cit.*, p. 81).

de 200 mil personas.³⁵⁸ El hecho de haber llegado al Zócalo, escribió Guevara, le otorgó su singularidad. El simbolismo presente en la toma del Zócalo alude a la ocupación de un sitio de uso exclusivo para el poder: “el Zócalo se convirtió en un escenario festivo. [...], era también un sentimiento de triunfo por la “conquista del zócalo”, que durante décadas había sido un lugar prohibido para actos de la disidencia”.³⁵⁹

En esta misma manifestación del 13 de agosto se planteó un desafío a las autoridades: La marcha se haría sin haber solicitado el permiso correspondiente. Los organizadores estaban al tanto de los riesgos que ello representaba:

El objeto del litigio eran, precisamente, las limitaciones al <derecho de manifestar>, que era negado de manera sistemática cuando así convenía a los intereses gubernamentales. No había una autoridad legítima, técnica, neutra, imparcial que decidiera sobre la autorización de actos públicos, por lo tanto, no había cabal libertad. Quienes íbamos en la manifestación pensábamos que <la coyuntura política> nos era favorable, que no era fácil que el gobierno se atreviera a reprimir, pues hacerlo representaba un alto costo político. Sin embargo, ni el consenso ni la opinión pública habían operado como reguladores de las decisiones del gobierno federal. En cualquier momento podía desencadenarse la represión y los manifestantes, aunque en apariencia tranquilos, seguían abrigando ese temor: por debajo del entusiasmo podía percibirse, contenida la presión psicológica.³⁶⁰

La “conquista del zócalo”, dice Guevara, otorgó al movimiento la “legitimidad que antes no tenía”, pues con esta acción ellos se supieron poseedores de una “identidad política” y de una “fuerza” en el mismo tenor. Concientes de ello, se “encaminaron a lograr un nuevo objetivo estratégico que consistía en movilizar fuerzas populares en apoyo del pliego petitorio”.³⁶¹

El doble agravio al régimen autoritario: ocupar el Zócalo y no haber pedido autorización para hacer la manifestación, hacía de esta forma de lucha una piedra de toque en contra del autoritarismo del PRI-gobierno.³⁶²

³⁵⁸ Volpi, *Op. Cit.*, p. 240.

³⁵⁹ Guevara, *Op. Cit. La libertad...*, p. 166.

³⁶⁰ Guevara, *Op. Cit., La libertad.* p. 164.

³⁶¹ *Ibid.*, p.170.

³⁶² Medina Peña informa que: “en aquellos años las marchas se sujetaban a un riguroso procedimiento a cargo de las autoridades del Distrito Federal, pues debían pedir permiso previo y ceñirse a un itinerario previamente convenido, que siempre excluía a la Plaza de la Constitución—el Zócalo—como destino final”. El autor señala que dicho permiso era anticonstitucional y se hacía para poder justificar la represión por la fuerza pública en caso de que los manifestantes salieran de la ruta pactada. Dado que el presidente despachaba en Palacio Nacional, era una medida de seguridad presidencial el no permitir la llegada a ese sitio de ninguna manifestación no oficial. (Luis Medina Peña, *Hacia el Nuevo Estado. México 1920-1994*, México, FCE, 2002, p.217).

Entre la manifestación del 13 de agosto y la del 27 del mismo mes, se dieron numerosos mítines producto de la acción de las brigadas, algunos de ellos frente a las cárceles de Lecumberri y el Carmen.³⁶³ En estos, con la adhesión espontánea de “miles” de personas se formularon diferentes estrategias de lucha como la “colecta de firmas, huelga de impuestos, protestas locales, etc.”³⁶⁴ Según Guevara Niebla esta actividad iba más encaminada al surgimiento de una “insurgencia civil” que a la anhelada revolución de los “estudiantes radicales”.³⁶⁵

Esta efervescencia social fue el preámbulo de la manifestación del 27 de agosto. El cálculo de los asistentes, hecho por los estudiantes, fue de unos 400 mil.³⁶⁶ El llamado de los estudiantes al pueblo fue relativamente exitoso pues “además de estudiantes participaron obreros, comerciantes ambulantes, padres de familia, campesinos, organizaciones de invidentes, etc., fuerzas que dieron al acto una fuerte raigambre popular”.³⁶⁷

Aquella fue una manifestación exultante. A su paso, desde su salida en el Museo de Antropología hasta su llegada al Zócalo, fue vitoreada por observadores en calles y edificios. El sentimiento de triunfo y de fiesta caracterizó aquella marcha.³⁶⁸

También Monsiváis la califica como “regocijada y regocijante y triunfalista a partir de la comprobación visual del poder de convocatoria, [...] sí la manifestación, entra en éxtasis al comprobar sus alcances demográficos, y se ríe de la estrategia de su adversario (todavía no su enemigo)”.³⁶⁹ Sin embargo, dice Álvarez, en aquella manifestación memorable se cometieron errores políticos, uno de ellos fue el dejar guardias en la plancha de la Plaza de la Constitución.³⁷⁰ Rivas Ontiveros, citando a Ramón Ramírez, aclara que esta acción ya había sido decidida en el CNH desde el 26 de agosto:

En efecto, el martes 26 de agosto el CNH anunció que: “[...], concluido el mitin del zócalo, en este lugar se montarán guardias permanentes de varios estudiantes y maestros (...) hasta que se resuelva el conflicto. Asimismo, que han programado la realización de recitales de canciones y poesía, los cuales tendrán lugar allí mismo y estarán a cargo de destacados artistas”.³⁷¹

³⁶³ Guevara, *Op. Cit.*, *La libertad...*, p. 216.

³⁶⁴ *Ídem.*

³⁶⁵ *Ídem.*

³⁶⁶ *Íbid.*, p. 217.

³⁶⁷ *Ídem.*

³⁶⁸ *Íbid.*, p. 218

³⁶⁹ Monsiváis, *Op. Cit.*, *Parte de Guerra...* p. 194.

³⁷⁰ Álvarez, *Op. Cit.*, p. 61.

³⁷¹ Rivas, *Op. Cit.*, p. 542.

Por su parte, Guevara Niebla atribuye a Marcelino Perelló, la iniciativa de dejar una guardia permanente en el Zócalo, después de la manifestación, “idea que, según Martínez Nateras, provino originalmente de la mente de Marcos Leonel Posadas, líder vitalicio de la Juventud Comunista de México--. La asamblea casi no discutió el punto y -¡oh estupidez!- lo aprobó”.³⁷²

El dejar una guardia permanente en el Zócalo era ya un desafío para el gobierno, pero la situación empeoraría cuando sucedió lo que no estaba previsto por el CNH. Esto se relacionaba con la llamada al diálogo hecha por la Secretaría de Gobernación a los estudiantes el 22 de agosto.³⁷³ Al interior del CNH se había dado un debate entre responder o no al llamado y al día de la manifestación el asunto salió a colación:

Como no habíamos dado respuesta al “telefonazo” ofrecido por la Secretaría de Gobernación, nos sentíamos obligados a decir algo y durante el desarrollo del mitin, en uno de los discursos, Barrón de la ESIA mencionó una “propuesta” para realizar el diálogo público “en el Palacio de Bellas Artes”, pero la multitud reaccionó con muestras evidentes de rechazo. El orador se paralizó desconcertado, y Sócrates le recogió el micrófono y se hizo cargo del incidente: ¿dónde?, preguntó Sócrates y la gente respondió “en el Zócalo”, ¿cuándo?..., “el primero de septiembre”, ¿a qué hora?, volvió a preguntar Sócrates..., “a las diez de la mañana”, respondió la masa entusiasmada.³⁷⁴

Esta explicación de Álvarez respecto al origen del sesgo que tomaron los acontecimientos en la manifestación del 27 de agosto difiere en algunos detalles de la que da Sócrates en 1998 y que es citada por Rivas Ontiveros: Sócrates dice que el orador, Arnoldo Barrón, quien hablaría sobre la propuesta al diálogo, se quedó afónico y que le pasó el micrófono a Hernández Zárate. Cuando éste propuso como lugares para el diálogo a Bellas Artes, el estadio de CU o el Palacio de los Deportes, la multitud gritó su negativa y propuso a gritos también, el Zócalo.³⁷⁵

Si bien el CNH había acordado dejar una guardia en la plancha del Zócalo, Sócrates Lemus “propuso a la multitud” quedarse, allí en el Zócalo, hasta que el presidente de la República saliera el 1º de septiembre a rendir su informe. La propuesta era no permitirselo hasta que hubiera resuelto los 6 puntos del pliego petitorio.³⁷⁶

³⁷² Guevara, *Op. Cit. La libertad...*, p. 204.

³⁷³ Volpi, *Op. Cit.* p. 263.

³⁷⁴ Álvarez, *Op. Cit.* p.61.

³⁷⁵ Campos Lemus Sócrates. *68 Tiempo de hablar, apud Rivas, Op. Cit.*, p.544.

³⁷⁶ Rivas, *Op. Cit.*, p.543.

Sócrates entonces se exculpa de haber tomado la palabra y de haber inducido a la multitud para citar, allí mismo en el Zócalo, al presidente de la República el día y hora que debía dar el IV informe presidencial. Por esta y otras acciones Sócrates ha sido llamado “provocador”, aunque en este caso, él se asume inocente al decir que sólo actuó para calmar los ánimos.³⁷⁷

Rivas Ontiveros escribe al respecto, que no es posible que la “provocación” que se dio en la última parte de la manifestación haya sido premeditada desde fuera del movimiento y que Sócrates haya sido el agente provocador. Se trató más bien, dice Rivas, de una imprevisión por parte del CNH, un error de omisión al no considerar la reacción de la muchedumbre, “la hidra con 1000 cabezas y sin ninguna a la vez”, “exageradamente triunfalista” “impulsiva” “incapaz de razonar y acrítica”.³⁷⁸

En esa misma manifestación ocurrieron otros incidentes que fueron aprovechados para denostar al movimiento: los “excesos verbales” con que se ofendía al presidente, las pintas en Palacio Nacional, el toque a vuelo de las campanas de Catedral, etc.³⁷⁹ El párroco encargado del edificio religioso aclaró que los estudiantes contaron con su autorización. También se izó una bandera rojinegra, “que sólo fue arriada hasta que la mayor parte de los manifestantes abandonaron la plaza”.³⁸⁰ La acción fue tomada como un agravio a la insignia nacional. Entre los observadores, había quienes no lo percibían así: Ramírez recogió las palabras del escritor Alejandro Gómez Arias:

[...], la que por horas quedó pendida en lo alto, presidiendo no una traición sino una huelga, no es un paño sucio, ni un lienzo sin historia. No es la bandera de un país extraño, ni siquiera es la insignia del comunismo. Simboliza el anhelo de justicia, grita por las reivindicaciones de los explotados, de los pobres. Y cuando éstos la clavan en fábricas y talleres, nadie con razón puede llamarles traidores. Porque no substituyen una por otra.³⁸¹

Con tales incidentes en la manifestación del 27 de agosto puede observarse que las formas de lucha no siempre fueron racionalmente previstas sino que tomaban caminos

³⁷⁷ *Íbid.* p.544.

³⁷⁸ *Íbid.* p.545.

³⁷⁹ Guevara, *Op. Cit. La libertad...*, p. 218.

³⁸⁰ Rivas, *Op. Cit.*, p.543. No obstante, Aguayo añade a este incidente algunos datos interesantes: “Documentos de Gobernación confirman que fue hechura del mismo régimen”. De acuerdo a tales informes la bandera rojinegra de los estudiantes permaneció en el asta de las 19:20 a las 22 horas, para luego volver a izar la bandera nacional. Sin embargo, el informe de las 01:35 del día 28 de agosto revela que nuevamente ondeaba la insignia bicolor. El secretario general del Gobierno del Departamento del Distrito Federal, Rodolfo González Guevara vio desde su oficina como “los *halcones*, empleados del Departamento, bajaron la bandera nacional y levantaron una bandera de huelga que traían”(Aguayo, *Op. Cit.*, p. 144).

³⁸¹ Alejandro Gómez Arias, *Excélsior*, 31 de agosto de 1968, *apud.* Ramírez, *Op. Cit.* pp. 137-138.

espontáneos. El CNH no podía prever todas las situaciones y reacciones en el movimiento, pues el factor humano lleva consigo respuestas inesperadas. El comentario de Zermeño, citado por Rivas da cuenta lo que entonces ocurrió: “[...] aquél 27 de agosto fue el punto cúspide, en el que la alianza de este actor colectivo mostró su mayor identidad, su más alta consistencia, su coherencia leviatánica, pero también, el final del acto, su desarticulación y su desmoronamiento”.³⁸²

La sensación de poderío y de triunfo ineluctable de los movilizados en aquella ocasión los hizo cometer errores que precipitaron la represión hacia el 2 de octubre.

La respuesta del gobierno por la madrugada del día 28 de agosto fue la represión. El ejército desalojó con violencia a los estudiantes acampados, “la situación había dado un vuelco que los estudiantes jamás imaginaron.”³⁸³ A partir de entonces, la represión se recrudeció: ese 27 de agosto el CNH perdió, en parte, su capacidad de dirección al resentir la escalada de violencia.³⁸⁴

El recuerdo de los excesos cometidos en la manifestación del 27 de agosto así como las violentas batallas en diferentes escuelas, luchas que se describen brevemente en el capítulo III de este trabajo, parecían otorgar la razón a los que calificaban al movimiento estudiantil como subversivo, alborotador, violento y sirviendo a intereses extranjeros. Era necesario, para el CNH, acallar las acusaciones haciendo un despliegue de disciplina y mesura. Esto se haría con una manifestación distinta a las anteriores.

En la manifestación del 13 de septiembre, el sesgo distintivo a la forma de lucha fue el silencio con que se llevó a cabo. El peso simbólico de la marcha demostraba la racionalidad del movimiento que en ese momento no dejaba desbordar las emociones. También, el silencio hacía saber al público cómo se sentían los manifestantes respecto al Estado: amordazados, sin posibilidad de dar libre expresión a sus inconformidades y ser escuchados. A este respecto, dice Guevara que: “[...] el silencio era una repuesta simbólica a los excesos vergonzosos de un gobierno que no respetaba las leyes y no estaba respetando los principios básicos que fundan la convivencia de nuestro país; el silencio también expresaba nuestro miedo”.³⁸⁵

Para Guevara la manifestación del 13 de septiembre fue un “éxito político incomparable”, “una gran humillación para la política represiva del presidente Díaz Ordaz”.³⁸⁶ No obstante, el autor admite que, a largo plazo, no hubo beneficios para la causa estudiantil. Él afirma que:

³⁸² Zermeño, *México: una democracia...* apud. Rivas, *Op. Cit.*, p.545.

³⁸³ Guevara, *Op. Cit. La libertad...*, p. 229-230.

³⁸⁴ *Ídem.*

³⁸⁵ Jardón, *Op. Cit., El fuego...*p. 221.

³⁸⁶ *Ídem*

“La manifestación silenciosa fue un triunfo moral de los estudiantes [...] le imprimió un nuevo impulso al movimiento [...], sin embargo no abrió nuevos horizontes para el desenlace del conflicto”.³⁸⁷

Por su parte, Álvarez Garín enfatiza los logros de dicha manifestación. “Las formas de lucha social pacífica han mostrado su importancia en todas partes [...]. Porque estas acciones hacen avanzar la conciencia colectiva”. Él define a la marcha del silencio como un: “acto político de disciplina consciente”.³⁸⁸

Ramón Ramírez escribió en ese mismo año de 1968 sobre el significado de aquella manifestación: la campaña del gobierno en contra del movimiento, el llamado del rector para volver a clases, el apoyo a las palabras del presidente en su IV Informe Presidencial, etc., hacían dudar que la convocatoria para la manifestación tuviera una respuesta favorable. Sin embargo, el apoyo a los movilizadores fue sobresaliente: los representantes de unas 85 escuelas y “obreros de diferentes fábricas y sindicatos; grupos de campesinos están también presentes”.³⁸⁹ Más de 300 000 manifestantes marcharon en silencio: “El signo de la victoria y las pancartas son su única expresión política; en éstas últimas se leían: “Libertad a la verdad, ¡diálogo!” “Luchamos por los derechos del pueblo mexicano”. Es la más impresionante de las cinco manifestaciones masivas que en el curso del movimiento—del 23 de julio al 13 de septiembre—se han realizado!”.³⁹⁰

Como ya se ha visto, las marchas y manifestaciones tuvieron siempre una disposición a la violencia; comentaré un poco sobre la de carácter verbal:

Esta ocurrió, por ejemplo, durante la marcha del 13 de agosto. En ésta, Sóstenes Torrecillas, el Toto, líder de un grupo de estudiantes de la Escuela Nacional de Homeopatía:

[...] actuaba como director de coro usando un megáfono y moviendo los brazos rítmicamente, repetía al unísono divisas sectarias, algunas de las cuales combinaban insultos al Presidente con símbolos comunistas como: -¡Ho, Ho, Ho Chi-Min! ¡Díaz Ordaz, chin, chin, chin!. Ese dato sorprende porque de ninguna manera se podía suponer que los estudiantes de esa escuela o su líder fueran izquierdistas, al contrario, El Toto, siempre había estado vinculado a corrientes oficialistas o anticomunistas.³⁹¹

³⁸⁷ Guevara, *Op. Cit. La libertad...*, p. 273. Un antecedente de la marcha silenciosa, en menor escala, ocurrió en abril de 1967 en Hermosillo, Sonora, cuando los estudiantes protestaron caminando en silencio. Otro precedente fue en septiembre de 1965 cuando algunos médicos del Centro Médico Nacional dieron vuelta a la manzana del nosocomio en perfecto orden y silencio en señal de protesta. (Aguayo, *Op. Cit.*, p. 81).

³⁸⁸ Álvarez, *Op. Cit.*, p. 181.

³⁸⁹ Ramírez, *Op. Cit.*, p.63

³⁹⁰ *Ibid.*, p.64.

³⁹¹ Guevara, *Op. Cit. La libertad...*, p. 165. Aguayo, citando a Jardón, confirma la agresividad verbal en esta manifestación cuando dice que: “En el Zócalo salió el grito irreverente, antes impensable respecto a un presidente de la República: ‘¡Sal al balcón, pinche hocicón!’ (Aguayo, *Op.Cit.*, pp. 129-130).

En la manifestación del 27 de agosto también abundaron las ofensas personales a Gustavo Díaz Ordaz.³⁹² Respecto a la violencia física, me limitaré a citar la culminación de la marcha del silencio: a la llegada de los manifestantes al Zócalo, un grupo de ellos se lanzó una vez tras otra, a manera de ariete, sobre la puerta cerrada del Palacio Nacional hasta que Guevara y Álvarez Garín se interpusieron para impedirlo. Por la hendidura que los muchachos ya habían hecho en la madera, Guevara pudo observar al interior del Palacio, una columna de soldados rodilla en tierra y con los fusiles listos para recibir a los que amenazaban con entrar.³⁹³

En las manifestaciones hubo también algunos elementos que no concordaban completamente con la realidad de los hechos. Guevara Niebla escribe acerca del momento en que “las masas tomaron la calle” en la manifestación del 13 de agosto. Él describió el orden en el que salieron los contingentes de la marcha, entre todo esto, alude a “una gran manta que exhibía la figura de un estudiante caído frente a unas bayonetas”. Él aclara que: “Hasta ese momento no había prueba alguna de que algún estudiante hubiera sido asesinado *por soldados*”. Guevara se pregunta sobre el origen de esa manta que estaba entre los contingentes politécnicos. Aunque en ese momento no le dio importancia al hecho, reconoce que “esa manta representaba una mentira”.³⁹⁴

Las marchas y las manifestaciones sirvieron, entre otros, un doble propósito: reforzaron el sentido de identidad y pertenencia de los movilizados y captaron la atención de un sector de la población. Las muestras de simpatía incluían aplausos, vítores y la consabida señal de la victoria marcada con los dedos. No obstante, la huelga estudiantil y las manifestaciones no garantizaban que la mayoría de la sociedad tuviera la información confiable respecto a lo que estaba ocurriendo. Se hacía necesario establecer un vínculo más directo con la mayoría de la población, pues los medios de comunicación, en general, se encargaban de difundir sólo la versión oficial.³⁹⁵ Para lograr informar al pueblo sobre el desarrollo del movimiento, se implementó otra de las formas de lucha: las brigadas.³⁹⁶

³⁹² Guevara, *Op. Cit. La libertad...*, p. 218.

³⁹³ *Ibid.* p. 66.

³⁹⁴ *Ibid.*, p. 163.

³⁹⁵ Como un ejemplo de las excepciones, Álvarez Garín reconoce la labor del periodista Jaime Reyes Estrada, quien desde el diario, Últimas Noticias, fue dando un seguimiento real al movimiento. (Jardón, *Op. Cit. El fuego...* pp. 203-204).

³⁹⁶ Miguel Yoldi, Gilberto Guevara, Raúl Álvarez, Gerardo Estrada, Sergio Aguayo y Rodríguez Munguía, señalan también la importancia de las brigadas como el vínculo del movimiento con la sociedad, privada por el régimen de información confiable.

V.4 Las brigadas

Una de las explicaciones más precisas respecto a la organización de las brigadas, la encontramos en la obra de Rivas Ontiveros:

[...] el brigadismo no fue un fenómeno completamente novedoso del movimiento de 1968, [...] en esta ocasión apareció utilizando una serie de métodos y estrategias mucho más innovadoras y creativas que las observadas anteriormente. [...]. La brigada fue un intento de racionalización de la acción del movimiento, un fenómeno que contrarrestó y canalizó la acción espontánea de las masas. Estas instancias que a su vez eran coordinadas por los comités de lucha, estaban constituidas por un mínimo de seis personas y tenían como función llevar a cabo las siguientes tareas: a) información a través de literatura; b) elaboración de pancartas; c) pintura de autobuses y muros; d) coordinación con otras escuelas; politización e información a través de mítines populares; f) coordinación con las escuelas de provincia; y, g) comunicación con otros sectores simpatizantes. [...] En el CNH se dividió la ciudad en varios sectores, correspondiendo a cada escuela cada uno de éstos hasta ocupar toda el área urbana. A su vez cada plantel dividió su sector en áreas y designó una a cada brigada, las que a su vez llevaban pancartas y material impreso. [...] ³⁹⁷

El modo de organizar las brigadas era, desde el punto de vista de Revueltas, una forma de autogestión, que mantenía a quienes la adoptaban, independientes del poder del Estado. ³⁹⁸ Sin embargo esa autogestión, según Joel Ortega, fue desplegada, algunas veces, también en relación al CNH. Las brigadas, dice Ortega, “casi siempre actuaron de manera autónoma”, por ello, continúa, tomaron muchas veces la iniciativa en la redacción de los textos de los volantes que repartían y hasta en la quema de trolebuses y camiones. ³⁹⁹ El entusiasmo que mostraron los integrantes de las brigadas, dice Guevara Niebla, estaba más cerca del mito movilizador que de lo racional de la dirigencia. Para los brigadistas ya no se trataba sólo de que los puntos del pliego petitorio se cumplieran; para ellos era posible cambiar al mundo. ⁴⁰⁰ La acción de los brigadistas permitía vislumbrar la posibilidad de conseguir alianzas más amplias.

La función social de las brigadas fue diversa. En el caso de las Brigadas Médicas organizadas por la Facultad de Medicina de la UNAM, su trabajo no se limitó a “mantener el orden de las columnas de los manifestantes”, sino a atender cualquier situación que requiriera servicios médicos. También se organizaron Brigadas Médicas Foráneas que iban a los

³⁹⁷ Rivas, *Op. Cit.*, pp. 622-623. A su vez, Cuauhtémoc Domínguez, vincula la acción de las brigadas con la libertad de expresión: “Esta necesidad del movimiento estudiantil-popular del 68 de exponer sus ideas ante la comunidad y de llamarla a organizarse y sumarse a la lucha, remite a un punto complicado: la libertad de expresión” (Domínguez, *Op. Cit.*, p. 128).

³⁹⁸ Revueltas Andrea y Cheron (comps.), *Op. Cit.*, p.22.

³⁹⁹ Marín, *Op. Cit.*, p. 68.

⁴⁰⁰ Guevara, *Op. Cit.*, 1968, *El largo camino...* pp. 52-53

estados de Nayarit, Morelos, Hidalgo, Oaxaca, Puebla, México y “algún otro estado” para atender gratuitamente a los habitantes de las zonas campesinas.⁴⁰¹

Con los mítines relámpago que las brigadas organizaban, se conseguía repartir volantes, hablar con la gente y solicitar su apoyo económico. En los primeros días de su operación, la policía se limitaba a observar las acciones y algunos agentes de Gobernación rendían informe de ellas.⁴⁰²

El tamaño de las brigadas fue variable, algunas de las más grandes se encargaban de visitar la refinería 18 de marzo a la hora de salida de los trabajadores: unos 60 estudiantes repartían volantes en la puerta principal.⁴⁰³ Rivas Ontiveros explica que las brigadas se dirigían a las zonas más populares, mercados, fábricas, parques, etc. Sin embargo, Guevara Niebla afirma que la mayor incidencia de la actividad brigadista recayó no sobre los obreros, sino en la clase media:

[...], los líderes de extrema izquierda aprovecharon este impulso, para enviar numerosos brigadas a las fábricas del norte de la ciudad tratando de producir el anhelado estallido revolucionario. La inmensa mayoría de las brigadas, sin embargo, actuó en lugares no periféricos y su impacto principal recayó – obsérvese- sobre los empleados del sector público, los pequeños comerciantes, las colonias clasemedieras y los grupos profesionales.⁴⁰⁴

Es comprensible que el efecto del trabajo brigadista haya sido mayor en el sector medio ilustrado, pues, a mayor información previa se esperaba una sensibilidad política superior a la de las masas. Estrada hace notar cómo es que el trabajo de las brigadas afectaba no sólo a los destinatarios de los mensajes sino también a los portadores. Al estar la Ciudad Universitaria, en ese tiempo, enclavada en un entorno relativamente aislado de zonas habitacionales, para muchos de los universitarios, participar en la brigada fue el primer contacto con la realidad social de entonces.⁴⁰⁵

Las brigadas efectuaban mítines relámpago en los sitios donde más concurridos: mercados, transportes, inmediaciones de fábricas o plantas industriales, plazas, etc. Esto

⁴⁰¹ Ramírez, *Op. Cit.*, pp. 74-75.

⁴⁰² Gómez, *Op. Cit.*, p135.

⁴⁰³ *Ídem.*

⁴⁰⁴ Guevara, *Op. Cit.*, *La libertad...*, pp. 622-623. También Estrada vincula la implementación de las brigadas del 68 con las formas de lucha de la izquierda: “Concebidas a partir del modelo de las <células> de los partidos comunistas tradicionales, las brigadas tenían como objetivo fundamental realizar tareas de propaganda y extensión del movimiento, así como obtener recursos para financiarlo” (Estrada, *Op. Cit.*, p. 193). Mientras tanto, Aguayo escribió que “el movimiento recuperó las brigadas que habían usado con éxito José Vasconcelos en 1929 y Salvador Nava en 1958 y 1961”. (Aguayo, *Op. Cit.*, p130).

⁴⁰⁵ Gerardo Estrada en, Vázquez, *Op. Cit.*, p. 89. No era el mismo caso para algunas escuelas del IPN, como el Casco de Santo Tomás, en donde el entramado social hacía posible el contacto cotidiano. (v. p.57).

permitía establecer el tan necesario contacto con el pueblo. La creatividad de las brigadas se manifestaba en sus respuestas espontáneas: la brigada “Marilyn Monroe” acuñó una frase en respuesta al discurso del presidente en el que ofrecía su “mano tendida”: “a la mano tendida...la prueba de la parafina”.⁴⁰⁶ Las pintas incluían el lenguaje mordaz, utilizaban los muros, los camiones y los costillares de perros y gatos como lienzos publicitarios. Así se contrarrestaba, en parte, la información oficial que denostaba al movimiento.⁴⁰⁷ Tales estrategias daban a los estudiantes el espacio para informar a la sociedad.⁴⁰⁸

Por otro lado, las brigadas daban una oportunidad incomparable a los estudiantes más radicales para acercarse a las masas obreras y tratar de adoctrinarlas. El objetivo sería hacer una transformación radical de la sociedad por medio de una revolución. De este modo el movimiento estudiantil sería el detonador de una lucha más abarcadora. Al respecto, Guevara Niebla escribió:

El vanguardismo marxista –leninista encerraba un profundo desprecio teórico por la voluntad de las masas estudiantiles,[...] comenzaron a tratar de utilizar el movimiento orientándolo hacia la clase obrera (como si la clase obrera mexicana hubiera sido igual a la francesa o como si hubiera en ella preformada una conciencia política “revolucionaria” y el medio para llegar a la clase obrera no eran las manifestaciones sino las brigadas, que pronto se convertirían , como se verá más adelante, en el nuevo objeto de controversia.⁴⁰⁹

La divergencia de proyectos entre los brigadistas era el reflejo de las luchas internas en el CNH, allí se debatían las proyecciones del movimiento. De éstas trato brevemente en el capítulo V.

No siempre los brigadistas fueron bienvenidos por los auditorios circunstanciales. En algunos casos se les acusaba de “mitoteros”, increpándolos con exclamaciones como: “¿qué sus padres no los controlan?” o, “¡qué bueno que los sometan a macanazos!”.⁴¹⁰ Con ello se desataban debates con otros espectadores que no concordaban con esa opinión. No obstante, en muchas ocasiones, la acción de las brigadas atrajo no sólo el apoyo moral de una parte de

⁴⁰⁶ Paco Ignacio Taibo II en, Vázquez, *Op. Cit.*, p. 92.

⁴⁰⁷ Perelló comenta que los estudiantes de veterinaria fueron los primeros en utilizar perros, que luego liberaban en el centro de la ciudad como lienzos publicitarios ambulantes: “me llamo Gustavo” o, “mis hijos son granaderos” (Vázquez, *Op. Cit.*, p. 85).

⁴⁰⁸ Álvarez, *Op. Cit.*, p. 56.

⁴⁰⁹ Guevara, *Op. Cit.*, *La libertad...*, p.142. El mensaje de las brigadas del 68 era claro, dice Aguayo: “la policía es brutal—el régimen es malo—; los estudiante sólo se defienden—apóyalos”. (Aguayo, *Op. Cit.*, p. 130).

⁴¹⁰ Lucy Castillo en, Vázquez, *Op. Cit.*, p. 89.

las masas al movimiento, sino también el económico.⁴¹¹ La dimensión de este último queda confirmado por Álvarez:

Para dar una idea diremos que en esa época los desplegados en los periódicos costaban 3 mil pesos, y en cuanto pudimos organizamos las colectas y los boteos masivos. Después de la manifestación del día 13, recogíamos las monedas en carretillas, y fácilmente juntamos los más de 17 mil pesos necesarios para comprar los más potentes equipos de sonido del mercado, con amplificadores, plantas de energía, torres, cometas y todo lo necesario.⁴¹²

Más allá del apoyo tangible, cabe aclarar que para Gerardo Estrada, la impresión que hicieron las brigadas en las masas no alcanzó el impacto de politización que los brigadistas esperaban: “En ese sentido la actitud de los estudiantes es comparable con la del aventurero de Sartre y Camus más que con la del militante político pretendidamente revolucionario. Vivían una solidaridad más circunstancial que permanente, nacida del sentimiento y no de la convicción política”.⁴¹³

No solamente no se logró la politización del pueblo, Guevara admite que ni siquiera la labor informativa fue cubierta satisfactoriamente por las brigadas. Así explica él alguna de las razones de la pasividad con que la sociedad reaccionó tras la matanza del dos de octubre:

Debe apuntarse que en 1968, una gran mayoría de los jóvenes entre 18 y 23 años de edad *no eran estudiantes*. Permanecieron al margen, sin información adecuada de lo que sucedía en las calles. Los participantes creímos que el vacío informativo se colmaba con los volantes, las brigadas y los mítines relámpago: un mito que sólo sirvió para estimular nuestro ánimo de lucha. La verdad cruda es que la prensa y la televisión operaron un vacío informativo y la sociedad estuvo poco y mal informada al respecto.⁴¹⁴

Con esta declaración, Guevara contradice a Garín quien creyó que el volanteo y los mítines eran formas de lucha que permitían la interacción entre el pueblo y los estudiantes y

⁴¹¹ Aguayo cita del contenido de una carta de Alejandro Campos, tío de Sócrates Campos, dirigida a Corona del Rosal el 5 de septiembre de 1968. Ésta fue encontrada en el Archivo General de la Nación y, entre otros asuntos dice: “[...], ¿de dónde sale la “lana” para sostener el movimiento? Sócrates respondió: Del propio pueblo, [...], recientemente las brigadas de nuestra Escuela de Economía colectaron poco más de \$5 000 en un solo día. Están en huelga 136 escuelas. Ponle a \$3 000 de colecta diaria por cada una, se suman \$378 000. No son fantasías. Por eso no necesitamos dinero de ningún político”. (Aguayo, *Op. Cit.*, pp. 130-131).

⁴¹² Álvarez, *Op. Cit.*, p. 56.

⁴¹³ Estrada, *Op. Cit.*, P. 194.

⁴¹⁴ Guevara, *1968 Largo camino...*, p.76.

que con ello: “La necesidad de dirigirse masivamente a la población se cubrió de una manera muy satisfactoria”.⁴¹⁵

Una variante de la brigada que llevó a la práctica el CNH, fueron “los comités de Defensa”. Integrados por jóvenes estudiantes, estaban comisionados para proteger a las brigadas políticas, de ataques de provocadores o de las fuerzas represoras.⁴¹⁶

En el caso de los trabajadores, es muy probable que el resultado del trabajo de las brigadas se haya reflejado cuando organizaciones sindicales de los electricistas y de los ferrocarrileros, se pronunciaron a favor de los estudiantes.⁴¹⁷ Un caso peculiar ocurrió cuando el 26 de agosto, después que los brigadistas hablaron a los trabajadores de la refinería 18 de marzo, dos de los petroleros tomaron la palabra para dirigirse a sus compañeros y exhortarlos a no tener miedo de apoyar al movimiento, yendo a la marcha del día siguiente.⁴¹⁸

Respecto a este sector, Ramón Ramírez escribió sobre: “los comités de Fábrica o de Sindicato”, una variante de la brigada. Se trataba de grupos de obreros que informaban a sus compañeros oralmente o por medio de volantes, del desarrollo del movimiento, otras veces, los informantes eran los mismos estudiantes. De los obreros, el autor no cita casos específicos.⁴¹⁹

De todas maneras, el llamado estudiantil a los trabajadores no obtuvo la respuesta suficiente. Zermeño identifica algunas causas de que la brigada política no haya logrado establecer el vínculo con los obreros:

- a) El número de brigadas políticas verdaderamente capaces de actuar en el medio obrero fueron sumamente reducidas e inconstantes.
- b) Muchos de los integrantes de esas brigadas eran requeridos al mismo tiempo en los órganos de dirección de sus escuelas.
- c) Sólo fue posible actuar en los medios obreros durante un período sumamente reducido (hasta el 27 de agosto). Para este momento las brigadas no tenían claridad de cuáles eran los medios obreros más sensibles al estudiantado y a su acción, y, por otra parte, ahí donde se logró algún contacto, éste no fue lo suficientemente sólido como para que pudiera ser continuado burlando la vigilancia policiaca y sindical.⁴²⁰

⁴¹⁵ Entrevista con Álvarez Garín en, Jardón, *Op. Cit. El fuego...* p. 204.

⁴¹⁶ Ramírez, *Op. Cit.*, p. 65.

⁴¹⁷ Rivas, *Op. Cit.*, 539

⁴¹⁸ Gómez, *Op. Cit.*, p. 157.

⁴¹⁹ Ramírez, *Op. Cit.*, p. 65.

⁴²⁰ Zermeño, *Op. Cit., México: una democracia...*, pp. 169-170.

Citando a Ramón Ramírez, Zermeño escribe que los brigadistas no podían “convertirse en líderes de los trabajadores porque no conocen sus problemas”. Otro factor que menciona Zermeño es “la notable pasividad con que la clase obrera mexicana vio o ni siquiera vio desarrollarse en la ciudad de México una movilización estudiantil de una magnitud tan impresionante”. El autor atribuye al “control férreo a que ha estado sujeta esta clase desde hace muchos años”.⁴²¹

No obstante, no puede subestimarse la capacidad de persuasión de los estudiantes, aunque la inconciencia política de los destinatarios del mensaje hiciera difícil establecer un vínculo duradero. Un suceso tragicómico que ilustra esta situación, involucró a “agentes del orden”. Rodríguez Kuri narra: el 23 de septiembre, un estudiante de la Vocacional 7 se acercó a los policías para pedir ayuda económica para el movimiento, sorprendentemente, los “adversarios” de los muchachos entregaron el dinero solicitado y recibieron propaganda. Luego, uno de los policías concedió una entrevista por megáfono “parado en el toldo del autobús”, él declaró que sus jefes les otorgaban cierta suma por cada estudiante detenido, el importe de la recompensa aumentaba si el detenido era parte de los dirigentes. Aunque Rodríguez Kuri usa esta anécdota para ilustrar los “altibajos de la moral de combate de la policía” y “un acto de fraternización en momentos de tensión”, también puede darse la lectura que he sugerido.

Otra de los instrumentos que se implementaron en la lucha, fueron los “seminarios de estudio o mesas redondas de participación abierta”, en ellos numerosos estudiantes y maestros analizaban asuntos relacionados con la organización, las posiciones políticas, las estrategias a seguir a “corto y a largo plazo”, etc. Puesto que los comités de lucha eran el enlace entre las escuelas y el CNH, fueron aquéllos, principalmente, los que participaban en tales seminarios. Estos se llevaban a cabo en las aulas, cubículos de los maestros, domicilios, cafeterías, etc. Las conclusiones eran llevadas como ponencia a la plenaria, donde previa defensa e impugnación, era sometida a votación, para ser autorizada por el Comité de Lucha.⁴²²

V.5 El material gráfico como instrumento en la lucha

El material gráfico fue una herramienta muy útil al movimiento para transmitir mensajes a las masas. En la creación de imágenes que se usaban en las pancartas, volantes, pegotes, etc. coincidieron los esfuerzos de estudiantes y maestros de diferentes procedencias. En las escuelas *La Esmeralda* y en *San Carlos* se utilizaron los recursos del arte para crear,

⁴²¹ *Ibid.*, p.170

⁴²² Rivas, *Op. Cit.*, p. 600.

adaptar o reproducir las gráficas que identificaron al movimiento.⁴²³ Desde que éste se inició, sus aspiraciones se plasmaron en el símbolo del mismo: un logotipo que “combinaba las letras L D, de libertades democráticas”.⁴²⁴ La iconografía utilizada en las primeras manifestaciones del 68: Ernesto Guevara, Mao Tse tung, Ho Chi Minh, Lenin, Marx, parecía confirmar las acusaciones del gobierno: se trataba de un “movimiento manipulado por alguna organización internacional comunista”.⁴²⁵ Por ello fue necesario para el CNH reconsiderar la iconografía que se utilizaría en las siguientes manifestaciones. Al adoptar símbolos nacionales como las imágenes de Zapata, Villa y Flores Magón, por ejemplo, en la manifestación del 27 de agosto, se intentaba diluir la impronta revolucionaria del contexto mundial.⁴²⁶ En aquella ocasión, menudearon las fotografías y dibujos de Hidalgo, Morelos, Juárez, etc., así como la efigie de Demetrio Vallejo.⁴²⁷ En esta misma fecha, se utilizaron como expresión gráfica en repudio a la represión gubernamental, imágenes de gorilas, bayonetas, dientes diazordacistas, etc.⁴²⁸ Gómez escribió que la imagen del Che también estuvo en aquella marcha del 27 de agosto.⁴²⁹

De este modo, no puede decirse que se haya desterrado todo vestigio de símbolos de lucha extranjeros, pues la iniciativa de los movilizados se expresaba al elaborar su propio material gráfico: “Cada brigada, cada grupo, cada estudiante con una cubeta de pintura y una brocha, escribe lo que quiere, venga de donde venga, exalta al héroe que mejor represente su estado de ánimo”.⁴³⁰

La creatividad de los congregados en la lucha, se plasmó tanto en los diseños formales que hicieron los artistas, como en las expresiones plásticas espontáneas de los neófitos. En una mezcla de propaganda y catarsis, ilustraron sus carteles, volantes, mantas, etc., con imágenes de cadenas, barrotes, palomas traspasadas por bayonetas, tanques, serpientes, botas militares, caricaturas del presidente, etc. A este respecto, se dice que: “la gráfica sirvió para contrarrestar la propaganda oficial, dar a conocer la indignación, servir de enlace con la población, hacerla reaccionar”.⁴³¹

⁴²³ Vázquez, *Op. Cit.*, p. 87. En esta obra, la sección a cargo de Georges Roque trata de la producción gráfica del movimiento y da una cuidadosa relación de los autores o de quienes hicieron las adaptaciones de las imágenes emblemáticas del movimiento.

⁴²⁴ Zermeño, *Op. Cit., México: una democracia...*, p. 32.

⁴²⁵ Domínguez, *Op. Cit.*, p. 131.

⁴²⁶ Guevara, *Op. Cit. La libertad...*, p. 214.

⁴²⁷ Solana, *Op. Cit.*, p. 164.

⁴²⁸ Gómez, *Op. Cit.*, p. 166.

⁴²⁹ *Ídem.*

⁴³⁰ Pérez, *Op. Cit.*, p. 52.

⁴³¹ Vázquez, *Op. Cit.*, p. 229.

Aunque no todas las imágenes eran originales, se eligieron por el “impacto visual” que pudieran lograr.⁴³² La efectividad del uso de la gráfica en el movimiento se deja sentir cuando se considera que los grabados del 68: “introducen dentro del espacio plástico las tensiones políticas que vivía el movimiento. En este sentido, el espacio plástico se vuelve metáfora del político [...]”.⁴³³ Las imágenes y los textos se plasmaron en distintos espacios urbanos que incluían los muros y los camiones, que se convertían en “bardas ambulantes”.⁴³⁴ Así se transformaron en “marcadores de territorios y valen tanto por sus eslóganes como por el lugar donde se encuentran”.⁴³⁵ La temeridad que representaba pintar o pegar carteles furtivamente, en lugares que no tenían esa función, era *per se* un desafío a la autoridad, a su propaganda oficial y a su predominio en los sitios públicos.

Redundando sobre la “conquista de la calle” por parte de los movilizados, Pablo Gómez escribe lo que sucedía el 9 de agosto: “En la ciudad se observan estudiantes repartiendo volantes y haciendo pintas en autobuses urbanos y bardas, (sic) Se suplica atentamente se haga caso omiso de las transmisiones llevadas a cabo en la televisión por Miguel Alemán Velasco, Jacobo Zabłudowski, Pedro Ferriz y Jorge Saldaña, puesto que a todas luces son hombres vendidos al gobierno, [...]”.⁴³⁶ Pudo observarse también en una barda en la avenida Universidad, de unos 25 metros de largo, escrito con letras de un metro de altura: “Echeverría asesino de estudiantes”.⁴³⁷

Por ello, las imágenes del 68, “además de la función semántica de informar” lograron la “toma de poder simbólico del espacio urbano, y por lo mismo fortalece al movimiento”.⁴³⁸ En un tiempo en que la sociedad, en general, se mostraba disciplinada al autoritarismo gubernamental, la irrupción de imágenes y mensajes sin censura gubernamental, expuestos públicamente, daba cuenta del ímpetu con que aparecía el cambio.

V.6 El arte en la lucha

Otra de las formas de lucha que no tuvieron la espectacularidad de las marchas multitudinarias, pero que cumplieron su propósito difusor de ideas fueron las expresiones artísticas. Éstas complementaban la función informativa que las brigadas llevaban a la práctica y daban lugar a la expresión emotiva de los movilizados. Cada domingo, hasta la

⁴³² *Ídem.*

⁴³³ *Íbid.* p.230.

⁴³⁴ *Íbid.* p88.

⁴³⁵ *Íbid.*p.230.

⁴³⁶ Gómez, *Op. Cit.*, p. 121

⁴³⁷ *Ídem.*

⁴³⁸ Vázquez, *Op. Cit.*, p. 229

ocupación militar de Ciudad Universitaria, en la explanada de Rectoría, se celebraron festivales artísticos. Estos incluían: lectura de poesía, puestas en escena de fragmentos de obras clásicas, canciones de protesta, etc. Durante estas reuniones se daba lectura a los últimos acuerdos del CNH y se permitía el uso de la palabra a los miembros de los comités de lucha, a los maestros u otros representantes de organizaciones que así lo solicitaran. Actividades similares se desarrollaron en el Casco de Santo Tomás, en Zacatenco y en las Vocacionales 5 y 7.⁴³⁹

Estas acciones aportaron al movimiento los necesarios elementos “lúdicos y creativos”.⁴⁴⁰ Entre las actividades artísticas desarrolladas durante el movimiento, destacan las promovidas por la Asamblea de Escritores y Artistas constituida el 15 de agosto en apoyo a la movilización estudiantil. Ellos hicieron posible que el 18 del mismo mes se llevara a cabo en la explanada de Ciudad Universitaria un maratón artístico en el que se presentó “música, pintura, baile, teatro etc. Un hecho memorable fue la realización de un mural efímero por Cuevas, Felguérez y otros”.⁴⁴¹

La expresión lírica del movimiento incluyó canciones de todas las procedencias: Judith Reyes, Daniel Viglietti, Victor Jara, Carlos Puebla, Mercedes Sosa, Pete Seeger, Bob Dylan, Joan Baez, etc. Entre las canciones de protesta, también se entonaron las de la guerra civil española, corridos revolucionarios. Intentaron cantar *La Marsellesa*, *Bella Ciao* y la Internacional, sin mucho éxito; el Himno Nacional, sí se lo sabían, dice Pérez Arce, y entonarlo era una manera de testimoniar la legitimidad del movimiento en los momentos difíciles, como cuando los movilizados eran desalojados.⁴⁴² Se observa como la música y la pintura, estuvieron entre las artes que sirvieron como instrumentos en la lucha de los movilizados.

No debe olvidarse tampoco que en la difusión del movimiento tuvo participación Radio UNAM, con emisiones cuasi clandestinas del CNH. Éstas iniciaban su transmisión con la canción de Violeta Parra “Que vivan los estudiantes”.⁴⁴³ La aportación a la promoción del movimiento de los estudiantes del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos

⁴³⁹ Ramírez, *Op. Cit.*, p. 77.

⁴⁴⁰ Guevara, *Op. Cit. La libertad...*, p.177.

⁴⁴¹ *Ídem.*

⁴⁴² Pérez Arce, *Op. Cit.*, pp. 52-53.

⁴⁴³ Ricardo Pérez Montfort en, Vázquez, *Op. Cit.*, p.186.

(CUEC) nos permite hasta hoy acceder a las filmaciones que empezaron a hacerse desde finales de julio del 68.⁴⁴⁴

Conclusión

En este capítulo se ha estudiado cómo consideraron los autores algunas de las formas de lucha que utilizó el movimiento estudiantil del 68. Observo que, en general, atribuyen un papel muy importante a la conformación del CNH. Éste es señalado como la forma inicial de lucha al aglutinar y dirigir las acciones de los movilizados. El CNH funcionó como una entidad que coordinó los distintos modos de impugnar al sistema.

Entre las primeras medidas adoptadas por los estudiantes, los autores destacan la huelga como una forma de lucha que trastocó la vida nacional, no en el sentido que lo haría si se tratara del sector obrero, como ocurrió en Francia en junio de ese mismo año, pero sí dando evidencia de que en ese momento emergía un actor colectivo, que cohesionaba a muchas escuelas, uno capaz de pedir al Estado un trato de igual a igual.

La mayoría de la bibliografía analizada concuerda en que pese a los errores del cuerpo dirigente, sus aciertos organizativos contribuyeron a expandir la movilización. Al planificar las manifestaciones y marchas, coinciden los autores, lograron dar a la protesta una magnitud e intensidad inusitada.

En la mayoría de los textos consultados se señala la importancia de formas de lucha como las marchas y manifestaciones al haber ocupado espacios antes negados a movilizaciones independientes. El énfasis es puesto principalmente en las manifestaciones del 1, del 13 y del 27 de agosto, así como la del 13 de septiembre. La significación que éstas dieron al movimiento es considerada en distintos niveles por casi todos los autores. Sólo discrepan en detalles como el de la autoría de la idea de montar guardias permanentes en el Zócalo, después de la manifestación del 27 de agosto. Lo mismo ocurre respecto a la decisión de citar en el Zócalo al presidente para el 1 de septiembre.

En la bibliografía de los que participaron en el movimiento se percibe el entusiasmo vivido entonces. Sus palabras transmiten cómo aquellas experiencias fortalecieron su identidad colectiva, les otorgaron la sensación de poder al estar y moverse juntos. No obstante, como en el caso de Guevara y Álvarez, registran también los errores y excesos

⁴⁴⁴ Roberto Sánchez, estudiante avanzado del CUEC fue quien inició la filmación del movimiento. (Vázquez, *Op. Cit.*, p.194). Cuando se comisionó a Oscar Menéndez para filmar, él llevaba algún tiempo haciéndolo. (*Ibid.* p.88).

cometidos entonces y los identifican como parte de los factores que llevaron por senderos insospechados al movimiento.

Respecto a las brigadas como otra forma de lucha, existe un consenso casi general respecto a su efectividad relativa. Los que escriben sobre el tema, narran la acción de estas células y nos informan de la relativa independencia con que se manejaban, según la procedencia de la brigada y su ideología particular. En la acción de las brigadas los autores reconocen esa pluralidad omnipresente en el movimiento. En general, los textos estudiados consideran que las brigadas no lograron completamente su cometido: informar y crear conciencia política en otros sectores de la población. Sólo un autor escribió que la información proporcionada por las brigadas fue suficiente.

No todos los trabajos dan atención detallada a las expresiones gráficas y artísticas como formas de lucha en el movimiento. Los que sí lo hacen, destacan la faceta de la difusión del movimiento a la que, posiblemente, serían más sensibles los destinatarios de los mensajes.

Algunos textos nos informan cómo aparentemente todas aquellas formas de lucha fueron eclipsadas en el recuerdo por los juegos olímpicos que le sucedieron inmediatamente. Aún así, aquéllas son consideradas por los autores como la piedra de toque que permitió la fructificación de otras expresiones contestatarias a largo plazo. Después de aquella lucha, pese a la represión, las circunstancias de aparente estabilidad social y política, no serían las mismas. Los proyectos que el movimiento había puesto en escena quedarían para ser retomadas por otros actores y en otros tiempos.

CAPÍTULO VI

IMPACTO DEL MOVIMIENTO: CONTINUIDAD Y CAMBIOS

El movimiento estudiantil del 68 no tenía como objetivo buscar ganancias materiales que interesasen sólo a ese sector. Al proyectarse más allá de los intereses del grupo en donde se originó, involucraron a buena parte de la sociedad al oponerse a un sistema gubernamental anquilosado y autoritario que no admitía cuestionamientos ni disensión al ejercicio de su poder.

El impacto en materia democrática, política, social y cultural que se logró a raíz de la movilización, es examinado por los diferentes autores, llegando, a veces, a conclusiones contradictorias entre sí. Se señalan como consecuencias: la modificación de valores, revolución cultural, aletargamiento social, concienciación política, cambios en la estructura educativa, atraso en la formación de cuadros dirigentes desde las universidades, crisis social, etc.

El CNH mencionó una parte del impacto positivo a corto plazo: el movimiento logró que se pusiera en la mesa de discusión la derogación del artículo 145, que el ejecutivo reconociera el descontento popular al formar una comisión gubernamental interlocutora del CNH, la desocupación de los planteles intervenidos, la puesta en libertad de “gran cantidad de estudiantes detenidos”.⁴⁴⁵

A estos resultados, el CNH agregó la posibilidad de discutir con espíritu crítico y reflexivo, la naturaleza del sistema político entonces vigente. Otro resultado fue demostrar que en México era posible movilizar a las masas fuera de los controles estatales. Finalmente señalaron el acercamiento que el movimiento tuvo con el pueblo y su fracaso al no lograr la solución del pliego petitorio.⁴⁴⁶ Aparentemente, el 3 de octubre el movimiento había sido derrotado, sin embargo, la sacudida que éste provocó en el sistema socio-político, dejaría secuelas mediatas e inmediatas.

VI.1 Política y democracia

Los textos de Guevara Niebla hacen énfasis en lo que él considera uno de los elementos más importantes del impacto logrado por el movimiento estudiantil: la apertura hacia la democracia:

⁴⁴⁵ Rivas, *Op. Cit.* p.595

⁴⁴⁶ *Ibid.* p.596

La paz interior y el orden político que privaban desde 1940 habían saltado en pedazos bajo el tumulto y las protestas de los estudiantes, y en medio de ese desorden comenzaba a insinuarse un orden inédito construido con ciudadanos libres tomando la palabra para opinar, criticar, sugerir o apoyar al Estado. Y ese fue el primer logro del movimiento estudiantil de 1968: creó un espacio de libertad de donde habría de surgir una nueva generación de ciudadanos, abrió un camino de lucha por la democracia que no se volvería a cerrar.⁴⁴⁷

Díaz Michel, refiriendo a la forma organizativa que fue el CNH, identificó el impacto parcial que en el campo de la democracia pudo percibirse 30 años después:

Yo creo que el Consejo de Huelga no se va a repetir nunca, porque las condiciones han cambiado y hoy hay un cambio en el país, aunque no hemos llegado a la democracia. A lo mejor hay democracia electoral, pero no la democracia como forma de vida. O pensamos que el voto agotó todas las cosas, hoy aflora injusticia y cerca de la mitad de la población de nuestro país está en la pobreza o en la extrema pobreza; en este sentido, las condiciones de hoy son más difíciles que las de hace treinta años.⁴⁴⁸

También uno de los representantes de la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica del IPN ante el CNH, consideró que el impacto de la lucha estudiantil en materia electoral es relevante y, sin embargo, insuficiente para la democratización:

La marejada de protesta social que inauguró el movimiento de 68 ha ejercido una influencia política en todos los ámbitos de la sociedad hasta marcar al país con la emergencia de una nueva cultura política. Pero esto no nos debe hacer olvidar el largo camino que aún nos queda por recorrer como sociedad democrática. Esto es doblemente importante porque debido a los significativos y sorprendentes giros de las luchas electorales recientes en nuestro país últimamente se ha querido presentar a la alternancia electoral como la piedra de toque de todas las relaciones políticas nacionales, como la quintaesencia del cambio democrático que al mudar simplemente de régimen político ya llegó a donde tenía que llegar. Los avances en materia electoral son muy importantes como ejercicio democrático, pero no son garantía suficiente para la democratización plena [...].⁴⁴⁹

⁴⁴⁷ Guevara, *Op. Cit. La libertad...*p.195

⁴⁴⁸ González Marín, *Op. Cit.* pp. 109-110.

⁴⁴⁹ Félix Hernández Gamundi, "Introducción", en Álvarez, *Op. Cit.*, pp. IV-V. Véase también la entrevista realizada en 1998 a Álvarez Garín. Él describió al movimiento como "una gesta democrática, libertaria y progresista muy avanzada. [...] se ubica en dos vertientes: en un proceso democratizador general del país y como parte de un cambio liberador a largo plazo que refleja las inquietudes de las grandes masas. [...]. Tan es así que uno de los balances radicales del 68 que hacen muchos compañeros es que el movimiento del 68 fracasó porque sólo era democrático, tenía que haber sido revolucionario". (Ascencio Esteban. *Más allá del mito*. México, Milenio, 1998, pp. 11-12).

La magnitud del impacto del movimiento del 68 en el ejercicio de la política es también para Rivas Ontiveros un “punto axial”, como lo denominó Octavio Paz. Para Rivas, la irrupción de la movilización marcó un antes y un después en la historia de México:

[...], un momento clave dentro del calendario nacional, puesto que fue entonces cuando se trazó gran parte de la conciencia pública del México actual. Por ello mismo, resulta a todas luces cierta la caracterización que en el país se ha hecho sobre 1968 como el parteaguas entre los dos Méxicos: el que existió antes y el que surgió y se ha ido formando después de ese año inolvidable.⁴⁵⁰

Sin embargo, no todos los autores concuerdan en esta apreciación. Volpi contradice la afirmación de que el movimiento del 68 fue el punto de quiebre para innumerables cambios en el derrotero político del país. Él apunta que no se debe magnificar la influencia que tuvo este proceso ni partir de la idea de que todos los cambios en el ámbito de la democracia que hayan ocurrido en México en los últimos años pueden atribuirse a la movilización estudiantil de entonces:

En términos prácticos, resulta inútil querer explicar todas las transformaciones que el país ha experimentado a partir de la experiencia de 1968. Tlatelolco no debe ser visto como un parteaguas que divide la historia de México en un antes y un después, sino como un episodio central-acaso el más doloroso, pero no el único ni, quizá el más importante- de la prolongada lucha por la democracia en el país.⁴⁵¹

Para Volpi el impacto que haya logrado en la democracia el movimiento del 68 comparte méritos con otras luchas menos espectaculares:

Afirmar que el movimiento estudiantil de 1968 cambió a México es una metáfora hermosa pero improbable. Resulta difícil creer que la verdadera apertura democrática, iniciada hace muy poco, sea meramente una de sus consecuencias tardías. Tuvieron que pasar varias décadas para que algunas de las peticiones expresadas entonces llegaran a cumplirse. Por el contrario, después de Tlatelolco los regímenes mexicanos han hecho hasta lo imposible por conservar el poder monolítico e inatacable de Díaz Ordaz. Que a la larga no lo hayan conseguido, no debe ser visto como un esfuerzo de renovación inspirado en el horror por el pasado o en la autocrítica, sino como un triunfo de incontables personas y grupos que han luchado contra el autoritarismo a lo largo de estas tres décadas.⁴⁵²

⁴⁵⁰ Rivas, *Op. Cit.*, p.502.

⁴⁵¹ Volpi, *Op. Cit.* p. 433.

⁴⁵² *Íbid.*, p. 432.

Asimismo, el autor recomienda evitar tanto la versión gubernamental de que se trató de un exceso del poder legítimo que no debe repetirse, como la que está en el extremo opuesto: creer que de la lucha estudiantil del 68 emanaron “todas las conquistas democráticas de la sociedad mexicana [...] Ni una ni otra cosa son del todo ciertas”.⁴⁵³

Zermeño comparte la interpretación cautelosa sobre el impacto en la democracia, pero sí reconoce la impronta de la lucha estudiantil en la forma de ejercer el poder. Él traslada el análisis hasta 1971, año en que Martínez Domínguez sale del gabinete de Luis Echeverría. Este año, dice el autor, es el mismo del “punto de arranque de la política de apertura democrática”. Él explica:

Entendemos bien que quizá no se trate de un producto directo y exclusivo de los sucesos del 68, pero la importancia de éstos y sus efectos posteriores deben constituir gran parte de la explicación. Habría que explicar también muchos otros elementos que no conocemos y que quizá ya no podamos conocer.⁴⁵⁴

Aunque Gerardo Estrada reconoce que el movimiento juvenil del 68 representó un “cambio de actitud de muchos jóvenes frente a los problemas del país y una confirmación del papel que los universitarios se atribuían respecto de sí mismos”, no fue suficiente, dice él, para mover a la mayoría de la sociedad. Más bien, el autor percibe el impacto en la manera en que los gobernantes se condujeron a partir del movimiento, no obstante, ello no resultó necesariamente en beneficio para las masas. La política del que fuera secretario de Gobernación, Luis Echeverría, buscó deslindarse del ineludible nexo que había tenido con la represión del movimiento:

La “apertura” política del presidente Luis Echeverría, que abrió los cauces a la crítica y la autocrítica del sistema e inició los cambios que darían lugar a la reforma política de López Portillo- Reyes Heróles, no se puede comprender sin los sucesos de 1968. [...]. Luis Echeverría afirmaba haber comprendido que la única manera de conservar el poder era cambiando las formas de su ejercicio, y eso pasaba forzosamente por una interpretación profunda del sentido de las acciones estudiantiles de 1968, pero sus medidas a este respecto fueron tímidas y contradictorias.⁴⁵⁵

⁴⁵³ *Ibid.* p. 430

⁴⁵⁴ Zermeño, *Op.Cit.*, *México: una democracia...*, p. 148.

⁴⁵⁵ Estrada, *Op. Cit.*, *Estado y Universidad...*, p.191. A este respecto, Medina Peña comenta: “A las clases medias descontentas, así como al ala crítica de su partido y a la izquierda en general, el presidente Echeverría ofreció lo que llegó a ser conocido como la apertura política. La apertura política, en principio dirigida a todos los grupos críticos de izquierda, tuvo dedicatoria especial para los dirigentes del 68. Incluyó una amnistía que se hizo efectiva poco después de iniciado el gobierno y comprendió un acuerdo con algunos de los líderes estudiantiles para atemperar el clima contrario al gobierno y al PRI en las instituciones de educación superior”. (Luis Medina Peña, *Hacia el Nuevo Estado. México 1920-1994*, México, FCE, 2002, p.222). No fue así para la izquierda radical, que fue objeto de persecuciones, juicios sumarios y ejecuciones. En resumen, al mismo tiempo en que se

También Álvarez Garín confirma que el movimiento repercutió en la manera en que el sistema político ejerció su autoridad en lo sucesivo. No obstante, los reajustes instrumentados no afectarían la esencia del régimen. Se daría continuidad al autoritarismo bajo otra faz:

En los años siguientes los cambios aplicados por Echeverría en la política del gobierno estuvieron determinados en una gran parte por los problemas derivados del Movimiento del 68: numerosas iniciativas institucionales, gasto público incrementando en programas preventivos y de contrainsurgencia con aderezos populistas; cooptación generalizada de sectores de oposición entre intelectuales y militantes agrarios de origen maoísta; aumentos salariales, anuncios de apertura democrática, etc., etc., [...], baste decir que la política de Echeverría no produjo cambios de fondo y menos aún transformaciones consistentes en la realidad del país, [...].⁴⁵⁶

La apreciación de Gilda Waldman respecto al impacto en la democracia da un matiz similar al anterior:

[...], en México la reforma política implementada por el secretario de Gobernación Jesús Reyes Heróles durante la primera parte del sexenio de presidente José López Portillo, así como los avances posteriores en la transición democrática, están indudablemente ligados a las demandas estudiantiles del 68.⁴⁵⁷

En este mismo rubro, Zermeño explica que la serie de reformas que inició Luis Echeverría en 1971 so pretexto de una apertura democrática, eran acciones encaminadas a “dar solución a los problemas planteados por los movilizados”. Con ello, dice Zermeño se rompió el muro entre estado y universidad, entre universidad y sociedad.⁴⁵⁸ El autor agrega que el impacto logrado en beneficio para la clase obrera y popular, es discutible pero que, en relación a sectores medios y los que se expresaron en el movimiento del 68, la apertura fue un éxito, dicho esto con las reservas del caso. Es decir, para Zermeño la derrota del movimiento, entendida como represión trágica, significó la victoria de un: “amplio sector democrata- reformista, y en la única y costosísima vía por la que la Universidad habría de iniciar su penoso camino hacia la modernización”.⁴⁵⁹

daban los primeros pasos para la apertura democrática, el Estado mexicano había iniciado el proceso denominado posteriormente como la “Guerra Sucia”.

⁴⁵⁶ Álvarez, *Op. Cit.*, p.210.

⁴⁵⁷ Waldman Gilda, *Op. Cit.*, pp.277-278.

⁴⁵⁸ Zermeño, *Op. Cit.*, *México: una democracia...*, pp.63-64.

⁴⁵⁹ *Ídem.*

En 1998, Gerardo Estrada hizo un balance de lo que se pedía en el movimiento respecto a democracia y lo que 30 años después se vivía:

Hoy yo volvería a suscribir el *Manifiesto 2 de Octubre*, obviamente han cambiado cosas, hay cosas que habría que matizar, pero en lo esencial sigue siendo un documento válido; es decir las cosas principales que pedíamos en 68 no las tenemos: la plena democracia, y lo que más mueve—y eso sí lo compartimos tanto los jóvenes de hoy como los de antes—la desigualdad social.⁴⁶⁰

Para Estrada, el despertar de la conciencia política entre la población estudiantil que logró el movimiento, no rebasó los límites iniciales al no alcanzar a la mayoría de la sociedad. También el autor admite que las repercusiones del movimiento afectaron la política de Echeverría desde la campaña como candidato presidencial de éste. Un dato llama la atención: Estrada atribuye a José López Portillo haber calificado al 68 como el “parteaguas de la historia moderna de México”.⁴⁶¹

La percepción anterior, referente al impacto que tuvo el movimiento en el sistema gubernamental, no es compartida por Pablo Gómez. Él expresa que la existencia de facciones que actuaban en el 68 por su cuenta en el gobierno, como el Batallón Olimpia, eran pura especulación porque “toda acción del gobierno era aprobada por las más altas autoridades políticas del país”, y después comenta algo sobre el impacto que logró la movilización: “El movimiento y la represión en su contra no generaron la menor fisura en el aparato gubernamental ni en el partido oficial”.⁴⁶² En una aparente contradicción, añade en sus conclusiones:

Como movimiento político, el movimiento estudiantil de 1968 fue derrotado pero también fue el inicio de la lucha en favor de la democracia política en el México posterior a la Revolución Mexicana. [...] A partir del movimiento estudiantil, el tema de la democracia política no volvería a pasar a un plano secundario, por lo que en tal sentido, aquél fue una conquista de la izquierda democrática, la que había proclamado unos años antes, [...], que la cuestión más importante del país era justamente la democracia política.⁴⁶³

De modo que, puede afirmarse que sí hubo fisuras en el aparato gubernamental. Aunque éste mantuviese su característica autoritaria, tendría que hacerlo con estrategias que dieran una cierta apertura democrática en aras de recuperar su legitimidad.

⁴⁶⁰ Jardón, *Op. Cit.*, *El espionaje contra...* p. 213.

⁴⁶¹ Estrada, *Op. Cit.*, p.234.

⁴⁶² Gómez, *Op. Cit.*, p. 11.

⁴⁶³ *Ibid.* pp. 449-450.

En el mismo rubro de democracia, Pablo Gómez tampoco percibió un impacto inmediato entre aquéllos que participaron en el movimiento:

Como consecuencia de la derrota, no se produjo una generación del 68 en el sentido político del término. La mayoría de los estudiantes que participaron en el movimiento no continuaron en la lucha activa por la democracia sino que al incorporarse al mercado laboral como profesionistas o técnicos, se sometieron a las duras reglas del sistema político, el cual perseguía por todas partes la militancia opositora de izquierda. La posición democrática de la mayoría de aquellos estudiantes se mantuvo solamente como una convicción personal sin expresión organizada, [...].⁴⁶⁴

Gómez habla de un impacto más bien de orden “cultural”, pues dice que aquéllos del movimiento que permanecieron en el sistema educativo, pudieron influir en las estructuras educativas al formar parte de “las luchas por la democratización de los años setenta y ochenta y desarrollaron el programa de la izquierda sobre ese tema”.⁴⁶⁵

Heberto Castillo estuvo entre los que afirmaron que parte del impacto de la lucha del 68 estuvo en el proceso democrático vivido en 1988.⁴⁶⁶ Al respecto Perelló establece una diferencia entre lo vivido en este momento y lo que sucedió en 1968:

Veinte años más tarde, en el 88, aunque el 88 recoge esa gran corriente de opinión y de descontento del pueblo de México, el enfoque es otro, y de lo que se trata es de participar en el juego electoral, de participar de las reglas que el propio poder impone para corregirlo o sustituirlo, y ésta es la diferencia fundamental: el descontento es el mismo, las formas y los objetivos son otros, y los resultados, me temo, también serán otros. En el 68 el movimiento creó sus dirigentes, en el 88 es el dirigente quien crea al movimiento.⁴⁶⁷

Es interesante notar como la definición que Perelló expresó sobre la democracia gira, principalmente, alrededor del aspecto electoral. Él hace una crítica a Jardón, quien escribe en *El fuego de la esperanza*, sobre la naturaleza democrática de la lucha. Perelló observó que entre los volantes del 68 compilados en el libro, no se hace una sola mención del concepto “democracia”. Entonces explica que ésta no era una demanda central del movimiento, y que si se dieron algunos logros democráticos, estos fueron más bien efectos no buscados.⁴⁶⁸ En una respuesta directa a esta opinión, Zermeño aclara que la democracia no debe circunscribirse a la “imagen del IFE”, pues hay “otros recursos conceptuales e históricos”. A esto el autor

⁴⁶⁴ *Ibid.* p.451.

⁴⁶⁵ *Ídem.*

⁴⁶⁶ Jardón, *Op. Cit.*, *El fuego...* p. 199.

⁴⁶⁷ *Ibid.* p. 213.

⁴⁶⁸ Solana, *Op. Cit* p. 131-133.

añade: “Son democracia todos esos movimientos maoístas; los grupos eclesiales de base, etcétera. [...]. La democracia debe iniciarse desde la base. Las escaleras se construyen de abajo para arriba”.⁴⁶⁹ Con esto, Zermeño no se circunscribe al aspecto electoral de la democracia, su concepto es uno más abarcador, uno que contempla la participación de la sociedad en la vida pública.

También Ordorika escribió sobre el impacto del movimiento en el ejercicio de la democracia. En este sentido apunta que los efectos serían a largo plazo:

La crisis de legitimidad que sufría el régimen autoritario, sin embargo, no implicaría un proceso de democratización política sino hasta muchos años después. El gobierno logró combinar una reducida apertura política con los rasgos más violentos del autoritarismo gubernamental, que se encarnó con la violación sistemática de los derechos humanos, civiles y políticos.⁴⁷⁰

Como se ha visto, los autores citados difieren entre sí respecto al impacto que el movimiento estudiantil causó en el ámbito político, particularmente con respecto a la democracia. Sin embargo la observación generalizada es que el movimiento del 68 generó una conciencia política en algunos sectores de la población que antes no se interesaban en ello.

Monsiváis reconoce que la despoltización privaba entre los jóvenes, en general, en el 68. El autor escribe que si antes del movimiento, la política era vista como algo “deleznable”, la movilización da la oportunidad a los estudiantes de integrarse a la política desde la perspectiva de la necesidad de un cambio democrático.⁴⁷¹ Sin embargo al hacer un balance de lo que fue el movimiento Monsiváis escribió:

Si el 68 admite algo parecido a una síntesis, ésta tiene que ver con los vislumbres de la sociedad civil (nunca muy claros, porque la palabra totémica del 68 no es democracia sino revolución, pero inequívocos) y con la extinción de los últimos impulsos generosos de la Revolución Mexicana, [...].⁴⁷²

La concepción de lo que representaba la política cambió a partir del movimiento del 68. Para las mayorías, generalmente, dicha actividad era competencia de un grupo reducido de personas que tenían cierta formación que los hacía aptos para ejercerla. Para Álvarez Garín, la lucha estudiantil marcó un viraje en esta idea:

⁴⁶⁹ *Íbid.* p.139.

⁴⁷⁰ Ordorika, *Op. Cit.*, p.152.

⁴⁷¹ Scherer y Monsiváis, *Op. Cit.*, *Parte de Guerra...*, p.186.

⁴⁷² *Íbid.* p.262.

Una de las grandes virtudes del 68 fue la reivindicación de la política como algo necesario y respetable, que podía darse con procedimientos diferentes a los priístas, y como una práctica de confrontación con el régimen. Pero antes del 68 lo que estaba generalizado en la conciencia de la gente, era el reconocimiento de la manipulación inescrupulosa de los intereses populares para el enriquecimiento de los líderes que encabezaban las movilizaciones.⁴⁷³

Álvarez también reflexiona sobre las estrategias gubernamentales que después de 1968 no modificaron de fondo la estructura política del sistema, pero sí contribuyeron a la división del movimiento estudiantil y de la izquierda.⁴⁷⁴

Concerniente a este asunto, Estrada apunta que la apertura política fomentada por Echeverría sería el antecedente de movilizaciones sociales como las que se dieron en 1985 después del terremoto y las que se dieron después de las elecciones de 1988.⁴⁷⁵

Uno de los más importantes análisis sobre los impactos mediatos e inmediatos del movimiento estudiantil es el que hace Zermeño en el prólogo que hace a la obra de Rivas Ontiveros. Aquél hace una diferenciación entre las concepciones sobre democracia que estaban presentes en el movimiento y, lo que ocupa nuestro análisis en este capítulo, el impacto que de tales proyecciones resultó:

[...] la corriente reformista, la del diálogo y los consensos, la que basó su avance en el fortalecimiento de los espacios e instituciones de mediación y representación, en el fortalecimiento de los partidos, de las agrupaciones políticas y del parlamentarismo, ese concepto de la democracia que se amplificaría posteriormente, bajo la influencia de la Reforma Política durante la segunda mitad de los años setentas, [...]. Estas salidas en busca de consensos pactados fueron propias más bien de algunos sectores cercanos al profesorado (la Coalición de Maestros de Enseñanza Media y Superior) y a los intelectuales y artistas, así como de agrupaciones afines a las autoridades universitarias y estudiantes bastante profesionalizados”.⁴⁷⁶

La otra concepción de democracia estaba vinculada al sector más numeroso, el que fue directamente afectado en las calles:

[...] esa gran corriente en busca de una democracia libertaria, de la libre manifestación de las ideas, de las convicciones y de las opciones culturales, pero que estuvo igualmente muy lejos de poder ser catalogada como de izquierda; la que se batió por la libertad para marchar por las calles hasta el

⁴⁷³ Álvarez, *Op. Cit.*, p.147.

⁴⁷⁴ *Ídem.*

⁴⁷⁵ Estrada, *Op. Cit.*, p.191.

⁴⁷⁶ Rivas, *Op. Cit.*, p. 14.

zócalo.[...] la revuelta callejera a cargo de los estudiantes de las vocacionales, las prevocacionales y las preparatorias de la zona céntrica de la ciudad [...].⁴⁷⁷

También Zermeño habla de la vertiente de la cual surgirían tanto los proyectos revolucionarios armados como otros movimientos obreros que buscaban su independencia:

[...] la corriente que podemos llamar demócrata revolucionaria [...] Coincidiendo con el análisis de René Rivas, hay que aclarar que en este impulso demócrata revolucionario se encontraban mezcladas, al menos, dos concepciones que más tarde encontrarían una formulación y una práctica más nítida y mejor diferenciada: aunque las dos apelaban a la clase trabajadora, una reivindicaba el partido-vanguardia; la otra, aunque desdibujada en el fondo del escenario, reivindicaba la democracia social”.⁴⁷⁸

La acepción revolucionaria de democracia, como puede observarse, iba más allá de reformas en la estructura política existente. La democracia social se inclinaba por el partido de clase, como en la corriente leninista, mientras que los maoístas se orientarían por el desplazamiento del foco de la lucha hacia el pueblo. También de estas tendencias surgirían las “corrientes más violentas y confrontacionistas”:

[...] (la guerrilla del Movimiento de Acción Revolucionaria—MAR—, los Enfermos de Sinaloa, la “Liga Comunista 23 de Septiembre”—[...] como las corrientes en busca de la independencia del sindicalismo mexicano, tanto entre la clase obrera (los electricistas de Galván, los nucleares de SUTIN...), como entre los trabajadores de las universidades[...].

De una formulación así se nutrirían los grupos políticos más serios y consistentes surgidos en los años setentas: la Organización Revolucionaria Punto Crítico, la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), el Partido Mexicano del Proletariado, el Grupo Comunista Internacionalista (trotskista), el Partido Mexicano de los Trabajadores (con Heberto Castillo); [...] y [...] los amplios frentes o coordinadoras nacionales,[...].⁴⁷⁹

Estrada considera igualmente que el movimiento suministró la base para: “nuevas organizaciones político-sindicales de izquierda de los años siguientes, otros llevaron su

⁴⁷⁷ *Ídem*

⁴⁷⁸ *Íbid.* pp. 15-16.

⁴⁷⁹ *Íbid.* p. 16. Medina Peña escribe que el fracaso del 68 hizo comprender a muchos de los dirigentes que era necesario evolucionar de la acción directa, basada en el asambleísmo, a la acción organizada. De esta manera surgieron el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), al igual que diversos grupos políticos como la Liga Obrero Marxista y Punto Crítico. Dos subproductos adicionales del movimiento fueron la aparición del sindicalismo universitario y el surgimiento del ultraizquierdismo violento de la guerrilla urbana”. (Luis Medina Peña, *Hacia el Nuevo Estado. México 1920-1994*, México, FCE, 2002, p.221.

radicalismo al extremo y dieron lugar a grupos guerrilleros como la Liga 23 de Septiembre, que terminó en cárcel y muerte para varios”.⁴⁸⁰

Asimismo Guevara atribuye a la violencia gubernamental del 68 “la polarización creciente de las clases medias ilustradas con relación al gobierno priísta y su partido”. Él escribe que de allí emergieron los partidos citados y diferentes organizaciones no gubernamentales (ONGs), aunque la competencia electoral se haya dado “a partir de 1978, con la reforma política”.⁴⁸¹

Zermeño no omite mencionar a otra corriente “no partidista, no vanguardista, no elitista; [...]: la democracia social, la democracia sustantiva”:

Aunque inscritos todos en la cultura de la confrontación revolucionaria y de la ruptura, una parte de los sesenteros iba a la búsqueda del pueblo, [...] pensando unos, los más leninistas en la construcción del partido y la vanguardia de clase, y otros, más bien maoístas, en cómo darle poder a los sectores populares mismos [...].⁴⁸²

Al respecto, Álvarez Garín reflexiona sobre la reacción de algunos de los delegados del CNH, después del 2 de octubre, cuando tuvieron que optar por el levantamiento de la huelga (como lo había sugerido el PCM). Entonces ocurrió que:

[...] se perdió la relación con una gran parte de las escuelas. Con posterioridad al levantamiento de las huelgas, el movimiento se ideologiza, ya no hay planteamientos políticos. La única respuesta alternativa a la política del PCM es el planteamiento maoísta, que en esencia recoge una parte de la argumentación del PCM: el problema es ir al pueblo, las últimas manifestaciones del Movimiento del 68, promovidas por Ángel Verdugo, eran de estudiantes coreando Mao-Tsé-Tung o Ho-Ho-Chi-Min. Esto ya no tenía que ver con un amplio movimiento político contra el régimen del PRI.⁴⁸³

La agonía del movimiento estudiantil se confirmó los últimos días de diciembre del 68. Uno de los representantes del IPN ante el CNH, Ángel Verdugo, convocó a los representantes de 70 escuelas para reunirse. La escasa respuesta y la dificultad de dar una dirección política eficiente, hicieron a Verdugo proponer como alternativa asumir la ideología maoísta.⁴⁸⁴

⁴⁸⁰ Estrada, *Op. Cit.*, p. 235.

⁴⁸¹ Guevara, *Op. Cit.*, ..., 1968 *Largo Camino*...pp. 24-25.

⁴⁸² Rivas, *Op. Cit.*, p.16.

⁴⁸³ Álvarez, *Op. Cit.*, p.187.

⁴⁸⁴ *Ídem.*

Las acciones que siguieron son explicadas por Zermeño. Con la premisa “hacer y ser y no hablar mucho”, se pasó de las “células comunistas” a las “brigadas de estudiantes y maestros” que se establecieron en diferentes colonias y asentamientos populares. Con estas corrientes basistas, se pretendió “mantener una relación estrecha y constante de amistad y trabajo con la colectividad”. Sin embargo, el régimen de Echeverría aisló y hostilizó esta forma de organización mientras que la “representación política- partidista- parlamentaria recibe todos los incentivos”.⁴⁸⁵

El análisis que hace Zermeño del impacto que, a largo plazo, generó el movimiento estudiantil, nos va guiando en el proceso que siguió a la construcción de las corrientes basistas: en primer término tales corrientes sintieron que era necesario formar entre ellas una alianza que tuviera “alguna forma centralizada de coordinación nacional”. En el terremoto del 85, dice Zermeño, terminaron las diferentes coordinadoras que se habían organizado, lo peor estaba por venir. Con el fraude electoral de 1988, “las corrientes basistas implantadas en toda la República van a fundirse, ya sin distancias, al salinismo. Sus dirigentes más importantes terminarían siendo secretarios de Estado o consejeros del príncipe [...]”.⁴⁸⁶ Zermeño nos explica cómo muchos de los militantes por la democracia social fueron insertándose en el sistema, incluida la corriente de “Línea de Masas”, una parte de la cual posteriormente organizó el Partido del Trabajo. “Muchas otras corrientes de aquél maoísmo terminarían en el PRD y en el gobierno de la ciudad a partir de 1997”.⁴⁸⁷

Esta reflexión nos permite ver el balance que elabora este autor sobre el impacto que causó el movimiento estudiantil: se puede afirmar que al principio la sociedad tenía la alternativa de que su participación política fuera independiente de los canales institucionales, pero, finalmente, esta opción fue casi anulada por el sistema. Zermeño concluye el prólogo con una brillante explicación de la culminación de este proceso:

Con esto se ilustra una lógica estatal-centralista que siempre ha derrotado a lo social- regional- territorial: si en la historia de México el Estado se ha impuesto sistemáticamente a la sociedad, después del 68 esto cambió de cierta forma, aunque manteniendo una continuidad asombrosa a la manera del Gattopardo: la democracia política, la apertura de los espacios de influencia partidista y parlamentaria a las dirigencias de todo el país, permitió una vez más el “vaciamiento hacia arriba” de todas estas vanguardias y la derrota (discontinuidad) de los intentos de organización desde abajo, [...] en esa medida el paso hegemónico de la izquierda por la UNAM y el 68 no cambió tanto nuestra matriz,

⁴⁸⁵ Rivas, *Op. Cit.*, p.17.

⁴⁸⁶ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁸⁷ *Ibid.*, pp.18-19.

nuestra desigual distribución de poder entre lo social y lo político aunque le abrió a las élites opositoras enormes espacios de participación, de influencia y de poder en las instituciones del sistema político.⁴⁸⁸

El retorno a los “canales institucionales” significó que la participación política se haría únicamente en el marco de los partidos. A este respecto Álvarez Garín señaló:

Finalmente, como se ha visto en los últimos años las opciones partidistas y electorales han sido adoptadas por todas las corrientes de izquierda de una manera o de otra, con partidos registrados legalmente o en el proceso de hacerlo, con alianzas electorales, con acuerdos pragmáticos o sin ellos, con distanciamientos y confusiones de todo tipo. En la actualidad, casi todos los partidos políticos reconocen en el Movimiento del 68 mucho de su inspiración popular y democrática.⁴⁸⁹

No solamente la emergencia de nuevos partidos es señalada como un efecto del movimiento del 68. La escisión que se dio dentro del PRI es considerada por Heberto Castillo como una herencia de aquella movilización, él admite también que el socialismo no era viable para entonces:

El movimiento del 68 está muy vivo, tuvo su expresión última muy importante en 1988, para mí la rebeldía que se expresó dentro del PRI, incluso con Cuauhtémoc Cárdenas y quienes lo acompañaron en la corriente democrática, era una expresión del mismo tono, del mismo corte que la que se dio en 1968. Además mucha gente que se nutrió con las enseñanzas del 68 no solamente no se siente desanimada porque se haya frustrado una alternativa socialista en el mundo sino que entiende que no hubo tal alternativa socialista.⁴⁹⁰

Perelló considera que parte del impacto que el movimiento del 68 dejó, incluye el derecho de reunión, de huelga, de asociación: libertades públicas que reivindicó el movimiento del 68. Sin embargo él los desvincula de la democracia: “Tienen poco que ver con la democracia que implica que el Gobierno nos dé permiso, y yo creo que no nos tiene que dar permiso de nada”.⁴⁹¹ Con este comentario, Perelló parece ignorar que entre las características de la democracia están las libertades que él menciona.⁴⁹² Sobre el impacto revolucionario que lograra el movimiento, Perelló afirma:

⁴⁸⁸ *Íbid.*, p. 19.

⁴⁸⁹ Álvarez, *Op. Cit.*, p.152.

⁴⁹⁰ Jardón, *Op. Cit.*, *El fuego...*p. 199.

⁴⁹¹ González Marín *Op. Cit.*, p.71.

⁴⁹² David Held, *Modelos de Democracia*, Madrid, Alianza, 2002, p. 124.

El 68 no fue una conspiración sino una sublevación. [...] El movimiento estudiantil perdió techo, perdió contexto; al desaparecer la perspectiva de transformación revolucionaria del mundo, está un poco huérfano, está un poco extraviado, porque no es lo mismo reivindicar la reforma universitaria hace treinta años, en medio de un contexto revolucionario, en medio de un contexto de liberación del mundo, que reivindicarla ahora cuando las perspectivas de las organizaciones burguesas y mercantiles de la sociedad no le dejan espacio.⁴⁹³

La participación política que propició el movimiento estudiantil generó la expectativa de que era viable un proyecto para un mundo mejor, muchos de los militantes creyeron que esto era posible dentro del marco constitucional, como se ha señalado en el capítulo V de este trabajo. Cuando la represión rebasó esta perspectiva, la mirada de muchos se volvió a la lucha armada.

VI.2 La radicalización

Guevara Niebla, centrando su atención en el desenlace trágico del movimiento, señala el impacto que tuvo la matanza de Tlatelolco en la política nacional:

[...] una dimensión de irracionalidad que hasta hoy no se ha superado; habría que complementar diciendo que Tlatelolco determinó la crisis de la educación superior, el origen de las guerrillas de los años setentas y la conformación del estilo antagonista, activista y radical de la izquierda mexicana. [...] ¿Y que decir de la descomposición del movimiento? La primera etapa de 1968 fue una escuela de la democracia que con el tiempo fue rebasada en muchos casos por la irracionalidad, el voluntarismo, el ánimo faccioso.⁴⁹⁴

El ambiente que generó la represión, dice Guevara, fue tierra fértil para que “la fraseología marxista y las células radicales” prosperaran. El impacto en la estructura educativa de la Universidad, dice el autor, llevó a que algunas carreras se modificaran para incorporar

⁴⁹³ González Marín *Op. Cit.*, p.71.

⁴⁹⁴ Guevara, *Op. Cit., Largo Camino...*, p.21. Es necesario matizar cualquier afirmación respecto a que la represión del 2 de octubre fue el origen de la lucha armada en México después de 1910. Efectivamente, existen antecedentes de levantamientos de esta índole. Algunos de estos son: el que encabezó Rubén Jaramillo en Morelos desde 1943 hasta 1962, las guerrillas de Chihuahua, con el memorable suceso del ataque al cuartel Madera en el que murieron Arturo Gámiz y Pablo Gómez en 1965, el movimiento armado de Jenaro Vázquez (1960-1972) y el de Lucio Cabañas (1967-1974). (Marco Bellingeri, *Del Agrarismo armado a la guerra de los pobres, 1940-1974. Ensayos de guerrilla rural en el México Contemporáneo*, México, Juan Pablos, 2003). No obstante, puede señalarse una distinción entre éstas y las que surgieron después de 1968. Mientras que las primeras se caracterizaron por ser guerrillas rurales en las que sus principales protagonistas fueron maestros y estudiantes de estas zonas luchando por la justicia para los pobres y los campesinos, el movimiento del 68 generó condiciones objetivas y subjetivas de las cuales surgieron múltiples experiencias de guerrilla urbana. Ésta iba en pos de otras reivindicaciones, también asociadas con la justicia social, pero no siempre ligadas a las demandas agrarias.

en un primer plano las obras de Marx, Engels, Lenin, Trotski, Plejanov, Rosa Luxemburgo, etc. Guevara dijo además: “El movimiento estudiantil entraba en la dinámica perversa que lo alejó—cada vez más—de los ideales democráticos que defendió en 1968”.⁴⁹⁵

Llama la atención que Guevara Niebla considera que la ideología del sector más radical del movimiento estudiantil entró en “descomposición” cuando abandonó las posturas democráticas para enrolarse en movimientos armados:

El sector más extremista se unió con la insurgencia armada. En su mayoría los guerrilleros urbanos del México de los setenta rechazaron toda negociación- la desdénaban como un “juego mediatizador” y se opusieron a la lucha democrática. “Muera el pacifismo demócrata” proclamó la Liga Comunista 23 de Septiembre, cuyas primeras expresiones públicas (se fundó en enero de 1973) fueron ataques furiosos contra los partidarios de la izquierda que sostenían posiciones democráticas [...] ⁴⁹⁶

Monsiváis, por su parte, al hacer una lectura del movimiento estudiantil del 68 habla de las derivaciones resultantes:

[...] situaciones tensas y del auge y la descomposición de la guerrilla urbana. El radicalismo domina en muchos centros de enseñanza superior, [...] La Liga 23 de Septiembre, por ejemplo, es consecuencia innegable del 68 y de la exasperación revolucionaria.⁴⁹⁷

Al respecto, Álvarez Garín no ve en la lucha armada la “descomposición” de la que habla Guevara. Álvarez reconoce que el movimiento se desarrolló sobre las bases de un “discurso democrático”. El autor resume así el mensaje del primer momento: “Ya basta de represión, estamos dispuestos a luchar, estamos dispuestos a actuar frente a una situación opresiva y a enfrentarnos a las fuerzas del régimen para salir adelante en la reconstrucción del

⁴⁹⁵ *Ibid.*, pp. 21-22. En 1989, Manuel Aguilar Mora ya había discrepado con Guevara Niebla respecto a la visión democratizante de éste sobre el movimiento. Aguilar no compartía la creencia de los reformistas-nacionalistas quienes apostaban a un México democrático dentro de las estructuras del capitalismo. De la interpretación de Guevara, Aguilar afirma que: “Representa la malinterpretación completa, liberal, nacionalista, “estudiantilista” y chatamente democratista del proceso del 68”. Para Aguilar, no era posible conseguir la democracia sin un cambio de estructuras, sin una revolución socialista. (Aguilar *Op. Cit.*, pp. 37-44).

⁴⁹⁶ Guevara, *Op. Cit., Largo Camino...*, pp. 25-26. Manuel Aguilar había refutado esta percepción que Guevara había enunciado en la revista *Nexos* antes de 1989. Aguilar escribe: “La radicalización de diversos grupos estudiantiles, fue su reacción política consecuente con la represión permanente del gobierno de Díaz Ordaz, continuada, en una forma mucho más astuta por el gobierno de Echeverría. No es posible aceptar que sean precisamente las “víctimas” aun con sus errores y limitaciones “metodológicas”, las responsables de los crímenes y monstruosidades del periodo. [...] Al convertirse en fiscal de las limitaciones y los errores, que ciertamente hubo en las guerrillas y en el movimiento estudiantil, posterior a 1968, Guevara Niebla olvidó por completo el primer deber de un compañero hacia los perseguidos y reprimidos, el de la comprensión, [...] Más que descomposición, lo ocurrido después de 1968 fue la prueba de la vitalidad de un movimiento enfrentado a una terrible represión orquestada por un gobierno sañudo e intransigente”. (Aguilar *Op. Cit.*, pp. 41-42).

⁴⁹⁷ Scherer y Monsiváis, *Op. Cit. Parte de Guerra...*, p.260.

país”.⁴⁹⁸ Sin embargo, el autor reconoce que a este discurso le faltaba la “propuesta de país”, es en este punto que Álvarez reconoce el mérito de la guerrilla urbana: ellos le dieron la dirección a la lucha “hasta el socialismo”.⁴⁹⁹

El auge del socialismo es para Arturo Martínez Natera, fruto del movimiento que trajo consigo la semilla revolucionaria en los ámbitos de la cultura, la política y la educación.⁵⁰⁰ Martínez considera que el primer grupo que opta por la lucha armada después del 68, fue el Movimiento Acción Revolucionaria (MAR) “que en su mayoría son desprendimientos de la Juventud Comunista de Michoacán y otros que estaban en Moscú, en la Lumumba”.⁵⁰¹

Volpi, en su análisis de la vertiente que tomó la lucha, da un matiz al origen de los movimientos armados surgidos después del 68: Luis Echeverría, en su afán de conservar el poder y conseguir el respaldo ciudadano, quiso minimizar el estigma del 2 de Octubre. Para ello buscó atraer a su régimen a la intelectualidad y propuso una aparente apertura en las discusiones públicas.⁵⁰² Parecía que el gobierno daba un giro a la izquierda y es en este punto, dice Volpi, cuando Luis Echeverría simuló retomar las consignas de los movilizados, actitud que provocó el surgimiento de las organizaciones más violentas:

Por culpa de Echeverría, el movimiento estudiantil de 1968 que había sido aplastado en la Plaza de las Tres Culturas fue, para colmo, adulterado y oscurecido cuando éste fingió asumir sus consignas. En buena medida, esta falsificación provocó que algunos decidiesen tomar una postura más radical en su enfrentamiento con el aparato represivo del estado. Fue a partir de entonces que cobraron mayor fuerza la guerrilla urbana- la Liga 23 de septiembre- y las revueltas campesinas dirigidas por Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en la sierra de Guerrero, y cuando comenzaron a aparecer otros grupos armados, como el Frente de Liberación Nacional, el cual terminaría dando origen al movimiento zapatista de Chiapas. Todos estos grupos trataron de fincar su legitimidad en Tlatelolco, aunque difícilmente pueda rastrearse una misma ideología entre el movimiento estudiantil y las revueltas armadas de los años posteriores.⁵⁰³

⁴⁹⁸ Álvarez, *Op. Cit.* p.198.

⁴⁹⁹ *Ibid.*, p.199.

⁵⁰⁰ Solana, *Op. Cit.* p.117.

⁵⁰¹ Vázquez, *Op. Cit.* p.163.

⁵⁰² Volpi, *Op. Cit.* pp. 421-422.

⁵⁰³ *Ibid.* pp. 423-424. Pérez Arce, también atribuye al impacto del movimiento del 68, el desbordamiento de miles de militantes a otros movimientos sociales: el sindicalista, el urbano popular, el campesino y el guerrillero. Él identifica, en algunos sectores de esta “diáspora política”, no solamente la impronta marxista sino la influencia del Concilio Vaticano II y la Conferencia Episcopal de Medellín. (Francisco Pérez Arce. *El principio 1968-1988: años de rebeldía*, México; Itaca 2007, pp.76-77).

Álvarez rehúsa aceptar que el movimiento haya sido derrotado políticamente.⁵⁰⁴ Más bien, aboga por hacer un balance a largo plazo “en términos de conciencia y organización y no sólo de resultados inmediatos”.⁵⁰⁵ El autor añade:

Después del 68 había militantes para todas las iniciativas imaginables. Por su tipo y características principales, del Movimiento del 68 surgen “cuatro alternativas de carácter general: los movimientos armados, los proyectos de lucha sindical y popular, los partidos políticos formales y los esfuerzos de construcción de alternativas políticas de oposición al sistema de carácter frentista”.⁵⁰⁶

El resultado del movimiento obligó a muchos de los militantes a replantearse el modo de conseguir el cambio en el sistema. Al hacer un análisis del movimiento, treinta años después, Zermeño reflexionó que “llegar al socialismo y a la revolución, vía lo que fuera”, no era receta infalible para “resolver todos los grandes problemas de la humanidad”.⁵⁰⁷ Ruiz Villegas, coincidiendo con esta reflexión, afirmó que los cambios no tienen que ser de una vez, sino paso a paso, adecuando la realidad de cada región a las metas a conseguir. Así se irán construyendo los cambios paulatinamente, a medida que se logre “elevar el nivel de conciencia”. Esto último, dice el autor, fue uno de los principales logros del movimiento.⁵⁰⁸

No obstante, el movimiento del 68, más allá del impacto político, imprimió otras huellas en la sociedad.

VI.3 La sociedad

El movimiento estudiantil es considerado como preámbulo a una lucha más amplia que cuestiona toda la organización social y política.⁵⁰⁹ El movimiento del 68 no escapó a esta caracterización, de éste se escribió, vinculándolo a los movimientos estudiantiles latinoamericanos:

Aunque históricamente muy alejados del primer movimiento que en Latinoamérica surge en defensa de la autonomía y democratización de la Universidad, no deja de ser alentador que las profecías de Mariátegui y la observación de Agosti se cumplan; que los movimientos estudiantiles nos reafirmen

⁵⁰⁴ Álvarez, *Op. Cit.* p. 194.

⁵⁰⁵ *Íbid.* p.197.

⁵⁰⁶ *Íbid.* p.198.

⁵⁰⁷ Sergio Zermeño en “Comentarios finales: Significado del movimiento de 1968 para la historia moderna de México” en, Solana, *Op. Cit.* p. 137.

⁵⁰⁸ Salvador Ruiz Villegas, *Íbid.* p.138.

⁵⁰⁹ Ramírez, *Op. Cit.* p. 17.

que, en definitiva, *son preludios de inevitables y necesarias transformaciones sociales y políticas* [...] ⁵¹⁰

Las inevitables transformaciones que trajo consigo el movimiento son comentadas, entre otros, por Heberto Castillo, militante del movimiento del 68. Él hace un rápido recuento de los impactos inmediatos del 68 para algunos:

Claro que es entendible que haya compañeros que quedaron afectados, hay gente que está con el psiquiatra desde entonces, o que se suicidó, como Leobardo López, el *Cuéc*, por ejemplo, o que se fue a la guerrilla, o que se dedicó al terrorismo o a la droga, pero también estamos los que ni nos deprimimos ni nos desanimamos porque la lucha sea dura, quienes hemos leído la historia, hemos estudiado y sabemos que estas luchas son largas. [...] ⁵¹¹

Recordando que las movilizaciones estudiantiles se dieron a nivel mundial, Waldman refiere lo que ocurrió en el mundo después de la sacudida libertaria del 68:

La rebelión propugnada por los jóvenes del 68 sembró el terreno para fenómenos que se consolidaron unos pocos años más tarde: la reivindicación de los derechos de las mujeres, el derecho al trabajo y la reorganización del ocio, las políticas antinucleares, los movimientos ecologistas, la tolerancia a manifestaciones culturales diferentes, la aceptación de los homosexuales, el respeto a la diversidad, el reconocimiento a la pluralidad, la libertad sexual, el énfasis en la democracia, etcétera. ⁵¹²

Este contexto mundial necesariamente influyó tanto en el movimiento estudiantil mexicano como en la etapa posterior. Quienes explican el impacto del 68 en la cultura llaman la atención a asuntos como la moralidad y la música, al respecto Moreno Wonchee comentó:

Un elemento muy dramático por sus efectos fue la introducción de los anticonceptivos, lo que modificó totalmente la moral de la juventud y, en general, de la sociedad; [...] Esto también tuvo su expresión en la música: el rock que sigue vigente como movimiento musical que expresa la insatisfacción, la protesta de los jóvenes [...] ⁵¹³

El impacto generado dentro de la cultura de las clases medias tuvo que ver con “nuevas modalidades de conciencia” como las llama Guevara: “[...] el feminismo, el *boom* de

⁵¹⁰ *Íbid.*, p.20. Las cursivas son mías.

⁵¹¹ Jardón, *Op. Cit. El fuego...* p. 199.

⁵¹² Waldman Gilda, *Op. Cit.*, pp.277-293.

⁵¹³ Jardón, *Op. Cit.* p. 207.

las escuelas activas, las libertades sexuales, el ecologismo, etc., documentan ese fenómeno”.⁵¹⁴

En el caso del 68 mexicano, el impacto del movimiento estudiantil en la sociedad es asemejado por Álvarez Garín a “la cauda del cometa”:

El movimiento del 68 cambió los valores y la forma de vida de miles de mexicanos. En muy poco tiempo, en algo más de cuatro meses, miles de estudiantes habíamos vivido toda una gama de emociones profundas y experiencias de gran intensidad que removían y cuestionaban las verdades y convicciones previamente aceptadas. En el crisol del movimiento se habían fundido y fraguaban nuevas convicciones: los días de la libertad y la democracia vivida plenamente en las escuelas; las dudas y los temores dejados de lado para poner por delante el orgullo y la dignidad de las personas.⁵¹⁵

El efecto inmediato del movimiento y de su violento final, pudo percibirse en la vida estudiantil, la pérdida de vidas y el encarcelamiento de estudiantes, marcaba el ánimo de sus compañeros:

En medio del abatimiento, hay que subrayarlo, la vida en los espacios universitarios no volvió a ser la misma, había cambiado para siempre. No eran las mismas escuelas de antes del 26 de julio. Se cuidaba la memoria de aquellos meses de libertad y represión. Abundaban las actividades extracurriculares. La contracultura tomaba un lugar destacado. Convivía el reflujo político y el reconocimiento de la derrota con la toma de conciencia de la trascendencia de aquellos sucesos, y con la implantación de una atmósfera antiautoritaria.⁵¹⁶

La herencia que dejó el movimiento del 68 impactó la vida social y política mexicana. Entre los procesos que desató el movimiento, Guevara menciona: el rompimiento entre la Universidad y el Estado, la crisis en la educación superior, cambios en la cultura política del país que incluyó la suma de grandes masas a la oposición al régimen y la apertura a otras expresiones reprimidas:

Abrió paso a expresiones múltiples de dimensión desigual y contracultural: liberación sexual, feminista, *gay*, ecologista, celebración de las drogas, el rock, expresiones *hippies*, [...]. Contribuyó a difundir en la sociedad una cultura antiautoritaria: un conjunto de valores que se diseminó sobre todo en las capas ilustradas.⁵¹⁷

⁵¹⁴ Guevara, *Op. Cit.*, 1968 *Largo Camino...*, p.25.

⁵¹⁵ Álvarez, *Op. Cit.* p. 16.

⁵¹⁶ Pérez, *Op. Cit.* p. 81.

⁵¹⁷ Guevara, *Op. Cit.*, 1968 *Largo Camino...* p.126-127.

De los efectos en el ámbito escolar, Guevara hace un balance sombrío inmediato al término de la movilización estudiantil. El impacto en la dinámica de las escuelas fue negativo, luego de haber intentado el camino de la democracia:

La violencia nunca ha sido una buena escuela de la democracia; el terror fracturó la incipiente conciencia política de los estudiantes. Tlatelolco produjo una decepción colectiva y la segunda masacre, el 10 de junio de 1971, fue definitiva para el auge de ideologías radicales y conductas irracionales o agresivas.⁵¹⁸

Este impacto en la vida estudiantil, dice Guevara, tenía que ver con el hecho de que los movilizados apostaron a la vía legal, a creer que era posible obtener una respuesta favorable a sus demandas hechas dentro del marco institucional. Cuando la represión los inmovilizó con el miedo, ya no fue posible seguir demandando el cumplimiento al pliego petitorio. Las condiciones habían cambiado y ahora todo se reducía a lograr la libertad de los estudiantes presos.⁵¹⁹

El cambio que se dio es señalado por Álvarez Garín cuando escribe que el movimiento logró marcar el salto “de la indiferencia al compromiso político”.⁵²⁰ También supuso el fin de un ejercicio del poder que hacía del clientelismo una de sus estrategias más socorridas. Acorde con ello, Garín afirma que a partir del movimiento, la política ya no tendría exclusivamente las connotaciones utilitaristas, en las que las demandas sociales al régimen, desaparecían con la “dádiva” de un carrito, una casa, un puesto, etc.⁵²¹

No obstante, no todos los autores enfatizan la politización como uno de los impactos del movimiento. Monsiváis habla de que a 30 años de distancia, el impacto más perceptible se percibe “con vigor extraordinario, no político en primera instancia, sino cultural y simbólico”.⁵²² El autor aclara que para 1998, las batallas simbólicas y culturales las habían ganado: “la izquierda social, el PRD, los medios informativos, la UNAM, parcialmente el IPN, las universidades regionales, los comités estudiantiles, las ONGs, sectores de las iglesias...”.⁵²³ El movimiento estudiantil había ahondado las fisuras presentes en la estructura del poder posrevolucionario. Con ello se daba una crisis de legitimidad de la clase dominante.

⁵¹⁸ *Íbid.* p.25.

⁵¹⁹ *Íbid.* p. 75

⁵²⁰ Álvarez, *Op. Cit.* p. 134.

⁵²¹ *Íbid.*, p. 147.

⁵²² Scherer y Monsiváis, *Op. Cit., Parte de Guerra...*p.256.

⁵²³ *Íbid.*, p.257.

Una parte del impacto que produjo el movimiento en la vida de la sociedad se hace evidente cuando se relaciona con dos de los puntos del pliego petitorio: la derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal Federal y la liberación de los presos políticos:

A 30 años de dichos sucesos, podemos afirmar que la vida democrática se ha ampliado significativamente en México. Los cargos por disolución social están superados jurídicamente, los presos políticos obtuvieron su libertad anticipadamente y los derechos humanos tienen mecanismos de protección impensables en 1968. La lucha de estudiantes y profesores en aquel año, a mi juicio, no fueron en vano.⁵²⁴

En efecto, puede observarse que el movimiento logró restar parte del autoritarismo presente en aquellos años.

La mayoría de los gobiernos que se han sucedido desde el 68 han pretendido diluir el impacto del movimiento ignorando la existencia de éste. Así, la memoria histórica sobre el suceso ha sido omitida de los libros de texto. Ésta, más bien, se ha mantenido en los círculos universitarios e intelectuales, pues al parecer, el registro del proceso del 68 sigue desterrado de la mayoría de los canales oficiales. Al decir de Guevara, la acción gubernamental sigue tratando de borrar de la memoria colectiva el impacto del 68. Lo hace cuando en los libros de texto oficiales no aparece consignada la historia del movimiento estudiantil. En 1992 hubo una mención en uno de los textos para la educación primaria. La reacción fue la protesta de una parte del PRI, “la dirigencia del Sindicato Nacional de Trabajadores del Estado (SNTE), algunos grupos de izquierda vinculados a la Coordinadora Nacional de Trabajadores del Estado (sic) (CNTE) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y, según se dijo, la cúpula de las fuerzas armadas [...]”.⁵²⁵ Esta actitud parece confirmar la idea de que: “La realidad de México sigue estando cerrada para el análisis y la actuación política, excepto en algunos espacios privilegiados”.⁵²⁶

⁵²⁴ Jorge Tamayo, “Gestación y desarrollo del movimiento del 68: estudiantes y profesores” en, Solana, *Op. Cit.* p.90. No obstante, los beneficios señalados en la cita quedan parcialmente cuestionados al comprobar que hasta hoy las movilizaciones sociales son castigadas como delitos, como es evidente en los casos recientes en Oaxaca y Atenco.

⁵²⁵ Guevara *Op. Cit.*, 1968 *Largo Camino...* pp. 78-79..

⁵²⁶ Álvarez, *Op. Cit.* p. 226. Cfr. Hobsbawm escribió respecto a los movimientos estudiantiles: “La rebelión estudiantil fue un fenómeno ajeno a la economía y a la política. Movilizó a un sector minoritario de la población, hasta entonces apenas reconocido como un grupo especial dentro de la vida pública, y –dado que muchos de sus miembros todavía estaban cursando estudios- ajeno en gran parte a la economía, salvo como compradores de grabaciones de rock: la juventud (de clase media). Su trascendencia cultural fue mucho mayor que la política, que fue efímera, a diferencia de movimientos análogos en países dictatoriales y del tercer mundo. [...] Pero sirvió de aviso, de una especie de *memento mori* para una generación que casi creía haber resuelto para siempre los problemas de la sociedad occidental”. (Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1988, p.288).

Después de observar como la mayoría de los autores hablan de la impronta que logró el movimiento a largo plazo, parecería que el balance es favorable dados los avances en materia de participación política, de democratización. La posibilidad de expresión de otros movimientos como los ecologistas, los gays, los feministas, etc. también parecen acrecentar los efectos positivos del movimiento. A este espíritu libertario contribuyó la globalización en las comunicaciones que entonces empezaba a darse. Sin embargo, cabe preguntarse si los cambios culturales alcanzaron a toda la sociedad, si el movimiento imprimió su sello también entre las clases que están en la base de la sociedad.

El desenlace del movimiento el dos de octubre y los resultados a largo plazo son motivo de reflexión para quienes como participantes u observadores se ocupan del asunto. Sirva para ilustrar el conflicto interno que ha causado el resultado del movimiento a muchos involucrados por voluntad o circunstancialmente, el comentario de Javier Barros Valero, quien reflexiona sobre la ambigüedad emocional que le provoca saber que la intervención del rector en el movimiento, le costó la vida:

Por donde quiera que voy escucho voces de admiración y respeto, de reconocimiento por la actuación de Barros Sierra. Pero mi balanza está en suspenso. A veces me pregunto, viendo tanta miseria física y moral en nuestro entorno, ¿qué tanto valió la pena toda esa entrega? Él hizo lo que creyó que debía hacer y acertó, es verdad, pero hay otro punto de vista, el del hijo que pierde tempranamente al padre.⁵²⁷

Hasta donde he investigado, el impacto psicológico que dejó la represión ha quedado casi sin ser tratado por quienes han escrito sobre el tema. “Tlatelolco también destruyó o afectó la vida de los miles que vivieron el trauma de una violencia brutal no esperada y que no recibieron una atención adecuada”.⁵²⁸ En ese tiempo, no había instancias que dieran “apoyo psiquiátrico o psicoanalítico a las víctimas” ni existían “organizaciones de derechos humanos” que ayudaran a los afectados, mucho menos hubo justicia. Es interesante que Aguayo toma en consideración dentro de los necesitados de apoyo psicológico, también a los soldados y policías que estuvieron presentes el 2 de octubre.⁵²⁹

En efecto, el movimiento causó también las más contradictorias emociones. Los resultados más visibles y recordados son los que se refieren al corto plazo, al 2 de octubre en Tlatelolco. Sin embargo, los impactos en la esfera política, social, y cultural no se detendrían en esa fecha.

⁵²⁷ Javier Barros Valero, “La batalla de Barros Sierra”, en Solana, *Op. Cit.* p. 114.

⁵²⁸ Aguayo, *Op. Cit.* p. 292.

⁵²⁹ *Ídem.*

Conclusión

Entre los autores cuya obra he analizado, no hay consenso absoluto respecto al impacto del movimiento. Respecto a lo que se logró en el ámbito de la democracia, en general, no hay un acuerdo: para algunos el movimiento abrió nuevos cauces a la democracia y fue el origen de las reformas electorales. En el despertar de la conciencia política, dicen algunos autores, estuvo implicada la posibilidad de la emergencia de nuevos partidos, y el fortalecimiento de la izquierda que vendrían años después. Para otros es voluntarioso afirmar que todos los cambios en materia electoral hayan emanado del movimiento. La huella del movimiento estudiantil en el ámbito político es un asunto en el que existen divergencias entre los autores de la bibliografía revisada. Mientras que algunos llaman parteaguas a la movilización del 68, otros consideran que tal afirmación debe matizarse. En este mismo rubro, algunos más añaden que el movimiento estudiantil no causó estragos en el sistema gubernamental ya que el autoritarismo salió incólume del tropiezo en el 68. Para otros el triunfo fue finalmente para los reformistas que cosecharían los frutos de la rebelión de 1968.

Otra parte del impacto del movimiento, según los autores, fue la radicalización de la ideología de algunos de los participantes. El desplazamiento de algunos de estos a la guerrilla urbana o rural, significó la renuncia a las vías institucionales para lograr un cambio en el proyecto social. La violencia quedaba para algunos de los participantes en el movimiento, como la opción más viable de cara a la búsqueda de otro orden de cosas. La manera de pensar y pensarse en el mundo había sido afectada primero por el entorno revolucionario que se vivía en el mundo y, en este caso específico, por la manera en que la movilización fue aplastada. Esta afirmación también causa desacuerdos entre los autores pues para algunos el dos de octubre significó la derrota del movimiento mientras que para otros no es evidente la derrota de qué, pues desde su perspectiva, no había planteamientos ideológicos definidos en la rebelión estudiantil. Para otros autores, la cruenta represión del movimiento canceló los deseos de transformar al mundo.

En su mayoría, los autores coinciden en que la manera de ejercer el poder tuvo que cambiar a raíz de la conciencia política de una parte de la sociedad que salió de su aletargamiento. Para la mayoría de los que escribieron sobre ello, es evidente que se abrieron fisuras en el autoritarismo que hasta entonces no había sido cuestionado en tal escala. Si bien otras manifestaciones de descontento social habían precedido a la del 68, éstas no alcanzaron las dimensiones ni la publicidad que logró el movimiento estudiantil.

Entre los que renunciaron a las vías legales nació la radicalización de la lucha, que encontró en la guerrilla urbana una expresión efímera. Para algunos autores, tal opción era la

descomposición del movimiento, mientras que otros valoran los esfuerzos de quienes se decidieron por esta elección.

En el plano cultural, la mayoría de los autores reconocen en la lucha del 68 el antecedente de otras pugnas sociales que se han dado desde entonces en reivindicación de diferentes demandas de tipo ecologista, de género, de grupos minoritarios, etc. El impacto que el movimiento causó en la educación se mide desde diferentes perspectivas: para algunos marcó un nuevo rumbo en la educación superior al modificar los planes de estudio, la relación Universidad-Estado, etc. sin que ello significara necesariamente algo positivo para la sociedad. Para otros el movimiento fomentó el espíritu crítico en los ámbitos universitarios. Es evidente también otra vertiente del impacto: el que quiere omitir la conciencia histórica sobre el movimiento negando su registro en los textos para la educación básica. La culminación del movimiento estudiantil, después de cuatro meses de acción, no puede llamarse derrota si se consideran los efectos a largo plazo que siguen abriendo otros senderos en la lucha social de México. En efecto, si antes del 68 era inimaginable sostener una posición contestataria, casos recientes como el de Atenco y el de Oaxaca, hacen evidente que la sumisión al autoritarismo estatal ya no es admisible para muchos.

Conclusiones generales

Al haber estudiado la producción bibliográfica señalada en este trabajo, he dado cuenta, a grandes rasgos, de lo que escribieron los autores sobre el movimiento estudiantil de 1968. En la mayoría de los textos revisados se percibe el esfuerzo de profesionales de la economía, de la pedagogía, de las ciencias políticas, de las relaciones internacionales, etc. En el caso de los trabajos producidos por sociólogos encontramos, en diferentes niveles, la tendencia a profundizar en la complejidad de la correlación de fuerzas sociales. Los que tienen como vocación el periodismo se acercaron con sus investigaciones a la historia, pero sin llegar a la formalidad de un trabajo histórico. Muchos de ellos contaron con el apoyo de los recursos que diferentes instituciones, privadas o públicas, les otorgaron para realizar su investigación.

Sin demeritar las obras consultadas, algunas de las cuales aportan importantes hipótesis e interpretaciones, hasta donde he leído, la gran historia sobre el movimiento del 68, hecha con el rigor metodológico que permita un estudio crítico, aguarda aún a sus autores. La escasez de trabajos bibliográficos de historiadores sobre el movimiento del 68, en la temporalidad observada, pudiera ser sintomático de la cautelosa tendencia actual de considerar las fuentes escritas dentro del contexto en que se produjeron y no como el medio infalible para acceder al pasado. Si bien existe la dificultad para determinar las fuentes adecuadas para el quehacer historiográfico, es posible establecer una distinción entre la narrativa o la literatura y la Historia que utiliza el rigor metodológico que compete a su producción.

Al tratar de perfilar los elementos historiográficos presentes en las obras consultadas, he hallado que hay temas recurrentes en ellas: la explicación del origen del movimiento, el peso de alguna tendencia política en éste, la crónica de los principales sucesos, la búsqueda de responsables, etc. Con frecuencia se escuchan vez tras vez las mismas voces: las de los dirigentes del movimiento. Entre los militantes de éste, se observa la mirada que privilegia las solidaridades que se dieron en el movimiento. Este es el caso de los libros que despliegan una narrativa interpretativa. Cuando los escritores enfatizan las experiencias de vida de los participantes en la lucha, el ensayo aparece esporádicamente. Algunos de los trabajos de quienes no participaron directamente, contaron con los aportes de estudios serios y ello les permitió plantear hipótesis fundamentadas. No obstante los hay que no rebasan el testimonio, dejando sin explorar otros aspectos del conflicto.

Encontramos que en algunos casos, la masacre del 2 de octubre recibe un trato más amplio que el resto del proceso y que las batallas libradas en defensa del IPN son

consideradas por pocos autores. Con ello se percibe la mayor importancia que algunos de ellos asignan a la Universidad, aunque cabe mencionar que por lo menos se enfatiza la alianza temprana que se dio entonces con el Politécnico, al margen de anteriores rivalidades. La violencia de la masacre final y sus autores reciben amplio consideración en algunas de las obras de denuncia. Esto es justificable cuando se trata de preservar la conciencia histórica. Ésta es la que reclama justicia, la que pide la reivindicación de los que murieron o fueron encarcelados, exiliados o dañados psicológicamente. La reiterada referencia al 2 de octubre se justifica ante el discurso oficial de entonces, que no ha sido rectificado hasta hoy. En éste, se descalificó a los que participaron en el movimiento y se les responsabilizó por el trágico desenlace en Tlatelolco.

En la mayoría de los textos estudiados se declara el propósito de no ser un libro más, de hacer un análisis profundo y concreto, sin embargo, salvo contadas excepciones que ya he citado, el discurso se pierde en el océano de la narración y la descripción, si no es que en el mero testimonio.

Existen numerosos puntos de contacto entre las hipótesis de los escritores mientras las disonancias entre ellos son más bien la excepción. A partir del análisis que se ha hecho de la bibliografía elegida, es posible establecer un balance de los debates que se perciben explícita o implícitamente entre los diferentes autores cuando tratan ciertos aspectos del movimiento:

En primer lugar, cuando se examinaron las obras que hacen de la denuncia y del testimonio la parte medular de su análisis, encontramos que en general, se enfatizan los sucesos del 2 de octubre y de la intervención gubernamental que culminó en la conocida masacre.

En general, estas obras se hicieron principalmente desde la perspectiva periodística colocando en el centro de la cuestión los nombres y apellidos de los represores, tanto individuos como instituciones, involucrados en las acciones del 2 de octubre. El debate apenas esbozado entre los autores tiene que ver con la identidad de los francotiradores y los conflictos en la cúpula militar cuando ocurre la acción en Tlatelolco. El trabajo de los autores cumple con la función de conservar conciencia histórica de un proceso que ha sido relegado al olvido por parte del Estado. Se trata de una omisión voluntaria, es evidente que al no registrar en los textos oficiales el movimiento estudiantil, se intenta desarraigar un recuerdo que deslegitima la existencia del Estado. Esta situación de olvido de aquella lucha, se hace extensiva a la mayoría de la sociedad.

En el caso de Scherer, él nos ofrece algunos de los contenidos de los archivos del General García Barragán relacionados con el movimiento, pero del pensamiento de la

soldadesca, en general, no hay registros. Aunque es comprensible la ausencia de testimonios por parte de la tropa y de la gendarmería en general, sería sumamente interesante conocer qué pensaba este sector de la tarea represora que tenían encomendada, qué opinaban del régimen de entonces y cuáles fueron las secuelas que personalmente experimentaron.

Los autores que compilan los testimonios de los participantes en el movimiento, por lo general, recurren a los dirigentes, principalmente los que formaron parte del CNH y que son multicitados en los diferentes libros que hacen del testimonio su eje predominante. Nuevamente se observa que la relevancia recae sobre los protagonistas más conocidos y en pocos casos a la gente común. Los padres de familia, que tuvieron hijos participando en el movimiento, por lo general sólo tuvieron voz en algunas intervenciones durante las marchas o se expresaron en el material gráfico, pero su ausencia en los libros que recopilan testimonios es evidente. La mayoría de los autores se atienen a un guión que limita las respuestas de los entrevistados, sin que llegue a hacerse, por lo general, un análisis de las contestaciones obtenidas. Dentro de la vertiente de la denuncia y el testimonio, falta escuchar a los sin voz, a los que no fueron famosos, pero sin cuya intervención, el movimiento no habría tenido las dimensiones que alcanzó. No puede descartarse que la memoria del suceso sirva también, en esta bibliografía, para conmover a quienes la conozcan y alertarlos para evitar algo similar.

En segundo lugar, adentrándonos más en la dinámica del proceso que ocupa a los autores, encontramos que cuando tratan de enfocar las causas del movimiento, se destacan los factores internos: la situación socio-política del momento, con el autoritarismo, los conflictos internos en el partido hegemónico, el declive de una época económica, etc., son estudiados más a fondo que las posibles influencias externas, aires revolucionarios que sacudieron simultáneamente otras zonas del orbe.

La intervención de agencias internacionales como la CIA es tratada por algunos de los autores como punto relevante para detonar el movimiento, aunque la mayoría está de acuerdo en que la movilización escapó de cualquier posible control que la haya auspiciado en sus inicios. En el rubro de las causas, sólo se dibuja un esbozo de debate cuando se considera que el factor económico pudo haber estado entre sus raíces. La mayoría de los autores escribieron que ya para entonces se percibía el agotamiento de un modelo económico, el desarrollo estabilizador, que desde los cincuentas, con el proteccionismo y mecanismos de control como el presidencialismo autoritario y la represión de movimientos sociales, logró mantener la concentración de la riqueza en unas cuantas manos. En este contexto, la posibilidad de escalar socialmente por la vía de la educación iba diluyéndose. Sin embargo, en los textos analizados no se aducen razones económicas como determinantes en la causalidad del conflicto.

En general, los autores identifican y señalan las características del régimen autoritario y cerrado a la participación de las clases medias en las decisiones de la vida pública, como un elemento detonante de la lucha.

La complejidad de las causas ha sido analizada por los autores dando énfasis al entorno general que se vivía en México y en el mundo influido por el clima de la guerra fría. La excepción del estudio de las causas, la aporta Rodríguez Kuri tratando las más inmediatas, las que tuvieron que ver con los actos represivos de los últimos días de julio. Con esa aportación Rodríguez Kuri nos muestra que no es asunto baladí estudiar los sucesos de los primeros días para entender la dinámica que tomó el proceso en los meses siguientes.

Queda por averiguar, con más certeza, si esto es posible, la razón que tuvo la policía o el cuerpo de granaderos para agredir a los estudiantes en la zona de la Ciudadela, los últimos días de julio. Para entonces el pleito entre los estudiantes de la zona, procedentes de dos vocacionales del IPN y una preparatoria particular, era un asunto que se zanjaba normalmente sin la intervención de las autoridades. Parecería que efectivamente la proximidad de la celebración de los Juegos Olímpicos, exacerbó el clima de desconfianza por parte del gobierno que quiso prevenir mayores disturbios provocados por la influencia de otras rebeliones en el mundo. Desde el presente, sin despojarse totalmente de la subjetividad, es más fácil al observador explicar a partir del desenlace, las causas, sin embargo, como ya se ha visto, éstas no pueden darse de forma categórica.

En tercer lugar, en la revisión de los textos elegidos para rastrear los análisis de los actores sociales y políticos, se observa que hay cierta confusión en la lectura que hacen los autores respecto a estas identidades implicadas en el movimiento. Son ilustrativos los cuadros en que dos de los autores organizan las corrientes ideológicas presentes en el movimiento, sin embargo, estos esfuerzos dan un acercamiento somero a los actores políticos y casi ninguno a los sociales. Para algunos, particularmente los que vivieron la experiencia, se privilegia el escribir sobre los actores sociales que dieron su apoyo durante la movilización y, al hacerlo dejan casi sin tratar el análisis del aspecto político de esas intervenciones.

El peso que se asigna a la izquierda en la dirigencia del proceso refleja desde qué ángulo se hace el análisis. Con mínimas excepciones, los autores reconocen el predominio de la izquierda en el liderazgo. No todos los que escribieron al respecto emprenden un análisis puntual de la complejidad presente en el actor político de izquierda y la mayoría opta por englobar a los actores políticos en grandes bloques como “democráticos”, “revolucionarios”, “reformistas”, etc. De igual forma existen vacíos en la definición de otros actores políticos que no eran de izquierda.

Más allá del análisis que hace Zermeño de los actores implicados en el suceso analizado, mismo que es retomado por Rivas, queda pendiente la tarea de articular adecuadamente los elementos sociales y políticos que, hasta donde me he percatado, quedan dispersos en los textos estudiados.

En cuarto lugar, la manera en que los autores abordaron los proyectos que convivieron durante el proceso, nos permite ver las disensiones tanto en el momento de la movilización como en la mirada retrospectiva de los estudiosos que se ocupan del asunto. Así, salvo raras excepciones, los que escriben al respecto ven en el pliego petitorio la matriz de la izquierda. La aspiración al poder, que algunos autores identifican como uno de los proyectos, es impugnada en un solo caso sin que se aporten argumentos que sustenten la discrepancia. Algo similar ocurre cuando se revisa el objetivo democratizador del movimiento. Quienes disienten de esta percepción no dan razones suficientes para ello.

La mayoría de las voces en la bibliografía revisada no expresan que el movimiento haya tenido proyectos revolucionarios, aunque acepten que dentro del CNH y entre los movilizados hubiese sectores que se pronunciaban a favor de la revolución. No obstante, algunos autores sí reconocen la vocación revolucionaria en el movimiento, sin llegar a enunciar puntualmente cómo se lograría ese objetivo.

Se percibe que la lectura que hacen los autores no profundiza en el conocimiento de lo que pensaban las masas movilizadas, en algún caso se asume que iban en pos de una democracia revolucionaria. Tampoco se trata muy a fondo la ideología de los movilizados de antecedentes en la derecha.

En quinto lugar dentro de las formas de lucha, los libros analizados coinciden en la relevancia que tuvo el CNH en la coordinación de los esfuerzos de los movilizados, pese a los problemas concomitantes de reuniones largas y decisiones difíciles. Casi no existe discrepancia respecto a la impronta de la izquierda en esta organización. Las huelgas, las manifestaciones, las brigadas, el material gráfico y las aportaciones artísticas recibieron la atención de los que escribieron sobre el movimiento, en diferentes niveles. Sólo en los sucesos de la manifestación del 27 de agosto particularmente en la decisión de quedarse en el Zócalo existen algunas discrepancias entre los autores, aunque casi todos coinciden en que los sucesos de ese día marcaron el clímax y el inicio del declive del movimiento.

En sexto lugar, respecto al impacto que logró el movimiento, existe entre los estudiosos del tema, vislumbres de un debate que no llega a definirse. En términos de lo que se logró en el campo de la democracia, la mayoría de los autores considera que el movimiento abrió nuevos cauces para aquélla, sin embargo hay quienes con cautela matizan esa

afirmación o incluso no atribuyen todo el mérito de la relativa democratización al proceso vivido en el 68. El grado de la democratización que se haya logrado está en discusión: para algunos el movimiento fue el parteaguas en este campo.

En este orden de ideas, en algunos textos se muestra al proceso del 68 como el que hizo posible iniciar una apertura política para la participación de grupos minoritarios. Visto así, la lucha del 68 sería el preámbulo para reformas políticas como la implementación, en 1977, de la Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales (LFOPPE), que abrió la posibilidad de expresión política y electoral en general pero, particularmente a la corriente de izquierda. No obstante, para otros pocos autores la democracia no estuvo presente en las demandas originales plasmadas en el pliego, tampoco en la acción directa basada en el asambleísmo con que funcionaba el CNH.

Entre las características del impacto que logró la lucha del 68 mexicano, algunos autores llaman la atención a la radicalización de la lucha después del 2 de octubre. Se observa que quienes se inclinaron por abandonar la vía legal y apostar a la revolución en vista del resultado del 2 de octubre, no fueron los miembros del PC sino los estudiantes escindidos de éste, y otros que no eran comunistas sino adeptos a la teología de la liberación. Los antecedentes de la lucha armada se pueden encontrar en las guerrillas rurales, en busca de justicia para los marginados en esta zona. No obstante, el campo de acción de las que surgieron después del 68 fue, principalmente, la zona urbana y por diferentes reivindicaciones. Éstas últimas fueron consideradas por algunos de los que escribieron, como la expresión de la descomposición del movimiento estudiantil del 68, para otros no fue así.

En general la bibliografía considerada para este trabajo coincide en que el movimiento sacudió las estructuras políticas. Encontramos que casi todos los libros consultados tratan ampliamente el aspecto político de los impactos del movimiento mientras que en la perspectiva social y cultural, por lo general, el análisis es más escueto. De los efectos psicológicos tanto en militantes como en sus familiares, amigos y en los represores directos de los estudiantes, hay pocas referencias. No obstante, este factor es determinante para la salud mental no sólo de los afectados y quienes les rodearon, sino del resto de la sociedad.

Aunque el análisis de los impactos que se consideran en la bibliografía estudiada se ha hecho a grandes rasgos, nos permite reflexionar el 68 para comprender, aunque sea parte de la política actual. Así, observamos cómo, después de aplicarse en Tlatelolco una represión ejemplar y disuasoria de movimientos similares a corto plazo, Luis Echeverría, ya como ejecutivo federal, buscó recuperar el consenso para fortalecer al Estado. En este ambiente de

relativa distensión fue posible la existencia de organizaciones políticas y sindicatos independientes del aparato estatal. El gobierno también amplió la oferta educativa media y superior, contrastando así con la política de recorte presupuestal que había hecho, en este rubro, el régimen de Díaz Ordaz.

En el mismo orden del gasto social, Echeverría se propuso canalizar el descontento haciendo una redistribución de la riqueza con un programa de “desarrollo compartido”. El acercamiento del gobierno a los intelectuales, la simpatía por el socialismo del presidente Allende, la posibilidad de organización de los partidos de izquierda, su inclusión en el juego electoral así como la apertura a la libertad de expresión, entre otros elementos, daba un matiz de tolerancia al gobierno autoritario. No obstante, la participación política de los recién admitidos sectores sociales tenía sus límites cuando confrontaba los intereses del sistema político. Éste había aprendido de los errores políticos del sexenio anterior y no tenía reparo en combinar el discurso conciliador con la represión soterrada. La “Guerra Sucia” fue una de las expresiones más claras de tal estrategia.

Cuando el PCM y el PST lograron su registro en 1978, la izquierda radical con sus métodos violentos perdió, en apariencia, su razón de ser. La estrategia priísta fructificó permitiendo la existencia de la hegemonía de este partido por un poco más de veinte años. La izquierda, que en los sesentas se percibía dispersa, fue ganando terreno, entre otros factores, gracias a la reunión de fuerzas y a la acción organizada, hasta llegar a la fundación del PRD en 1989. Hoy esa corriente parece disgregarse y debilitarse, perdiendo en el proceso, referentes teóricos y empíricos. Así pues, la revisión de la bibliografía producida sobre el 68 en los últimos diez años, me permitió, también, acercarme un poco más a la explicación de la política actual.

Quedan abiertas, por supuesto, numerosas líneas de investigación que derivan del análisis del movimiento. Una de ellas tiene que ver con parte del impacto del movimiento en el ejercicio de la política del Estado mexicano durante la denominada “Guerra Sucia”. Como ya se ha comentado, ésta corrió paralela a la apertura democrática que se hizo obligatoria para los gobernantes después del 68. Otro de los posibles campos de estudio se relaciona con el manejo del lenguaje en los discursos oficiales y en los medios subordinados al régimen durante el movimiento. También queda pendiente averiguar cómo ocurrió que en el reemplazo generacional de los hombres en el poder, algunos de los que estuvieron en la lucha libertaria fueron los mismos que aplicaron las medidas neoliberales.

El movimiento estudiantil del 68... no se olvida, porque pese a la abundancia de ensayos, de novelas, de narrativas, de artículos periodísticos, de tesis profesionales, de

documentales, etc., queda la sensación de una exploración inacabada. Crónica, testimonio, análisis, mito; a todo eso ha dado lugar el movimiento del 68, sin embargo, más allá de los muchos excelentes trabajos que se han hecho al respecto, aún queda en pie parte de la tarea que nos dejó el proceso vivido en el 68 mexicano. No es un trabajo para una sola disciplina, pues, el asunto tiene matices para ser tratados por historiadores, sociólogos, filósofos, politólogos, etc. Es imprescindible que en la preservación de la conciencia histórica no se pierda el propósito de acercarnos más al conocimiento de lo que entonces ocurrió, conocer lo que pasó, por qué pasó y actuar en consecuencia.

ÍNDICE DE SIGLAS

- ACNR: Asociación Cívica Nacional Revolucionaria
- ATAUNAM: Asociación de Trabajadores Administrativos de la UNAM
- CIA: Central Intelligence Agency
- CNC: Confederación Nacional Campesina
- CNDH: Comisión Nacional de Derechos Humanos
- CNED: Confederación Nacional de Estudiantes Democráticos
- CNH: Consejo Nacional de Huelga
- CNTE: Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación
- CTM: Confederación de Trabajadores de México
- CUEC: Centro Universitario de Estudios Cinematográficos
- DFS: Dirección Federal de Seguridad
- EZLN: Ejército Zapatista de Liberación Nacional
- FBI : Federal Bureau of Investigation
- FEMOSPP: Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado
- FNET: Federación Nacional de Estudiantes Técnicos
- IPN: Instituto Politécnico Nacional
- IPS: Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales
- JCM: Juventud Comunista de México
- MAR: Movimiento Acción Revolucionaria
- MLN: Movimiento de Liberación Nacional
- ONG's: Organizaciones no gubernamentales
- PCM: Partido Comunista Mexicano
- PMT: Partido Mexicano de los Trabajadores
- PIPSA: Productora e Importadora de Papel. S. A
- PPS: Partido Popular Socialista
- PRD: Partido de la Revolución Democrática
- PRT: Partido Revolucionario de los Trabajadores
- PRI: Partido Revolucionario Institucional
- PST: Partido Socialista de los Trabajadores
- SEP: Secretaría de Educación Pública

SME: Sindicato Mexicano de Electricistas
SNTE: Sindicato Nacional de Trabajadores del Estado
SUTIN: Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear
UAM: Universidad Autónoma Metropolitana
UACM: Universidad Autónoma de la Ciudad de México
UNAM: Universidad Nacional Autónoma de México

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Mora, Manuel, *Huellas del Porvenir, 1968-1988*, México, Juan Pablos, 1989.
- Anaya, Héctor, *Los parricidas del 68: la protesta juvenil*, México, Plaza y Valdés, 1998.
- Aguayo, Sergio, 1968 *Los archivos de la violencia*, México, Grijalbo, 1998.
- Álvarez Garín, Raúl, *La estela de Tlatelolco Una reconstrucción histórica del movimiento estudiantil del 68*. México, Itaca, 3ª ed.,1998.
- Aréchiga Robles, Rubén, *Asalto al cielo, lo que no se ha dicho del 68*, México, Océano, Tiempo de México, 1998.
- Ascencio, Esteban, *Más allá del mito*, México, Milenio, 1998.
- Bellingeri, Marco, *Del Agrarismo armado a la guerra de los pobres, 1940-1974. Ensayos de guerrilla rural en el México Contemporáneo*, México, Juan Pablos, 2003.
- Bobbio, Norbert, et.al., (comps.) *Diccionario de Política*, Tomo I, México, Siglo XXI, 2005.
- Braudel, Fernand, “La larga duración”, en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1999.
- Burke, Peter, et.al., *Formas de Hacer Historia*, Madrid, Alianza, 1993.
- Campos Lemus, Sócrates, *68 Tiempo de hablar*, México Aljibe & Sansores 1998.
- Córdova, Arnaldo, *La formación del poder político en México*, México, Era, 2003.
- Estrada, Gerardo, *1968 Estado y Universidad orígenes de la transición política*, México, Plaza y Janés, 2004.
- García Medrano, Renward, *El 2 de octubre en sus propias palabras*, México, Rayuela, 1998.
- Georges, Duby y Guy Ladreau, *Diálogo sobre Historia*, Madrid, Alianza, 1988.
- González Marín, Silvia, *Diálogos sobre el 68*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Dirección de Asuntos del Personal Académico. México, 2003.
- González Rubio, Javier, *México 30 años en movimiento [una cronología]/ (coord)* México, Universidad Iberoamericana, 1998.
- Guevara Niebla, Gilberto, *La libertad nunca se olvida*, México, Cal y Arena, 2004.
- , *1968 Largo camino a la democracia*. México, Cal y Arena, 2008.
- Gómez, Pablo, *1968 la historia también está hecha de derrotas*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2008.

- Halbwachs, Maurice, *La memoria colectiva*, traducción de Inés Sancho-Arroyo, España, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1ª ed., 2004.
- Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1988.
- Jardón, Raúl, *1968 El fuego de la esperanza*, México, Siglo XXI, 1998.
- , *El espionaje contra el movimiento estudiantil Los documentos de la Dirección Federal de Seguridad y las agencias de inteligencia estadounidenses en 1968*, México, Itaca 2003.
- Krauze, Enrique, *La presidencia Imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano, (1940-1996)* México, Tusquets, 1997.
- Melucci, Alberto, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 2002.
- Medina Peña, Luis, *Hacia el Nuevo Estado, México 1920-1994*, México, FCE, 2002.
- Mendoza Rojas, Javier, *Los conflictos de la UNAM en el siglo XX*, México, CESU-UNAM, Plaza y Valdés, 2001.
- Modonesi, Massimo, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, México, UCM, 2003.
- Monsiváis, Carlos, *El 68 La tradición de la resistencia*, México, Era, 2008.
- Montemayor, Carlos, *Rehacer la historia: análisis de los nuevos documentos del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco*, México, Planeta, 2000.
- Moreno Valle, Lucina, *La otra cara del 68*, México, 1998.
- Ordorika, Imanol, *La disputa por el campus Poder, política y autonomía en la UNAM*. México, UNAM, Plaza y Valdez, 2006.
- Ortega Olivares, Mario, *Octubre dos: Historia del movimiento estudiantil*, México, UAM Xochimilco, División Ciencias Sociales y Humanidades, 1998.
- Pérez Arce, Francisco, *El principio 1968-1988: años de rebeldía*, México, Itaca, 2007.
- Pulido Aranda, Alberto, *A 40 años de 1968, la crónica de un año maravilloso*, México, STUNAM, 2008.
- Ramírez, Ramón, *El movimiento estudiantil de México, Julio/ diciembre de 1968*, México, Era, 1969.
- Rivas Ontiveros, José René, *La izquierda estudiantil en la UNAM Organizaciones, movilizaciones y liderazgos [1958- 1972]* Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Aragón, Miguel Ángel Porrúa, 2007.
- Rodríguez Munguía, Jacinto, *1968 Todos los culpables*, Mexico, Random House, 2008.

Scherer García, Julio y Carlos Monsiváis, *Los patriotas: de Tlatelolco a la guerra sucia*, México, Aguilar, 2004.

-----, *Parte de Guerra Tlatelolco 1968 Documentos del General Marcelino García Barragán. Los hechos y la historia*, México, Aguilar, 1999.

Torres Bustillos, María Elena, “Propuesta para un nuevo mapa histórico de la generación sesentera”, en Pérez Islas, José Antonio y Maritza Urteaga Castro-Pozo, *Historia de los jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX*, México, Instituto Mexicano de la Juventud, Archivo General de la Nación, Centro de Investigación y Estudios sobre la Juventud, 2004, pp.349-359.

Valle, Eduardo, *El año de la rebelión por la democracia*, México, Océano, 2008.

Vázquez Mantecón, Álvaro, (comp.), *Memorial del 68*, México, Turner, Secretaría de Cultura, UNAM, 2007.

Volpi, Jorge, *La imaginación y el poder Una historia intelectual de 1968*, México, Era, 1998.

Zermeño, Sergio, *México: una democracia utópica el movimiento estudiantil del 68*, México, Siglo XXI, 1978.

Hemerografía

Calloni, Stella, “Permanecerá en prisión el exdictador Videla, ratifica tribunal en Argentina” en, *La Jornada*, Sección Mundo, 23 de diciembre de 2008.

Castillo, Gustavo, “Inocente del delito de genocidio por la matanza del 2 de octubre. Exculpa Tribunal a Luis Echeverría en, *La Jornada*, Sección Política, 27 de marzo de 2009.

Díaz, Gloria Leticia, “Ejército intocado”, en en Revista *Proceso*, Año 31, Edición Especial 23, octubre de 2008, pp50-53.

Gil Olmos, José, G “Servidumbre”, en Revista *Proceso*, Año 31, Edición Especial 23, octubre de 2008, pp. 34-39.

Kuri Rodríguez, Ariel, “ Los primeros días Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968”, en *Historia Mexicana*, Colegio de México, Vol. LIII, núm. 1, 1 de julio-septiembre 2003, pp. 179-228.

Fuentes electrónicas

Gill, Lesley, *Escuela de las Américas Entrenamiento Militar, violencia política e impunidad en las Américas*. Consultado en: <http://books.google.com.mx>, el día 21 de abril de 2009.

Jaques, Le Goff, *El orden de la memoria, el tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991, p.134. Consultado en: <http://scribd.com/doc/15109513/Jaques-Le-Goff-El-Orden-de-la-Memoria>, el día 18 de mayo de 2009

Walkman, Gilda, “Los movimientos estudiantiles de 1968 y 1999: CONTEXTOS HISTÓRICOS Y REFLEXIONES CRÍTICAS”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Universidad Nacional Autónoma de México, núm. 177-178, 2000. Consultada en: <http://redalyc.uaemex.mx>, el 21 de abril de 2009.

Entrevista

De la autora al Mtro. Manuel Aguilar Mora, realizada en las instalaciones de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Plantel San Lorenzo Tezonco, el día 4 de noviembre de 2008.